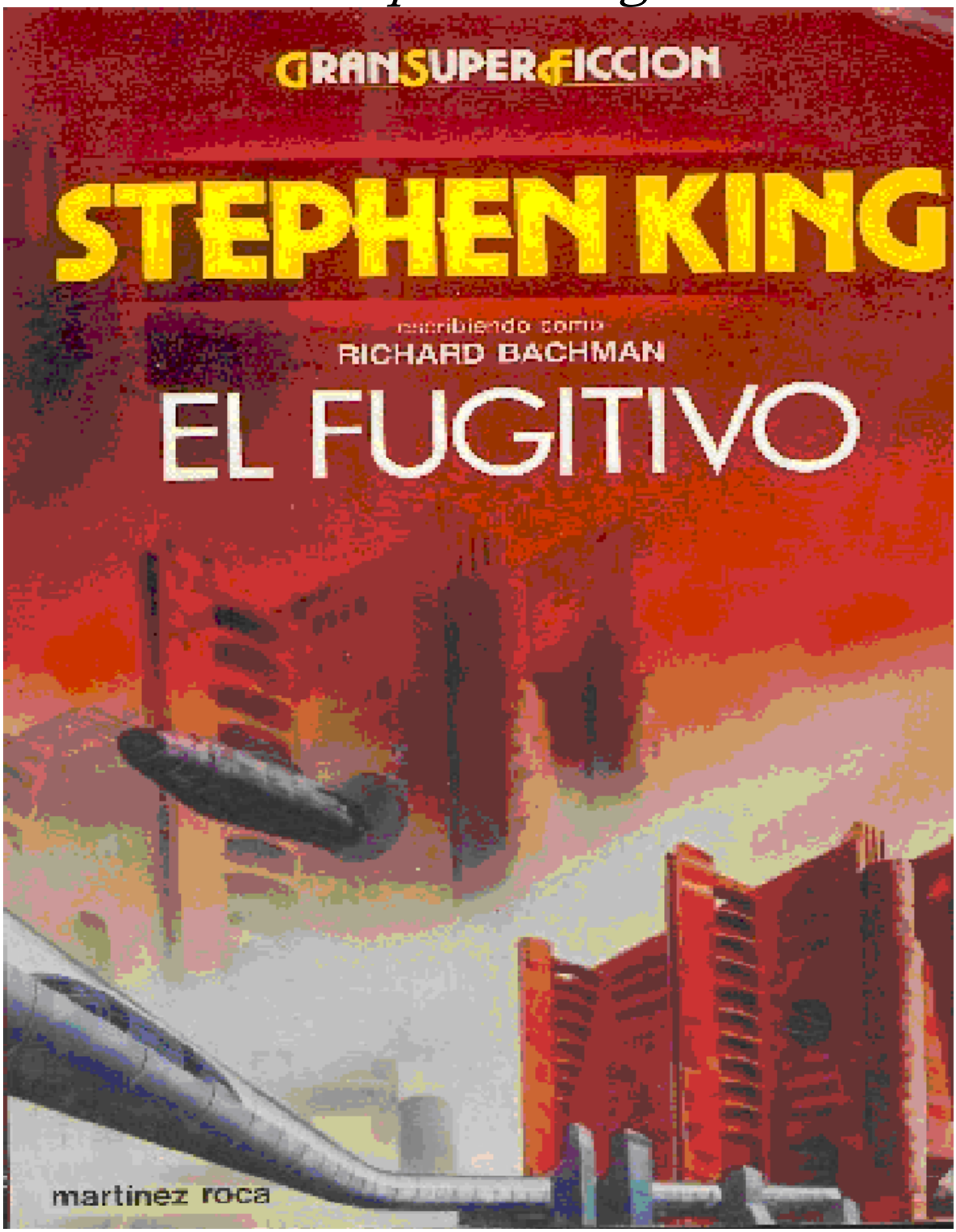
El fugitivo

Stephen King



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Stephen King habla sobre las novelas que publicó con el seudónimo de Richard Bachman

«Entre 1977 y 1984 publiqué cinco novelas con el seudónimo de Richard Bachman –acaba de confesar Stephen King–. Hubo dos razones por las cuales al fin me relacionaron con Bachman: en primer lugar, porque los cuatro libros iniciales estaban dedicados a personas muy próximas a mí, y en segundo lugar porque mi nombre apareció en los formularios del registro de propiedad de uno de los libros. Ahora la gente me pregunta por qué lo hice, y aparentemente no tengo respuestas muy satisfactorias. Por suerte, no he matado a nadie, ¿verdad?»

Mientras King firmaba unas novelas con su nombre auténtico, y otras con un seudónimo, también tenía conciencia de que su promedio de obras publicadas superaba los límites de lo normal. En el prólogo que escribió para una edición conjunta de cuatro novelas de «Richard Bachman», Stephen King explicó: «Las cifras habían llegado a una cota muy elevada. Eso influyó. A veces me siento como si hubiera plantado un modesto paquete de palabras y hubiese visto crecer una especie de planta mágica... o un jardín descontrolado de libros (¡MÁS DE CUARENTA MILLONES DE EJEMPLARES EN CIRCULACIÓN!, como se complace en proclamar mi editor)».

King ha adjudicado precisamente a su editor el nacimiento de «Richard Bachman», y lo ha hecho con una alegoría típicamente hilarante y desenfadada: «Yo no creía estar saturando el mercado como Stephen King..., pero mis editores sí lo pensaban. Bachman se convirtió en un elemento de transacción, para ellos y para mí. Mis "editores de Stephen King" se comportaron como una esposa frígida que sólo desea entregarse una o dos veces al año, y que le pide a su marido permanentemente cachondo que se busque una prostituta de lujo. Era a Bachman a quien yo recurría cuando necesitaba desahogarme. Sin embargo, eso no explica por qué experimentaba la incesante necesidad de publicar lo que escribía aunque no precisara dinero».

Stephen King considera que sus novelas firmadas con seudónimo son sinceras: *«Por lo menos, las escribí con el corazón, y con una energía que ahora sólo puedo imaginar en sueños»*. Y añade, para terminar, que quizás habría publicado las cinco novelas con su propio nombre *«si hubiera conocido un poco mejor el mundo editorial... Sólo las publiqué entonces (y permito que se reediten ahora) porque siguen siendo mis amigas»*.

... Menos 100

Y CONTANDO...

La mujer estudió el termómetro bajo la luz blanquecina que se colaba por la ventana. Más allá de ésta, entre la llovizna, se alzaban los demás rascacielos de viviendas de Co-op City, como las grises torres de vigilancia de un penal. Abajo, en el hueco de ventilación, las cuerdas de tender la ropa se arqueaban bajo el peso de los harapos recién lavados. Entre la basura merodeaban ratas y rollizos gatos callejeros.

La mujer se volvió hacia su marido, que estaba sentado a la mesa contemplando la Libre-Visión en actitud de constante e inexpresiva concentración. No era normal en él. Llevaba semanas sentado ante el aparato, cuando lo odiaba. Siempre lo había odiado. Naturalmente, en cada piso debía haber un Libre-Visor –lo decía la Ley–, pero todavía era legal desconectarlo. La ley de Prestación Obligatoria de 2021 no había conseguido la mayoría necesaria, de dos tercios, por seis votos. Habitualmente, nunca miraban los programas. Sin embargo, desde que Cathy se había puesto enferma, el hombre no había hecho más que seguir, uno tras otro, todos los concursos con grandes premios en metálico. Y esa actitud llenaba de temor a la mujer.

Detrás de los chillidos apremiantes del locutor que narraba el último boletín de noticias en el intermedio, los gemidos de Cathy, febriles a causa de la gripe, llegaban hasta la pareja incesantemente.

– ¿Cómo está? –preguntó Richards.

–No muy mal.

–No me vengas con historias, Sheila.

–Tiene cuarenta de fiebre dijo la mujer.

Richards descargó ambos puños sobre la mesa. Un plato de plástico saltó de ella y volvió a caer con estrépito.

–Conseguiremos un médico –dijo su mujer–. Intenta no preocuparte demasiado y escucha...

La mujer se puso a parlotear frenéticamente para distraerle, pero el hombre ya se había concentrado de nuevo en la Libre-Visión. El intermedio había terminado y el concurso se reanudaba. No era uno de los grandes, naturalmente, sino un jueguecito diurno de premios poco importantes que se titulaba Caminando hacia los billetes. Sólo se admitía en él a enfermos cardiacos, hepáticos o pulmonares crónicos, entre los que se intercalaba a veces a un disminuido físico para aliviar algo la tensión con un poco de comicidad. El concursante debía avanzar por una cinta continua a un ritmo determinado, al tiempo que mantenía una incesante conversación con el presentador y maestro de ceremonias. Por cada minuto que caminaba, conseguía diez dólares. Cada dos minutos, el presentador hacía una Pregunta Extra sobre el tema seleccionado por el concursante (el actual, un tipo de Hackensack aquejado de un soplo cardiaco, era un erudito en Historia Norteamericana), que valla 50 dólares. Si el concursante –mareado, jadeando, con el corazón haciéndole

raras cabriolas en el pecho– fallaba la respuesta, se le deducían los 50 dólares de sus ganancias y se aceleraba la cinta continua.

–Todo saldrá bien, Ben. Ya lo verás. De verdad. Yo...

– ¿Tú qué? –El hombre la miró con aire furioso–. ¿Saldrás a hacerte la calle? Eso se acabó, Sheila. Cathy necesita un médico de verdad. Se acabaron esas curanderas de escalera con sus manos sucias y su aliento apestando a whisky. Necesita todo ese equipo moderno, y voy a conseguirlo.

Ben cruzó la estancia con la mirada fija, casi hipnotizada, en el aparato, asegurado con tornillos a una de las desconchadas paredes de la sala, encima del fregadero. Asió su chaqueta de algodón barato del colgador y se la puso con gestos malhumorados.

– ¡No! ¡No lo consentiré...! –Gritó ella– ¡Tú no irás a...!

– ¿Por qué no? Al menos, así te darán un puñado de dólares antiguos como responsable de una familia sin padre. Sea como fuere, tendrás lo suficiente para que Cathy pueda salir de ésta.

La mujer nunca había sido guapa, y durante los años en que su marido no había trabajado, se había quedado en los huesos; sin embargo, en aquel instante tenía un aire hermoso, arrogante.

–No aceptaré el dinero –replicó–. Cuando pase el vendedor, le compraré un retal de tela de dos dólares y dejaré que se largue con esos malditos billetes ensangrentados en el bolsillo. ¿Acaso crees que podría aprovecharme de mi hombre?

Ben se volvió hacia ella con gesto hosco y seco, asiéndose a algo que le hacía reservarse, algo invisible que la cadena de Libre-Visión había calculado despiadadamente. Ben era un dinosaurio de su tiempo. No uno de los grandes pero, cuando menos, constituía un atavismo, un estorbo. Un peligro, quizás. Las grandes nubes condensan a su alrededor las partículas más pequeñas.

– ¿Acaso quieres verla en una fosa común para indigentes? –respondió mientras hacía un gesto con la mano, indicando el dormitorio de la pequeña–. ¿Te atrae esa idea?

A la mujer sólo le quedó el recurso de las lágrimas. Sus facciones tomaron un aire trágico y doliente.

–Ben –musitó–, eso es lo que pretenden de gente como nosotros, como tú...

–Quizá no me acepten –replicó él mientras abría la puerta–. Quizá no tengo lo que ellos buscan.

–Si te vas, acabarán contigo. Y yo estaré aquí, viéndolo. ¿De veras quieres que me siente con Cathy en esa habitación de ahí para verte?

La mujer hablaba entre sollozos, con frases apenas coherentes.

–Lo que quiero es que Cathy siga con vida –dijo él.

Intentó cerrar la puerta, pero ella interpuso su cuerpo.

–Entonces, dame un beso antes de irte –musitó.

Ben la besó. En el otro extremo del rellano la señora Jenner abrió la puerta y asomó la cabeza. Llegó hasta ellos el apetitoso aroma de un guisado de ternera y col, tentador y exasperante. La señora Jenner se ganaba bien la vida. Trabajaba de dependienta en una farmacia y tenía un ojo casi milagroso para descubrir a los portadores de tarjetas de crédito

ilegales.

– ¿Aceptarás el dinero? –preguntó Ben Richards–. ¿No harás ninguna estupidez, verdad?

–Lo aceptaré –susurró ella–. Sabes muy bien que lo aceptaré.

El hombre la abrazó torpemente. Después se volvió con rapidez, sin gracia, y desapareció por la escalera, apenas iluminada y terriblemente resbaladiza.

Ella permaneció junto a la puerta, presa de mudos sollozos, hasta que oyó cerrarse la puerta de la calle, cinco pisos más abajo. Después se llevó el delantal a los ojos. Todavía llevaba en la mano el termómetro que había utilizado para tomar la temperatura a la niña. La señora Jenner se le acercó en silencio y trató de quitarle el delantal de la cara.

–Querida –susurró–, yo te pondré en contacto con el mercado negro de penicilina cuando tengas el dinero. Muy barato y de buena calidad...

– ¡Lárguese! —gritó ella.

La señora Jenner retrocedió, al tiempo que levantaba instintivamente el labio superior, dejando a la vista los escasos dientes ennegrecidos que le quedaban.

–Sólo pretendía ayudar –murmuró, antes de escabullirse de nuevo en su piso.

Los gemidos de Cathy continuaban, apenas amortiguados por el delgado tabique de plastimadera. El aparato de Libre-Visión de la señora Jenner se dejaba oír desde el piso contiguo. El concursante de Caminando hacia los billetes acababa de fallar una pregunta extra y, simultáneamente, había sufrido un ataque cardiaco. Ahora, su cuerpo era retirado del escenario en una camilla, entre los aplausos del público.

La señora Jenner apuntó el nombre de Sheila en una libreta mientras alzaba y bajaba el labio superior rítmicamente.

–Ya veremos –murmuró, hablando consigo misma–. Ya veremos, señorita perfumada...

Cerró la libreta con gesto rencoroso y se acomodó para contemplar el siguiente concurso.

... Menos 099

Y CONTANDO...

Cuando Ben Richards llegó a la calle, la llovizna se había convertido en un intenso chaparrón. El gran termómetro del anuncio al otro lado de la calle –«Fume Dokes con pasión para una divertida alucinación»– marcaba 10° C. (La temperatura ideal para encender un Doke... Hasta el enésimo grado.) Eso significaba apenas quince en el piso. Y Cathy tenía la gripe.

Una rata merodeaba ociosa y miserable entre el asfalto agrietado y abombado de la calzada. Al otro lado de ésta, el esqueleto viejo y oxidado de un Humber modelo 2013 permanecía apoyado sobre sus desvencijados ejes. El coche había sido desmantelado totalmente; hasta le faltaban los cojinetes del volante y los soportes del motor, pero la policía no había retirado el vehículo. La policía apenas se aventuraba ya al sur del Canal. Co-op City se alzaba como una enorme ratonera plagada de aparcamientos, tiendas desiertas, centros comerciales y campos de juego asfaltados. Las bandas motorizadas imponían su ley en las calles, y todas las noticias de los telediarios sobre las intrépidas Patrullas Ciudadanas de la policía en Ciudad Sur no eran más que un montón de mierda. Las calles estaban silenciosas, fantasmagóricas. Si uno salía de casa, tenía que tomar el neumobús o llevar un rodillo de gas.

Apretó el paso sin mirar a su alrededor, sin pensar siquiera. El aire era denso y cargado de azufre. Cuatro motos pasaron junto a él con un rugido y alguien le lanzó un pedazo de asfalto arrancado del pavimento. Richards buscó refugio rápidamente. Dos neumobuses pasaron junto a él y notó el torbellino del aire en el rostro como una bofetada. Sin embargo, no les hizo ninguna señal para que se detuvieran. Ya no le quedaba nada de la asignación semanal de veinte dólares por desempleo (en dólares antiguos). No tenía dinero para el billete, y supuso que los merodeadores callejeros se darían cuenta de que era más pobre que una rata. Nadie más le molestó mientras caminaba.

Rascacielos, urbanizaciones, verjas cerradas con cadenas, aparcamientos vacíos salvo por los restos de algún coche destripado, palabras obscenas garabateadas con tiza en el asfalto, que ahora la lluvia se encargaba de borrar. Ventanas con los cristales rotos, ratas, bolsas de basura mojadas esparcidas por las aceras y los bordillos. Pintadas escritas aquí y allá sobre las paredes grises y ruinosas: BLANQUITO, NO VENGAS A TOMAR EL SOL AQUÍ. LOS HOMBRES FUMAN DOKES. TU MADRE ES UNA PIOJOSA. TÓCATE EL PITO. TOMMY VENDE DROGA. HITLER ERA COJONUDO. MARY. SID. MUERTE A TODOS LOS JUDÍOS. Las viejas farolas de sodio de la General Atomics, instaladas en los años setenta, habían sido rotas a pedradas mucho tiempo atrás, y ningún técnico vendría a repararlas, pues ahora sólo trabajaban para quienes disponían de Nuevos Dólares-Créditos. Los técnicos no salían del centro de la ciudad. Los barrios altos eran otra cosa. En cambio, en Co-op City todo permanecía en silencio salvo por los suspiros de los neumobuses que

pasaban y por el eco de las pisadas de Ben Richards. El campo de batalla que constituían las calles sólo se iluminaba por la noche. De día era apenas una extensión gris, desierta y silenciosa que no presentaba más movimiento que el de los gatos, las ratas y los grandes gusanos blancos que se cebaban en las bolsas de basura. No había más olor que el aire fétido y malsano de aquel feliz año 2025. Los cables de Libre-Visión estaban enterrados bajo las calles, a salvo de los vándalos, y sólo a un idiota o a un revolucionario se le ocurriría intentar sabotearlos. La Libre-Visión era el pan de cada día, la materia que componía los sueños. Una papelina de scag costaba doce dólares antiguos y una píldora de push californiano costaba veinte, mientras que la Libre-Visión le drogaba a uno gratis. Allá lejos, al otro lado del Canal, la máquina de los sueños funcionaba veinticuatro horas al día..., pero a base de Dólares Nuevos, que sólo podían conseguir quienes tenían un empleo. En Co-op City, a este lado del Canal, se hacinaban otros cuatro millones de personas, casi todas ellas desempleadas.

Ben Richards anduvo más de cinco kilómetros y las esporádicas tiendas de bebidas alcohólicas y de tabacos –al principio provistas de sólidas rejas– se hicieron muy numerosas. Después venían los locales clasificados X (¡24 perversiones! ¡Cuéntelas: 24!), las tiendas de empeño y los Emporios de la Sangre. Las esquinas estaban tomadas por los grupos de motoristas con sus máquinas, y todo el barrio aparecía cubierto de colillas de cigarrillos de marihuana. Los ricos fumaban Dokes...

Por fin, alcanzó a divisar los rascacielos que se alzaban hasta las nubes, interminables e impresionantes. El más alto de todos los edificios era el de la Cadena de Libre-Visión, donde se desarrollaban los concursos. Tenía cien pisos de altura, y la mitad superior quedaba oculta por un velo de nubes y contaminación urbana. Ben Richards fijó sus ojos en el edificio y avanzó otro kilómetro.

Allí, los cines de películas porno eran más caros, y las tiendas de tabacos y drogas carecían de rejas (aunque a la entrada solían deambular los vigilantes privados de las agencias de seguridad, con las porras eléctricas colgando de sus cinturones). Y en cada esquina montaba guardia un policía municipal. Llegó frente al parque de la Fuente del Pueblo. La entrada costaba 75 centavos. Madres bien vestidas vigilaban a sus pequeños mientras éstos retozaban en el astrocésped tras la verja cerrada con cadenas. A cada lado de la verja había un policía. Richards echó una breve y patética mirada a la fuente.

Después, cruzó el Canal.

Cuando estuvo más cerca del edificio de la Cadena, éste fue haciéndose más y más alto, casi inconcebiblemente elevado, con sus hileras impersonales de innumerables ventanas, cada una de las cuales pertenecía a un despacho. Los policías le observaron, dispuestos a ahuyentarle o detenerle si intentaba pedir limosna. Allí, en la parte alta de la ciudad, los tipos como él, con sus gastados pantalones grises, su corte de pelo barato y sus ojos hundidos, sólo tenían un propósito: llegar al edificio de la Cadena para participar en algún concurso.

Los exámenes calificadores empezaban justo a mediodía. Cuando Ben Richards llegó hasta el último hombre de la cola, se encontró casi a la

sombra del edificio de la Cadena. Sin embargo, la entrada a éste quedaba todavía a más de un kilómetro, a nueve calles de distancia. La cola se extendía ante él como una serpiente interminable. Pronto, otros individuos se unieron a ella detrás de Richards. La policía les observaba con las manos posadas en las culatas de sus pistolas o en sus porras eléctricas. Los agentes sonreían con aire de superioridad y desdén.

– ¡Eh, Frank!, ¿no te parece que ese tipo es un bobo? A mí me da toda la impresión de que lo es...

–Uno de ahí delante me ha preguntado dónde podía encontrar un retrete. ¿Te imaginas?

–Esos hijos de perra no...

–Matarían a su propia madre por...

–Apestaba como si no se hubiera bañado desde...

–Siempre he dicho que no hay nada como un espectáculo de gente rara...

Al cabo de un rato, la cola se puso en movimiento y todos empezaron a avanzar arrastrando los pies, con las cabezas hundidas para protegerse de la lluvia.

... Menos 098

Y CONTANDO...

Eran más de las cuatro cuando Ben Richards llegó hasta el mostrador principal, y allí le indicaron que se dirigiera al mostrador número 9 (letras Q–R). La mujer sentada tras el mismo tenía un aspecto cansado, cruel e impersonal. Levantó la mirada hacia Ben y empezó a hacerle preguntas sin prestarle apenas atención.

–Nombre completo.

–Richards, Benjamín Stuart.

Los dedos de la mujer recorrieron el tablero, clac, clac, clac, introduciendo los datos en la máquina. –Edad. Estatura. Peso.

–Veintiocho. Un metro ochenta y siete. Setenta y cinco. Clac, clac, clac.

–Cociente intelectual certificado por el test de Welschler, si lo sabe, y edad en que pasó el test.

–Ciento veintiséis. A los catorce años. Clac, clac, clac.

El inmenso vestíbulo era una algarabía de voces, ecos y resonancias. Preguntas y respuestas. Algunos candidatos eran rechazados. Unos se alejaban entre sollozos. Otros alzaban voces de protesta. Un par de gritos. Y preguntas. Siempre preguntas.

– ¿Ultima escuela?

–Oficios manuales.

– ¿Terminó los estudios?

–No.

–Cursos aprobados y edad en que dejó la escuela.

–Dos cursos. A los dieciséis.

–Razones para dejar de estudiar.

–Me casé. Clac, clac, clac.

–Nombre y edad de su esposa, si la tiene.

–Sheila Catherine Richards. Veintiséis.

–Nombre y edad de sus hijos, si los tiene.

–Catherine Sarah Richards. Dieciocho meses. Clac, clac, clac.

–Una última pregunta, señor Richards. Y no se moleste en mentir; si lo hace, se descubrirá durante el examen físico y será descalificado allí. ¿Ha utilizado alguna vez heroína o ese alucinógeno de anfetamina sintética que llaman push de San Francisco?

–No.

Clac.

La mujer entregó a Ben una tarjeta de plástico que había escupido la máquina.

–No pierda esta tarjeta, muchacho. De lo contrario, tendrá que empezar otra vez los trámites la próxima semana.

Ahora, la mujer estaba estudiando su rostro, sus ojos coléricos y su cuerpo larguirucho. No tenía mal aspecto. Al menos, tenía algún rastro de inteligencia. Una buena estadística.

Con gesto rápido, la mujer tomó de nuevo la tarjeta y efectuó una

marca en la esquina superior derecha de la misma, dándole un extraño aspecto de gastada.

– ¿Por qué ha hecho eso?

–No tiene importancia. Ya se lo dirán más adelante, quizás. La mujer señaló un amplio pasillo que conducía hacia la zona de ascensores. Decenas de tipos procedentes de las mesas de recepción se encaminaban hacia allí, eran detenidos por los vigilantes, mostraban sus correspondientes tarjetas y continuaban adelante. Mientras Richards miraba, uno de los vigilantes detuvo a un tipo tembloroso y de facciones hundidas. Tenía todo el aspecto de un adicto al push, y el vigilante le negó el paso. El tipo empezó a llorar y a gritar, pero tuvo que marcharse.

–Éste es un mundo muy duro, muchacho –murmuró la mujer, sin el menor rastro de simpatía en la voz.

Richards se encaminó hacia el pasillo. Detrás de él, la letanía de preguntas y respuestas se iniciaba otra vez.

... Menos 097

Y CONTANDO...

Una mano poderosa y encallecida se posó en su hombro al principio del pasillo, más allá de los mostradores.

–La tarjeta, amigo.

Richards la mostró. El vigilante se relajó. Su rostro, de facciones astutas, casi orientales, reflejaba disgusto.

–Te gusta echar a la gente, ¿verdad? –murmuró Richards–. Eso te da poder, ¿no es cierto?

– ¿Quieres que te ponga en la calle a ti también, gusano?

Richards dejó atrás al vigilante y éste no se movió.

Se detuvo a medio pasillo y se volvió hacia el tipo uniformado.

– ¡Eh, tú! –llamó.

El vigilante le miró con aire belicoso.

– ¿Tienes familia? –le preguntó Ben–. La semana que viene podría tocarte a ti.

– ¡Sigue adelante! –gritó el hombre, enfurecido.

Richards le obedeció con una sonrisa en los labios.

Había una cola de unos veinte candidatos junto a los ascensores. Richards enseñó la tarjeta a uno de los vigilantes, que le observó atentamente.

– ¿Tienes la cabeza dura, muchacho?

–Bastante –replicó Richards, con una sonrisa.

El vigilante le devolvió la tarjeta.

–Pues ya te la ablandarán. Veremos si eres tan valiente con un par de agujeros en la cabeza.

–Tanto como tú si no llevaras ese arma a la cintura –replicó Richards, sonriendo todavía– ¿Quieres probarlo?

Por un instante, creyó que el tipo iba a lanzarse sobre él.

–Ya te arreglarán –dijo el vigilante–. Terminarás arrastrándote de rodillas antes de que acaben contigo.

El vigilante dio el alto a tres tipos que se acercaban y les pidió las tarjetas. El hombre situado delante de Richards se volvió hacia éste. Tenía un aire nervioso e infeliz, y el rizado cabello le sobresalía de la frente como un promontorio.

–Escucha, amigo, no vayas a pelearte con esa gente. Aquí queda registrado todo lo que haces o dices.

– ¿De veras? –replicó Richards, mientras dirigía al hombre una mansa mirada.

El tipo se volvió de nuevo hacia delante.

De pronto, se abrieron las puertas del ascensor. Un vigilante negro con un vientre enorme protegía el plafón de los botones. Al fondo del gran ascensor, en un pequeño cubículo blindado del tamaño de una cabina telefónica, había otro vigilante sentado en un taburete hojeando una revista de perversiones en tres dimensiones. En su regazo tenía una

escopeta de cañones recortados, y junto a ella, dispuesta para ser cargada, había una caja de munición.

– ¡Pasen al fondo! –gritó el gordo, con aire de aburrida importancia–. ¡Al fondo!

Los candidatos se apretaron hasta que a Richards le fue imposible respirar profundamente, encajado por todas partes con aquella triste masa de carne. Subieron al segundo piso y las puertas se abrieron. Richards, que pasaba la cabeza a todos los demás en el ascensor, vio una enorme sala de espera con muchos asientos, dominada por una inmensa pantalla de Libre-Visión. En un rincón había un expendedor automático de tabaco.

– ¡Salgan! ¡Vayan saliendo! ¡Muestren sus tarjetas a la izquierda!

Obedecieron y cada uno enseñó su tarjeta de identificación ante el objetivo impersonal de una cámara. Junto a ésta permanecían tres vigilantes. Por alguna razón, la cámara emitía un zumbido al identificar algunas de las tarjetas, y sus poseedores eran apartados de la cola y devueltos a la calle.

Richards mostró la suya y fue autorizado a seguir. Se acercó a la máquina de cigarrillos, sacó un paquete y tomó asiento lo más lejos posible del Libre-Visor. Encendió un cigarrillo y expulsó el humo entre toses. Llevaba casi seis meses sin fumar un solo pitillo.

... Menos 096

Y CONTANDO...

Casi de inmediato, llamaron para el examen físico a aquellos cuyo apellido empezaba por A. Un par de docenas de candidatos se pusieron de pie y desaparecieron tras una puerta situada junto al Libre-Visor. Sobre la puerta había un gran rótulo que decía POR AQUÍ. Debajo de estas palabras había una flecha que señalaba la puerta. El grado medio de alfabetización de los candidatos era notoriamente bajo.

Cada cuarto de hora, aproximadamente, llamaban una nueva letra. Ben Richards había entrado casi a las cinco, así que calculó que no le llamarían hasta pasadas las ocho. Deseó haberse traído un libro, pero consideró que todo iba bien como estaba. Los libros eran, cuando menos, objetos sospechosos. Sobre todo si los tenía alguien de la otra parte del Canal. Eran más seguras las revistas de perversiones.

Contempló con inquietud el noticiario de las seis (los combates en Ecuador habían empeorado, en la India habían estallado nuevos brotes de violencia caníbal, y los Tigres de Detroit habían vencido a los Gatos Monteses de Harding por 6 a 2 en el partido de la tarde). Cuando se inició el primero de los grandes concursos de la noche, se acercó a la ventana con nerviosismo y contempló el exterior. Abajo, en las aceras, una multitud de hombres y mujeres (la mayoría de ellos técnicos o burócratas de la Cadena, naturalmente) empezaba su deambular en busca de diversiones. Al otro lado de la calle, en una esquina, un Camello Autorizado pregonaba su mercancía. Un hombre pasó por debajo de Richards con una fulana de cada brazo; las mujeres iban envueltas en abrigos de marta cebellina, y los tres iban riéndose.

Le entró una terrible añoranza de Sheila y Cathy. Deseó poder llamarlas, pero consideró que no se lo permitirían. Todavía estaba a tiempo de retirarse, desde luego; varios hombres lo habían hecho ya. Se levantaban, cruzaban la sala de espera con una confusa e imprecisa sonrisa y enfilaban la puerta sobre la que se leía A LA CALLE. ¿Volver a aquel piso, con la pequeña consumida por la fiebre en la habitación contigua? No, imposible. Imposible.

Permaneció un rato más junto a la ventana, y después, volvió a sentarse. Un nuevo concurso, Cave su tumba, estaba ya en el aire.

El tipo sentado junto a Richards le dio un golpecito en el brazo con gesto nervioso.

– ¿Es cierto que eliminan a más de un treinta por ciento en los exámenes físicos?

–No lo sé –replicó.

– ¡Cielo santo! –continuó el hombre–. Yo tengo bronquitis. Quizás en Caminando hacia los billetes...

Richards no sabía qué decir. La respiración del tipo sonaba como un camión lejano que estuviera subiendo una cuesta pronunciada.

–Tengo familia y... –añadió el tipo, con abatida desesperación.

Richards clavó la mirada en el Libre-Visor como si el programa le interesara. El tipo permaneció en silencio un largo rato. A las siete y media, cuando se inició el programa siguiente, Richards le oyó preguntar sobre el examen físico al hombre sentado al otro lado.

En la calle ya había oscurecido. Richards se preguntó si aún seguiría lloviendo. Las horas le parecían muy largas.

... Menos 095

Y CONTANDO...

Pasaban algunos minutos de las nueve y media cuando llamaron a las R. El grupo, Richards incluido, pasó a la sala de observación. Gran parte del nerviosismo inicial había desaparecido, y la mayoría de los candidatos estaban contemplando la Libre-Visión con avidez y sin el temor reverencial de horas antes, o bien dormitaban en sus asientos. El tipo sentado a su lado había sido llamado una hora antes, pues su apellido empezaba por L. Richards se preguntó, ociosamente, si le habrían aceptado.

La sala de observación era grande y sus paredes estaban cubiertas de azulejos, que reflejaban la luz de los fluorescentes del techo. Parecía una cadena de montaje, con varios médicos de aspecto aburrido situados en diversos puntos del recorrido.

Richards se preguntó con amargura si alguno de ellos estaría dispuesto a examinar a su hijita.

Los candidatos mostraron sus tarjetas a otra cámara incrustada en la pared y recibieron la orden de detenerse ante una hilera de percheros. Un médico con una larga bata blanca de laboratorio se acercó a ellos con una tablilla bajo el brazo.

–Desnúdense –dijo–. Cuelguen la ropa en el perchero. Recuerden el número de su colgador e indíquenlo al ordenanza del fondo. No se preocupen por sus objetos de valor. Aquí nadie los quiere.

Objetos de valor. Menuda broma, pensó Richards mientras se desabrochaba la camisa. Llevaba una cartera vacía con algunas fotos de Sheila y Cathy, un recibo de una media suela que se había hecho colocar seis meses atrás, un llavero sin más llave que la de su casa, un calcetín de niño que no recordaba haber dejado allí, y el paquete de tabaco que había sacado de la máquina.

Bajo los pantalones, Richards llevaba unos calzoncillos deshilachados porque Sheila siempre insistía en que se los pusiera. En cambio, la mayoría de los demás iban sin ropa interior. Pronto estuvieron todos desnudos y anónimos, con los penes colgando entre las piernas como olvidadas mazas de guerra. Cada uno llevaba en la mano su tarjeta. Algunos arrastraban los pies como si el suelo estuviera frío, aunque no era así. La sala estaba llena de un suave aroma a alcohol, nostálgico e impersonal.

–Guarden la fila, –indicó el médico de la tablilla–. Y muestren siempre la tarjeta. Sigan las instrucciones.

La cola fue avanzando. Richards advirtió que, a lo largo del recorrido, había un vigilante junto a cada médico. Bajó la mirada y aguardó, en actitud pasiva.

–Tarjeta.

La mostró y el primer médico anotó el número. A continuación, añadió:

–Abra la boca.

Richards la abrió, con la lengua recogida.

El siguiente médico estudió sus pupilas con una pequeña y potente linterna y luego comprobó sus oídos. Después, un tercer médico le colocó en el pecho el frío círculo del estetoscopio.

–Tosa.

Richards tosió. Delante de él, uno de los candidatos había sido descartado y protestaba. Necesitaba el dinero y no podían hacerle aquello. Acudiría a un abogado, si era preciso. El médico movió el estetoscopio de lugar y repitió:

–Tosa.

Richards tosió. El médico le hizo dar media vuelta y le colocó el estetoscopio en la espalda.

–Inspire profundamente y contenga el aire. –Movió el estetoscopio a diversos puntos de la espalda de Ben y añadió–: Exhale.

Richards soltó el aire.

–Pase allí.

Un médico sonriente con un parche en un ojo le tomó la presión. Otro médico, calvo y con la piel del cráneo moteada de grandes pecas oscuras, como si padeciera del hígado, continuó el examen. Tras colocar su fría mano en la ingle de Richards, entre el escroto y el muslo, indicó a éste:

–Tosa.

Richards tosió una vez más.

–Adelante.

Le tomaron la presión y le pidieron que escupiera en un recipiente. Ya había recorrido la mitad de la sala. Dos o tres tipos habían terminado ya y un ordenanza de rostro descolorido y dientes de conejo traía sus ropas en unos cestos de alambre. Otra media docena de candidatos habían sido descartados y conducidos hasta la escalera.

–Inclínese y abra los glúteos.

Richards se inclinó y los abrió. Un dedo envuelto en plástico se introdujo en su recto, lo exploró y se retiró. –Adelante.

Entró en una cabina cerrada con cortinas por tres lados, como las antiguas casillas de votación. Éstas habían sido sustituidas por elecciones mediante ordenador hacía once años. Richards orinó en un recipiente azul. El médico se lo llevó y lo vació en un aparato.

En la siguiente parada, le aguardaba una prueba de visión. –Lea –dijo el médico.

–E–A, L–D, F–S, P, M, Z–K, L, A, C, D–U, S, G, A… –Suficiente. Adelante.

Entró en otra cabina como la anterior y se colocó unos audífonos. Le indicaron que pulsara el botón blanco mientras oyera algo, y el rojo cuando dejara de oírlo. El sonido era muy agudo y débil, como un silbato para perros ajustado precisamente en el umbral auditivo humano. Richards continuó pulsando los botones hasta que le indicaron que se detuviera.

Le hicieron subir a una báscula y luego le examinaron los pies. Le colocaron ante un fluoroscopio después de ponerle un traje protector de plomo. Un médico que mascaba chicle mientras tarareaba algo para sí con escasa entonación tomó varias placas y anotó su número de tarjeta.

Richards había entrado con un grupo de unos veinte. Doce habían llegado hasta el final de la cadena. Algunos ya estaban vestidos y

esperaban el ascensor. Un número similar había sido descartado. Uno de ellos había intentado agredir al médico que le había sacado de la cola y un policía con la porra eléctrica en alto había caído sobre él con toda energía. El tipo había caído al suelo en redondo, como si le hubieran dado un hachazo.

Hicieron subir a Richards a una tarima y le preguntaron si había padecido alguna de una lista de cincuenta enfermedades.

La mayor parte de ellas eran de naturaleza respiratoria. El médico le miró con atención cuando Richards dijo que había un caso de gripe en la familia.

– ¿Su esposa?

–No, mi hija.

– ¿Edad?

–Dieciocho meses.

– ¿Está usted inmunizado? ¡No intente mentir! –gritó el médico de pronto, como si Richards ya lo hubiese intentado–. Comprobaremos su historial sanitario.

–Inmunizado en julio de dos mil veintitrés. Dosis suplementaria en septiembre de dos mil veintitrés. Centro sanitario del barrio.

–Adelante.

Richards sintió el súbito impulso de abalanzarse sobre la mesa y apretarle el cuello a aquel gusano, pero obedeció y siguió adelante.

En la última parada, una doctora de aire adusto con el cabello pelado al rape y un exprimidor eléctrico en el oído le preguntó si era homosexual.

–No.

– ¿Le han detenido alguna vez por delitos mayores?

–No.

– ¿Tiene alguna fobia intensa? Me refiero a si…

–No.

–Es mejor que escuche la definición –insistió la mujer, con aire de leve condescendencia–. Se trata de…

–… si tengo algún miedo inusual o irracional, como la claustrofobia o la agorafobia, ¿no es eso? No.

La doctora apretó los labios y, por un instante, pareció tentada de hacer algún comentario punzante.

– ¿Utiliza o ha utilizado alguna droga adictiva o alucinógena?

–No.

– ¿Tiene algún pariente que haya sido detenido bajo la acusación de crímenes contra el Gobierno o contra la Cadena?

–No.

–Firme este juramento de lealtad y este juramento de liberación de responsabilidades para la Comisión de Concursos, señor…, hum, Richards.

Estampó su firma.

–Muéstrele al ordenanza la tarjeta y dígale el número…

Dejó a la mujer a media frase y le hizo un gesto con el pulgar al ordenanza, un tipo de dientes salientes.

–Número veintiséis, Bugs.

El tipo le trajo sus cosas. Richards se vistió lentamente y se encaminó

hacia el ascensor. Notaba el ano caliente y alborotado, violado, un poco resbaladizo a causa del lubricante utilizado por el médico.

Cuando estuvieron todos reunidos, se abrió la puerta del ascensor. La casilla blindada estaba vacía esta vez. El vigilante junto a los botones era un tipo delgado con una gran marca junto a la nariz.

–Pasen al fondo –iba diciendo–. Pasen al fondo.

Mientras se cerraba la puerta, Richards vio que por el otro extremo de la sala entraban las S. El médico de la tablilla se acercaba al grupo. Luego, la puerta terminó de cerrarse y no alcanzó a ver nada más.

Subieron al tercer piso y la puerta dio paso a un enorme dormitorio semi-iluminado. Filas y filas de estrechos catres de hierro y lona parecían extenderse hasta el infinito.

Dos vigilantes empezaron a anotar sus números, asignándole un catre a cada uno conforme iban saliendo. A Richards le dieron el 940. El lecho tenía una manta marrón y una almohada muy delgada. Richards se tumbó y dejó caer los zapatos al suelo. Los pies le colgaban fuera del catre, pero no podía hacer nada al respecto.

Cruzó los brazos bajo la cabeza y fijó la mirada en el techo.

... Menos 094

Y CONTANDO...

Un potente timbre eléctrico le despertó súbitamente a las seis de la mañana siguiente. Por un instante permaneció desorientado, sin reconocer dónde estaba, y se preguntó si Sheila habría comprado un despertador o algo parecido. Entonces recordó el día anterior y se incorporó.

En grupos de cincuenta, fueron conducidos a un cuarto de baño industrial donde mostraron la tarjeta a una cámara protegida por un vigilante. Richards se dirigió a una casilla de baldosas azules que contenía un espejo, un lavamanos, una ducha y un retrete. En un estante, sobre el lavamanos, había una hilera de cepillos de dientes envueltos en celofán, una máquina de afeitar eléctrica, una pastilla de jabón, y un tubo de pasta de dientes a medio usar. Un rótulo en una esquina del espejo decía:

¡RESPETE ESTA PROPIEDAD!

Debajo, alguien había garabateado:

¡YO SÓLO RESPETO MI CULO!

Richards se duchó, se secó con una toalla colocada sobre el depósito de agua del retrete, se afeitó y se peinó.

Les llevaron a la cafetería, donde volvieron a enseñar sus tarjetas de identificación. Richards tomó una bandeja y la empujó sobre las barras de acero inoxidable. Le dieron una caja de cereales, un plato de patatas fritas grasientas, un cucharón de huevos revueltos, una tostada fría y dura como la losa de una tumba, un vaso de leche, una taza de café turbio sin crema, un sobre de azúcar, otro de sal y un poco de falsa mantequilla en un pedazo de papel oleoso.

Devoró la comida. Todos lo hicieron. Para Richards, era su primera comida de verdad, aparte de los grasientos pedazos de pizza y de las píldoras gubernamentales, en Dios sabía cuánto tiempo. Sin embargo, resultaba extrañamente sosa, como si algún chef vampiro le hubiera chupado en la cocina todo el sabor, dejándola reducida a los meros productos nutritivos.

¿Qué estarían comiendo ellas esa mañana? Píldoras de algas y falsa leche para la niña. Un repentino sentimiento de desesperación le invadió. ¡Señor!, ¿cuándo empezarían a ver dinero? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿La semana siguiente?

O quizás eso era también un truco, un señuelo. Quizás no iba a haber ningún arco iris, y mucho menos una olla de oro al final de éste.

Permaneció sentado, con la mirada en su plato vacío, hasta que el timbre eléctrico volvió a sonar, a las siete en punto, y le enviaron con los demás hacia los ascensores.

... Menos 093

Y CONTANDO...

En el cuarto piso, el grupo de Richards fue el primero en ser conducido a una gran habitación sin muebles en cuyas paredes se abría algo parecido a bocas de buzón. Volvieron a mostrar sus tarjetas y las puertas del ascensor se cerraron con un suspiro a sus espaldas.

Un tipo enjuto con una incipiente calvicie y el emblema de la Comisión de Concursos (la silueta de una cabeza humana superpuesta a una antorcha) en su bata blanca entró en la habitación.

–Desnúdense y saquen todos los objetos de valor de sus ropas –dijo–. Luego, tiren éstas en las ranuras del incinerador. Se les facilitarán monos de trabajo a cargo de la Comisión. –Después, con una sonrisa magnánima, añadió–: Podrán ustedes conservar esos monos, sea cual fuese la resolución final de la Comisión.

Hubo algunos gruñidos, pero todo el mundo obedeció.

–Apresúrense –dijo el hombre, mientras daba un par de palmadas como un maestro de escuela que señalara el final del recreo–. Nos queda mucho por delante.

– ¿Usted también va a ser concursante? –preguntó Richards.

El hombre le dedicó una mirada de desconcierto. Al fondo, alguien rió disimuladamente.

–No importa –añadió Richards, mientras se quitaba los pantalones.

Sacó sus míseros objetos de valor e introdujo la camisa, los pantalones y los calzoncillos por una de las ranuras. Abajo, a considerable distancia, se produjo un breve y voraz destello de llamas.

Se abrió la puerta del otro extremo (siempre había una puerta en el otro extremo: eran como ratas en un enorme laberinto escalonado piso a piso; un laberinto norteamericano, pensó Richards) y unos hombres entraron unas grandes cestas rodantes, cada una de ellas con monos de una talla distinta. Los había pequeños, medianos, grandes y extra grandes. Richards escogió uno de estos últimos por su estatura; pensó que le vendría ancho de hombros, pero se ajustó perfectamente a él. El tejido era suave, adherente, casi sedoso, aunque más resistente que la seda. Una única cremallera de nailon recorría la prenda de arriba abajo. Todos los monos eran de color azul marino y llevaban en el bolsillo superior del costado derecho el emblema de la Comisión. Al ver que todo el grupo lo llevaba, Ben Richards sintió que había perdido su rostro.

–Por aquí –les indicó el hombre, haciéndoles pasar a otra sala de espera. El inevitable Libre-Visor parloteaba sin cesar–. Serán llamados en grupos de a diez.

La puerta situada detrás del Libre-Visor llevaba otro rótulo que decía POR AQUÍ, acompañado de otra flecha.

Tomaron asiento. Al cabo de un rato Richards se levantó y se acercó a la ventana. Ahora estaban más arriba, pero seguía lloviendo. Las calles aparecían húmedas, negras y resbaladizas. Se preguntó qué estaría

haciendo Sheila.

... Menos 092

Y CONTANDO...

Pasó por la puerta con su grupo de diez a las diez y cuarto. Entraron en fila india y enseñaron sus tarjetas. En la estancia había diez cabinas con paneles por los tres lados, pero esta vez daban un aspecto de mayor solidez. Los tabiques estaban confeccionados con paneles de corcho anti-acústicos. La luz general era suave e indirecta. Se oía música ambiental procedente de unos altavoces ocultos. En el suelo había una alfombra de felpa; los pies de Richards parecieron extrañados ante una superficie que no era asfalto.

El hombre delgado le había dicho algo.

– ¿Qué? –respondió mientras parpadeaba.

–Cabina seis –repitió el hombre, con aire de reprobación.

– ¡Ah!

Acudió a la cabina seis. Dentro había una mesa y, detrás de ésta, un gran reloj de pared situado al nivel de la vista. Sobre la mesa vio un afilado lápiz de la G. A. y la IBM, junto a un puñado de hojas de papel en blanco. Una mala nota, pensó Richards.

Junto a todo ello había una deslumbrante sacerdotisa de la era de los ordenadores, una mujer rubia, alta como una Juno, con unos pantalones muy cortos iridiscentes que marcaban claramente el bulto en forma triangular de su pubis. Los pezones erectos de sus pechos asomaban gallardamente entre la malla de su blusa de seda.

–Siéntese, por favor –dijo la mujer–. Soy Rinda Ward, y voy a encargarme de sus test.

Le tendió la mano y Richards la estrechó mientras se presentaba:

–Benjamín Richards.

– ¿Puedo llamarle Ben?

La sonrisa era seductora pero impersonal. Ben notó exactamente la oleada de deseo que se suponía que debía sentir ante aquella estupenda mujer que exhibía ante él su cuerpo bien alimentado. Se sintió furioso y se preguntó si la rubia se excitaría así, exhibiéndose ante los pobres desgraciados camino del desolladero.

–Desde luego –respondió–. Buenas tetas.

–Gracias –dijo ella, sin inmutarse.

Ahora, Richards estaba sentado y tenía que levantar la cabeza para mirar a la mujer, que permanecía de pie, lo cual daba un ángulo todavía más incómodo a la vista.

–Las pruebas de hoy son a sus facultades mentales lo que los exámenes físicos de ayer a su cuerpo –prosiguió la mujer–. Serán bastante largas, y le serviremos la comida hacia las tres de la tarde, suponiendo que las pase.

La sonrisa aparecía y desaparecía del rostro de la mujer.

–La primera parte es de capacidad verbal –continuó–. Tiene una hora para rellenar el cuestionario. Puede hacer preguntas durante el test, y yo

las responderé si estoy autorizada a hacerlo. Sin embargo, no le daré ninguna respuesta a las preguntas del cuestionario, ¿entendido?

—Sí.

Richards recibió el cuadernillo con las cuestiones. En la portada había una gran mano roja con la palma abierta. Debajo, en grandes letras rojas, decía:

¡ALTO!

No vuelva la página hasta que su instructor se lo indique

–Fuerte… –murmuró Richards.

– ¿Cómo dice?

Las cejas perfectamente marcadas de la mujer se enarcaron en un signo de desconcierto.

–Nada.

–Cuando abra el cuadernillo encontrará una hoja para las contestaciones –recitó ella–. Marque sus respuestas en negro, con trazos fuertes. Si desea cambiar alguna respuesta, bórrela por completo. Si no conoce una respuesta, no intente adivinarla, ¿entendido?

–Sí.

–Entonces, pase a la página uno y empiece. Cuando le diga basta, deje el lápiz y cierre el cuaderno. Puede empezar.

Richards no lo hizo, sino que repasó con la mirada el cuerpo de la mujer, lenta e insolentemente. Al cabo de un instante, ella se ruborizó.

–Ya ha empezado su tiempo, Ben. Será mejor que…

– ¿Por qué todo el mundo piensa que tratar con un tipo del otro lado del Canal equivale a hacerlo con un tarado mental? –la interrumpió él.

Ahora, la mujer estaba absolutamente turbada.

–Yo… Yo no…

–Claro. Seguro que no. –Richards sonrió y tomó el lápiz entre los dedos–. ¡Dios mío, la gente está chiflada!

Se concentró en el test mientras ella buscaba una respuesta o, incluso, una razón para su ataque; probablemente, la mujer no había comprendido nada.

La primera parte consistía en marcar la letra de la solución correspondiente al espacio en blanco en unas frases. Por ejemplo:

1. Una no hace verano
a. idea
b. cerveza
c. golondrina
d. ofensa
e. ninguna de las anteriores

Rellenó rápidamente la hoja correspondiente, sin apenas detenerse a deliberar o pensarse dos veces una respuesta. Después venían unas preguntas sobre vocabulario y unos contrastes de palabras. Cuando terminó, todavía quedaban quince minutos para la hora. La mujer le hizo guardar el test, pues legalmente él no podía entregárselo hasta transcurrida la hora, así que Richards se recostó en su asiento y volvió a

repasar su cuerpo casi desnudo, sin una palabra. El silencio se hizo denso y opresivo, cargado. La vio desear algo con que cubrirse, y eso complació a Richards.

Cuando se cumplió la hora, ella le entregó un segundo cuadernillo. En la primera página había un dibujo de un carburador de gasolina. Debajo decía:

¿Dónde pondría este objeto?
a. En una segadora de césped
b. En un Libre-Visor
c. En una hamaca eléctrica
d. En un automóvil
e. En ninguno de los anteriores

El tercer cuadernillo era sobre cuestiones matemáticas. Con los números no era tan bueno, y empezó a sudar ligeramente al ver que el reloj corría. Al final estaba muy acalorado, y no alcanzó a contestar la última pregunta por falta de tiempo. Rinda Ward sonrió ligeramente en exceso al retirarle el test y la hoja de respuestas.

–Aquí no ha sido tan rápido, Ben.

–Pero estará bien todo lo que he hecho –respondió con una nueva sonrisa Richards, al tiempo que se inclinaba hacia delante y le lanzaba un repentino azote en las nalgas–. Tómate un baño, pequeña. Lo has hecho muy bien.

–Podría hacer que le descalificaran –replicó ella, roja de furia.

–Bobadas. No harías más que buscarte el despido.

–Largo. Vuelva con los demás –masculló la mujer, al borde de las lágrimas.

Richards sintió algo parecido a compasión, pero rechazó tal sentimiento.

–Que pases una buena noche –murmuró–. Vete a tomar una cena de seis platos con el tipo que se acueste contigo esta semana y piensa en mi pequeña, que se muere de gripe en un piso miserable de tres piezas, al otro lado del Canal.

Richards se fue dejándola muda y pálida, con la mirada clavada en su espalda.

El grupo de diez había quedado reducido a seis, que pasaron a la sala siguiente. Era la una y media.

... Menos 091

Y CONTANDO...

El médico sentado al otro lado de la mesa en la pequeña cabina llevaba gafas de gruesos cristales. Tenía una desagradable sonrisa de complacencia que le recordó a Richards a un retrasado mental que había conocido de pequeño. Al tipo le gustaba meterse bajo las gradas del campo de deportes de la escuela para verles las bragas a las chicas mientras se masturbaba. Richards se sonrió.

– ¿Es algo divertido? –preguntó el médico, al tiempo que le mostraba la primera mancha de tinta.

La desagradable sonrisa se hizo un ápice más abierta.

–Sí. Me recuerda usted a alguien que conocí.

– ¡Ah! ¿A quién?

–No tiene importancia.

–Muy bien. ¿Qué ve aquí?

Richards miró donde le indicaba. Alrededor del brazo derecho llevaba un aparato de tomar la presión, y le habían adherido a la cabeza unos electrodos. Tanto éstos como aquél iban conectados mediante cables a una consola situada cerca del médico. En el visor del ordenador aparecía una línea ondulada.

–Dos negras. Besándose.

El médico le mostró la segunda mancha de tinta.

– ¿Y aquí?

–Un coche deportivo. Parece un Jaguar.

– ¿Le gustan los coches a gasolina?

–Tenía una colección de modelos a escala cuando era pequeño –respondió Richards encogiendo los hombros.

El médico efectuó una anotación y levantó otra cartulina.

–Una enferma. Está tendida de lado. Las sombras de su rostro parecen los barrotes de una celda.

–Vamos con la última. Richards se echó a reír.

–Parece un montón de mierda.

Se imaginó al médico con su bata blanca corriendo bajo las gradas del campo de deportes, mirando bajo las faldas de las chicas y masturbándose, y se echó a reír otra vez. El médico sonrió de nuevo con su desagradable mueca, haciendo más real lo que Richards imaginaba. Y más gracioso. Por fin, sus risas se redujeron a un par de jadeos. Hipó una vez más y calló.

–Supongo que no querrá decirme...

–No –replicó Richards–. No quiero.

–Entonces, sigamos adelante. Asociaciones de palabras.

No se molestó en explicarle la prueba. Richards supuso que ya estaba corriendo la voz. Magnífico: así ahorraría tiempo.

– ¿Preparado?

–Sí.

El médico sacó un cronómetro de un bolsillo, lo puso en marcha, preparó el bolígrafo y estudió una lista de palabras que tenía frente a sí.

–Doctor. –Negro –respondió Richards.

–Pene. –Polla.

–Rojo. –Negro.

–Plata. –Puñal.

–Fusil. –Muerte.

–Ganar.–Dinero.

–Sexo. –Test.

–Falta. –Gol.

La lista continuó; más de cincuenta palabras hasta que el médico paró el cronómetro y dejó el bolígrafo.

–Bien –dijo. Juntó las manos y estudió a Richards con gesto grave–. Una última pregunta, Ben. No voy a decir que reconozco una mentira en cuanto la oigo, pero la máquina a la que está conectado nos dará un resultado muy fiable en uno u otro sentido. ¿Intenta alcanzar la categoría de concursante por motivaciones suicidas?

–No.

–¿Por qué razón, entonces?

–Tengo a mi hijita enferma. Necesita un médico. Y medicinas. Y atención hospitalaria.

–¿Algo más?

El médico hizo otra anotación.

Richards estuvo a punto de decir que no (no era asunto suyo), pero luego decidió continuar. Quizá fue porque aquel médico se parecía tanto al pobre retrasado de su juventud. O quizá porque tenía que decirlo una vez para que tomara cuerpo y forma concreta, como sucede cuando un hombre se obliga a traducir en palabras una reacción emocional no madurada. Por eso añadió:

–Hace mucho que no trabajo. Y quiero volver a hacerlo, aunque sólo sea como incauto pichón de un concurso con trampa. Quiero trabajar y mantener a mi familia. Tengo mi orgullo. ¿Tiene usted orgullo, doctor?

–El exceso de confianza y vanidad trae el infortunio –sentenció el médico mientras tapaba y guardaba el bolígrafo–. Si no tiene más que añadir, señor Richards...

Se puso en pie. Eso y el retorno al apellido indicaban que la entrevista había terminado, tanto si tenía algo más que decir como si no.

–No.

–La puerta está al fondo del pasillo, a la derecha. Buena suerte.

–Claro –dijo Richards.

... Menos 090

Y CONTANDO...

El grupo con el que había entrado se había reducido a cuatro. La nueva sala de espera era mucho más reducida. La masa de la noche anterior también había quedado reducida en ese sesenta por ciento, más o menos. Los últimos de las Y y las Z entraron a las cuatro y media. A las cuatro, un ordenanza había repartido unos bocadillos insípidos. Richards tomó dos y se sentó a engullirlos mientras escuchaba a un tipo llamado Rottenmund, que regaló los oídos de Richards y un puñado más con una retahíla al parecer interminable de anécdotas obscenas.

Cuando el grupo estuvo completo, fueron conducidos a un ascensor que les llevó al quinto piso. Una gran sala común, unos aseos comunales y la inevitable fábrica de sueños con sus hileras de catres constituían sus aposentos. Les informaron de que al otro extremo del pasillo, en la cafetería, se serviría una cena caliente a las siete.

Richards permaneció sentado unos minutos; después se levantó y se acercó al vigilante que montaba guardia en la puerta por la que habían entrado.

–¿Hay algún teléfono por aquí, amigo?

No esperaba que le permitieran llamar, pero el vigilante se limitó a señalar el pasillo con el pulgar.

Richards abrió un poco la puerta y echó un vistazo. Claro que había teléfono. De pago.

Volvió a mirar al vigilante.

–Escuche, si me presta cincuenta centavos para una llamada, yo...

–Lárgate, pobre diablo.

Richards contuvo su reacción.

–Quiero llamar a mi mujer. Nuestra hija está enferma. Póngase en mi lugar, por el amor de Dios.

El vigilante se echó a reír con un graznido breve y desagradable.

–Sois todos iguales. Un cuento para cada día del año. Technicolor y tres dimensiones por Navidad y el Día de la Madre.

–Cerdo –murmuró Richards, y algo en su mirada, en el gesto de sus hombros, hizo que el vigilante volviera de pronto la vista a la pared–. ¿Tú no estás casado? ¿No te has encontrado nunca sin dinero y has tenido que pedir prestado, aunque hacerlo pareciera llenarte la boca de mierda?

El hombre se llevó súbitamente la mano al bolsillo y sacó un puñado de monedas de plástico. Lanzó dos Nuevos Cuartos de Dólar, volvió a poner el resto en el bolsillo y asió a Richards por el mono.

–Si envías a alguien más aquí porque Charlie Grady es un blando, te voy a machacar tus malditos sesos, gusano.

–Gracias –replicó Richards con firmeza–. Por el préstamo.

Charlie Grady soltó una carcajada y le dejó pasar. Richards salió al pasillo, descolgó el teléfono e introdujo el dinero en la ranura. Cayó con ruido hueco y, por un instante, no sucedió nada. «¡Jesús, todo por nada!»,

pensó. Entonces oyó el sonido de marcar. Marcó el teléfono del vestíbulo del quinto piso con la esperanza de que no se pusiera la maldita señora Jenner, la vecina del rellano. Seguro que, si reconocía su voz, la bruja gritaría en seguida que se equivocaba de número y él habría perdido su dinero.

El timbre sonó seis veces hasta que una voz desconocida respondió:

–¿Hola?

–Quiero hablar con Sheila Richards, puerta cinco.

–Creo que ha salido –dijo la voz, en tono insinuante–. Anda arriba y abajo por el bloque, ¿sabe? Tienen una hija enferma y el marido es un inútil.

–Llame a la puerta, por favor –dijo él con la boca como de algodón.

–Espere.

Al otro lado de la línea, el teléfono golpeó la pared cuando la voz desconocida lo dejó caer. Apagada y lejana, como en un sueño, oyó la voz que llamaba y gritaba:

–¡Teléfono! ¡Teléfono para usted, señora Richards!

Medio minuto después, la voz desconocida volvió al aparato. –No está. He oído llorar a la niña, pero ella no está. Como le decía, siempre está esperando a que lleguen los marineros… La voz emitió una risita.

Richards deseó poder teleportarse por la línea telefónica y aparecer al otro extremo de la línea, como un genio malvado de una lámpara negra, y apretarle el cuello a aquella voz hasta que los ojos le saltaran de las cuencas y rodaran por el suelo.

–Tome un mensaje –dijo–. Escríbalo en la pared, si es preciso.

–No tengo lápiz. Voy a colgar. Adiós.

–¡Espere! –gritó Richards con un tono de pánico en la voz.

–Voy a… ¡Un momento! –De mala gana, la voz añadió–: Sube por la escalera ahora mismo.

Richards se apoyó en la pared, sudoroso. Un instante después, la voz de Sheila llegó a sus oídos inquisitiva, precavida y un tanto atemorizada:

–¿Diga?

–Sheila… Cerró los ojos y dejó que la pared le sostuviera.

–¡Ben! ¿Ben, eres tú? ¿Estás bien?

–Sí, muy bien. ¿Y Cathy? ¿Está…?

–Igual. No tiene tanta fiebre, pero suena tan acatarrada…

Ben, creo que tiene agua en los pulmones. ¿Y si tiene una pulmonía?

–Se pondrá bien. Se pondrá bien.

–Yo… –Sheila hizo una larga pausa–. Lamento dejarla sola, pero he tenido que hacerlo. Esta mañana he hecho dos clientes. Lo siento, Ben, pero así le he conseguido un poco de medicina en la tienda. Medicina buena.

La voz de la mujer había adoptado un tono elevado, evangélico.

–Todos esos fármacos son basura –dijo él–. Escucha, Sheila, no le des más, por favor. Creo que me van a escoger. De verdad. Ya no pueden echar a mucha gente más, porque hay muchos espectáculos que cubrir. Necesitan suficiente carne de cañón para todos. Y dan adelantos, me parece. La señora Upshaw…

–Vestida de negro tiene un aspecto horrible –interrumpió Sheila en tono

monocorde.

–Eso no importa. Quédate con Cathy, Sheila. No más clientes.

–Está bien. No saldré más. –Sin embargo, él no la creyó. «¿No tendrás los dedos cruzados, verdad, Sheila?»–. Te quiero, Ben.

–Y yo a...

–Los tres minutos han terminado –interrumpió la telefonista–. Si desea continuar, deposite un nuevo cuarto de dólar o tres viejos cuartos.

–¡Espere un momento! –gritó Richards–. Salga de la maldita línea, zorra. Salga...

El murmullo vacío de la conexión interrumpida.

Lanzó el auricular contra el suelo. El cable dio de sí cuanto podía y lo trajo de rebote. El auricular dio contra la pared y quedó colgando atrás y adelante como un péndulo, como una extraña serpiente que hubiera mordido una vez para morir a continuación.

«Alguien va a pagar por eso», pensó ciegamente Richards mientras volvía a la sala. «Alguien va a pagar».

... Menos 089

Y CONTANDO...

Permanecieron en el quinto piso hasta las diez de la mañana del día siguiente. Richards ya estaba casi desquiciado de furia, preocupación y frustración, cuando un tipo joven con un ligero aspecto de marica y vestido con un ajustado uniforme de la Comisión de Concursos le pidió que se dirigieran al ascensor.

Serían quizás unos trescientos en total. Más de sesenta candidatos habían sido tachados sin ruido y sin dolor la noche anterior. Uno de ellos había sido el tipo de la interminable cantinela de chistes obscenos.

Fueron conducidos a un pequeño auditorio del sexto piso, en grupos de cincuenta. El auditorio era lujoso, tapizado con gran profusión de terciopelo rojo. Había un cenicero en el apoyabrazos –de madera auténtica– de cada asiento. Richards sacó su paquete de cigarrillos, encendió uno y tiró la ceniza al suelo.

En la parte frontal había un pequeño estrado, y en el centro de éste, un atril. Sobre él, una jarra de agua.

A las diez y cuarto, el tipo de aire amariconado se adelantó hasta el atril y anunció:

–Tengo el honor de presentarles a Arthur M. Burns, director adjunto de Concursos.

–¡Hurra! –dijo una voz detrás de Richards, en tono agrio.

Un tipo de aire majestuoso, con una tonsura circundada de canas, se acercó al atril; cuando llegó hasta él, hizo una pausa e inclinó la cabeza como si degustara una salva de aplausos que sólo él oía. Después dedicó a todos una sonrisa franca y deslumbradora que pareció transformarle en un Cupido rechoncho y senil, vestido con traje de negocios.

–Felicidades –dijo–. ¡Lo han conseguido!

Se oyó un enorme suspiro colectivo, seguido de unas risas y golpecitos de felicitación en la espalda. Se encendieron más cigarrillos.

–¡Hurra! –repitió la voz agria.

–En breve les repartiremos un sobre en el que consta el programa para el que han sido seleccionados y el número de sus respectivas habitaciones del séptimo piso. Los productores ejecutivos de cada programa les explicarán con detalle lo que se espera de ustedes. Sin embargo, antes de proceder a ello, deseo reiterarles mi felicitación y decirles que les considero un grupo valiente y animoso, dispuesto a no recurrir al seguro de paro cuando tiene a su disposición los medios precisos para obtener el reconocimiento general como hombres de pies a cabeza, e incluso diría, personalmente, como auténticos héroes de nuestro tiempo.

–Bobadas –masculló la voz agria.

–Permítanme que, en nombre de la Comisión de Concursos, les desee buena suerte y mucho éxito. –Arthur M. Burns dibujó una sebosa sonrisa y se frotó las manos. Bien, comprendo que están ansiosos por conocer sus destinos, así que les ahorraré el resto de la charla.

De inmediato se abrió una puerta lateral y una docena de ordenanzas de la Comisión, vestidos con túnicas rojas, entraron en el auditorio y empezaron a cantar nombres. Los sobres blancos fueron repartiéndose y pronto cubrieron el suelo como confeti. Cada uno leyó la tarjeta de plástico con el programa asignado y lo comentó con el vecino o el recién conocido. Hubo risitas, murmullos y gruñidos. Arthur M. Burns presidió el reparto desde su podio, sonriendo con benevolencia.

–Ese condenado Entre en calor... ¡Señor, yo no soporto las cosas calientes!

–... ¡Ese maldito programa tiene una audiencia mínima! ¡Si sale justo después de los dibujos animados, por el amor de Dios... !

–... ¡Vaya, Caminando hacia los billetes! No sabía que tuviera el corazón...

–. .. Yo esperaba conseguirlo, pero realmente no pensaba que...

–... ¡Eh, Jake!, ¿has visto alguna vez El baño de los cocodrilos?...

–... Nada de lo que yo esperaba...

–... No creo que se pueda...

–... Y La carrera de las armas...

–¡Benjamín Richards! ¡Ben Richards!

–¡Aquí!

Le entregaron un sobre blanco sin ninguna indicación y lo abrió. Le temblaban ligeramente los dedos y le costó dos intentos sacar la pequeña tarjeta de plástico. Frunció el ceño al leerla, sin comprender nada. No habían anotado ningún programa. Lo único que podía leerse era la indicación ASCENSOR NÚMERO SEIS.

Guardó la tarjeta en el bolsillo superior del mono, junto a la tarjeta de identificación, y salió del auditorio. Al fondo del pasillo, los cinco primeros ascensores estaban muy ocupados transportando al séptimo piso a los concursantes de la semana siguiente. Junto a la puerta del ascensor número 6 había cuatro individuos más, y Richards reconoció a uno de ellos como el poseedor de la voz agria.

–¿Qué significa esto? –preguntó Richards–. ¿Van a echarnos a la calle?

El hombre de la voz agria tenía unos veinticinco años y no era feo. Estaba impedido de un brazo, probablemente a causa de la polio, que había reaparecido con fuerza en 2005 afectando especialmente a Co-op City.

–No tendremos tanta suerte –dijo el hombre, con una risa hueca–. Creo que nos han escogido para los concursos de mucho dinero. Esos en los que te hacen algo más que dejarte en un hospital con un fallo cardiaco, o donde puedes perder un ojo, un brazo o los dos. Vamos a los concursos donde le matan a uno. Máxima audiencia, amigo.

Se les unió un sexto tipo, un muchacho de aspecto agradable que parpadeaba con aire sorprendido ante cualquier cosa.

–Hola, incauto –le saludó el tipo de la, voz agria.

A las once en punto, cuando todos los demás hubieron desaparecido, se abrieron las puertas del ascensor 6. En la cabina blindada volvía a haber un vigilante.

–¿Lo ves? –murmuró el tipo de la voz agria–. Somos gente peligrosa. Enemigos públicos. Y van a acabar con nosotros.

Puso una ruda mueca de auténtico gángster y roció la cabina blindada con una ráfaga imaginaria de ametralladora. El vigilante le contempló con aire inexpresivo.

... Menos 088,

Y CONTANDO...

La sala de espera del octavo piso era muy pequeña, íntima y privada. Estaba tapizada de terciopelo y Richards la estudió con detalle.

Al salir del ascensor, tres de los candidatos habían sido conducidos hacia otro pasillo por tres vigilantes. Richards, el hombre de la voz agria y el muchacho del parpadeo habían quedado solos.

Una recepcionista, que a Richards le recordó vagamente a alguna de las antiguas estrellas sexy (¿Liz Kelly? ¿Grace Taylor?) de la antigua televisión que miraba de niño, les dedicó una sonrisa cuando entraron. Estaba sentada tras un escritorio en un rincón, rodeada de tantas plantas que parecía ocultarse en una trinchera tropical.

–Señor Jansky –dijo la muchacha, con una sonrisa deslumbradora–. Haga el favor de pasar.

El muchacho del parpadeo entró en el sanctasanctórum por una puerta situada cerca del escritorio. Richards y el otro hombre, cuyo nombre era Jimmy Laughlin, iniciaron una circunspecta conversación. Richards descubrió que Laughlin vivía a sólo tres bloques del suyo, en la calle Dock. Había tenido un empleo por horas hasta el año anterior como limpiador de motores de la General Atomics, pero le habían despedido por participar en una sentada de protesta contra la ineficacia de los trajes protectores contra la radiación.

–Bien, por lo menos estoy vivo –decía–. Según esos gusanos, eso es lo que cuenta. Soy estéril, por supuesto, pero eso no cuenta. Es uno de los pequeños riesgos que se corren por ese sueldo principesco de siete Nuevos Dólares al día.

Una vez despedido por la General Atomics, el brazo impedido le había dificultado hallar otro empleo. Su esposa había enfermado de asma dos años atrás y estaba ahora en cama.

–Así que, finalmente, me decidí a ir a por el primer premio –añadió Laughlin con una amarga sonrisa–. Quizá consiga llevarme a unos cuantos por delante antes de que los chicos de McCone me agarren.

–¿De veras crees que...?

–El fugitivo. Apuesta lo que quieras a que sí. Invítame a uno de esos infectos cigarrillos, amigo.

Richards le ofreció uno.

Se abrió la puerta y el chico del parpadeo salió del brazo de una hermosa muñeca vestida apenas con dos pañuelos y una plegaria. El muchacho les dirigió una sonrisa breve y nerviosa antes de desaparecer.

–¿Señor Laughlin? ¿Quiere entrar, por favor?

Richards quedó solo, a excepción de la recepcionista, que había desaparecido de nuevo en su madriguera.

Se levantó y avanzó hasta el expendedor automático de cigarrillos del rincón. El tabaco era gratis, y Richards se dijo que Laughlin debía de estar en lo cierto. La máquina ofrecía también Dokes. Tomó un paquete de

Blams, se sentó y lo encendió. Sí, volvió a decirse. Debían de haber llegado a la Primera División.

Unos veinte minutos después, Laughlin salió con una rubia ceniza del brazo. .

–Una amiga del trabajo –le dijo a Richards, señalando a la rubia. Ella sonrió con prontitud. Laughlin parecía apenado–. Al menos, el muy cerdo habla claro. Ya nos veremos.

Laughlin se fue, y la recepcionista sacó la cabeza de su trinchera.

–¿Señor Richards? ¿Quiere entrar, por favor?

Richards entró.

... Menos 087

Y CONTANDO...

El despacho era lo bastante espacioso para jugar en él un partido de matabol. Estaba dominado por una enorme ventana panorámica que ocupaba toda una pared y ofrecía una vista hacia poniente de las casas de la clase media, los almacenes y depósitos de los muelles y el propio lago Harding, al fondo. El cielo y las aguas tenían el mismo tono grisáceo, y todavía estaba lloviendo. A lo lejos, un gran carguero pasaba de derecha a izquierda.

El hombre situado al otro lado del escritorio era de mediana estatura y piel muy negra. Tan negra, de hecho, que por un instante a Richards le pareció casi irreal. Parecía salido de uno de esos espectáculos antiguos en que actuaban blancos maquillados de negros.

–Señor Richards...

El hombre se levantó y le tendió la mano por encima del escritorio. No pareció demasiado sorprendido de que Richards no le devolviera el saludo. Sencillamente, retiró la mano y se sentó.

Frente al escritorio había otro asiento. Richards se acomodó en él y aplastó la colilla de su cigarrillo en un cenicero que lucía el emblema de la Comisión.

–Soy Dan Killian, señor Richards. Probablemente, ya habrá adivinado por qué está aquí. Nuestros datos y los test indican que es usted un hombre inteligente.

Richards juntó las manos y esperó.

–Ha sido declarado candidato a concursante de El fugitivo, señor Richards. Nuestro concurso número uno, el más lucrativo y el más peligroso para los participantes. Tengo el impreso de consentimiento definitivo aquí, sobre el escritorio, y no tengo ninguna duda de que lo firmará. Sin embargo, antes quiero explicarle por qué le hemos seleccionado, y quiero que entienda bien en qué se está metiendo.

Richards no dijo nada.

Killian tomó el informe depositado en la inmaculada superficie del escritorio. Richards alcanzó a leer su nombre mecanografiado en la tapa. Killian lo abrió.

–Benjamín Stuart Richards. Veintiocho años, nacido el ocho de agosto de mil novecientos noventa y siete, en ciudad de Harding. Escuela de Oficios Manuales de Ciudad–Sur desde septiembre de dos mil once hasta diciembre de dos mil trece. Suspendido dos veces por falta de respeto a la autoridad. Creo que le dio una patada al subdirector en la parte superior del muslo mientras estaba de espaldas, ¿no fue así?

–No –respondió Richards con sequedad–. La patada se la di en el culo.

–Como usted prefiera, señor Richards –asintió Killian–. Casado con Sheila Richards, nacida Gordon, a los dieciséis. Contrato de por vida, al viejo estilo. Un rebelde de los pies a la cabeza, ¿no es así? No afiliado a sindicatos por negarse a firmar el Juramento Sindical de Fidelidad y los

Artículos de Control de Salarios. Creo que llamó usted al gobernador de área, Johnsbury, «cebón hijo de perra».

–Sí.

–Tiene un registro laboral lleno de incidentes, y ha sido despedido..., veamos..., un total de seis veces por asuntos como insubordinaciones, insultos a los superiores o críticas abusivas a la autoridad.

Richards se encogió de hombros.

–En pocas palabras, se le considera un anti-autoritario y un antisocial. Un heterodoxo lo bastante inteligente para no estar en la cárcel y no tener problemas graves con el Gobierno. Además, no es adicto a nada. El psicólogo ha dicho que veía usted lesbianas, excrementos y un vehículo contaminante a gasolina en varias de las manchas de tinta. También ha informado que presentaba un grado de euforia inexplicablemente alto...

–Me recordaba a un chico que conocí de niño. Le gustaba esconderse bajo las gradas del campo de deportes de la escuela y masturbarse. Me refiero al chico. No sé qué le gusta hacer a ese psicólogo suyo...

–Comprendo. –Killian sonrió un instante y sus ojos brillaron en la oscuridad de su rostro. Después volvió al informe–. En algunas preguntas ha optado por respuestas racistas prohibidas por la Ley Racial de dos mil cuatro. También ha dado diversas respuestas violentas durante el test de asociación de palabras.

–Estoy aquí por asuntos de violencia –replicó Richards.

–Eso es cierto. Sin embargo, estas respuestas nos causan una gran inquietud, y ahora hablo en un sentido más amplio que como responsable de los Concursos; me estoy refiriendo a los intereses nacionales.

–¿Tiene miedo a que alguien haga estallar su sistema una de estas noches? –preguntó Richards con una sonrisa.

Killian se humedeció el pulgar en actitud pensativa y pasó a la hoja siguiente.

–Por suerte para nosotros, el destino nos ha otorgado un rehén, señor Richards. Usted tiene una hija llamada Catherine, de dieciocho meses. ¿Un regalo inesperado? –preguntó dirigiéndole una sonrisa helada.

–No. Planificado –respondió Richards sin rencor–. Entonces trabajaba para la General Atomics. De algún modo, parte de mi semen no resultó afectado. Una broma divina, quizás. Tal como está el mundo, a veces pienso que debíamos de estar locos.

–Sea como fuere, ahora está aquí –continuó Killian con su misma sonrisa fría—. Y el martes próximo aparecerá en El fugitivo. ¿Ha visto alguna vez el programa?

–Sí.

–Entonces ya sabrá que es lo más grande de la programación de Libre-Visión. Está lleno de oportunidades para la participación del espectador, tanto directa como indirecta. Yo soy el productor ejecutivo de la emisión.

–Es un auténtico placer –murmuró Richards.

–Nuestro programa es también uno de los medios más seguros de que dispone la Cadena para desembarazarse de personas potencialmente problemáticas como usted, señor Richards. Llevamos seis años en antena. Y hasta la fecha no ha habido supervivientes. Si quiere que le sea brutalmente sincero, no esperamos que los haya.

–Entonces, seguro que hacen trampas –respondió Richards con voz hueca.

Killian pareció más divertido que horrorizado.

–Eso no es cierto. Olvida que usted es un anacronismo, señor Richards. La gente no se agolpa en bares y locales públicos ni se apretuja bajo el frío alrededor de los escaparates de las tiendas de electrodomésticos deseando verle escapar. ¡Ni mucho menos! Quieren verle borrado del mapa, y colaborarán si pueden. Y además, está McCone. Evan McCone y los Cazadores.

–Parece el nombre de un neo-grupo–dijo Richards.

–McCone no pierde nunca.

Richards dejó escapar un gruñido.

–Aparecerá usted en directo el martes por la noche –continuó Killian–. Los programas siguientes serán un montaje de cintas, películas y transmisiones en directo y en tres dimensiones cuando sea posible. En ocasiones hemos interrumpido la programación normal cuando un concursante destacado está a punto de alcanzar su..., su Waterloo personal, podríamos decir.

»Las normas son la esencia de la sencillez. Usted, o los familiares que le sobrevivan, ganará cien Nuevos Dólares por cada hora que permanezca libre. Le adelantaremos cuatro mil ochocientos dólares en la seguridad de que podrá eludir a los Cazadores durante cuarenta y ocho horas. Naturalmente, si cae usted antes de ese plazo la cantidad no gastada volverá al programa. Se le conceden doce horas de ventaja. Y si sobrevive treinta días, se lleva el Gran Premio. Mil millones de Nuevos Dólares.

Richards echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–Eso es exactamente lo que pienso –asintió Killian con una seca sonrisa– ¿Alguna pregunta?

–Sólo una –dijo Richards, incorporándose hacia delante. Había desaparecido de sus facciones el menor rasgo de humor–. ¿Qué le parecería ser usted el de ahí fuera, el fugitivo?

Killian se echó a reír. Se llevó la mano al estómago y su enorme carcajada de caoba resonó en la sala.

–¡Ah..., señor Richards..., tendrá usted que perdonarme! –Y estalló en una nueva carcajada.

Por fin, mientras se secaba los ojos con un gran pañuelo blanco, Killian pareció recobrar el control.

–Ya ve, señor Richards. No es usted el único con sentido del humor. Usted... –Contuvo un nuevo acceso de risa–. Perdóneme, por favor. Me ha entrado la risa floja...

–Ya lo veo.

–¿Más preguntas?

–No.

–Muy bien. Habrá una reunión con el equipo antes del programa. Si a esa fascinante cabecita suya se le ocurre alguna pregunta, resérvela hasta entonces.

Killian pulsó un botón del escritorio.

–Olvídese de llamar a las chicas –dijo Richards–. Estoy casado.

–¿Está seguro? –inquirió Killian, enarcando las cejas–. La fidelidad es

admirable, señor Richards, pero hay mucho tiempo desde el viernes hasta el martes, y considerando que quizás no vuelva a ver a su mujer…

–Estoy casado.

–De acuerdo. –Hizo un gesto con la cabeza a la muchacha que había aparecido por la puerta y ésta desapareció–. ¿Qué podemos hacer por usted, entonces? Tendrá una habitación privada en el noveno piso y se le servirá de comer a discreción, dentro de lo razonable.

–Una buena botella de bourbon. Y un teléfono para hablar con mi muj…

–¡Ah! No, lo siento, señor Richards. Podemos arreglar lo del bourbon, pero una vez firme este impreso final –y al decir esto acercó el documento a Richards junto con un bolígrafo– quedará incomunicado hasta el martes. ¿Quiere volver a pensarse lo de la chica?

–No –respondió Richards, mientras garabateaba su firma en la línea de puntos–. Pero que sean dos botellas.

–Muy bien.

Killian se levantó y le tendió la mano de nuevo.

Richards volvió a hacer caso omiso y se alejó.

Killian le siguió con la vista. Tenía los ojos inexpresivos y no sonreía.

... Menos 086

Y CONTANDO...

La recepcionista saltó apresuradamente de su trinchera al ver salir a Richards y le entregó un sobre. Llevaba una nota en el exterior:

Señor Richards:
Sospecho que una de las cosas que no mencionaré durante nuestra entrevista es el hecho de que usted necesita dinero imperiosamente, en este momento. ¿Me equivoco?
Pese a los rumores que corren en sentido contrario, la Dirección de Concursos no da adelantos. No debe usted considerarse un «concursante», con todo el oropel que la palabra conlleva. No es usted un astro de la Libre-Visión, sino apenas un obrero al que se le paga extremadamente bien por efectuar un trabajo peligroso.
Sin embargo, la Dirección de Concursos no tiene establecida ninguna norma que me prohíba concederle un préstamo personal. En este sobre encontrará un diez por ciento de su sueldo anticipado..., no en Nuevos Dólares, debo advertírselo, sino en Certificados de Concursos canjeables por dólares. Si decide enviar esos certificados a su esposa, como sospecho que hará, ella verá que tienen una ventaja sobre los Nuevos Dólares: un médico de verdad los aceptará como moneda legal, mientras que un curandero no.
Sinceramente,
DAN KILLIAN

Richards abrió el sobre y sacó un grueso fajo de cupones con el símbolo de la Comisión de Concursos en ambas caras del papel. En total tenía cuarenta y ocho cupones de diez dólares cada uno. Richards sintió que le invadía una absurda oleada de gratitud para con Killian. No tenía la menor duda de que éste deduciría los 480 dólares del dinero adelantado y, además, era una cantidad condenadamente barata para asegurar un buen espectáculo, conseguir que el patrocinador siguiera satisfecho y llevarse una buena tajada.
–¡Mierda! –masculló.
La recepcionista sacó la cabeza de su madriguera con ojillos atentos.
–¿Decía algo, señor Richards?
–No. ¿Dónde están los ascensores?

... Menos 085

Y CONTANDO...

La habitación era suntuosa.

Una moqueta de pared a pared y lo bastante gruesa como para nadar en ella cubría el suelo de las tres piezas: sala, dormitorio y baño. El Libre-Visor estaba desconectado y prevalecía un espléndido silencio. Había flores en los jarrones y un botón con el discreto rótulo de SERVICIO en la pared, junto a la puerta. El servicio también sería rápido, pensó con ironía. Ante la puerta de su habitación había un par de vigilantes, sólo para asegurarse de que no rondaba por ahí sin control. Pulsó el botón y abrió la puerta.

–¿Sí, señor Richards? –dijo uno de los hombres. Richards creyó ver lo amargo que aquel «señor» debía de saberle al tipo–. El bourbon que ha pedido llegará...

–No se trata de eso –respondió Richards. Mostró al vigilante los cupones que Killian le había hecho llegar–. Quiero que lleve esto a un sitio.

–Escriba el nombre y la dirección, señor Richards, y me encargaré de que lo lleven.

Richards encontró el resguardo del zapatero y escribió su dirección y el nombre de Sheila en el reverso. Entregó el arrugado papel y el libro de cupones al vigilante. Éste ya se volvía, cuando un nuevo pensamiento pasó por la mente de Richards.

–¡Eh! ¡Un momento!

El tipo dio media vuelta y Richards le quitó de la mano los cupones. Abrió el talonario por el primer cupón y arrancó una décima parte del mismo por la línea de puntos. Eso equivalía a un Nuevo Dólar.

–¿Conoce a un vigilante llamado Charlie Gray?

–¿Charlie? –El hombre le miró sorprendido–. Sí, conozco a Charlie. Tiene servicio en el quinto piso.

–Déle esto. –Richards le tendió el fragmento de cupón–. Dígale que los otros cincuenta centavos son sus intereses de usurero.

El vigilante se dispuso a irse de nuevo, pero Richards le llamó una vez más.

–Me traerá un recibo de mi esposa y de Charlie, ¿verdad? Por escrito.

Vio la actitud de abierto disgusto en el rostro del vigilante.

–¿No confía en la gente?

–Claro que sí –replicó Richards con una fina sonrisa–. Eso es lo que me han enseñado los policías. He aprendido a confiar en todo el mundo, al sur del Canal.

–Será divertido ver como le persiguen –añadió el vigilante–. Me quedaré pegado al Libre-Visor con una cerveza en cada mano.

–Usted tráigame esos recibos –insistió Richards mientras cerraba la puerta con suavidad en las narices del tipo.

La botella de bourbon llegó veinte minutos después, y Richards pidió al sorprendido camarero un par de novelas largas. –¿Novelas?

–Libros. Ya sabe. Lectura. Palabras. Prensa impresa –explicó Richards, haciendo ver que pasaba unas páginas.

–En seguida, señor –dijo el camarero, titubeante–. ¿Quiere pedir la cena?

¡Señor!, la mierda se estaba espesando. Se estaba ahogando en ella. Richards tuvo de pronto una visión fantástica, de cómic: Un hombre caía por el agujero del retrete y se ahogaba en una mierda rosada que olía a Chanel número 5. Resultado final: Seguía sabiendo a mierda.

–Bistec. Guisantes. Puré de patatas.

Señor, ¿qué tendría Sheila para cenar? ¿Una píldora de proteínas y una taza de sucedáneo de café?

–Leche. Pastel de manzana con crema. ¿Lo tiene todo?

–Sí, señor. ¿Desea...?

–No –le cortó Richards, súbitamente abatido–. No. Largo.

No tenía apetito. El más mínimo.

... Menos 084

Y CONTANDO...

Richards pensó con agria ironía que el camarero había tomado al pie de la letra sus palabras sobre los libros. Debía de haberse guiado por una única norma: sólo valían los de más de tres dedos de grosor. Richards disponía ahora de tres libros de los que no había oído hablar jamás; dos de ellos eran dos clásicos titulados Dios es inglés y No como un extraño, y el tercero era un enorme tomo escrito tres años antes y titulado El placer de servir. Richards hojeó este primero y arrugó la nariz. Un chico pobre progresa en la General Atomics. Asciende de limpia-motores a vendedor de ropa. Acude a clases nocturnas (¿con qué?, se preguntó Richards. ¿Con fichas de Monopoly?). Se enamora de una bella muchacha (al parecer, la sífilis todavía no le ha hecho caer la nariz a pedazos) en una orgía en el bloque. Tras presentar unas calificaciones asombrosas, es promocionado a técnico auxiliar. Después, un contrato matrimonial por tres años y...

Richards lanzó el libro a un rincón. Dios es inglés era un poco mejor. Se sirvió un bourbon con hielo y se dispuso a leer.

Cuando oyó la discreta llamada, estaba en la página trescientas y muy enfrascado en la trama. Una de las botellas estaba vacía, y acudió a abrir la puerta con la otra en la mano. Había vuelto el vigilante.

–Los recibos, señor Richards –murmuró el tipo, cerrando de nuevo la puerta.

Sheila no había escrito nada, pero le enviaba una foto de Cathy. Contempló el retrato y las fáciles lágrimas del alcohol asomaron en sus ojos. Lo guardó en el bolsillo y miró el otro recibo. En el reverso de una multa de tráfico, Charlie Grady había garabateado:

Gracias, gusano. Que revientes
CHARLIE GRADY

Richards emitió una risita y dejó caer al suelo el papel.

–Gracias, Charlie –dijo a la habitación vacía–. Necesitaba algo así.

Volvió a mirar la foto de Cathy, tomada cuando sólo era una recién nacida de cuatro días, minúscula, con las mejillas encendidas y llorando a voz en grito, sumergida en una ropa de cuna blanca que había hecho la propia Sheila. Sintió que le volvían las lágrimas y se obligó a pensar en la nota de agradecimientos del bueno de Charlie. Se preguntó si sería capaz de apurar la segunda botella antes de caer dormido y decidió comprobarlo.

Casi lo consiguió.

... Menos 083

Y CONTANDO...

Richards pasó el sábado con una enorme resaca. Por la noche casi la había superado, y pidió dos botellas más de bourbon con la cena. Apuró ambas y se despertó con la pálida luz del amanecer del domingo viendo grandes orugas de ojos planos y asesinos bajando por la pared opuesta de la habitación. Decidió que no le interesaba llegar al martes en condiciones tan lamentables y dejó de beber.

Esta vez, la resaca tardó más en disiparse. Devolvió mucho y, cuando ya no tuvo nada que devolver, siguió teniendo violentas arcadas. Estas remitieron hacia las seis de la tarde del domingo y pidió una sopa para cenar. Nada de bourbon. Pidió que le pusieran por los altavoces una docena de discos de neo–rock, y se cansó pronto de ellos.

Se acostó temprano. Y durmió mal.

Pasó la mayor parte del lunes en la pequeña terraza acristalada que se abría en el dormitorio. Estaba ahora muy por encima de los muelles, y el día era una serie de chaparrones y claros muy agradable. Leyó dos novelas, volvió a acostarse pronto y durmió un poco mejor. Tuvo un sueño desagradable: Sheila había muerto y él estaba en su funeral. Alguien la había colocado en el ataúd y le había puesto en la boca un grotesco ramillete de Nuevos Dólares. Intentó correr hacia ella para quitar aquella obscenidad, pero unas manos le sujetaron por detrás. Una docena de vigilantes le retenía. Uno de ellos era Charlie Grady, quien sonreía y decía: «Eso es lo que les sucede a los perdedores, gusano». Ya estaban apuntando con las pistolas a su cabeza cuando despertó.

–Martes –murmuró mientras saltaba de la cama.

El reloj de la G. A. colgado de la pared indicaba las siete y nueve minutos. La emisión tridimensional en directo de El fugitivo llegaría a los hogares de toda Norteamérica dentro de once horas. Sintió una cálida gota de temor en el estómago. Dentro de veintitrés horas empezaría el concurso de verdad.

Tomó una larga ducha caliente, se vistió con el mono de la Cadena y pidió huevos con jamón para desayunar. También pidió al ordenanza de turno que le enviara un cartón de cigarrillos.

Pasó el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde leyendo tranquilamente. Eran las dos en punto cuando dieron un único toque discreto en la puerta. Entraron tres vigilantes y Arthur M. Burns, con un aspecto extravagante y bastante ridículo con su camiseta de la Comisión. Cada vigilante llevaba una porra eléctrica.

–Ha llegado el momento de nuestra última charla, señor Richards–dijo Burns. ¿Le importaría...?

–Desde luego que no –respondió Richards.

Puso un punto, en el libro que había estado leyendo y lo dejó en la mesilla de la sala. De pronto se sentía aterrado, muy cerca del pánico, pero se alegró mucho de no percibir temblor alguno en sus dedos.

... Menos 082

Y CONTANDO...

El décimo piso del Edificio de Concursos era muy distinto de los inferiores, y Richards se dio cuenta de que nadie esperaba que llegara más arriba. La ficción de ir ascendiendo, que había empezado en el desagradable vestíbulo de la planta baja, terminaba allí, en el piso décimo. Allí estaban las instalaciones para la emisión.

Los pasillos eran amplios, blancos e inmaculados. Unos vehículos de un color amarillo vivo, movidos por motores a energía solar de la G. A., circulaban aquí y allá transportando puñados de técnicos de Libre-Visión a los estudios y las salas de control.

Un vehículo les aguardaba a la salida del ascensor, y los cinco –Richards, Burns y los vigilantes– subieron a bordo. Durante el recorrido, varias cabezas se volvieron a su paso y algunos dedos señalaron a Richards. Una mujer con un uniforme amarillo de la Comisión –pantalones cortos muy ceñidos y camiseta sin mangas– hizo un guiño a Richards y le mandó un beso. Él le dedicó un corte de mangas.

Le pareció que recorrían kilómetros de pasillos interconectados. A su paso localizó hasta doce estudios distintos. Uno de ellos contenía la infame cinta continua que utilizaban en Caminando hacia los billetes. Un grupo de visitantes de los barrios altos estaba probándola entre risas.

Por fin, llegaron ante una puerta en la que se leía: El fugitivo.

ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA. Burns hizo un gesto al vigilante instalado en la cabina blindada que había a la puerta y se volvió hacia Richards.

–Ponga la tarjeta en la ranura entre la cabina y la puerta.

Richards obedeció. La tarjeta desapareció en la ranura y se iluminó una lucecita en la cabina del vigilante. Éste pulsó un botón y la puerta se abrió. Richards volvió a subir al vehículo y fue conducido a la siguiente sala.

–¿Y la tarjeta? –preguntó Richards.

–Ya no la necesitará.

Se hallaban en una sala de control. La sección de consolas estaba vacía, a excepción de un técnico calvo que estaba sentado ante una pantalla de monitor en blanco, cantando una serie de números ante un micrófono.

Al otro lado de la estancia, a la izquierda, Dan Killian y otros dos hombres a quienes no conocía, todos ellos con gafas oscuras, estaban sentados alrededor de una mesa. Uno de ellos le resultaba vagamente familiar, y era demasiado guapo para ser un técnico.

–Hola, señor Richards. Hola, Arthur. ¿Le apetece un refresco, señor Richards?

Éste advirtió que estaba sediento; en el piso diez hacía mucho calor, a pesar de los muchos acondicionadores de aire que había visto.

–Póngame un zumo de frutas–dijo.

Killian se levantó, se acercó a una pequeña nevera y destapó un botellín

de plástico de zumo artificial. Richards tomó asiento y asió la botella con gesto de asentimiento.

–Señor Richards, el caballero de mi derecha es Fred Victor, director de El fugitivo. Y estoy seguro de que habrá reconocido al otro: Bobby Thompson.

Thompson. Naturalmente. Presentador y maestro de ceremonias del programa. Llevaba una elegante túnica verde, levemente tornasolada, y lucía una mata de cabello rubio plateado lo bastante atractiva para resultar sospechosa.

–¿Se lo tiñe usted? –preguntó Richards.

Thompson enarcó sus impecables cejas.

–¿Cómo dice?

–No importa –respondió Richards.

–Tendrá que ser tolerante con el señor Richards –dijo Killian con una sonrisa–. Parece afectado por una dosis extrema de grosería.

–Es muy comprensible, dadas las circunstancias –murmuró Thompson mientras encendía un cigarrillo.

Richards notó que le envolvía una oleada de irrealidad.

–Venga por aquí, haga el favor –dijo Victor, haciéndose cargo de la situación.

Condujo a Richards hasta una hilera de pantallas en el extremo opuesto de la estancia. El técnico había terminado su cantinela de números y había salido de la sala.

Victor pulsó dos botones y aparecieron diversas tomas de El fugitivo en diferentes ángulos.

–No vamos a regirnos por un guión estricto –dijo Victor–, pues consideramos que resta espontaneidad. Bobby improvisa sobre la marcha y, realmente, hace un trabajo formidable. Salimos al aire a las seis en punto, hora de Harding. Bobby está en el escenario central, sobre ese estrado azul. Hace la presentación y da el historial del concursante. El monitor ofrecerá un par de imágenes fijas. Usted estará entre bastidores, en el escenario de la derecha, flanqueado por dos vigilantes de la Comisión, que saldrán con usted, armados de material antidisturbios. Las porras eléctricas serían más prácticas si decidiera usted poner dificultades, pero el equipo antidisturbios resulta mejor para el espectáculo.

–Claro –asintió Richards.

–Habrá grandes abucheos entre el público. También lo hacemos así para potenciar el espectáculo. Igual que en los partidos de matabol.

–¿También van a dispararme con balas de mentira? –preguntó Richards–. Podrían ponerme unas cuantas bolsas de sangre para fingir que me mataban. Esto también sería un buen espectáculo, ¿no creen?

–Preste atención, por favor –dijo Victor–. Cuando oiga su nombre, se adelanta con los vigilantes. Bobby le..., le entrevistará. Exprésese en la forma más vívida que se le ocurra. Así se da más espectáculo. Después, a las seis y diez, justo antes de los primeros anuncios, le harán entrega del dinero de bolsillo y saldrá, sin guardias, por el lado izquierdo. ¿Lo ha comprendido?

–Sí. ¿Qué hay de Laughlin?

Victor frunció el ceño y encendió un cigarrillo.

–Entrará después de usted, a las seis y cuarto. Tenemos dos concursantes simultáneamente porque, a menudo, uno de ellos no consigue..., hum..., mantenerse lejos de los Cazadores por mucho tiempo.

–¿Y el muchacho es el reserva?

–¿El señor Jansky? Sí. Pero todo eso no le importa, señor Richards. Cuando salga por la izquierda, se le entregará una cámara de vídeo del tamaño de una bolsa de palomitas de maíz. El aparato pesa dos kilos y medio. Con ella se le entregarán sesenta cintas de vídeo de unos diez centímetros de longitud. Todo el equipo cabe en el bolsillo de una chaqueta sin que se note. Un triunfo de la tecnología moderna.

–Magnífico.

Victor apretó los labios y continuó:

–Como ya le ha dicho Dan, señor Richards, usted sólo es un concursante para el público. En realidad es usted un obrero, y debe pensar así al desempeñar su papel. Las cintas de vídeo pueden ser depositadas en cualquier buzón de correos, y nos serán traídas inmediatamente para que podamos emitirlas esa misma tarde. Si no deposita dos cintas al día, consideraremos que ha incumplido las condiciones del concurso y dejaremos de pagarle lo acordado.

–Pero aun así seré perseguido y cazado.

–Exacto, así que es mejor que envíe las cintas. Le aseguro que no se utilizarán para su localización; los Cazadores actúan con independencia de la sección de emisiones.

Richards tenía sus dudas al respecto, pero no dijo nada.

–Una vez le hayamos entregado el equipo, será escoltado hasta el ascensor que lleva a la calle. Este sale directamente a la calle Rampart. Una vez allí, todo dependerá de usted. –Hizo una pausa–. ¿Alguna pregunta?

–No.

–Entonces, el señor Killian tiene un detalle más que comunicarle.

Volvieron hasta donde Dan Killian se encontraba conversando con Arthur M. Burns. Richards pidió otro zumo de frutas, que le fue servido.

–Señor Richards –dijo Killian mientras le dedicaba una deslumbradora sonrisa–. Como sabe, dejará el estudio desarmado. Sin embargo, eso no quiere decir que no pueda conseguir armas por cauces legales o ilegales. ¡Desde luego que no! Usted, o sus familiares, recibirá otros cien dólares por cada Cazador o representante de la ley que consiga despachar...

–Ya sé, no me lo diga –le interrumpió Richards–: Es para dar más espectáculo.

Killian volvió a sonreír, complacido.

–Es usted muy astuto, señor Richards. Así es. No obstante, procure no matar a ningún espectador inocente. Eso no vale.

Richards no dijo nada.

–El otro aspecto del programa...

–Los soplones y aficionados a las cámaras. Ya sé.

–No son soplones. Son buenos ciudadanos norteamericanos. –Resultaba difícil saber si el tono dolido de Killian era real. o puramente irónico–. De todos modos, hay un teléfono de urgencias al que puede llamar cualquier

persona que le localice, Cada avistamiento verificado con resultado de muerte son mil dólares. Los aficionados al vídeo reciben diez dólares por palmo de imagen, y…

–¡Un retiro a la bella Jamaica con dinero manchado de sangre! –gritó Richards, mientras abría los brazos–. ¡Pase las imágenes en un centenar de noticiarios semanales en tres dimensiones! ¡Sea ídolo de millones de personas! Holografiemos si quiere más detalles.

–Ya basta –musitó Killian con voz tranquila.

Bobby Thompson se estaba puliendo las uñas. Victor se había alejado y su voz llegaba lejana; estaba dando una reprimenda a alguien por una cuestión de colocación de cámaras. Killian apretó un botón.

–¿Señorita Jones? Ya puede usted hacerse cargo. –Se puso en pie y tendió una vez más la mano a Richards–. Ahora pasará al maquillaje. Después, las pruebas de iluminación. Permanecerá usted fuera del escenario y ya no volveremos a vernos hasta el programa, así que…

–Ha sido un placer –dijo Richards, rechazando nuevamente su mano.

La señorita Jones le condujo fuera de la sala. Eran las 2.30.

... Menos 081

Y CONTANDO...

Richards estaba entre bastidores, con un vigilante a cada lado, escuchando al público del estudio, que aplaudía frenéticamente a Bobby Thompson. Estaba nervioso. Se burló de sí mismo, pero su nerviosismo era un hecho, y burlándose no iba a hacerlo desaparecer. Eran las seis y un minuto.

–Nuestro primer concursante de esta noche es un hombre osado e ingenioso del otro lado del Canal de esta misma ciudad –estaba diciendo Thompson.

En el monitor apareció un detallado retrato de Richards con su abultada camisa de trabajo gris, tomado días antes por una cámara oculta. El fondo de la imagen parecía la sala de espera del quinto piso. Richards apreció que estaba retocada para que sus ojos parecieran más hundidos, su frente un poco más baja y sus mejillas más sombreadas. El aerógrafo de algún técnico había dado a su boca una expresión torva y torcida. En conjunto, el Richards de la imagen resultaba espeluznante: el ángel de la muerte urbano, brutal, no muy brillante, pero dotado de una cierta astucia primitiva y animal. El hombre del saco para los residentes en los barrios altos de la nación.

–Este hombre es Benjamin Richards, de veintiocho años. ¡Fíjense bien en él! Dentro de media hora, este hombre vagará por las calles. Si usted le ve y la información que nos da es correcta, puede ganar cien Nuevos Dólares. Si la información conduce a su muerte, ganará usted mil Nuevos Dólares.

La mente de Richards empezó a vagar, pero volvió a la realidad de una sacudida.

.. y ésta es la mujer a la que irá a parar lo obtenido por Benjamin Richards si..., o mejor, cuando éste sea abatido.

En la imagen apareció una instantánea de Sheila..., pero el aerógrafo había entrado en acción nuevamente, esta vez en unas manos más crueles. El resultado era brutal. El rostro dulce y nada desagradable había sido transformado en el de una mujer sucia, desaliñada e insulsa. Unos labios llenos y sobresalientes, unos ojos que parecían brillar de avaricia, y la sugerencia de una papada difuminada sobre lo que parecían unos pechos desnudos.

– ¡Cerdo! –rugió Richards.

Se lanzó hacia delante, pero unos poderosos brazos le retuvieron.

–Tranquilo, amigo. Sólo es una foto.

Un momento después fue medio conducido y medio arrastrado al escenario.

La reacción del público fue inmediata. El estudio se llenó de abucheos y gritos de « ¡Ven aquí, cobarde!», « ¡Acabad con él!» « ¡Te vas a enterar!», « ¡Matadle!» y « ¡Sal fuera! ¡Sal fuera!».

Bobby Thompson levantó los brazos y pidió con gesto apaciguador un

poco de silencio.

– ¡Oigamos qué tiene que decir!

A regañadientes, el público calló. Richards siguió plantado bajo los potentes focos con la cabeza baja, como un toro. Sabía que estaba proyectando exactamente el aura de odio y desafío que el equipo del programa pretendía de él, pero no podía evitarlo.

Contempló a Thompson con mirada dura y ojos encendidos de ira. Después, dijo:

–Alguien se va a comer sus cojones por esa imagen de mi mujer.

– ¡Continúe, señor Richards! ¡Continúe! –gritó Thompson con la nota justa de disgusto en su voz–. Nadie va a hacerle daño... ¡De momento, al menos!

Nuevos gritos e insultos histéricos del público.

Richards se volvió de pronto hacia los espectadores del estudio y todos enmudecieron como si les hubieran sacudido un bofetón. Las mujeres le miraban con expresión asustada, casi sexual. Los hombres le sonreían con los ojos inyectados en sangre y odio.

– ¡Cerdos! Si tanto deseáis ver morir a alguien, ¿por qué no os matáis unos a otros?

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por un nuevo griterío. El público participante, pagado quizá para ello, intentaba subir al escenario mientras la policía lo contenía. Richards se plantó ante los exaltados, consciente del aspecto que debía de ofrecer.

–Gracias, señor Richards, por sus sabios consejos. –El tono de desagrado del presentador era ahora muy palpable, y la multitud, de nuevo casi en silencio, se sentía complacida–. ¿Quiere decirle a nuestro público del estudio y al resto de la audiencia cuánto tiempo piensa resistir?

–Quiero decirle al público del estudio y al resto de la audiencia que esa mujer no era mi esposa. Era un truco barato...

La multitud ahogó sus palabras. Los gritos de odio habían alcanzado una cota casi febril. Thompson aguardó casi un minuto a que callaran y luego repitió:

– ¿Cuánto espera resistir, señor Richards?

–Espero llegar a los treinta días –respondió con frialdad–. No creo que tengan a nadie que pueda conmigo.

Más gritos. Puños en alto. Alguien lanzó un tomate.

Bobby Thompson se adelantó de nuevo hacia el público y gritó

–Y con estas últimas bravuconadas, el señor Richards será conducido fuera de nuestro estudio. Mañana a mediodía, comienza la caza. ¡Recuerden este rostro! Puede estar junto a usted en un neumobús..., en un avión..., en un cine en tres dimensiones..., en el estadio de matabol de su ciudad... Hoy está aquí, en Harding. Mañana en Nueva York, Boise, Alburquerque, Columbus..., o merodeando ante su casa. ¿Nos informará si le ve?

– ¡Síííí! –gritó el público.

Richards les dedicó un rápido corte de mangas. Esta vez, la invasión del escenario no fue en absoluto simulada, pero Richards fue conducido a la salita del estudio con la suficiente rapidez como para impedir que le

lincharan allí mismo, ante las cámaras, privando así a la Cadena de una caza que se presentía jugosa.

... Menos 080

Y CONTANDO...

Killian estaba entre bastidores, estremecido de placer.

–Una actuación magnífica, señor Richards. ¡Muy bien! Me encantaría poder darle un extra. Esos cortes de mangas... ¡Soberbios!

–Estamos aquí para complacerle –dijo Richards con ironía. En los monitores apareció un anuncio–. Déme la maldita cámara y váyase a la mierda.

–Aquí la tiene –respondió Killian, sonriendo todavía. Un técnico entregó el aparato a Richards. Killian añadió–: Cargada y lista para funcionar. Aquí están las cintas.

Le tendió una caja oblonga, pequeña y sorprendentemente pesada, envuelta en un hule.

Richards colocó la cámara en uno de los bolsillos del abrigo y las cintas en el otro.

–Muy bien. ¿Dónde está el ascensor?

–No tan de prisa –dijo Killian–. Todavía le quedan unos minutos. Doce, exactamente. El plazo de doce horas no empieza oficialmente hasta las seis y media.

Los gritos de furia habían empezado de nuevo. Volvió la cabeza y vio a Laughlin junto al escenario. El corazón le dio un vuelco.

–Me gusta usted, Richards, y creo que será un buen concursante –murmuró Killian–. Tiene un estilo crudo que me ha encantado desde el primer instante. Soy coleccionista, ¿sabe? Arte rupestre y egipcio, ésas son mis especialidades. Usted se parece más al primero que a las urnas egipcias, pero no importa. Deseo tanto conservarle a usted, o coleccionarle, si lo prefiere, como aprecio el arte rupestre asiático que he conservado y coleccionado.

–Pues use una grabación de mis ondas cerebrales, hijo de perra. Están en los archivos.

–Por eso quisiera darle un consejo –prosiguió Killian sin inmutarse–. No tiene usted ninguna posibilidad. Nadie la tendría con toda una nación detrás a la caza del hombre y con el equipo y entrenamiento increíblemente sofisticados que tienen los Cazadores. Pero si permanece oculto durará más. Utilice las piernas antes que cualquier arma que pueda conseguir. Y permanezca cerca de los suyos. –Killian alzó un dedo hacia Richards para hacer hincapié en ello–. No se mezcle con esos buenos tipos de clase media de ahí afuera; esos le odian absolutamente. Usted simboliza todos los miedos de estos tiempos oscuros e inquietos. Eso de ahí afuera no ha sido todo teatro o manipulación del público, Richards. Realmente le odian a muerte. ¿No lo nota?

–Sí –reconoció Richards–. Lo he notado. Yo también les odio.

Killian sonrió.

–Es por eso por lo que van a matarle a usted, Richards. –Killian posó una mano en el hombro de Richards; sus dedos tenían una fuerza

sorprendente–. Por aquí.

Detrás de ellos, Bobby Thompson trataba de poner furioso a Laughlin para satisfacción del público.

Las pisadas de Killian y Richards resonaban en el silencio hueco del blanco pasillo. Iban solos. Al fondo había un ascensor.

–Aquí es donde nos separamos –dijo Killian–. Directo a la calle. Nueve segundos.

Tendió la mano por cuarta vez, y Richards volvió a rechazarla. Sin embargo, permaneció un instante más ante el ejecutivo.

– ¿Qué sucedería si pudiera subir? –preguntó mientras hacía un gesto con la cabeza señalando al techo y a los ochenta pisos que quedaban por encima de éste–. ¿A quién podría matar ahí arriba? ¿A quién podría matar si llegara justo a la cima?

Killian emitió una breve risita y pulsó el botón junto al ascensor; las puertas se abrieron.

–Eso es lo que me gusta de usted, Richards. Piensa en lo grande.

Richards penetró en el ascensor. Las puertas empezaron a cerrarse.

–Permanezca con los suyos –repitió Killian.

Por fin, Richards quedó solo. El puño que sentía en el estómago fue relajándose mientras el ascensor bajaba hasta la calle.

... Menos 079

Y CONTANDO...

El ascensor se abrió directamente a la calle. Un policía estaba ante la fachada, en el parque Memorial Nixon. Sin embargo, no miró a Richards cuando salía. Se limitó a balancear la porra eléctrica con aire reflexivo mientras contemplaba la suave lluvia que impregnaba el aire del atardecer.

La lluvia había traído la oscuridad a las calles más pronto de lo habitual. Las luces brillaban con un aura mística en la penumbra, y la gente que hormigueaba por la calle Rampart bajo la mole del Edificio de Concursos no eran más que sombras insustanciales. Richards sabía que la suya era una más. Respiró profundamente el aire húmedo y saturado de azufre. Le sentó bien, a pesar del sabor. Le parecía que acababa de salir de la cárcel, cuando en realidad sólo había cambiado de celda. El aire le gustaba. El aire era magnífico.

«Permanezca cerca de los suyos», había dicho Killian. Y tenía razón, naturalmente. No era necesario que se lo advirtiera. Sin embargo, Co-op City sería la zona más batida a partir del día siguiente, cuando la tregua terminara.

Para entonces, Richards estaría ya muy lejos, al otro lado de las montañas. Anduvo tres bloques y detuvo un taxi. Esperaba que el Libre-Visor del taxi estuviera destrozado –muchos lo estaban–, pero el aparato funcionaba perfectamente y lanzaba al aire la sintonía final de El fugitivo. Mierda.

– ¿Dónde vamos, amigo?

–A la calle Robard.

Eso estaba a cinco bloques de su destino: cuando el taxi le dejara, caminaría hasta el local de Molie por las callejas menos concurridas.

El taxi aceleró. Un viejo motor a gasolina, una sinfonía discordante de pistones y traqueteantes y múltiples ruidos. Richards se recostó contra los cojines de vinilo, con la esperanza de que allí le protegieran más las sombras.

– ¡Eh, acabo de verle por Libre-Visión! –exclamó el taxista–. ¡Usted es ese Pritchard!

–Eso es, Pritchard –dijo Richards con resignación.

El Edificio de Concursos iba menguando en la distancia, y las tinieblas psicológicas parecían menguar proporcionalmente en su cabeza, pese a su mala suerte con el taxista.

– ¡Vaya narices tiene, amigo! Sí, señor. ¡Jesús!, van a acabar con usted, ¿lo sabe? Le van a matar en cuanto le pongan la vista encima. Desde luego, ha de tener narices...

–Sí, dos. Como todo el mundo.

– ¡Dos! –repitió el taxista, extasiado–. ¡Dos! ¡Muy bueno! ¡Vaya chiste! ¿Le importa que le diga a mi mujer que le he llevado en el taxi? Los Concursos la vuelven loca. Naturalmente, también tendrá que informar,

pero eso no me dará los cien dólares, por desgracia. Los taxistas tienen que contar, al menos, con un testigo más, ya sabe. Y, con la suerte que tengo, nadie le habrá visto subir.

–Una verdadera lástima –dijo Richards–. Cuánto lamentó el que no pueda colaborar a matarme. ¿Quiere que le deje una nota diciendo que he estado aquí?

– ¿Lo dice de veras? ¡Eso seria...! Acababan de cruzar el canal.

–Deténgase aquí –dijo Richards de pronto.

Sacó un Nuevo Dólar del sobre que Thompson le había entregado y lo dejó caer en el asiento delantero.

– ¡Oiga, yo no he dicho nada! ¿Le he molestado, quizás?

–No –respondió Richards.

– ¿No me dejaría esa nota...?

–A la mierda, gusano.

Saltó del vehículo y echó a andar hacia la calle Drummond. Ante él, esquelética, se alzaba Co-op City entre las sombras. La voz del taxista todavía llegaba hasta él: « ¡Espero que te cojan pronto, desgraciado!».

... Menos 078

Y CONTANDO...

Atravesó un patio trasero, se coló por un agujero de la valla de alambre que separaba una yerma extensión de asfalto de la siguiente, cruzó un solar en construcción abandonado y fantasmal e hizo una pausa entre los jirones de sombra mientras un grupo de motoristas pasaba rugiendo, iluminando la oscuridad con unos faros como ojos psicopáticos de licántropos nocturnos.

Por fin, saltó una última verja (cortándose una mano) y se encontró llamando a la puerta trasera de Molie Jernigan; es decir, a la entrada principal.

Molie tenía una casa de empeños en la calle Dock donde cualquiera que tuviese el dinero suficiente podía comprar una porra eléctrica especial de la policía, un fusil antidisturbios con la carga completa, un sub-fusil ametrallador, heroína, push, cocaína, disfraces, seudo mujeres de estiroflex, una mujer de verdad si uno no tenía suficiente pasta para la de estiroflex, la dirección de uno de los tres garitos de juego móviles, la de un Club de Perversiones de primera, o un centenar de asuntos ilegales más. Si Molie no tenía lo que buscabas, podía encargártelo.

Incluidos los documentos falsos.

Cuando Molie asomó por la mirilla y vio de quién se trataba, dibujó una leve sonrisa y dijo:

– ¿Por qué no te largas, amigo? No te he visto nunca.

–Nuevos Dólares –musitó Richards, como si hablara con el aire.

Hubo una pausa. Richards estudió el puño de su camisa como si no lo hubiera visto nunca.

Cerraduras y pestillos se abrieron apresuradamente, como si Molie temiera que Richards cambiase de idea. Entró. Estaban en la trastienda, una madriguera de ratas llena de trastos viejos, instrumentos musicales y cámaras robados, y un montón de cajas de productos para el mercado negro. Molie era una especie de Robin Hood por necesidad. Un prestamista como él no duraba mucho en el negocio si se volvía demasiado codicioso. Molie sangraba a los gusanos de los barrios altos todo cuanto podía, y vendía a su vecindario casi a precio de coste; a veces, incluso perdiendo dinero si el comprador estaba muy apurado. Por eso, su fama en Co-op City era excelente, y su protección, soberbia. Si la policía interrogaba a cualquier soplón de la ciudad (y los había a cientos a este lado del Canal) acerca de Molie Jernigan, el chivato diría que Molie era un viejo algo senil que traficaba un poco y vendía algunas cosillas en el mercado negro. Algunos ricachos de los barrios altos con extrañas tendencias sexuales habrían informado a la policía en un sentido muy distinto, pero ya no había brigadas anti-vicio que persiguieran esos delitos. Todo el mundo sabía que el vicio perjudicaba la formación de un clima auténticamente revolucionario. El hecho de que Molie también traficaba en documentos falsos, estrictamente para clientes locales y con

beneficios modestos, era desconocido en los barrios altos. Sin embargo, Richards comprendía que falsificar papeles para alguien en su situación resultaba muy peligroso para el anciano.

– ¿Qué papeles? –preguntó Molie con un profundo suspiro, mientras encendía una vieja lámpara que iluminó con brillante luz blanca la superficie de trabajo de la mesa.

Richards vio que el hombre tenía más de setenta y cinco años, y el resplandor de la luz en su cabello daba a éste un aspecto de hilos de plata.

–Carné de conducir. Cartilla militar. Documento de identidad. Tarjeta de carga axial. Cartilla de seguridad social.

–Está bien. Por ser tú, lo dejaremos en sesenta dólares cada uno, Bennie.

–Así pues, ¿lo harás?

–Lo haré por tu esposa, no por ti. Yo no me juego el cuello por un estúpido desgraciado como Bennie Richards.

– ¿Cuánto tardarás?

Los ojos de Molie brillaron con matiz irónico.

–Conociendo tu situación, me daré prisa. Una hora para cada uno.

–Cinco horas... Me pregunto si...

–Ni lo intentes–le cortó el anciano–. ¿Estás loco, Bennie? La semana pasada vino un policía a tu casa. Llevaba un sobre para tu mujer. Llegó en un Furgón Negro con otros seis del cuerpo de vigilantes. Flapper Donnigan estaba en una esquina vendiendo objetos robados con Gerry Hanrahan cuando sucedió. Flapper me lo cuenta todo, ¿sabes? Es un tipo blando...

–Ya sé que Flapper es blando –asintió Richards, impaciente–. Le envié dinero a Sheila. ¿Está...?

– ¿Quién sabe? Nadie la ha visto.

Molie se encogió de hombros y desvió la mirada mientras colocaba plumas e impresos en blanco en el centro del charco dé luz que ofrecía la lámpara.

–Tu bloque está estrechamente vigilado, Bennie. Cualquiera que se acercara a ofrecer sus condolencias terminaría en un sótano, cantando bajo una lluvia de porras de goma. Y eso no se le puede pedir a un amigo, ni siquiera por esa mujercita tuya. ¿Quieres algún nombre en especial para esos papeles?

–No importa, mientras sea anglo. Escucha, Molie: Sheila debe de haber salido a comprar alguna vez, ¿no? Y el médico...

–Envió al chico de Budgie O'Sanchez a por él. Ese... ¿cómo se llama?

–Walt.

–Exacto, eso es. Soy incapaz de recordar los detalles de las cosas. Me vuelvo senil, Bennie. –De pronto, miró a Richards con ojos brillantes. En cambio, recuerdo cuando Mick Jagger era un nombre famoso en todo el mundo. Tú ni siquiera sabrás quién era, ¿verdad?

–Sí que lo sé –contestó Richards, inquieto.

Se volvió con temor hacia la ventana que se abría al nivel de la acera. Las cosas estaban peor de lo que imaginaba. Sheila y Cathy también estaban en la jaula. Al menos, hasta que...

–Se encuentran bien, Bennie –dijo Molie en tono tranquilizador–. Pero

mantente apartado de ellas. Ahora eres un peligro para todos, ¿lo comprendes?

–Sí –afirmó Richards.

De pronto, se sentía abrumado de desesperación. « ¡Cuánto me gustaría estar en casa!», pensó, sorprendido de sus propios sentimientos. Sin embargo, había algo más, y mucho peor. Todo parecía demasiado rápido, casi irreal. El propio tejido de la existencia parecía encogerse por las costuras. Rostros, uno tras otro a toda velocidad: Laughlin, Burns, Killian, Jansky, Molie, Cathy, Sheila...

Fijó la mirada en la oscuridad, con un escalofrío. Molie se había puesto a trabajar y tarareaba una antigua tonada de su distante pasado, algo acerca de tener los ojos de Bette Davis. ¿Quién debía de ser ésa?

–Era un batería –dijo Richards de pronto, respondiendo a la pregunta de hacía un momento–. De un grupo inglés, los Beetles. Mick McCartney.

– ¡Ah, los jóvenes! –murmuró Molie, encorvado sobre los papeles–. Eso es todo lo que sabéis, hoy en día...

... Menos 077

Y CONTANDO...

Richards abandonó el local de Molie diez minutos después de medianoche, con mil doscientos dólares menos en el bolsillo. El viejo le había vendido también un disfraz limitado, pero bastante eficaz: cabellos grises, gafas, rellenos para la boca, dientes salientes de plástico que transformaban sutilmente la línea de sus labios.

–Adopta una ligera cojera –le había aconsejado Molie–. Que no llame mucho la atención, pero que se note. Recuerda que tienes la capacidad de confundir a los demás, si la usas. ¿A que no recuerdas de dónde viene esa frase?

Richards lo ignoraba.

Según los nuevos documentos de su cartera, él era ahora John Griffen Springer, vendedor de cintas de texto de Harding. Tenía 43 años y era viudo. No tenía estatus de técnico, pero eso era mejor. Los técnicos tenían una manera de hablar muy especial.

Richards volvió a salir a la calle Robard a las 12.30. Buena hora para ser asaltado, detenido o muerto, pero mala para intentar una escapada discreta. Sin embargo, llevaba toda su vida al sur del Canal.

Cruzó éste unos tres kilómetros más allá, casi por la orilla del lago. Vio a un grupo de mendigos borrachos apretados en torno a un fuego furtivo. Un puñado de ratas, pero ningún policía. A la 1.15 se encontraba ya al otro extremo de la tierra de nadie de los almacenes, los restaurantes baratos y las oficinas de fletes del lado norte del Canal. A la 1.30 se encontró por fin rodeado de suficientes moradores de los barrios altos que entraban y salían de las tabernas baratas como para tomar un taxi sin problemas.

Esta vez, el taxista no le reconoció.

–Al aeropuerto–dijo Richards.

–Allá vamos, amigo.

Los impulsores por aire les incorporaron al tráfico callejero. Llegaron al aeropuerto a la 1.50. Richards pasó con su leve cojera ante varios policías y vigilantes de seguridad, que no le prestaron la menor atención. Sacó un billete para Nueva York porque, de pronto, le vino a la cabeza esa ciudad. La comprobación de identidad se efectuó de forma rutinaria, sin problemas. Saldría en la lanzadera exprés a Nueva York a las 2.20. Sólo llevaba unos cuarenta pasajeros, la mayor parte estudiantes y hombres de negocios, que echaban una cabezada. El vigilante de la casilla blindada también durmió la mayor parte del trayecto. Igual que Richards.

Tomaron tierra a las 3.06. Richards desembarcó y dejó el aeropuerto sin incidentes.

A las 3.15, el taxi tomaba el carril de salida de la Lindsay Overway y bajaba en espiral hacia el centro de la ciudad. Cruzaron Central Park en diagonal y, a las 3.20, Ben Richards desaparecía en la urbe más grande sobre la faz de la tierra.

... Menos 076

Y CONTANDO...

Reapareció en el hotel Brant, un establecimiento medio del East Side. Aquella parte de la ciudad entraba gradualmente en un nuevo período de esplendor. Sin embargo, el Brant estaba a menos de dos kilómetros de la arruinada ciudad interior de Manhattan, que también era la mayor del mundo. Mientras se registraba en el hotel, volvió a pensar en las palabras de despedida de Dan Killian: «Permanezca cerca de los suyos».

Tras dejar el taxi, había caminado hasta Times Square. No quería inscribirse en ningún hotel durante la madrugada, y pasó cinco horas y media, desde las 3.30 hasta las 9, en un espectáculo de perversiones ininterrumpidas. Había deseado desesperadamente dormir un poco, pero las dos veces que echó una cabezada despertó súbitamente al notar unos suaves dedos que le subían por la cara interior del muslo.

– ¿Cuánto tiempo se quedará, señor? –preguntó el recepcionista mientras releía el John G. Springer con que se había registrado.

–No lo sé –respondió Richards con pretendida afabilidad–. Depende de los clientes, ¿sabe?

Pagó sesenta Nuevos Dólares por dos días de habitación y tomó el ascensor al piso 23. La habitación ofrecía una vista sombría del escuálido East River. También estaba lloviendo en Nueva York.

La habitación estaba limpia pero poco cuidada; un grifo y el depósito del retrete hacían unos ruidos constantes y enervantes que Richards no consiguió silenciar ni siquiera intentando reparar el mecanismo.

Pidió que le subieran el desayuno: un huevo escalfado con una tostada, zumo de naranja y café. Cuando el camarero llamó a la habitación con la bandeja, Richards le dio una discreta propina.

Terminado el desayuno, sacó la cámara de vídeo y la contempló. Justo debajo del visor había una pequeña chapa metálica con la palabra INSTRUCCIONES. Debajo, Richards pudo leer lo siguiente:

1. Introduzca el cartucho de cinta en la ranura A hasta que oiga un «clic».
2. Prepare el objetivo enfocando correctamente.
3. Pulse el botón B para grabar imagen y sonido.
4. Cuando suene la señal, la cinta saltará automáticamente.

Tiempo de grabación, 10 minutos.

«Bien–pensó Richards–. Me verán dormir.»

Colocó la cámara en el escritorio y la enfocó hacia la cama. La pared aparecía vacía y sin rasgos identificables, y Richards se convenció de que nadie podría localizar dónde se hallaba por los detalles de la cama o de la habitación. Desde aquella altura, el ruido de la calle era mínimo, pero dejó la ducha abierta por si acaso.

Deliberadamente, estuvo a punto de apretar el botón y entrar en el

campo de visión de la cámara con todo su disfraz. Podía quitárselo en parte, pero era imposible hacer lo mismo con el cabello gris. Se puso por capucha la funda de la almohada, pulsó el botón, avanzó hasta la cama y se sentó de cara a la cámara.

– ¡Cu-cu! –exclamó con voz hueca para la inmensa audiencia que vería y escucharía la cinta aquella noche con horrorizado interés–. Vosotros no podéis verlo, pero me estoy riendo de todos vosotros, cerdos comemierdas.

Se tendió hacia atrás, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Cuando sonó el zumbador y saltó la cinta, diez minutos después, se durmió en seguida.

... Menos 075

Y CONTANDO...

Cuando despertó acababan de dar las cuatro. La caza, pues, había comenzado. Hacía ya tres horas, contando la diferencia horaria. El pensamiento le hizo estremecerse hasta lo más hondo.

Puso una nueva cinta en la cámara, tomó la Biblia del cajón del escritorio y leyó una y otra vez los Diez Mandamientos con la capucha puesta, durante los diez minutos de la grabación.

En el cajón había sobres, pero llevaban el membrete del hotel. Titubeó, pero comprendió que daba igual. Tendría que fiarse de la palabra de Killian de que la Dirección del Concurso no facilitaría a McCone y a sus perros de presa los datos postales que pudieran llevar a su localización. No tenía más remedio que utilizar el servicio de Correos, pues no le habían facilitado palomas mensajeras.

Junto al ascensor había un buzón, y Richards depositó las cintas en la ranura de «otras ciudades» con gran recelo. Aunque los empleados postales no podían recibir recompensas de la Dirección de Concursos por informar sobre la situación de un concursante, a Richards le seguía pareciendo un asunto terriblemente arriesgado. Sin embargo, no podía dejar de hacerlo, o sería descalificado.

Volvió a su habitación, cerró la ducha (el baño estaba más cálido y húmedo que una jungla tropical) y se tumbó en la cama a pensar.

¿Cómo huir? ¿Qué era lo mejor?

Intentó ponerse en el lugar del concursante medio. Naturalmente, el primer impulso era un puro instinto animal: enterrarse, hacerse una madriguera y ocultarse en ella.

Eso era lo que había hecho él. El hotel Brant. ¿Sería eso lo que esperaban los Cazadores? Sí, claro. No estarían buscando a alguien que huía, sino a alguien que se ocultaba.

¿Podrían encontrarle en su madriguera?

Deseó con todas sus fuerzas poder responder que no, pero le fue imposible. El disfraz era bueno, pero improvisado sobre la marcha. No había muchas personas observadoras, pensó, pero sí algunas. Quizás ya le habían denunciado. El recepcionista... El camarero que le había subido el desayuno... Quizás incluso algún rostro sin nombre en el espectáculo de perversiones de la calle 42.

No era probable, pero sí posible.

¿Y qué decir de su auténtica protección, los papeles falsos que Molie le había proporcionado? ¿Cuánto tiempo le servirían? Bueno, el taxista que le había recogido junto al Edificio de Concursos podía darles la pista de South City. Y los Cazadores eran temibles, amenazadoramente eficaces. Apretarían las tuercas a todos sus conocidos, desde Jack Crager hasta la bruja de Eileen Jenner, la vecina del rellano. Las apretarían mucho. ¿Cuánto pasaría –hasta que alguien, quizás un tipo blando como Flapper Donnigan, dejara escapar que Molie había falsificado documentos en

alguna ocasión? Y si encontraban a Molie estaba perdido. El prestamista resistiría lo justo para ganarse un par de palizas, pues era lo bastante astuto como para conseguir un par de cicatrices visibles que lucir por el barrio. Así quedaría a cubierto de cualquier desgraciado incendio por causas desconocidas, una noche cualquiera. ¿Y entonces? La mera comprobación de los tres aeropuertos de Harding descubriría el salto nocturno de John G. Springer hacia la Gran Metrópoli.

Si encontraban a Molie…

«Da por sentado que sí. Tienes que dar por sentado que sí.»

Entonces, a correr. ¿Adónde?

No lo sabía. Había pasado toda su vida en Harding, en el Medio Oeste. No conocía la Costa Este, y no había lugar alguno al que pudiera huir y considerarse en casa. Así pues, ¿adónde? ¿Adónde?

Su mente, confusa y abatida, se perdió en una morbosa visión. Habían encontrado a Molie sin ningún problema, y le habían sacado el nombre falso en cinco minutos, tras arrancarle dos uñas, llenarle el ombligo con gasolina para encendedor y amenazar con prender una cerilla. Después, habían localizado el vuelo de Richards con una rápida llamada (hombres elegantes, de rasgos desconocidos, con gabardinas de idéntico corte y confección) y habían llegado a Nueva York a las 2.30, hora local. Otros hombres habían conseguido ya la dirección del Brant mediante la consulta de las listas de ocupación hotelera de la ciudad de Nueva York, que eran pasadas a ordenador día a día. Ahora estaban en el exterior, rodeando el lugar. Conductores de neumobús, camareros, recepcionistas y botones habían sido reemplazados por Cazadores. Media docena de ellos subían ya por la escalera de incendios. Otros cincuenta se agolpaban en los tres ascensores. Cada vez eran más, con sus coches aéreos que rodeaban el edificio. Ya estaban en el pasillo. Dentro de un segundo, la puerta saltaría e irrumpirían, acompañados entusiásticamente de una cámara que, instalada sobre un trípode por encima de sus musculosas espaldas, recogería para la posteridad el instante en que le hacían picadillo.

Se incorporó en la cama, sudando. De momento, ni siquiera tenía un arma.

«A correr. De prisa.»

Para empezar, Boston serviría.

... Menos 074

Y CONTANDO...

Dejó la habitación a las cinco de la tarde y bajó al vestíbulo.

El recepcionista le dedicó una deslumbrante sonrisa, probablemente a la espera de que llegara su compañero del turno siguiente. –Buenas tardes, señor...

–Springer. –Richards le devolvió la sonrisa–. Parece que he encontrado petróleo, señor mío. Tres clientes parecen... receptivos. Seguiré utilizando estas excelentes instalaciones durante dos días más. ¿Desea que pague por adelantado?

–Como guste, señor.

Unos dólares cambiaron de manos. Richards regresó a la habitación, siempre sonriendo. El pasillo estaba vacío. Colgó el rótulo de NO MOLESTAR en el picaporte y corrió apresuradamente a la escalera de incendios.

La suerte estaba de su parte y no encontró a nadie. Descendió hasta la planta baja y salió por la entrada lateral sin ser visto. La lluvia había cesado, pero las nubes bajas todavía se cernían sobre Manhattan. El aire olía como una pila eléctrica gastada. Richards apresuró el paso, olvidándose de la cojera, hasta la terminal de autobuses eléctricos de la Dirección del Aeropuerto. Uno todavía podía comprar un billete de autobús sin tener que dar su nombre.

–A Boston –dijo al barbudo vendedor de la taquilla. –Veintitrés dólares, amigo. El autobús sale a las seis quince en punto.

Richards sacó el billete. Le quedaban poco menos de tres mil Nuevos Dólares. Aún faltaba una hora, y la terminal estaba abarrotada de gente, entre ella muchos milicianos con sus boinas azules y sus rostros jóvenes, adustos y brutales. Compró una revista de perversiones, se sentó y ocultó el rostro entre las páginas. Permaneció durante la hora siguiente de aquella manera, volviendo una página de vez en cuando para no parecer una estatua.

Cuando el autobús se situó en el andén, se apresuró hacia las puertas abiertas con el resto de los anónimos pasajeros.

– ¡Eh! ¡Eh, usted!

Richards volvió la mirada: un guardia de seguridad se acercaba corriendo. Permaneció helado donde estaba, incapaz de echar a correr. Una remota parte de su cerebro gritaba que estaba a punto de ser abatido allí mismo, justo en aquella inmunda terminal de autobuses con restos de llanta en el suelo y obscenidades grabadas en las paredes llenas de mugre: iba a constituir el trofeo de un estúpido policía afortunado.

– ¡Deténganle! ¡Detengan a ese tipo!

El policía se desviaba. No se refería a él. Richards advirtió que iba tras un muchacho de aspecto desaliñado que corría hacia la escalera con un bolso de mujer en la mano, empujando a los transeúntes a un lado y a otro como si fueran bolos.

El y su perseguidor desaparecieron de la vista escalera arriba, subiendo los peldaños de tres en tres a enormes saltos. La masa de viajeros recién llegados, pasajeros que partían y gentes que habían venido a despedir o recibir a éstos presenció el espectáculo con vago interés durante unos momentos y luego volvió rápidamente a lo que estaba haciendo, como si nada hubiera sucedido.

Richards continuó en la cola, temblando de frío.

Se dejó caer en un asiento próximo a la parte de atrás del autobús y, pocos minutos más tarde, éste ascendió la rampa de salida con un ronroneo hasta mezclarse con el tráfico. El policía y su presa habían desaparecido entre la multitud.

«Si yo hubiera tenido una pistola, le habría dejado frito en el sitio –pensó Richards–. ¡Oh, Señor! ¡Señor!

Y a continuación le invadió otro pensamiento: «La próxima vez no será un ratero de bolsos. Serás tú.»

Pese a todo, decidió conseguir un arma en Boston. Como fuera.

Recordó que Laughlin le había dicho que se llevaría a unos cuantos por delante antes de que acabaran con él.

El autobús continuó hacia el norte mientras oscurecía.

... Menos 073

Y CONTANDO...

El hostal de la Asociación de Muchachos Cristianos (Y.M.C.A.) de la ciudad de Boston se hallaba al final de la avenida Hunington. Era enorme, ennegrecido por los años, anticuado y cuadrado. Se alzaba en lo que había sido una de las mejores zonas de Boston a mediados del siglo anterior, y permanecía allí como un recuerdo culpable de otros tiempos. El viejo neón pasado de moda todavía hacía parpadear sus palabras en dirección al pecaminoso distrito del teatro. Parecía el esqueleto de una idea asesinada.

Cuando Richards penetró en el vestíbulo, el recepcionista estaba en plena discusión con un muchacho negro, menudo y mugriento, vestido con un jersey de matabol que le llegaba casi por las rodillas sobre sus tejanos azules. El tema de la discusión parecía ser una máquina de chicle situada junto a la puerta del vestíbulo.

– ¡Se ha tragado mi moneda! ¡Se ha tragado mi maldita moneda!

–Si no te largas de aquí, llamaré al detective del hotel, muchacho. Eso es todo. No hay más que hablar.

– ¡Pero esa maldita máquina se ha quedado la moneda!

– ¡Deja ya de maldecir, gusano!

El recepcionista, un tipo duro y bregado, extendió el brazo y asió el jersey del chico, zarandeándole. La ropa le iba muy ancha y el muchacho apenas se enteró.

–Y ahora –dijo el recepcionista–, lárgate de aquí. No quiero repetirlo.

Al ver que lo decía en serio, la máscara casi cómica de odio y desafío bajo la piel negra del pobre diablo se convirtió en una mueca herida y doliente de incredulidad.

–Escuche, ésa era la única maldita moneda que me quedaba. La máquina de chicle se la tragó y...

–Bueno, voy a llamar ahora mismo al detective de la casa.

El recepcionista se volvió hacia el tablero. Su chaqueta, salida de alguna tienda de ropa usada, aleteó cansinamente alrededor de sus enjutas posaderas.

El muchacho dio una patada a la caja plástica de la máquina de chicle y salió corriendo.

– ¡Maldito cerdo blanco hijo de perra! –gritó.

El recepcionista le vio alejarse, sin llegar a apretar el botón, auténtico o figurado. Después dedicó una sonrisa a Richards, mostrando un viejo teclado al que faltaban algunas teclas.

–Ya no se puede hablar con los negros. Si yo fuera dueño de la Cadena, los encerraría a todos en una jaula.

– ¿De verdad se le ha tragado la moneda? –preguntó Richards mientras firmaba en el registro como John Deegan, de Michigan.

–Si es cierto, seguramente será robada –respondió el tipo de recepción–. Y aunque tuviera razón, si le diera una moneda tendría a doscientos mendigos por aquí antes del anochecer, todos con el mismo cuento. Lo

que me gustaría saber es de dónde sacan ese lenguaje. ¿Es que sus padres no se cuidan de ellos...? ¿Cuánto tiempo se quedará, señor Deegan?

–No lo sé. Estoy aquí por negocios.

–Intentó una sonrisa sebosa y, cuando creyó tenerla dominada, la amplió. El recepcionista la advirtió al instante (quizás en el reflejo que le miraba desde las profundidades del mostrador de falso mármol, bruñido por un millón de codos) y se la devolvió.

–Son quince Nuevos Dólares con cincuenta, señor Deegan –dijo mientras tendía hacia Richards una llave unida a una gastada placa de madera–. Habitación quinientos doce.

–Gracias.

Richards pagó en metálico. Tampoco le pidieron que se identificara. Bendita fuera la Y.M.C.A.

Cruzó el vestíbulo hacia los ascensores y observó el pasillo que conducía, a la izquierda, hacia la Biblioteca Circulante Cristiana. Estaba apenas iluminada por unas lámparas amarillentas cubiertas de manchas de moscas, y un anciano con guardapolvo y botas impermeables recitaba unos salmos, volviendo las páginas lenta y metódicamente con dedos húmedos y temblorosos. Richards llegó a oír el sofocado gemido de su respiración desde los ascensores, y sintió una mezcla de horror y lástima.

El ascensor llegó con estrépito y las puertas se abrieron de mala gana con un suspiro. Mientras entraba, el recepcionista repitió en voz alta:

–Es una vergüenza y un pecado. Yo los metería en jaulas a todos.

Richards le dirigió una mirada pensando que el tipo hablaba con él, pero el recepcionista no se dirigía a nadie en concreto. El vestíbulo estaba muy vacío y silencioso.

... Menos 072

Y CONTANDO...

El vestíbulo del quinto piso apestaba a orina.

El pasillo era lo bastante estrecho para que Richards sintiera claustrofobia, y la alfombra, que debía de haber sido roja, se hallaba reducida a jirones en su parte central. Las puertas eran de un gris industrial, y varias de ellas mostraban huellas recientes de patadas, golpes o forcejeos con palancas. Cada veinte pasos, un rótulo advertía que estaba PROHIBIDO FUMAR EN LOS PASILLOS POR ORDEN DEL JEFE DE BOMBEROS. En el centro del piso había un baño comunal, donde el hedor a orina se hacía especialmente intenso. Era un olor que Richards asoció de inmediato a la desesperación. La gente se movía inquieta tras las puertas grises como fieras encerradas, como animales demasiado terribles y espantosos para ser vistos. Alguien cantaba una tonada que podría haber sido el avemaría una y otra vez, con voz borracha. De otra puerta surgían unos extraños barboteos. De otra, una tonada de vieja música country (No tengo un dólar para el teléfono / y estoy tan triste...). Sonidos de zapatos arrastrándose. El gemido solitario de los muelles de una cama, que delataba a un hombre masturbándose. Sollozos. Risas. Los gruñidos histéricos de una discusión entre borrachos. Y más allá de éstos, el silencio. Y el silencio. Y el silencio. Un hombre con el pecho espantosamente hundido pasó junto a Richards sin mirarle, con una pastilla de jabón y una toalla en una mano y vestido con un pantalón de pijama atado a la cintura con una cuerda. Llevaba los pies enfundados en unas zapatillas de papel.

Richards abrió la puerta de su habitación y entró. En un rincón había un urinario y lo utilizó. También había una cama con sábanas casi blancas y una manta del ejército extra, un escritorio en el que faltaba el segundo cajón, y una imagen de Cristo en una pared. En el ángulo de dos de los tabiques vio un colgador de acero con dos perchas. Eso era todo, además de la ventana que se abría a la oscuridad. Eran las 10.15.

Richards colgó su chaqueta, se descalzó y se tumbó en la cama. Se daba cuenta de lo desdichado, desconocido y vulnerable que resultaba en el mundo. El universo parecía gemir, gritar y rugir a su alrededor como un enorme e indiferente automóvil destartalado que bajase a toda velocidad por una colina, lanzado hacia el borde de un abismo sin fondo. Empezaron a temblarle los labios y lloró un poco.

No dejó que le vieran así en la cinta. Permaneció tendido con la mirada fija en el techo, que estaba resquebrajado en un millón de absurdas grietas, como una pieza de cerámica con el barniz mal cocido. Ya llevaban ocho horas detrás de él. Se había ganado ochocientos dólares del dinero que le habían adelantado. ¡Señor, todavía no había salido siquiera del agujero!

Y no se había visto por Libre-Visión. ¡Qué lástima! Todo aquel espectáculo del encapuchado...

¿Dónde estarían? ¿Todavía en Harding? ¿En Nueva York? ¿O camino de Boston? No, no podían estar ya sobre su pista. ¿O sí? El autobús no había pasado ningún control de carreteras. Había abandonado la mayor ciudad del mundo anónimamente y viajaba bajo nombre supuesto. No podían estar tras su pista. Imposible.

El hostal de la Y.M.C.A. de Boston podía ser seguro durante un máximo de dos días. Después podría dirigirse al norte, hacia New Hampshire y Vermont, o al sur, hacia Hartford, Filadelfia o incluso Atlanta. Más al este quedaba el océano y, al otro lado, Europa. Resultaba una idea seductora pero, probablemente, estaba fuera de su alcance. El pasaje por avión exigía documentos de identidad y, además, Francia estaba bajo la ley marcial. Aunque fuera posible colarse de polizón, si le descubrían tendría un final rápido y definitivo. El oeste, en cambio, quedaba descartado. En el oeste era donde corría más peligros.

«Si no puedes soportar el calor, sal de la cocina». ¿Quién había dicho aquello? Molie lo sabría. Se rió ligeramente por lo bajo y se sintió mejor.

A sus oídos llegó el sonido incorpóreo de una radio.

Le habría gustado conseguir el arma de inmediato, esa noche, pero se sentía demasiado cansado. El viaje le había fatigado. Ser un fugitivo le agotaba. Y una especie de instinto animal le decía, más allá de toda razón, que muy pronto estaría durmiendo en una alcantarilla bajo el filo de octubre, o en un barranco cubierto de matorrales y escoria.

«Mañana por la noche, la pistola.»

Apagó la luz y se acostó.

... Menos 071

Y CONTANDO...

Era tiempo de una nueva actuación.

Richards se colocó de espaldas a la cámara de vídeo mientras tarareaba el tema musical de El fugitivo. Se colocó la funda de la almohada como capucha, volviéndola del revés para que no pudiera verse el nombre de la Y.M.C.A. estampado en la tela.

La cámara había inspirado a Richards una especie de humor creativo que jamás hubiera creído poseer. La imagen que siempre había tenido de sí mismo era la de un tipo amargado, carente de todo sentido del humor. Sin embargo, la perspectiva de una muerte próxima había puesto de manifiesto al comediante solitario que ocultaba en su interior.

Cuando la grabación terminó, Richards decidió aguardar a la tarde para la segunda. La solitaria habitación resultaba aburrida, y quizá se le ocurriría algo nuevo para entonces.

Se vistió lentamente y acudió a la ventana para echar un vistazo.

El tráfico matutino de aquel jueves hormigueaba afanosamente arriba y abajo por la avenida Hunington. Ambas aceras estaban abarrotadas de peatones que avanzaban lentamente. Algunos estudiaban los paneles amarillos donde se anunciaban los trabajos eventuales, pero la mayoría deambulaba apelotonadamente. Parecía haber un policía en cada esquina. Richards oyó mentalmente sus palabras habituales. «Muévete. ¿No tienes adónde ir? Date prisa, gusano.»

Uno llegaba hasta la esquina siguiente, que parecía la última, y allí era obligado a seguir de nuevo. Uno podía sentirse furioso pero, sobre todo, terminaba con un terrible dolor de pies.

De regreso al hostal, Richards meditó los riesgos de acudir a darse un baño a las duchas comunales y, finalmente, decidió hacerlo. Bajó con una toalla al cuello, no encontró a nadie y penetró en el cuarto de baño.

Allí se mezclaban los olores a orina, excrementos, vómitos y desinfectantes. Las puertas de los retretes estaban reventadas, naturalmente. Alguien había escrito A LA MIERDA LA CADENA con letras de un palmo sobre los urinarios. Parecía obra de una persona enfurecida. En uno de los urinarios había un montón de heces, y Richards pensó que el tipo debía de estar muy borracho cuando lo hizo. Unas cuantas moscas de otoño zumbaban perezosamente encima de los excrementos. La panorámica no afectó gran cosa a Richards, pues era demasiado habitual para él; sin embargo, se alegró de llevar puestos los zapatos.

La sala de duchas estaba a su completa disposición. El suelo era de cerámica descascarillada, y las paredes, de baldosas con gruesos depósitos de suciedad en la parte baja. Abrió el grifo de una ducha oxidada; el agua salía muy caliente, y aguardó pacientemente hasta que, al cabo de cinco minutos, empezó a salir tibia. Entonces, se duchó rápidamente. Utilizó una pastilla de jabón que encontró en el suelo; o el hotel no se había preocupado de ponerlo, o la doncella encargada de ello

se lo había quedado.

De regreso hacia la habitación, un tipo con labios leporinos le recitó unos versículos.

Richards se puso la camisa, se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Tenía hambre, pero decidió esperar a que anocheciera para salir a comer algo.

El aburrimiento le llevó de nuevo a la ventana. Se dedicó a contar las diferentes marcas de coches: Ford, Chevrolet, Wint, Volkswagen, Plymouth, Studebaker y Rambler-Supreme. El primero en llegar a cien ganaba. Un juego estúpido, pero mejor que no tener ninguno.

Más arriba, en la misma avenida Hunington, estaba la universidad del Nordeste y, justo enfrente del hostal, había una gran librería automatizada. Mientras contaba coches, Richards observó a los estudiantes que entraban y salían de ella formando un agudo contraste con los parados que se detenían ante los anuncios de ofertas de trabajo. Los estudiantes llevaban el cabello más corto, y todos parecían vestir ropas de deporte, que al parecer estaban de moda en el campus. Chicos y chicas pasaban por las puertas giratorias para hacer sus compras con un aire informal de clientela incómoda que provocó una mueca de helada complacencia en el rostro de Richards. Los espacios de estacionamiento limitado a cinco minutos delante de la librería eran ocupados y desocupados por una sucesión de automóviles deportivos y relucientes, a menudo de formas exóticas. Muchos de ellos llevaban calcomanías de las diversas facultades en los cristales traseros: Nordeste, M.I.T., Boston, Harvard... La mayor parte de los desocupados pendientes de los letreros amarillos trataban los coches como si formaran parte del paisaje, pero algunos los contemplaban con un ansia muda y lastimera.

Un Wint dejó el espacio situado justo frente a la tienda y un Ford ocupó su lugar. El conductor, un tipo de cabello cortado estilo cepillo que fumaba un habano de un palmo, dejó el motor al ralentí y el vehículo descendió hasta quedar a apenas dos centímetros del suelo. Después, el coche se alzó un poco cuando el pasajero, vestido con una cazadora blanca y marrón, se levantó del asiento y entró rápidamente en la tienda.

Richards suspiró. Contar coches era un juego muy aburrido. Los Ford superaban a su contrincante mejor situado por un resultado de 78 a 40. El resultado final era tan predecible como el de las siguientes elecciones.

Alguien llamó a la puerta y Richards se puso en tensión como un resorte.

– ¿Frankie? ¿Estás ahí, Frankie? –dijo una voz.

Richards no respondió. Helado de temor, continuó quieto como una estatua.

– ¡Estás jodido, Frankie!

Hubo una risotada de manifiesta ebriedad y los pasos se alejaron. Richards oyó que llamaba a la siguiente puerta.

– ¿Estás ahí, Frankie?

A Richards el corazón le fue volviendo lentamente a su lugar, garganta abajo.

El Ford dejaba ya el aparcamiento y otro Ford tomó su lugar. El número 79. Mierda.

La mañana fue transcurriendo, pasó el mediodía y llegó la una. Richards lo supo por el tañido de las campanas de varias iglesias distantes. Irónicamente, un hombre que vivía hora a hora no disponía de reloj.

Ahora jugaba a una variante del juego de los coches. Los Ford valían dos puntos, los Studebaker tres y los Chevrolet cuatro. El primero que llegara a doscientos ganaba.

Transcurrió quizás un cuarto de hora hasta que advirtió que el hombre de la cazadora blanca y marrón estaba apoyado en una farola más allá de la librería, leyendo el cartel de un concierto. Nadie le decía que circulara; de hecho, la policía parecía hacer caso omiso de su presencia.

«Estás viendo fantasmas, gusano. Dentro de poco los verás bajo la cama.» Contó un Chevrolet con el parachoques mellado. Un Ford amarillo. Un viejo Studebaker con un ruidoso cilindro de aire que oscilaba arriba y abajo sobre el colchón de aire. Un Volkswagen; éste no contaba ahora para el juego. Otro Chevrolet. Un Studebaker.

En la parada de autobús de la esquina había un hombre que fumaba un habano de un palmo con aire despreocupado. Era la única persona de la parada, y había buenas razones para ello. Richards había visto ir y venir los autobuses y sabía que no habría otro hasta cuarenta y cinco minutos después.

Richards notó una sensación helada que le agarrotaba los testículos.

Un viejo con una gabardina negra raída deambulaba por la acera y se apoyó distraídamente en el edificio.

Dos tipos de vestimenta deportiva bajaron de un taxi charlando animadamente y empezaron a estudiar la carta del escaparate del restaurante Estocolmo.

Un policía se acercó al hombre de la parada del autobús y conversó con él unos instantes. Después, volvió a alejarse.

Con un terror lejano y mudo, Richards notó que bastantes de los vagabundos y los borrachos caminaban ahora mucho más despacio. Las ropas y los modos de andar le parecían extrañamente familiares, como si los hubiera visto ya muchas veces y sólo ahora se diera cuenta de ello..., de esa manera inquietante e incierta en que uno percibe en sueños las voces de los muertos.

También había más policías.

«Me están acorralando», pensó. La idea le produjo un terror incapacitante, conejil.

«No –se corrigió de inmediato–. Ya estoy acorralado.»

... Menos 070

Y CONTANDO...

Richards se dirigió rápidamente al baño intentando controlarse, haciendo caso omiso del terror como el hombre colgado de un saliente ignora el vacío que se abre a sus pies. Si conseguía salir de ésta, se dijo, sería manteniendo la serenidad. Si se dejaba arrastrar por el pánico, moriría muy pronto.

Había alguien en la ducha cantando una canción popular con voz ronca y desentonada. Los urinarios y los lavabos estaban desiertos.

La solución había surgido en su mente sin esfuerzo mientras permanecía junto a la ventana observando cómo se reunían de aquel modo despreocupado y siniestro. De no habérsele pasado por la cabeza, todavía estaría allí, pegado a los cristales igual que un Aladino contemplando cómo el humo de la lámpara tomaba la forma de un genio omnipotente. La solución era la misma que solían practicar de muchachos para robar periódicos de los sótanos de los bloques. Molie los compraba luego, a cuatro centavos el kilo.

Con un fuerte tirón de muñeca, arrancó uno de los soportes de cepillos de dientes que había junto a un espejo. Estaba algo oxidado, pero no importaba. Luego se encaminó al ascensor mientras enderezaba el soporte hasta dejarlo recto.

Pulsó el botón y el aparato tardó toda una eternidad en bajar desde el piso octavo. Estaba vacío. Gracias al cielo, estaba vacío.

Entró, echó un rápido vistazo a los pasillos y se volvió hacia el panel de control. Bajo el botón que indicaba el sótano había una ranura en la que el conserje introducía una tarjeta. Un ojo electrónico la comprobaba y permitía al portero pulsar el botón para descender al sótano.

« ¿Y si no sale bien?... No importa. Eso ahora no importa.»

Richards hizo una mueca, temeroso de una posible descarga eléctrica, e introdujo el soporte en la ranura al tiempo que pulsaba el botón.

En el panel de control se produjo un ruido que sonó como una breve maldición eléctrica. Notó una sacudida leve en el hombro, como unas cosquillas. Durante un segundo, no sucedió nada más. Por fin, las puertas empezaron a cerrarse y el ascensor se lanzó hacia abajo. Por la ranura del panel salía un leve hilillo de humo.

Richards se apartó de la puerta y observó los números que iban sucediéndose lentamente. Cuando llegó a la planta baja, el motor rechinó allá arriba en la azotea y el ascensor pareció a punto de detenerse. Después, al cabo de un instante (como si decidiera que ya había asustado bastante a Richards), continuó descendiendo. Veinte segundos después se abrieron las puertas y Richards salió al enorme sótano en penumbras. En alguna parte goteaba una cañería, y oyó escurrirse a una rata asustada. Por lo demás, el sótano era suyo. Por ahora.

... Menos 069

Y CONTANDO...

Unas enormes conducciones de calefacción, oxidadas y festoneadas de telarañas, recorrían el techo dibujando extrañas formas. Cuando la caldera se puso en funcionamiento, repentinamente, Richards estuvo a punto de chillar de terror. La descarga de adrenalina en su corazón y sus extremidades fue dolorosa; por un momento, casi paralizante.

Vio que también había periódicos. Miles de ellos, amontonados y atados con cuerdas. Las ratas los usaban como nido por centenares. Familias enteras de roedores contemplaban al intruso con ojillos encarnados y desconfiados.

Empezó a alejarse del ascensor y se detuvo en mitad de la extensión de cemento cuarteado. Había una gran caja de fusibles unida a un poste, y detrás de éste, apoyado en el otro lado, un puñado de herramientas. Richards tomó una palanca y continuó caminando con la vista fija en el suelo.

A la izquierda, junto a la pared, divisó la boca principal del desagüe. Se acercó a ella mientras, en un rincón de la mente, se preguntaba si sabrían ya que estaba allí abajo.

La tapa del desagüe estaba hecha de acero y medía un metro de diámetro. En el otro extremo había una ranura para la palanca. Richards la colocó, alzó la tapa y puso un pie en la palanca a fin de mantener abierto el hueco. Después pasó las manos y empujó. La tapa cayó sobre el cemento con un estruendo que hizo desaparecer inmediatamente a las ratas.

La tubería descendía en un ángulo de 450, y Richards calculó que el diámetro no debía de llegar a 75 cm. Estaba muy oscuro. De pronto, la claustrofobia le dejó la garganta seca. El hueco era demasiado estrecho para maniobrar. Incluso para respirar. Pero tenía que servir.

Colocó de nuevo la tapa dejando el espacio justo para colarse por él y poner de nuevo la tapa desde abajo. Después caminó hasta la caja de fusibles, reventó el candado con la palanca y la abrió. Estaba a punto de empezar a romper fusibles cuando se le ocurrió otra idea.

Anduvo hasta los periódicos, tirados como un montón de nieve sucia y amarillenta a lo largo de una de las paredes del sótano. Después sacó del bolsillo la caja de cerillas con que había estado encendiendo los cigarrillos. Quedaban tres. Tomó una hoja de papel y la arrugó, dándole una forma alargada; después la sostuvo entre el brazo y el costado mientras encendía una cerilla. La primera se apagó en seguida debido a una comente de aire. La segunda se le cayó de entre los dedos, temblorosos, y se apagó también sobre el húmedo cemento.

La tercera se encendió normalmente. Acercó la llama al extremo del papel y surgió una llama amarilla. Una rata, presintiendo quizá lo que se avecinaba, corrió entre los pies de Richards y se refugió en la oscuridad.

Richards se sentía ahora lleno de una terrible urgencia, pero consiguió

contenerse hasta que el papel empezó a arder con llamas de un palmo de alto. Ya no le quedaban más cerillas, por eso colocó con cuidado su antorcha de papel en una fisura del muro de papel que le llegaba hasta el pecho y aguardó hasta asegurarse de que el fuego se extendía. El enorme depósito de combustible que abastecía al hostal estaba adosado a aquella pared por el otro lado. Quizás estallara.

Richards estaba convencido de que así sería.

Volvió corriendo hacia la caja de fusibles y empezó a arrancar los largos fusibles tubulares. Consiguió cortar la mayor parte antes de que se apagaran las luces del sótano. Regresó hasta el pequeño desagüe tanteando el terreno a ciegas, ayudado por el creciente resplandor del papel ardiendo.

Tomó asiento en el borde del hueco con los pies colgando en el vacío y, por fin, se introdujo en él lentamente. Cuando tuvo la cabeza por debajo del nivel del suelo, apretó las rodillas contra los lados de la cañería para sostenerse y situó trabajosamente los brazos por encima de la cabeza. Fue una labor lenta, pues disponía de muy poco espacio para moverse. Ahora, la luz del fuego era de un amarillo brillante, y el chasquido del papel al arder le llenaba los oídos. Por fin, sus dedos encontraron el borde de la tapa y atrajo ésta hacia sí poco a poco, sosteniendo una parte cada vez mayor del peso con los músculos de la espalda y del cuello. Cuando consideró que estaba a punto de encajarla, dio un último y enérgico tirón a la tapa. Ésta cayó en su lugar con estruendo, doblándole cruelmente las muñecas.

Richards dejó que las rodillas se relajaran y se escurrió hacia abajo como si estuviera descendiendo en paracaídas. La tubería estaba cubierta de una capa de limo, y cayó sin esfuerzo unos cuatro metros hasta llegar a un punto en que el conducto daba un giro de noventa grados. Sus pies se posaron en el fondo con fuerza y permaneció así unos instantes, como un borracho apoyado en un farol.

Pero no podía colarse por el conducto horizontal, pues el ángulo era demasiado agudo para su tamaño.

Volvió a sentirse agobiado por una enorme y nauseabunda sensación de claustrofobia. «Atrapado –balbuceó su mente–. Atrapado aquí dentro, atrapado, atrapado…»

Un grito agudo subió a su garganta y apenas consiguió sofocarlo.

«Calma. Sí, eso es lo que siempre se dice, pero en esta situación es realmente imprescindible conservar la calma todo lo posible. Porque estoy en el fondo de esta tubería y no puedo subir ni bajar, y si el maldito depósito estalla voy a quedar asado como un pollo… »

Empezó a agitarse hasta conseguir darse la vuelta y quedar con el pecho contra la base de la tubería, en lugar de la espalda. La capa de mugre hacía de lubricante, facilitando los movimientos. El conducto estaba ahora bastante iluminado, y cada vez hacía más calor. Por las rendijas de la tapa se colaban rayos de luz que iluminaban su rostro en pleno esfuerzo.

Apoyado por fin en pecho, vientre y escroto, y con las piernas dobladas adecuadamente, consiguió deslizarse un poco más hasta que pies y pantorrillas entraron en el tubo horizontal. Richards estaba ahora

arrodillado, como si fuera a rezar, pero seguía sin ser suficiente. Tenía las nalgas encajadas en las losas de cerámica que cubrían el ángulo de la cañería a la entrada del tramo horizontal.

Le pareció percibir unos gritos como órdenes por encima del poderoso rugir del fuego, pero podía tratarse sólo de su imaginación, que ahora estaba febril y llena de tensión, hasta el punto de no resultar fiable.

Empezó a flexionar los músculos de las piernas en un agotador balanceo y, poco a poco, las rodillas fueron abriéndose paso. Colocó trabajosamente los brazos por encima de la cabeza de nuevo para tener más espacio, y ahora su rostro quedó aplastado contra la suciedad de la tubería. Estaba ya muy cerca de conseguir su objetivo. Dobló la espalda todo cuanto pudo y empezó a empujar con la cabeza y los brazos, que eran las únicas partes del cuerpo con las que podía hacer palanca.

Cuando ya empezaba a pensar que no había suficiente espacio y que iba a quedarse atascado allí, incapaz de seguir avanzando o de retroceder, las caderas y las nalgas se colaron de pronto por la abertura de la tubería horizontal con un estampido, como si fueran el tapón de una botella de champaña. La rabadilla le produjo un dolor insoportable al rozar con la pared, y la camisa se le enroscó hasta las clavículas. Ya tenía todo el cuerpo en posición horizontal, salvo la cabeza y los brazos, que seguían doblados hacia atrás en una posición muy forzada para las articulaciones. Se coló por completo en el tubo e hizo una pausa, entre jadeos, con el rostro bañado en suciedad y excrementos de rata, y un gran arañazo en la piel de la parte inferior de la espalda que rezumaba sangre.

La tubería se estrechaba todavía más, y sus hombros rozaban levemente ambos lados cada vez que tomaba aire.

«Gracias a Dios que estoy subalimentado.»

Entre jadeos, continuó avanzando con los pies por delante en la oscuridad del tubo.

... Menos 068

Y CONTANDO...

Siguió avanzando a ciegas lentamente, como un topo, durante unos cincuenta metros. De pronto, el depósito de carburante del sótano del hostal estalló con un rugido que provocó en las tuberías unas vibraciones simpáticas tales que estuvieron a punto de reventarle los tímpanos. Hubo un destello blanco-amarillento, como si hubiera ardido una masa de fósforo. El destello se difuminó en un resplandor rosado y cambiante. Momentos después, una oleada de aire caliente le golpeó el rostro, forzando a éste a una mueca de dolor.

La cámara de vídeo del bolsillo de la chaqueta iba de un lado a otro mientras intentaba retroceder con más rapidez. La tubería se estaba calentando a causa de la gran explosión y el incendio que se había formado algunos metros por encima de él, igual que el mango de una sartén se calienta también cuando se pone ésta al fuego. Y Richards no tenía la menor intención de quedar cocido allí abajo como una patata al horno.

El sudor bañaba su rostro, mezclándose con los negros churretes de suciedad que ya tenía, y le daba el aspecto de un indio con sus pinturas de guerra, bajo el resplandor irregular del incendio que se reflejaba en las paredes de la tubería. Estas resultaban ahora calientes al tacto.

Como un cangrejo, Richards retrocedió rápidamente, apoyado en rodillas y antebrazos y golpeando con las nalgas la parte superior de la tubería a cada movimiento. Respiraba con rápidos jadeos, como un perro. El aire era caliente, lleno de un oleoso sabor a gasolina que resultaba incómodo de respirar. Un intenso dolor de cabeza comenzó a despertarse en su cráneo, como múltiples estiletes clavándosele detrás de los ojos.

«Voy a freírme aquí. Voy a freírme...»

De pronto, notó que los pies le colgaban en el vacío. Intentó mirar por entre las piernas para ver de qué se trataba, pero había demasiada oscuridad y sus ojo estaban deslumbrados por el resplandor que recibía de cara. Tendría que arriesgarse. Retrocedió hasta tener las rodillas en el borde de la tubería y las movió con cautela, tanteando el espacio.

De pronto, sus pies encontraron agua. La sensación de frío resultó sorprendente después del calor pasado.

La nueva conducción venía en el mismo plano y transversal a la que Richards acababa de recorrer, y era mucho mayor, lo bastante para avanzar de pie, si se mantenía agachado. El agua, turbia, le cubría hasta los tobillos, y avanzaba lentamente. Richards se detuvo un instante a mirar por la tubería que había dejado atrás. Al fondo se reflejaba todavía el fulgor del incendio. El hecho de que pudiera verlo desde allí significaba que debía de ser enorme.

A regañadientes, Richards se vio obligado a aceptar el hecho de que sus perseguidores le considerarían vivo, y no muerto en el infierno del sótano del hostal. Con todo, quizás no descubrieran su ruta de escape hasta que

el incendio estuviera controlado. Parecía lógico pensarlo, pero también lo había parecido pensar que no podrían seguirle el rastro hasta Boston.

«Quizá no fue así. Después de todo, ¿qué vi en realidad?»

No. Habían sido ellos, lo sabía. Los Cazadores. Llevaban consigo el hedor del mal. Y éste había subido a oleadas hasta su habitación del quinto piso como invisibles ondas térmicas.

Una rata pasó chapoteando junto a él y se detuvo a mirarle un instante con ojillos brillantes.

Richards chapoteó también, torpemente. Y avanzó en la misma dirección que el agua.

... Menos 067

Y CONTANDO...

Richards se detuvo junto a la escala y alzó la mirada, atónito al apreciar la luz. No parecía haber mucho tráfico, lo cual era bueno, pero la luz...

Le sorprendía porque le había parecido que transcurrían horas y horas en su vagar por las alcantarillas. Allá abajo, en la oscuridad, sin impresiones visuales y sin más sonido que el borboteo del agua, el leve chapoteo de una rata y los ecos fantasmales de otras conducciones («¿Qué pasaría si alguien tirase de la cadena justo sobre mi cabeza?», se había preguntado en varias ocasiones, morbosamente), el sentido del tiempo de Richards había quedado extrañamente desorientado.

Ahora, mientras contemplaba la tapa del alcantarillado a unos cinco metros por encima de él, vio que el día aún no había terminado. La tapa tenía varios respiraderos, y unos rayos de luz del diámetro de un lápiz formaban monedas de sol en sus hombros y su pecho.

No había pasado ningún coche aéreo sobre la tapa desde que llegara allí; sólo algún vehículo terrestre pesado y una flota de motocicletas. Eso le hizo sospechar que, más por buena suerte y por la ley de las probabilidades que por un sentido interno de la orientación, había conseguido llegar al corazón de la ciudad, adonde vivían «los suyos».

Sin embargo, no se atrevía a subir hasta que anocheciera. Para pasar el tiempo, sacó la cámara de vídeo, introdujo una cinta y empezó a filmarse el pecho. Sabía que las cintas eran ultrasensibles, capaces de aprovechar la menor cantidad de luz, y no quería mostrar nada del lugar donde se encontraba. Esta vez no habló ni se cubrió el rostro. Estaba demasiado cansado.

Cuando la cinta saltó, la puso con la grabada por la mañana. Deseó poder quitarse de la cabeza la pertinaz sospecha –la casi certeza– de que las cintas contribuían a localizarle. Tenía que haber un modo de impedirlo. Tenía que haberlo.

Se sentó en el tercer peldaño de la escala y aguardó a que oscureciera. Llevaba corriendo desde hacía casi treinta horas.

... Menos 066

Y CONTANDO...

El niño de unos siete años, negro, apuró el cigarrillo y se acercó más a la boca del callejón, observando la calle. Había apreciado un súbito y breve movimiento en la calle, cuando momentos antes todo estaba quieto. Unas sombras se movieron, se detuvieron y volvieron a moverse. La tapa de la alcantarilla estaba levantándose. Un momento de inmovilidad y algo que brillaba. ¿Unos ojos? La tapa se movió de pronto a un lado, con estrépito.

Alguien (o algo, pensó el muchacho, con un asomo de temor) se movía allí fuera. Quizás había venido el diablo para llevarse a Cassie. Mamá decía que Cassie se iría al cielo para estar con Dicky y los demás ángeles, pero el muchacho pensaba que eso eran tonterías. Todo el mundo iba al infierno cuando moría, y el diablo les pinchaba el culo con el tridente. Él había visto una imagen del diablo en los libros que Bradley había hurtado de la Biblioteca Pública de Boston. El cielo era para los chiflados del push. El diablo era el hombre.

Podía ser el diablo, pensó el muchacho cuando Richards surgió de pronto de la alcantarilla y permaneció unos instantes doblado sobre sí mismo en el asfalto cuarteado y lleno de parches, recuperando la respiración. Sin rabo ni cuernos, ni el color rojo del grabado del libro, pero su aspecto general era lo bastante repulsivo.

Ahora volvía a poner la tapa en su sitio, y ahora...

... ¡Ahora, Dios santo, venía corriendo hacia el callejón!

El muchachito gimió, intentó echar a correr y tropezó con sus propios pies.

Probó a levantarse, derribando cajas y bolsas de basura, y de pronto el diablo le agarró.

– ¡No me pinches! –gritó el pequeño en un ahogado gemido–. ¡No me pinches con el tridente, hijo de...!

– ¡Chisst! ¡Calla! ¡Cállate!

El diablo le sacudió por los hombros haciéndole castañetear los dientes como canicas, y el chiquillo enmudeció. El diablo miró a su alrededor presa de un extremo temor. Las facciones de su rostro parecían casi burlescas a causa del pánico. Al niño le recordaron aquellos tipos tan cómicos del concurso Bañe al Cocodrilo. Se habría echado a reír de no estar tan asustado.

–Tú no eres el diablo–dijo.

–Si gritas, te convencerás de que lo soy.

–No voy a gritar –replicó el chico, con aire enfadado–. ¿Crees que quiero que me corten los huevos? Si todavía no tengo edad ni para correrme...

– ¿Conoces algún lugar tranquilo donde podamos ir?

–No me mates, tío. No tengo nada.

Los ojos del niño se volvieron hacia él como dos manchas blancas en la oscuridad.

–No pienso matarte.

El chiquillo tomó de la mano a Richards y le condujo por el callejón retorcido y cubierto de desperdicios hasta la boca de otra calleja. Al fondo de ésta, justo antes de que se abriera el patio interior entre dos anónimos edificios de numerosos pisos, el chiquillo le llevó hasta un cobertizo construido con tablones y ladrillos. El umbral era muy bajo, y Richards se golpeó en la cabeza al entrar.

El chico corrió un sucio retal de tela negra sobre la entrada y manoseó algo en un rincón. Un momento más tarde, un débil fulgor iluminó sus rostros; el niño había conectado una pequeña bombilla a una vieja batería de automóvil en desuso.

–He arreglado esa batería yo mismo –dijo–. Bradley me enseñó a hacerlo. El tiene libros, ¿sabes? También tengo una bolsa de monedas. Te la daré si no me matas. Además, será mejor que no lo hagas. Bradley está con los Navajeros y, si me matas, te hará cagar en el zapato y comerte la mierda.

–Yo no mato a nadie –dijo Richards en tono impaciente–. Al menos, no mato a niños pequeños.

– ¡Yo no soy un niño pequeño! ¡He reparado esa batería yo mismo!

El aire ofendido del chiquillo hizo surgir una sonrisa en el rostro de Richards.

–Está bien. ¿Cómo te llamas, muchachito?

– ¡No me llames muchachito! –replicó. Después añadió, con resentimiento–: Stacey.

–Muy bien, Stacey. Yo soy un fugitivo. ¿Te lo crees?

–Sí, eres un fugitivo, desde luego. No has salido de esa alcantarilla para comprar unas fotos guarras. –Permaneció unos instantes contemplando a Richards y añadió–: ¿Eres negro o blanquito? Es difícil saberlo con toda esa suciedad encima.

–Stacey, yo… –Dejó la frase sin terminar y se mesó el cabello. Cuando volvió a hablar, pareció estar haciéndolo consigo mismo–. Tengo que confiar en alguien, y resulta ser un muchacho. ¡Un niño! ¡Santo cielo, si no debes de tener más de seis años!

–Cumpliré ocho en marzo –replicó el chico con rabia–. Mi hermana Cassie tiene cáncer –añadió–. Grita mucho, y por eso me gusta venir aquí. He arreglado esa maldita batería yo mismo. ¿Quieres un porro, tío?

–No, y tú tampoco. ¿Quieres un par de dólares, Stacey?

– ¡Claro que sí! –dijo el niño. Después, un velo de desconfianza nubló sus ojos–. ¡Bah!, tú no has salido de esa alcantarilla con dos malditos dólares para mí. Seguro que es mentira.

Richards sacó del bolsillo un Nuevo Dólar y se lo dio. El chiquillo contempló el billete con un temor reverencial próximo al terror.

–Hay otro como éste para ti si traes aquí a tu hermano –dijo Richards, y al ver la expresión del pequeño añadió rápidamente–: Te lo daré a escondidas para que él no lo vea. Haz que venga solo.

–Ni se te ocurra intentar matar a Bradley. Te hará cagar en el zapato…

–… y comerme la mierda, ya lo sé. Tú ve y dile que venga. Espera a que esté solo.

–Tres dólares.

–No.

–Escucha, amigo, con tres dólares puedo conseguir un poco de polvos para Cassie en la farmacia. Así dejará de gritar tanto.

El rostro de Richards se crispó como si alguien invisible le hubiera golpeado en la boca del estómago.

–Está bien. Tres.

–… Nuevos Dólares –insistió el chiquillo.

–Sí, hombre, sí, ¡por el amor de Dios! Ve a por él. Y si traes a la policía no recibirás nada.

El muchacho se detuvo, con medio cuerpo fuera y medio dentro de su cubil.

–Estás loco si crees que voy a hacer eso. Odio a esos cerdos de uniforme más que a nadie. Incluso más que al diablo.

Después, desapareció. Richards pensó que tenía su vida en las manos mugrientas y llenas de costras de un chiquillo de siete años. Sin embargo, estaba demasiado cansado para sentirse realmente asustado. Apagó la luz, se echó hacia atrás y dormitó un rato.

... Menos 065

Y CONTANDO...

Apenas había empezado a soñar, cuando sus sentidos, muy aguzados, le devolvieron a la realidad. Confuso, en un cuchitril a oscuras, pensó por un instante que era presa de una pesadilla y que un enorme perro policía saltaba sobre él como una terrible arma orgánica de dos metros de altura. Casi dejó escapar un grito antes de que Stacey le hiciera recobrar plenamente la conciencia al susurrar:

–Si me ha roto la maldita lámpara, voy a...

Un susurro hizo callar de inmediato al pequeño. El lienzo de la entrada se agitó y Richards encendió la luz. Se encontró ante Stacey y otro negro. El recién llegado tenía unos dieciocho años, calculó Richards. Llevaba una chaqueta de motorista y contemplaba a Richards con una mezcla de odio e interés.

La hoja de una navaja saltó de su resorte y brilló en la mano de Bradley.

–Si llevas armas, tíralas al suelo.

–No llevo.

–No voy a creerme esa mi... –Se interrumpió y abrió unos ojos como platos–. ¡Eh!, tú eres el tipo de la Libre-Visión. El que se ha escapado del Y.M.C.A. de la avenida Hunington. –La ceñuda expresión de su negro rostro fue sustituida por una sonrisa involuntaria–. Dicen que te has cargado a cinco policías. Eso significa que probablemente han sido quince.

–El tipo salió de las alcantarillas –dijo Stacey dándose importancia–. Y en seguida supe que no era el diablo. Supe que era algún pobre desgraciado, un blanquito sin dinero. ¿Vas a pincharle, Bradley?

–Cállate y deja que hablen los mayores.

Bradley terminó de entrar en el cubículo, acuclillado en posición incómoda, hasta tomar asiento frente a Richards en una caja de naranjas casi hecha astillas. Echó un vistazo a la navaja que llevaba en la mano, pareció sorprenderse de verla todavía abierta y la cerró rápidamente.

–Amigo, eres más peligroso que la peste –dijo por último.

–Tienes razón.

– ¿Adónde piensas ir?

–No lo sé, pero tengo que salir de Boston.

Bradley permaneció en silencio unos instantes.

–Tendrás que venirte a casa con Stacey y conmigo. Debemos hablar, pero aquí no se puede. Demasiado arriesgado.

–Está bien –respondió Richards con voz cansina–. Me da igual.

–Iremos por detrás. Esta noche los cerdos de uniforme patrullan por todas partes, y ahora ya sé por qué.

Cuando Bradley hubo salido, Stacey le dio a Richards una patada en la espinilla. Richards se volvió hacia el pequeño, mirándole un instante sin comprender su reacción, y entonces se acordó. Pasó bajo mano tres Nuevos Dólares al muchacho, y Stacey los hizo desaparecer.

... Menos 064

Y CONTANDO...

La mujer era muy anciana. Richards pensó que era la persona más vieja que había visto en su vida. Llevaba una bata casera de algodón estampado con un gran desgarrón bajo una de las mangas. Un gran pecho arrugado y caído se balanceaba adelante y atrás, visible por el desgarrón de la bata, mientras la anciana se afanaba en preparar la comida que Richards había comprado a base de Nuevos Dólares. Los dedos, amarillentos de nicotina, cortaban, pelaban y rallaban. Los pies de la mujer, enfundados en unas zapatillas rosadas de tela de toalla, aparecían planos y con formas grotescas, como barcas, a causa de años y años de permanecer en pie. El cabello parecía haber sido ondulado con una plancha sostenida por una mano temblorosa, e iba peinado hacia atrás en una especie de pirámide, mediante una redecilla retorcida que se le había salido del sitio en la nuca. Su rostro era una delta añeja, ya no achocolatada o negra, sino gris, y estaba salpicado de una galaxia de arrugas, bolsas y manchas. Su boca desdentada sostenía hábilmente el cigarrillo y expelía volutas de humo azul, que parecían colgar detrás y encima de ella en pequeñas nubes redondas arracimadas. La anciana iba de un lugar a otro, describiendo un triángulo entre la sartén, el mármol y la mesa. Llevaba las medias de algodón enrolladas a la altura de las rodillas, y por encima de éstas y bajo el borde del vestido se apreciaba un puñado de venas varicosas.

El piso estaba habitado por el fantasma de una col consumida mucho tiempo atrás.

En el dormitorio del fondo, Cassie gimió, lloriqueó y, por fin, quedó en silencio. Bradley le había dicho a Richards, en tono de irritada vergüenza, que no debía hacerle caso. La pequeña tenía cáncer en ambos pulmones y, últimamente, se le había extendido hacia la garganta y también al vientre. Tenía cinco años.

Stacey había desaparecido de la vista.

Mientras Richards y Bradley conversaban, el aroma enardecedor de una sopa de carne de buey picada, verduras y salsa de tomate empezó a llenar la habitación, haciendo retroceder a los rincones el olor a col. Richards advirtió entonces lo hambriento que estaba.

–Ahora podría acabar contigo –musitó Bradley–. Podría matarte y quedarme todo el dinero. Y luego entregar el cuerpo. Me darían mil dólares más y podría vivir tranquilo.

–Pero no creo que lo hagas –respondió Richards–. Yo, desde luego, sería incapaz de algo así.

–De todos modos, ¿por qué lo haces? –inquirió Bradley en tono irritado–. ¿Cómo has accedido a hacer de muñeco para ellos? ¿Tan codicioso eres?

–Tengo una hija que se llama Cathy –explicó Richards. Es más pequeña que Cassie, y tiene neumonía. Ella también llora continuamente, ¿sabes?

Bradley no respondió.

–Cathy puede ponerse bien –prosiguió Richards. No es como..., como la

pequeña de ahí dentro. La neumonía no es peor que un resfriado, pero uno debe disponer de medicinas y de un médico. Y eso cuesta dinero, así que fui a conseguirlo del único modo que se me ocurrió.

–De todos modos, sigues siendo un estúpido –insistió Bradley con voz hueca y un tanto extraña–. Estás chupándosela a medio mundo y todos se te corren en la boca cada tarde, a las seis y media. Tu pequeña estaría mejor como Cassie en este mundo.

–No lo creo.

–Entonces es que eres todavía más estúpido que yo. Una vez llevé al hospital a un tipo con una hernia. Un tipo rico. La policía anduvo tras de mí tres días enteros. Pero tú eres más estúpido que yo. –Sacó un cigarrillo y lo encendió–. Quizá resistas el mes entero. Mil millones de dólares. Tendrías que comprar todo un maldito tren de carga para llevártelo.

– ¡Bradley, no sueltes maldiciones, por el amor de Dios! –dijo la mujer desde el otro extremo de la estancia, donde estaba cortando zanahorias.

Bradley no le prestó atención.

–Entonces, tú y tu mujer y la pequeña sí que viviríais a lo grande. De momento ya tienes dos días.

–No –respondió Richards–. El concurso está manipulado. ¿Recuerdas el par de cosas que le di a Stacey para que echara al correo cuando fue a acompañar a la abuela de compras? Tengo que enviar dos cada día, antes de medianoche.

Richards explicó a Bradley la cláusula del concurso y sus sospechas de que Correos había contribuido a localizarle en Boston.

–Eso es fácil de evitar.

– ¿Cómo?

–No importa. Hablaremos más tarde. ¿Cómo piensas salir de Boston? Eres un tipo muy peligroso. Esos cerdos estarán furiosos después de lo que has hecho en el Y.M.C.A. Esta tarde lo han pasado por Libre-Visión. También han mostrado esas imágenes tuyas con la capucha en la cabeza. Muy hábil por tu parte. ¡Abuela! –dijo por último, en tono irritado–, ¿cuándo estará lista esa comida? ¡Estamos a punto de convertirnos en sombras justo delante de ti!

–Ya está casi lista –respondió la abuela.

Colocó una tapa sobre la aromática sopa, dejó ésta hirviendo a fuego lento y se encaminó hacia el dormitorio de la pequeña.

–No sé cómo salir –dijo Richards–. Intentaré conseguir un coche, supongo. Tengo documentación falsa, pero no me atrevo a utilizarla. Inventaré algo, como llevar gafas de sol, e intentaré salir de la ciudad. He pensado en ir a Vermont y cruzar luego a Canadá.

Bradley emitió un gruñido y se levantó a poner los platos.

–A estas horas tendrán bloqueadas todas las carreteras de salida de la ciudad –dijo–. Además, cualquiera que lleve gafas de sol llamará su atención. No lo intentes. Te harían picadillo antes de que hubieras avanzado diez kilómetros.

–Entonces, no sé qué hacer –musitó Richards–. Y si me quedo aquí, os cogerán a vosotros como cómplices.

Bradley empezó a poner los platos y murmuró:

–Podríamos conseguir un coche. Tú tienes dinero fresco y yo puedo

moverme sin problemas. Hay un hispano en la calle Milk que me vendería un Chevrolet por trescientos dólares, y conozco a algunos tipos que te llevarían a Manchester. Allí estarías a salvo, porque te creerían bloqueado en Boston. ¿Vas a cenar, abuela?

–Sí. Y da antes gracias a Dios. –La anciana salió del dormitorio y añadió–: Tu hermana está durmiendo un poco.

–Bien –dijo Bradley. Sirvió tres platos de la sopa y se detuvo–. ¿Dónde está Stacey?

–Ha ido, a la farmacia –respondió la abuela con aire complaciente, mientras introducía en su boca desdentada una cucharada de la masa de verduras y carne con cegadora rapidez–. Ha dicho que iba a conseguir medicina.

–Si le pillan le romperé el culo –dijo Bradley, tomando asiento pesadamente.

–Tranquilo –intervino Richards–. Tiene dinero.

– ¡Oye, aquí no necesitamos limosnas, amigo!

Richards soltó una carcajada mientras echaba sal a su plato.

–Probablemente, ahora estaría hecho picadillo de no ser por él –afirmó–. Creo que se ha ganado su dinero.

Bradley se incorporó hacia delante, concentrándose en su plato. Nadie volvió a hablar hasta que terminaron de cenar. Richards y Bradley repitieron dos veces, y la anciana tres. Cuando ya estaban encendiendo los cigarrillos, una llave gimió en la cerradura y todos se pusieron en tensión, hasta que entró Stacey con aire contrito, asustado y excitado. Llevaba una bolsa marrón en una mano, y entregó a la abuela un frasco de medicina.

–Es droga de primera calidad –dijo–. El viejo Curry me ha preguntado dónde había conseguido dos dólares y setenta y cinco centavos para comprar material de primera y le he contestado que se fuera a cagar en su zapato y se comiera la mierda.

–No maldigas o vendrá el diablo y se te llevará –dijo la abuela–. Ven a cenar.

El muchacho abrió unos ojos como platos y exclamó:

– ¡Señor, si ahí hay carne!

–No. Lo que pasa es que hemos cagado en la olla para hacer la sopa más espesa –replicó Bradley.

El pequeño levantó la mirada, alarmado, y vio que su hermano bromeaba. Se echó a reír y atacó la comida.

– ¿Crees que el farmacéutico se lo contará a la policía? –preguntó Richards sin alzar la voz.

– ¿Quién, Curry? No creo, si piensa que verá algún billete más de nuestra familia –repuso Bradley–. Él sabe bien que Cassie necesita dosis de material de primera para aliviar el dolor.

–Sigue hablando del plan de Manchester.

–Sí. Verás, Vermont no te conviene. Hay mucha policía y poca gente como nosotros. Puedo hacer que algún amigo, Rich Goleon, por ejemplo, lleve el Chevrolet a Manchester y lo deje aparcado en un garaje automático. Después, yo te llevaré hasta allí en otro coche. –Aplastó el cigarrillo y añadió–: Irás en el maletero. En las carreteras secundarias sólo

utilizan controles normales. Tomaremos directamente por la ruta cuatrocientos noventa y cinco.

–Eso es bastante peligroso para ti–dijo Richards.

–Bueno, no pienso hacerlo gratis. Cuando Cassie muera, lo hará sin dolores.

–Dios te oiga –musitó la anciana.

–Aun así, sigue siendo muy peligroso para ti.

–Si un policía le busca las cosquillas a Bradley, él le hará cagarse en el zapato y comerse la mierda –intervino Stacey, limpiándose los labios.

Cuando volvió la mirada hacia Bradley, sus ojos brillaban de admiración y adoración a su héroe.

–Te está cayendo la sopa en la camisa, Stacey –dijo Bradley. Le dio un golpe cariñoso en la cabeza y añadió–: ¿Todavía no sabes comer solo, renacuajo? Ya eres mayor, ¿no?

–Si nos descubren estarás acabado, Bradley. ¿Quién se cuidará entonces del chico? –preguntó Richards.

–Sabrá cuidar de sí mismo si algo sucede —respondió Bradley–. Tanto él como la abuela. No está enganchado en ninguna droga, ¿verdad, Stacey?

El chiquillo movió la cabeza en un gesto de enfática negativa.

–Y sabe que como vea una sola marca en sus brazos le arranco la cabeza. ¿Verdad, Stacey?

Stacey asintió.

–Además, podemos utilizar el dinero porque tenemos enfermos en la familia, así que no hablemos más del tema. Creo que sé dónde me estoy metiendo.

Richards apuró en silencio el cigarrillo mientras Bradley iba a darle a Cassie un poco de medicina.

... Menos 063

Y CONTANDO...

Cuando Richards despertó todavía era de noche, y su reloj interior calculó que eran alrededor de las cuatro y media. Cassie llevaba un rato llorando y Bradley se había levantado. Los tres hombres dormían juntos en la pequeña habitación trasera, por la que se colaban las corrientes de aire. Stacey y Richards lo hacían en el suelo. La abuela dormía en la habitación de la pequeña.

Richards oyó a Bradley salir de la estancia. Stacey dormía profundamente, con la respiración acompasada. Oyó el sonido de una cuchara en el lavamanos del baño. Los gritos de la pequeña se convirtieron en gemidos aislados, que dieron paso, de nuevo, al silencio. Richards percibía a Bradley en algún rincón de la cocina, inmóvil, esperando a que el silencio se hiciera total. Después entró de nuevo en la habitación trasera, se sentó en la cama, soltó una ventosidad y, finalmente, los muelles de la cama gimieron mientras volvía a acostarse.

–Bradley... –le llamó Richards.

– ¿Qué?

–Stacey me dijo que Cassie sólo tiene cinco años. ¿Es cierto?

–Sí.

El tono coloquial y callejero había desaparecido de la voz de Bradley, haciendo que ésta sonara irreal.

– ¿Qué hace una niña de cinco años con cáncer de pulmón? No sabía que los niños sufrieran esa enfermedad. Leucemia quizás, pero no cáncer de pulmón.

Richards oyó una risa ahogada de su interlocutor. Después Bradley le susurró:

–Tú eres de Harding, ¿verdad? ¿Qué cifras de contaminación atmosférica tenéis en Harding?

–No lo sé. Ya no las dan con el parte meteorológico. No las dan desde... Desde hace muchísimo tiempo. Ni me acuerdo.

–En Boston no las dan desde dos mil veinte –siguió susurrando Bradley–. Tienen miedo de hacerlo. Tú no tienes filtro nasal, ¿verdad?

–No seas estúpido –respondió Richards con voz irritada–. Esos malditos chismes cuestan doscientos dólares, incluso en tiendas de artículos rebajados. No he visto doscientos dólares en todo el año pasado, ¿y tú?

–Tampoco –respondió Bradley, lacónico. Tras una pausa, añadió–: Stacey tiene uno que yo le fabriqué. La abuela, Rich Goleon y algunos más también tienen los suyos.

–Me estás tomando el pelo.

–En absoluto.

Bradley enmudeció. De pronto, Richards tuvo la certeza de que su interlocutor estaba sopesando lo que ya le había dicho y decidiendo si seguir contándole confidencias como aquella o no. Bradley estaba calculando hasta dónde podía llegar. Cuando continuó hablando, sus

palabras llegaron a Richards con dificultad.

–Hemos estado leyendo. Eso de la Libre-Visión es una mierda dedicada a la gente que no tiene nada en la cabeza.

Richards emitió un gruñido de asentimiento.

–Yo estoy en un grupo, ¿sabes? –prosiguió Bradley–. Algunos chicos no hacen más que callejear y lo único que les interesa es salir a dar palizas a los blanquitos el sábado por la noche. Sin embargo, algunos de nosotros hemos estado acudiendo a la biblioteca desde que teníamos doce años, más o menos.

– ¿Aquí, en Boston, os dejan entrar sin tarjetas de identificación?

–No. Y no te dan la tarjeta si no hay en tu familia al menos una persona con unos ingresos garantizados de cinco mil dólares al año. Pero una vez asaltamos a un incauto y ahora utilizamos su tarjeta. Con ella vamos a la biblioteca por turnos. Hasta tenemos un buen traje que nos ponemos para entrar. –Bradley hizo una pausa–. Si te ríes de mí te corto el cuello.

–No me río.

–Al principio sólo nos interesaban los libros de sexo. Después, cuando Cassie se puso enferma, me interesé por el asunto de la contaminación. Todos los libros con datos sobre los índices de contaminación, niveles de humos y filtros nasales están en la sección reservada. Para llegar a ella hicimos una copia de la llave mediante un molde de cera. ¿Sabías que en Tokyo todo el mundo tenía que llevar filtros nasales ya en dos mil doce?

–No, no lo sabía.

–Rich y Dink Moran construyeron un contador de contaminación. Dink vio el diseño en un libro y entre los dos hicieron un aparato similar con latas de café y varias piezas que sacaron de algunos coches. El trasto está escondido en un callejón. Fíjate, en mil novecientos setenta y ocho utilizaban una escala de uno a veinte para medir la contaminación. ¿Comprendes de qué estoy hablando?

–Sí.

–Cuando llegaba a doce, las fábricas y todas las industrias contaminantes tenían que detener la producción hasta que cambiaba el tiempo. Fue una ley federal hasta mil novecientos ochenta y siete, año en que el Congreso Renovado la abolió. –La sombra recostada en la cama se incorporó hasta apoyarse en un codo–. Apuesto a que conoces a mucha gente con asma.

–Claro que sí –respondió Richards con cautela–. Yo mismo he tenido algún ataque. Eso lo produce el aire. Todo el mundo sabe que tiene que quedarse en casa cuando hace calor, está nublado y no sopla el viento…

–Inversión térmica –añadió Bradley con voz tétrica.

–… y mucha gente sufre asma, desde luego. En agosto y septiembre, el aire parece espeso como un jarabe para la tos. Pero cáncer de pulmón…

–Eso que tú crees asma no lo es –dijo Bradley–. Se trata de enfisemas pulmonares.

– ¿Enfisemas?

Richards dio vueltas a la palabra en su cabeza sin conseguir adjudicarle un significado concreto, aunque le resultaba vagamente familiar.

–Todos los tejidos pulmonares se hinchan, y uno aspira, aspira y aspira sin conseguir el aire necesario. ¿Conoces a mucha gente que se ponga así?

Richards pensó en ello. Sí, conocía a mucha gente– que había muerto como decía Bradley.

–Hoy día no se habla de esto para nada –continuó Bradley como si hubiera leído la mente de Richards–. Ahora, el grado de contaminación de Boston es de veinte en un día bueno. Eso equivale a fumar cuatro paquetes de cigarrillos al día, sólo por respirar. Los días malos, la escala sube hasta más de cuarenta y los viejos caen muertos como pichones por toda la ciudad. En el certificado de defunción ponen asma, pero es el aire, el aire, el aire... Y están envenenándolo a toda prisa, sin descanso. Las grandes chimeneas humean las veinticuatro horas del día porque a los peces gordos les interesa.

»Esos filtros nasales de doscientos dólares no valen una mierda. No son más que dos trozos de tela con un poco de algodón mentolado entre ambos. Nada más. Los únicos filtros buenos son los de la General Atomics, y los únicos que pueden permitírselo son los peces gordos. A nosotros nos dan la Libre-Visión para mantenernos apartados de las calles, para que muramos intoxicados cada uno en nuestro cubículo, sin causar problemas a nadie. ¿Qué te parece todo esto? Fíjate: el filtro nasal más barato de la G. A. vale seis mil Nuevos Dólares en la tienda. El que hicimos para Stacey a partir de ese libro nos costó diez dólares. Utilizamos una bolita de material nuclear del tamaño de una lenteja, que obtuvimos de un audífono que compramos en la tienda de empeños por siete dólares. ¿Qué me dices de eso?

Richards no dijo nada. Estaba mudo de asombro.

–Cuando Cassie muera –continuó Bradley–, ¿crees que pondrán cáncer en el certificado? Una mierda. Pondrán asma, para que nadie se asuste. Alguien podría robar o falsificar una tarjeta de lector y descubrir, en la biblioteca, que el índice de casos de cáncer de pulmón ha aumentado en un siete por ciento desde dos mil quince.

–Todo eso que dices ¿es cierto o te lo estás inventando?

–Lo he leído en varios libros. Amigo, nos están matando. La Libre-Visión nos está matando. Es como un prestidigitador que desvía la atención del público sacando cintas de la blusa de su ayudante mientras, con la otra mano, va sacando conejos de los pantalones y poniéndolos en el sombrero. –Hizo otra pausa y añadió con voz soñadora–: A veces creo que podría dar a conocer la situación con apenas diez minutos ante las cámaras de Libre-Visión. Podría explicárselo y demostrárselo a todos. Si la Cadena quisiera, cada persona podría disponer de un filtro nasal eficaz.

–Y yo estoy colaborando con ellos –intervino Richards.

–No es culpa tuya. Tú tienes que huir.

En las sombras, delante de Richards, se formaron los rostros de Killian y de Arthur M. Burns. Deseó sacudirles, destrozarles, pisotearles. Mejor aún: deseó poder arrancarles sus filtros nasales y echarlos a la calle.

–La gente está loca –continuó Bradley–. Lleva treinta años sometida a ese grupito. Lo único que precisan es una razón. Una razón...

Richards se sumergió de nuevo en el sueño mientras la palabra se repetía una y otra vez en sus oídos.

... Menos 062

Y CONTANDO...

Richards no salió de la casa en todo el día siguiente, mientras Bradley se ocupaba del coche y llegaba a un acuerdo con otro miembro de la banda para que éste condujera el vehículo hasta Manchester.

Bradley y Stacey regresaron a las seis, y el hermano mayor señaló con el pulgar hacia el Libre-Visor.

–Todo a punto, amigo. Allá vamos.

– ¿Ya?

Bradley le sonrió, sin muestra alguna de humor en su gesto.

– ¿Acaso no quieres verte en una emisión de costa a costa?

Richards descubrió que realmente le apetecía, y cuando llegaron los rótulos de presentación de El fugitivo, los contempló fascinado.

Bobby Thompson aparecía ante la cámara, impasible, en un estrado refulgente de luz ante un mar de oscuridad.

–Atención –decía Bobby Thompson–. Éste es uno de los lobos que camina entre ustedes.

En la pantalla apareció un enorme primer plano del rostro de Richards. La imagen se mantuvo fija unos instantes, fundiéndose a continuación con una segunda fotografía de Richards, esta vez con su disfraz de John Griffen Springer.

Un nuevo fundido llevó la imagen a Thompson, que ofrecía un aspecto grave.

–Esta noche me dirijo en especial a los habitantes de Boston. Ayer por la tarde, cinco policías sufrieron una muerte horrible, quemados en el sótano del hostal de la Y.M.C.A. de Boston, a manos de este lobo, que les preparó una astuta y despiadada trampa. ¿Qué rostro tiene esta noche? ¿En qué lugar se encuentra ahora? ¡Mírenle! ¡Fíjense en él!

Thompson dio paso a la primera de las cintas que Richards había grabado por la mañana. Stacey las había depositado en un buzón de la avenida Commonwealth, al otro lado de la ciudad. También había dejado que la abuela jugara con la cámara, después de haber tapado la ventana y los muebles de la estancia.

–A todos los que están viendo esto –decía lentamente la imagen de Richards–. No los técnicos y los habitantes de los áticos. Esto no es para vosotros, cerdos. Me dirijo a la gente de los suburbios, de los guetos y de los pisos baratos. A vosotros, los de las bandas de motos. A los parados. A vosotros, jóvenes a quienes detienen por delitos que no habéis cometido o por drogas que jamás habéis probado, sólo porque la Cadena quiere asegurarse de que no os reunís y habláis en grupo. Quiero hablaros de una monstruosa conspiración que intenta privaros del mismo aire en vuestra...

El sonido se convirtió de pronto en una mezcla de chasquidos, pitidos y barboteos. Un momento después, el silencio se hizo total. En la imagen, Richards movía los labios; sin embargo, no se oían sus palabras.

–Parece que hemos perdido el sonido –dijo Bobby Thompson en tono relajado–, pero no es preciso seguir escuchando los desvaríos radicales de este asesino para hacerse una idea de contra quién estamos enfrentándonos, ¿no es cierto?

– ¡Sí! –gritó la multitud.

– ¿Qué harán ustedes si le ven por la calle?

– ¡ENTREGARLE!

– ¿Y qué haremos nosotros cuando le encontremos?

– ¡MATARLE!

Richards descargó su puño en el gastado apoyabrazos del único sillón de la sala de estar-cocina del piso.

– ¡Los muy cerdos…! –dijo, desesperado.

– ¿Creías que te dejarían decir eso por antena? –intervino Bradley, en son de burla–. ¡Ah, no, amigo! Incluso me sorprende que hayan dejado que llegaras tan lejos.

–No se me ocurrió… –musitó Richards con aire compungido.

–Ya lo veo… –asintió Bradley.

La primera cinta se fundió con la segunda. En ésta, Richards incitaba a los telespectadores a que asaltaran las bibliotecas, pidieran tarjetas de lector y descubrieran la verdad. También enumeraba una lista de libros sobre la contaminación del aire y de las aguas que Bradley había confeccionado para él.

En el Libre-Visor, la imagen de Richards abrió la boca:

–Iros todos a la mierda –dijo la imagen. Los labios parecían formar palabras distintas de las que se oían pero ¿cuántos de los doscientos millones de espectadores lo advertirían?–. ¡A la mierda todos los cerdos! ¡A la mierda la Dirección de Concursos! ¡Voy a matar a todos los cerdos que vea! ¡Voy a…!

La sarta de maldiciones seguía interminable, hasta el punto de que Richards deseó taparse los oídos y salir corriendo de la habitación. Era incapaz de determinar si era la voz de un imitador o si se trataba de un montaje a base de cortes de sonido.

La cinta de Richards dio paso a la imagen de Thompson, cuyo rostro ocupó media pantalla. La otra media la ocupaba una fotografía de Richards.

– ¡Atención a este hombre! –dijo Thompson–. Este hombre está dispuesto a matar. Este hombre estaría dispuesto a movilizar a un ejército de descontentos como él mismo para perturbar la paz de las calles con asaltos, violaciones, disturbios e incendios. Este hombre miente, roba y mata. Todos hemos visto ya de qué es capaz.

» ¡Benjamin Richards! –gritó la voz del presentador en el tono frío e imperioso de un patriarca bíblico presa de la cólera divina–. ¿Nos estás viendo? Si es así, debes saber que la Cadena ya ha pagado el dinero conseguido de manera tan sucia y sangrienta. Cien dólares por cada hora…, son ya cincuenta y cuatro, que has permanecido en libertad. Y otros quinientos dólares, cien por cada uno de estos hombres.

Empezaron a aparecer en la pantalla los rostros de unos policías jóvenes y de rasgos agradables. La instantánea parecía tomada durante un ejercicio de graduación de la Academia de Policía. Tenían un aspecto

fresco, lleno de savia y esperanza, enternecedoramente vulnerable. Como fondo musical, un solo de trompeta empezó a tocar el toque de silencio.

–Y aquí... –la voz de Thompson era ahora un susurro ronco de emoción– ,... aquí están sus familias.

Las mujeres, con radiantes sonrisas. Los niños, obligados a sonreír a la cámara. Un montón de niños. Richards, helado y al borde de la náusea, hundió la cabeza y apretó el revés de la mano sobre la boca. La mano de Bradley se posó en su hombro, cálida y musculosa.

– ¡Vamos, hombre, no te pongas así! ¡Todo eso es falso! No es más que un fraude. Probablemente, los hombres que te cargaste eran un puñado de cerdos asesinos que...

–Calla –le interrumpió Richards–. ¡Cállate, por favor! ¡Por favor!

–Quinientos dólares –decía Thompson con una voz que expresaba un odio y un disgusto infinitos. La pantalla volvía a mostrar el rostro de Richards, frío, duro y privado de toda emoción, salvo la expresión de gusto por la sangre que parecía transmitir, sobre todo, su mirada–. Cinco agentes, cinco esposas, diecinueve hijos... Sale justo a diecisiete dólares y veinticinco centavos cada uno de los muertos, los huérfanos y las viudas. ¡Ah, Ben Richards, qué barato trabajas! El propio Judas consiguió treinta monedas de plata, pero tú ni siquiera pides tanto. En este momento, en alguna parte, una madre le está contando a su hijito que papá no regresará nunca a casa porque un hombre desesperado y codicioso, con un arma en la mano...

– ¡Asesino! –sollozaba una mujer del público–. ¡Cerdo! ¡Vil asesino! ¡Dios te fulminará!

– ¡Te fulminará! –El público del estudio entonó el cántico del programa–: ¡Mirad a ese hombre! Ha recibido su dinero manchado de sangre, pero quien a hierro mata, a hierro muere. ¡Alcemos todos nuestra mano contra Benjamin Richards!

Las voces estaban llenas de odio y miedo, y se alzaban en un rugido prolongado y vibrante. No, esas personas enfurecidas no le entregarían, sino que le harían trizas en cuanto le vieran.

Bradley desconectó el aparato y se volvió hacia él.

–Contra eso tienes que enfrentarte, amigo. ¿Qué te parece?

–Quizás acabe con ellos –masculló Richards con voz pensativa–. Antes de morir, quizá consiga llegar hasta el piso noventa de ese edificio y acabar con los gusanos que han escrito todo esto. Quizá me los lleve a todos por delante.

– ¡No sigas hablando así! –exclamó Stacey, lleno de furia–. ¡No vuelvas a hablar así!

En el dormitorio contiguo, Cassie seguía durmiendo, drogada y agonizante.

... Menos 061

Y CONTANDO...

Bradley no se había atrevido a taladrar agujeros en el piso del maletero, así que Richards hubo de enroscarse hasta formar una incómoda bola, con la boca y la nariz apretadas contra la minúscula abertura del ojo de la cerradura, por la que se colaba un poco de aire y de luz. Bradley también había quitado parte del aislamiento interior del maletero alrededor de la tapa, lo cual permitía el paso de una leve corriente de aire.

El vehículo se levantó del suelo de un salto y Richards se golpeó la cabeza contra la tapa del maletero. Bradley le había dicho que el viaje duraría, al menos, una hora y media, y que seguramente encontrarían un par de controles de carretera, o quizá más. Antes de cerrar el maletero, entregó a Richards una pistola.

–Cada diez o doce coches revisan uno a fondo –le informó–. Incluso abren el maletero para ver su contenido. Diez o doce posibilidades contra una es una proporción aceptable pero, si no tenemos suerte, llévate por delante a unos cuantos cerdos.

El vehículo se lanzó a las calles de la ciudad, llenas de baches y grietas en el asfalto, y avanzó sobre un colchón de aire que él mismo iba formando. En un momento dado, un muchacho se burló a su paso e, instantes después, un fragmento de asfalto arrancado del suelo fue a estrellarse contra el costado del coche. El ruido creciente del tráfico a su alrededor y las frecuentes paradas ante los semáforos indicaron a Richards que estaban en pleno centro urbano.

Richards permaneció tumbado en actitud pasiva, con la pistola levemente asida en la mano derecha. Pensaba en el aspecto tan diferente que tenía Bradley con el traje que utilizaba el grupo para entrar en la biblioteca. Era un sobrio tres piezas de chaqueta cruzada y de un color más gris que las paredes de un banco. El atuendo se completaba con una corbata rojo oscuro y un pequeño alfiler de oro de la Asociación Nacional para el Progreso de las Gentes de Color. Bradley había pasado de desastrado miembro de una banda juvenil («Mujeres embarazadas, apartaos; algunos de nosotros comemos fetos») a sobrio hombre de negocios de color perfectamente consciente de quiénes son los amos.

–Te queda estupendamente –había dicho Richards, admirado–. De hecho, parece imposible.

–Gracias a Dios –dijo la abuela.

–Sabía que te gustaría la transformación, amigo –respondió Bradley con aire digno–. Verás, soy gerente de zona de la Raygon Chemicals, ¿sabes? Y en esta zona hacemos mucho negocio. Una buena ciudad, Boston. Muy sociable y jovial.

Stacey se había echado a reír por lo bajo.

–Tú, negro, será mejor que te calles –le dijo su hermano–. De lo contrario, te haré cagar en el zapato y comerte la mierda.

–Pareces un auténtico Tío Tom, Bradley –había dicho entre risas Stacey,

en absoluto intimidado por su hermano–. Pareces un maldito blanquito de mierda, realmente.

El coche doblaba ahora hacia la derecha, hacia una superficie más plana, y luego descendió por una espiral. Estaban en la rampa de acceso a la ruta 495 o a alguna vía rápida. Las piernas de Richards parecían atravesadas por unos alambres de cobre, producto de la tensión. «Una entre doce. No está mal.»

El vehículo aceleró y se elevó un poco más del suelo. Bradley pisó a fondo, redujo la velocidad bruscamente y, por fin, se detuvo. Una voz, terriblemente próxima, gritaba con monótona regularidad:

–Deténgase y prepare su carné de conducir y su documentación personal... Deténgase y prepare...

«Ya estamos. Ya hemos empezado.»

«Eres tan peligroso, amigo...»

¿Lo bastante para comprobar el cargamento de uno de cada ocho vehículos? ¿O de seis? ¿O quizá registrarían a fondo todos los vehículos que salían de Boston, uno por uno?

Bradley dejó el motor al ralentí. Los ojos de Richards se agitaron en sus cuencas como conejos atrapados. Asió con fuerza el arma.

... Menos 060

Y CONTANDO...

–Salga del vehículo, por favor –decía la voz, cansada y autoritaria–. Carné de conducir y documentación del coche.

Una portezuela se abrió y volvió a cerrarse. El motor ronroneó con un ruido sordo, manteniendo el vehículo a unos centímetros por encima de la calzada.

–... gerente de zona de Raygon Chemicals...

Bradley interpretaba de nuevo su papel. ¡Dios santo!, ¿y si no tenía los papeles precisos para confirmar su historia? ¿Y si Raygon Chemicals no existía?

Se abrió la portezuela trasera y alguien empezó a inspeccionar el interior. Sonaba como si el policía (o quizás era un miembro de la Guardia Nacional quien se encargaba del trabajo, pensó Richards medio incoherentemente) fuera a arrastrarse hasta el maletero en su busca.

La portezuela volvió a cerrarse. Los pasos se encaminaron hacia la parte trasera del vehículo. Richards se humedeció los labios y sostuvo el arma con más fuerza. Ante él aparecieron visiones de policías muertos, con sus rostros angelicales sobre cuerpos retorcidos y porcinos. Se preguntó si el policía le cosería a balazos con su ametralladora cuando abriera su escondrijo y le viera allí, enroscado como una salamandra. Se preguntó si Bradley saldría corriendo, si intentaría huir. Sintió que iba a orinarse encima. No le había sucedido desde que era niño y su hermano le hacía cosquillas hasta que su vejiga ya no resistía más. Sí, todos los músculos del vientre se le estaban aflojando. Cuando le descubrieran, le metería al policía una bala justo entre las cejas, esparciendo la masa cerebral y los fragmentos astillados del cráneo en un repentino reguero que se alzaría hacia el cielo. Unos cuantos huérfanos más por su culpa. Sí, eso haría.

« ¡Ah, Sheila, cuánto te quiero! ¿Qué vas a hacer con esos seis mil dólares? ¿Cuánto te durarán? Un año quizás, si no te matan antes para robártelos», pensó. Y luego, otra vez a la calle, arriba y abajo, esperando en las esquinas con un contoneo de caderas, insinuándose con el monedero vacío. « ¡Eh, señor, míreme, soy muy limpia, yo le enseñaré a...!»

Una mano dio una palmada casual al pasar en la tapa del maletero, y Richards reprimió un grito. El polvo le invadió las fosas nasales y le escoció en la garganta. Clase de biología en la escuela secundaria, sentado en el último banco y grabando sus iniciales y las de Sheila sobre el desvencijado pupitre. El estornudo es una función de la musculatura involuntaria. «Voy a soltar un soberano estornudo, pero es a quemarropa y, pese a todo, aún podré ponerle esa bala justo entre los ojos y...»

– ¿Qué hay en el maletero, amigo?

La voz de Bradley, alegre y un tanto cansina, dijo:

–Un cilindro extra que no funciona demasiado bien. Tengo la llave con las demás. Espere un momento y...

–Si la quiero ya se la pediré.

Richards oyó abrir otra portezuela, que volvieron a cerrar rápidamente.

–Adelante.

–Buena suerte, agente. Espero que le pillen.

–Siga adelante, amigo. De prisa.

Los cilindros gimieron, el coche se levantó del suelo y aceleró. Al cabo de un rato la velocidad disminuyó, pero volvió a aumentar en seguida. Richards se sobresaltó un poco cuando el vehículo se levantó, cabeceó levemente y continuó su avance. Siguió respirando con apagados gemidos de cansancio. Se le habían pasado las ganas de estornudar.

... Menos 059

Y CONTANDO...

El viaje pareció durar mucho más de una hora y media. Durante el trayecto les habían detenido dos veces más. Una de ellas parecía una comprobación rutinaria de la documentación. En la siguiente, un agente de hablar pausado y voz apagada estuvo un buen rato charlando con Bradley de cómo aquellos malditos motoristas comunistas estaban ayudando a aquel tipo, Richards, y probablemente también al otro. Laughlin todavía no había matado a nadie, pero corría el rumor de que había violado a una mujer en Topeka.

Después, no había existido nada más que el monótono silbido del viento y el aullido de sus propios músculos, agarrotados y helados. Richards no llegó a dormirse, pero su mente torturada le hizo entrar, finalmente, en un estado de semiinconsciencia. Gracias a Dios, en los coches aéreos no había monóxido de carbono.

Siglos después del último control de carretera, el vehículo redujo la marcha y ascendió una rampa de salida en espiral. Richards parpadeó perezosamente y, por un instante, pensó que iba a vomitar. Por primera vez en su vida, se sentía mareado en un coche.

Recorrieron una serie enloquecedora de vueltas y rampas que Richards tomó por un nudo de autopistas. Cinco minutos después, los ruidos de la ciudad se hicieron constantes. Richards intentó repetidas veces poner el cuerpo en otra posición, pero le resultó imposible. Por fin, se dio por vencido y aguardó, entumecido, a que el viaje terminara. El brazo derecho, que llevaba debajo del cuerpo, se le había dormido hacía más de una hora y se le había convertido en un bloque de madera. Alcanzaba a tocárselo con la punta de la nariz, pero lo único que sentía era la presión en la propia nariz.

Doblaron a la derecha, siguieron recto un trecho y dieron la vuelta otra vez. Richards notó el estómago en la garganta cuando el vehículo tomó una bajada pronunciada. El eco del motor le indicó que estaban bajo techado. Habían llegado al garaje. Escapó de él un débil jadeo de alivio.

– ¿Tiene el resguardo, amigo? –preguntó una voz.

–Aquí lo tiene.

–Nivel cinco.

–Gracias.

Continuaron adelante. El vehículo subió, hizo una pausa, dio vuelta hacia la derecha y, después, a la izquierda. Entraron en la zona de aparcamiento y el coche se posó en el suelo con un ruido sordo al parar el motor. El viaje había terminado.

Hubo una pausa y, a continuación, el sonido hueco de la puerta de Bradley que se abría y volvía a cerrarse. Sus pasos se acercaron al maletero y, segundos después, la rendija de luz ante los ojos de Richards desapareció al tiempo que la llave entraba en la cerradura.

– ¿Estás bien, Ben?

–No –gruñó Richards–. Me has dejado en la frontera del estado. ¡Abre esa maldita cerradura!

–Un segundo. El lugar está vacío, y el coche que esperábamos está aparcado justo al lado. A la derecha. ¿Podrás salir aprisa?

–No lo sé.

–Inténtalo. Vamos allá.

La tapa del maletero se levantó, dejando entrar la mortecina luz del garaje. Richards levantó un brazo, pasó una pierna por encima del borde, pero no pudo continuar. Su cuerpo acalambrado gritó de dolor. Bradley le asió del brazo y le ayudó a salir. Las piernas se negaban a sostenerle. Bradley le tomó por las axilas y le condujo medio a rastras hasta el desvencijado Chevrolet verde aparcado a la derecha. Abrió la portezuela del asiento del conductor, dejó caer a Richards en éste y cerró. Un momento después, Bradley entró por el otro lado.

– ¡Vaya! –susurró–. Lo hemos conseguido, amigo. Hemos llegado aquí.

–Sí –respondió Richards–. «Vuelva a la Salida y recoja doscientos dólares».

Apuraron un cigarrillo en las sombras. Los extremos encendidos brillaban como ojos. Durante un largo rato, ninguno de los dos dijo nada.

... Menos 058

Y CONTANDO...

–En el primer control nos fue de muy poco –murmuró Bradley mientras Richards intentaba recuperar la sensibilidad del brazo mediante masajes. Era como si tuviera clavadas centenares de agujas invisibles–. Ese policía estuvo a punto de abrir el maletero. A punto...

Exhaló una gran bocanada de humo. Richards no respondió.

– ¿Cómo te sientes? –preguntó Bradley a continuación.

–Mejor. Toma mi billetero. Con el brazo dormido todavía no alcanzo.

Bradley hizo un gesto para que se olvidara del asunto.

–Más tarde dijo–. Ahora quiero contarte cómo lo hemos planeado Rich y yo.

Richards encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. Poco a poco, iban relajándose una docena de calambres en su cuerpo.

–Hay reservada una habitación para ti en un hotel de la calle Winthrop. El sitio se llama Winthrop House. Suena bien, ¿verdad? Te llamas Ogden Grassner. ¿Lo recordarás?

–Sí. Pero me van a reconocer inmediatamente.

Bradley tanteó con la mano el asiento trasero, tomó una caja y la dejó caer en el regazo de Richards. Era alargada, de color marrón, e iba atada con una cuerda. A Richards le pareció un envoltorio típico de las tiendas de alquiler de trajes para recepciones. Dirigió a Bradley una mirada de interrogación.

–Ábrela.

Obedeció. Había un par de gafas gruesas, de vidrios azulados, sobre un retal de tela negra. Richards dejó las gafas sobre el tablero de instrumentos y sacó el traje. Era una sotana de sacerdote. Debajo de ella, en el fondo de la caja, había un rosario, una Biblia y una estola púrpura.

– ¿De sacerdote? –preguntó Richards.

–Exacto. Cámbiate aquí mismo. Yo te ayudaré. En el asiento de atrás hay un bastón. No te hagas el ciego, pero sí el corto de vista. Tropieza con las cosas. Estás en Manchester para una reunión del Consejo de las Iglesias sobre la drogadicción. ¿Lo tienes todo?

–Sí –afirmó Richards. Empezó a desabrocharse la camisa y se detuvo, titubeante–. ¿Debajo de eso se llevan pantalones? Bradley soltó una carcajada.

... Menos 057

Y CONTANDO...

Bradley siguió hablando rápidamente mientras conducía a Richards por la ciudad.

–En la maleta hay una caja de etiquetas adhesivas de correos. Está en el portaequipajes. Las etiquetas dicen: «Devolver a los 5 días a Brickhill Manufacturing Company, Manchester, N. H.». Las han falsificado Rich y otro tipo en una imprenta que tienen los Navajeros en la calle Bolyson. Envíame cada día dos cintas en una caja, con una de esas etiquetas. Yo las remitiré a la Dirección de Concursos desde Boston. Envíalas por Entrega Inmediata. Nunca podrán imaginarse el truco.

El coche se arrimó al bordillo frente al hotel Winthrop House.

–Dejaré otra vez el coche en el garaje. No intentes salir de Manchester sin cambiar de disfraz. Tienes que ser un camaleón, amigo.

– ¿Cuánto tiempo crees que estaré a salvo aquí? –preguntó Richards.

Se daba cuenta de que se había puesto en manos de Bradley. Parecía incapaz de seguir razonando por sí mismo. Podía oler el agotamiento mental que le invadía, y su aroma era tan intenso como el olor corporal.

–Tienes reserva para una semana. Creo que está bien, pero puede que no. Actúa por intuición. En la maleta hay un nombre y una dirección. Es un tipo de Portland, Maine, que te esconderá un par de días. Te costará dinero, pero es de los nuestros. Ahora tengo que irme, amigo. Ésta es una zona de estacionamiento limitado a cinco minutos. Es hora de hablar de dinero.

– ¿Cuánto? –preguntó Richards.

–Seiscientos.

– ¡Pero eso ni siquiera cubre los gastos...!

–Sí, y quedan unos cuantos dólares para la familia.

–Toma mil.

–No. Tú vas a necesitar esos billetes.

Richards le miró, impotente.

– ¡Por Dios, Bradley...!

–Mándanos más si lo consigues. Envíanos un millón. Rescátanos de la miseria.

– ¿Crees que lo conseguiré?

Bradley le dedicó una leve y triste sonrisa, y permaneció en silencio.

–Entonces, ¿por qué? –inquirió Richards, abrumado–. ¿Por qué has hecho tanto por mí? Comprendo que me ocultaras. Yo habría hecho lo mismo, pero ahora estás arriesgando a todo tu equipo.

–Da igual. Todos saben cuál será el resultado.

– ¿Ah, sí? ¿Qué resultado?

–Cero a cero. Ese resultado. Si no corremos riesgos, nos tendrán atrapados. Ni siquiera será necesario esperar a que actúe el aire. Para eso, sería mejor extender un tubo de goma directamente del gas al salón, conectar el Libre-Visor y esperar.

–Pero irán a por ti –insistió Richards–. Alguien te delatará y terminarás en un sótano con las tripas fuera. O Stacey. O la abuela.

En los ojos de Bradley hubo, por un instante, un destello mortecino.

–Y sin embargo se acerca un mal día. Un día aciago para esos gusanos de tripas rebosantes de asado. Veo la luna teñida en sangre por ellos. Fusiles y antorchas.

–La gente lleva dos mil años viendo cosas así.

El contador de los cinco minutos llegó a cero y Richards se apresuró a abrir la portezuela.

—Gracias –musitó–. No sé cómo expresarte…

– ¡Vamos, vamos! –respondió Bradley–, déjame ir antes de que me pongan una multa. –Su mano negra y fuerte asió a Richards de la sotana, y añadió–: Y cuando te agarren, llévate a algunos por delante.

Richards bajó del coche y se dirigió al portaequipajes, del que sacó su maleta. Bradley le entregó un bastón de color rojizo oscuro.

El coche se incorporó al tráfico sin problemas. Richards permaneció un momento en el bordillo viendo cómo se alejaba…, con aire miope, esperaba. Las luces traseras desaparecieron tras una esquina y perdió de vista el coche, que ahora volvería al garaje, donde Bradley lo dejaría para tomar el otro y regresar a Boston.

Richards tuvo una extraña sensación de alivio y advirtió que comprendía la situación de Bradley. «Qué contento debe de estar de librarse de mí, por fin», se dijo.

Richards se acordó de tropezar en el primer escalón de la entrada a Winthrop House, y el portero le ayudó a subir.

... Menos 056

Y CONTANDO...

Transcurrieron dos días.

Richards estuvo bien en su papel. Es decir, como si su vida dependiera de ello. Cenó ambas noches en el hotel, en su habitación. A las siete de la mañana estaba ya levantado y leyendo la Biblia en el vestíbulo, tras lo cual salía a la «reunión». El personal del hotel le trataba con la desidia y desprecio que podía reservarse a los sacerdotes torpes y medio ciegos (que pagaban sus facturas) en aquellos tiempos de asesinatos legales restringidos, guerras bacteriológicas en Egipto y América del Sur y leyes aberrantes como la del aborto en Nevada, el «tenga uno y mate uno». El papa era un viejo balbuceante de 96 años cuyos incoherentes edictos sobre los temas de actualidad aparecían en el espacio humorístico al final de los noticiarios.

Richards celebraba sus solitarias «reuniones» en un cubículo alquilado en la biblioteca en el que, con la puerta cerrada, se informaba sobre el tema de la contaminación. Había muy poca información posterior a 2002, y ésta no parecía coincidir con lo escrito anteriormente sobre el asunto. El Gobierno, como siempre, estaba haciendo un lento pero eficaz lavado de cerebro.

A mediodía, se dirigía a un restaurante barato próximo al hotel, tropezando con la gente y pidiendo excusas al entrar. Algunos le respondían: «Está bien, padre». Otros, la mayoría, soltaban una distraída maldición y le apartaban.

Pasaba las tardes en su habitación y, mientras cenaba, presenciaba El fugitivo. Durante las mañanas, camino de la biblioteca, había enviado por correo cuatro cintas. La dirección de Boston parecía funcionar perfectamente.

Los productores del programa habían adoptado una nueva táctica para impedir el mensaje sobre la contaminación (en el que Richards insistía con una especie de complaciente frenesí; por lo menos, la gente que sabía leer en los labios le entendería): ahora, la audiencia del estudio ahogaba su voz con una creciente tormenta de gritos, maldiciones, palabras obscenas y vituperios. El griterío era cada vez más incontrolado, feroz hasta la locura.

Durante las largas tardes, Richards meditó en que, durante sus cinco días de fuga, se había producido en él un cambio involuntario. Bradley era el causante. Bradley y la pequeña. Ya no era él solo, un hombre solitario que luchaba por su familia, destinado a ser aplastado. Ahora sabía que allí fuera estaban todos los demás, ahogándose en el propio aire que respiraban. Todos, incluida su familia.

Nunca había sido un hombre sociable. Había rehuido todo tipo de causas con profundo disgusto. Eso era para los imbéciles sin dos dedos de frente y para las personas que tenían demasiado tiempo y dinero en sus manos, como esos estudiantes medio bobos con sus chapitas y sus grupos

de neo-rock.

El padre de Richards abandonó a su familia una noche, cuando Richards tenía cinco años, demasiado pocos para conservar de él más que algunos recuerdos inconexos. Sin embargo, nunca había odiado a su padre por lo que había hecho. Comprendía bastante bien que un hombre, entre el orgullo y la responsabilidad, casi siempre escogería el primero. Sobre todo si la responsabilidad le privaba de demostrar su hombría. Un hombre de verdad no podía permanecer ocioso contemplando cómo su esposa conseguía cena para todos acostándose con otros. Si un hombre no puede ser más que el chulo o el mantenido de la mujer con que se ha casado, pensó Richards, más le vale saltar por la ventana de un rascacielos.

Desde los cinco hasta los dieciséis, se había dedicado a pequeños robos con su hermano, Todd. La madre había muerto de sífilis cuando él tenía diez años y su hermano siete. Cinco años después, Todd también había muerto, arrollado por un llamativo neumocamión al que le habían fallado los frenos de emergencia mientras Todd procedía a cargarlo, en plena pendiente de una colina. La ciudad había enviado sus restos, como los de la madre, al Crematorio Municipal, que los chicos de la calle llamaban la Fábrica de Cenizas. Una muestra de su rencor y desesperación, pues sabían que también ellos tenían muchas probabilidades de terminar convertidos en un humo que las chimeneas vomitarían al aire de la ciudad. A los dieciséis, Richards se hallaba solo en el mundo y cumplía un turno entero de ocho horas limpiando motores después de la escuela. Y pese a esa agotadora actividad, el muchacho era presa de un pánico constante como resultado de saberse solo y desamparado, a la deriva. En ocasiones, se despertaba a las tres de la madrugada bajo el olor a col podrida del minúsculo piso de una sola habitación, con una sensación de terror en lo más profundo de su alma. Era un hombre independiente y solo.

Por eso se había casado, y Sheila había pasado el primer año en un orgulloso silencio mientras sus amigas (y los enemigos de Richards, quien se había creado muchos por su negativa a participar en las expediciones de violencia callejera organizada, o a pertenecer a una banda local) esperaban a que llegara el primer fruto del matrimonio. Al retrasarse éste, el interés general por la pareja decreció y, finalmente, cayeron en ese limbo particular reservado en Co-op City para los recién casados. Cuatro amigos y un círculo de conocidos que sólo llegaba hasta la puerta de entrada de su propio bloque. A Richards, este aislamiento no le importaba, sino que le parecía perfecto.

A partir de entonces se dedicó al trabajo plenamente, con estoica intensidad, apuntándose a las horas extra siempre que podía. Los salarios eran malos, no había posibilidades de promoción y la inflación estaba desatada, pero él y Sheila estaban enamorados, y así continuaron durante años. ¿Por qué no iba a ser así? Richards era uno de esos hombres solitarios capaces de volcar enormes cantidades de amor, afecto y, quizá, dominación psicológica sobre la mujer que eligen. Hasta aquel punto, sus emociones habían permanecido prácticamente intactas, y en los once años de matrimonio jamás habían tenido una pelea en serio.

Richards dejó su trabajo en 2018 porque las probabilidades de tener descendencia disminuían con cada turno que pasaba enfundado en los inútiles trajes protectores de plomo, muy anticuados, que facilitaba la General Atomics. Todo habría ido bien si hubiera respondido con una mentira cuando el apenado supervisor le preguntó la razón de su renuncia. Sin embargo, Richards le había contestado, simple y llanamente, lo que pensaba de la General Atomics, concluyendo su perorata con una invitación al supervisor para que tomara los trajes de plomo y se los metiera por donde le cupieran. El incidente terminó en una breve y encarnizada pelea. El supervisor era musculoso y parecía duro, pero Richards le había hecho sollozar como una mujer.

Así empezó a extenderse su mala fama. Era un tipo peligroso, mucha precaución. Si se precisaba con urgencia un hombre de sus características, le contrataban por una semana y luego se libraban de él. En el argot de la G. A., Richards estaba en la Lista Roja.

Durante los cinco años siguientes había pasado mucho tiempo empaquetando y cargando periódicos, pero el trabajo fue decreciendo hasta que las máquinas se pararon. La Libre-Visión terminó con la letra impresa, con gran eficacia, y Richards se halló de nuevo en la calle, buscando empleo bajo la mirada de la policía callejera. Desde entonces no había conseguido más que trabajar esporádicamente en asuntos de un solo día.

Los grandes movimientos de la década pasaron a su lado sin que se enterara, como fantasmas para un escéptico. No se enteró de la Matanza de las Amas de Casa del año 24 hasta que su esposa le comentó el asunto tres semanas después: doscientos policías armados de material antidisturbios y porras eléctricas de alto voltaje habían atacado a una multitud de mujeres que se manifestaban ante el Depósito de Alimentos del Suroeste. Sesenta mujeres habían resultado muertas. Richards también se enteró vagamente de que en Oriente Medio se estaba utilizando gas nervioso, pero ninguna de estas noticias le afectó. Las protestas no servían de nada, y tampoco la violencia. El mundo era como era, y Ben Richards se movía por él como una afilada guadaña, sin pedir nada y buscando trabajo. Tuvo un centenar de empleos miserables que no duraban más que un día o algunas horas. Trabajó limpiando limos pegajosos como gelatina bajo los muelles y en los sumideros de la ciudad mientras otros en su misma situación, que creían sinceramente estar haciendo lo posible por encontrar trabajo, permanecían sin hacer nada.

«Muévete, gusano. Piérdete, no hay trabajo. Largo, si no quieres que te arranque la cabeza. Fuera.»

Y finalmente, resultó imposible encontrar ningún tipo de trabajo. Un tipo con pasta, borracho y vestido con una camisa de seda se le acercó una tarde en plena calle mientras Richards se arrastraba hacia su hogar tras un día estéril. El tipo le dijo que le daría diez Nuevos Dólares si se bajaba los pantalones, para que él pudiera comprobar si era cierto que los vagabundos de las calles tenían penes de más de un palmo. Richards le respondió dándole una paliza y escapando a toda prisa del lugar.

Fue entonces, tras nueve años de intentarlo, cuando Sheila quedó embarazada. La gente del bloque sólo murmuraba que él había sido

limpiador de motores. ¿Alguien podía creer que, después de seis años en ese trabajo, hubiera dejado embarazada a su mujer? Seguro que sería un monstruo, era el comentario generalizado. Un monstruo de dos cabezas y sin ojos. Radiación, radiación, vuestros hijos serán monstruos...

Y sin embargo, nació Cathy. Sana, perfecta y llorona. La ayudó a venir al mundo una mujer del bloque, quien cobró por el trabajo cincuenta centavos y cuatro latas de cerveza.

Ahora, por primera vez desde que su hermano muriese, Richards volvía a estar solo. Todas las presiones (por un instante, incluso la presión de la persecución) habían desaparecido.

Volcó todos sus pensamientos y toda su cólera hacia la Dirección de Concursos, con su enorme y poderoso nudo de comunicaciones que se extendía al mundo entero y sus bien alimentados ejecutivos, provistos de filtros nasales de calidad, que pasaban las veladas con prostitutas de ropa interior de seda. ¡Ojalá cayera sobre ellos la guillotina! Sin embargo, no había manera de alcanzarles, pues permanecían entre sombras, encumbrados sobre todos los demás como el propio Edificio de Concursos.

Por ser Richards como era –y por estar solo y en plena transformación–, se puso a darle vueltas al asunto. Allí, a solas en su habitación, al pensar en ello, no se dio cuenta de que en su rostro se formaba una sonrisa lobuna que parecía lo bastante poderosa como para agrietar calles y derruir edificios. La misma sonrisa que había puesto aquel día casi olvidado en que había dado una paliza a un tipo rico, para huir a continuación' con los bolsillos vacíos y la mente calenturienta.

... Menos 055

Y CONTANDO...

El lunes transcurrió exactamente igual al domingo –el mundo del trabajo ya no tenía un día festivo en especial– hasta las seis y media de la tarde.

A esa hora, el padre Ogden Grassner pidió a la cocina del hotel (cuyos platos, que habrían parecido execrables a cualquiera que se hubiera criado con algo mejor que hamburguesas rápidas y píldoras de concentrados, le parecían sabrosos y apetitosos a Richards) que le subieran un buen filete y una botella de vino, y se instaló para presenciar las imágenes de El fugitivo. La primera parte, dedicada a su caso, fue muy similar a los dos días anteriores. El sonido de las cintas quedaba ahogado por el griterío del público del estudio. Bobby Thompson se mostró, a la vez, comedido y virulento. En Boston se estaba procediendo a un registro casa por casa. Cualquier persona que diera albergue al fugitivo sería condenada a muerte. Richards emitió una carcajada carente de humor cuando se produjo la primera pausa para los anuncios. No estaba mal; en cierto modo, hasta resultaba entretenido. Se dijo que podía soportar cualquier cosa menos una repetición de las imágenes de los policías muertos.

La segunda mitad del programa fue notablemente distinta. Esta vez, Thompson sonreía abiertamente.

–Y ahora, después de haber visto las cintas remitidas por ese monstruo que se esconde bajo el nombre de Ben Richards, tengo el placer de comunicarles una buena noticia...

Habían cogido a Laughlin.

Había sido visto el viernes en Topeka, pero una búsqueda intensiva por toda la ciudad durante el sábado y el domingo no había dado resultado. Richards creía que Laughlin había burlado el bloqueo igual que él. Sin embargo, el lunes por la tarde, hacía apenas unas horas, dos chicos le habían visto ocultarse en un cobertizo del departamento de Autopistas. Durante la huida, Laughlin se había roto la muñeca derecha.

La cámara mostró a los niños, Bobby y Mary Cowles, y su amplia sonrisa. A Bobby Cowles le faltaba un diente. Richards se preguntó, amargamente, si el ratoncito le habría dejado algún regalo.

Thompson anunció con orgullo que Bobby y Mary, «ciudadanos número uno de Topeka», estarían en el programa la noche siguiente para recibir los Certificados de Mérito, el suministro de por vida de cereales a cargo de un patrocinador, y un cheque de mil Nuevos Dólares para cada uno, entregados por Hizzoner, gobernador de Kansas. El anunció provocó un estruendo de júbilo entre los asistentes.

A continuación aparecieron las imágenes del cuerpo acribillado y roto de Laughlin siendo sacado del cobertizo, que había quedado reducido a astillas por el fuego concentrado. Entre el público del estudio hubo una mezcla de júbilo, abucheos y silbidos.

Richards apartó la mirada, asqueado. Unos dedos finos e invisibles parecían oprimirle las sienes.

En la distancia, el Libre-Visor seguía informando de que el cuerpo estaba expuesto en la rotonda del edificio de la cámara legislativa de Texas. Ya había, una larga cola de ciudadanos desfilando ante el cadáver. En una entrevista, uno de los policías que habían participado en la caza dijo que Laughlin no había planteado demasiados problemas.

«Mejor para ti», pensó Richards mientras recordaba a Laughlin, su voz áspera y el aire decidido y burlón de sus ojos.

Ahora ya sólo quedaba un gran espectáculo. Y el centro del mismo era Ben Richards. Se le pasaron las ganas de engullir el filete.

... Menos 054

Y CONTANDO...

Esa noche tuvo un sueño muy inquietante, lo cual era muy inusual. El antiguo Ben Richards no había soñado jamás.

Y algo todavía más extraordinario: en ese sueño, él no existía como personaje. Sólo asistía, invisible, como espectador.

La estancia del sueño era difusa, y se convertía en tinieblas en los bordes del campo de visión. Parecía rezumar agua de las paredes, y Richards tuvo la impresión de encontrarse en algún lugar profundo, subterráneo.

En el centro de la estancia aparecía Bradley atado a una silla de madera mediante tiras de cuero que le sujetaban brazos y piernas. Tenía la cabeza rapada como la de un penitente, y a su alrededor había varias figuras con capuchas negras. «Los Cazadores –pensó Richards con creciente espanto–. ¡Oh, Dios mío, son los Cazadores!»

–Yo no soy el que buscáis –dijo Bradley.

–Sí que lo eres, hermanito –replicó con suavidad una de las figuras encapuchadas, mientras atravesaba la mejilla de Bradley con una aguja.

Bradley aulló de dolor.

– ¿Eres él?

– ¡Mierda!

Otra aguja penetró sin resistencia en el globo ocular de Bradley y fue retirada rezumando un líquido incoloro. El ojo de Bradley tomó un aspecto deshinchado y vacío.

– ¿Eres él?

– ¡Métete eso por el culo!

Una porra eléctrica rozó el cuello de Bradley. Éste volvió a gritar mientras se le erizaba el cabello. Parecía un personaje de tiras cómicas, una especie de Tom Sawyer negro futurista.

– ¿Eres o no el que buscamos, hermanito?

–Los filtros nasales producen cáncer –dijo Bradley–. Estáis todos podridos por dentro, blanquitos.

Le destrozaron el otro ojo.

– ¿Eres él?

Bradley, ciego, se burló de ellos.

Una de las figuras encapuchadas hizo una señal y Bobby y Mary Cowles aparecieron, alegres y contentos, de entre las sombras. Los niños empezaron a dar vueltas en torno a Bradley, mientras cantaban: « ¿Quién teme al lobo feroz, al lobo, al lobo?».

Bradley empezó a gritar y a retorcerse en la silla, intentando levantar las manos como para protegerse. La tonada retumbaba, cada vez a mayor volumen, despidiendo más y más ecos. Los niños empezaron a transformarse. Richards vio sus bocas abiertas y, en sus profundidades, unos colmillos que destellaban como filos de navaja.

– ¡Hablaré! –gritó Bradley–. ¡Hablaré, lo diré todo! ¡Yo no soy el que

buscáis! ¡Vuestro hombre es Ben Richards! ¡Hablaré! ¡Oh, Dios, Dios...!

– ¿Dónde está Richards, hermanito?

– ¡Hablaré! Está en...

Pero sus palabras quedaron ahogadas por la canción. Los niños se abalanzaban ya sobre el cuello inmovilizado y tenso de Bradley cuando Richards despertó, bañado en sudor.

... Menos 053

Y CONTANDO...

Manchester ya no era un lugar seguro.

Richards no sabía si habían sido las noticias de la brutal muerte de Laughlin, el sueño, o una mera premonición.

El martes por la mañana permaneció en la habitación, en lugar de acudir a la biblioteca. Le parecía que cada minuto que pasaba en aquel lugar era una invitación a una rápida muerte. Al contemplar la calle desde la ventana, le pareció ver a un Cazador con su capucha negra tras cada anciano y cada taxista. Empezaron a atormentarle fantasías de hombres armados que se acercaban en silencio hacia su puerta. Sentía como si un enorme reloj desgranara los segundos en su cabeza.

Superó el período de indecisión poco después de las once de la mañana del martes. Era imposible seguir allí. Estaba seguro de que ellos ya sabían algo.

Tomó el bastón y se encaminó torpemente hacia los ascensores. Bajó al vestíbulo.

– ¿Va a salir, padre Grassner? –preguntó el recepcionista, con su habitual sonrisa obsequiosa y grasienta.

–Día libre –respondió Richards, sin llegar a volverse hacia el tipo–. ¿Hay algún buen cine en la ciudad?

Sabía que había al menos una decena de locales, ocho de los cuales ofrecían películas de perversiones en tres dimensiones. El recepcionista le contestó, cautelosamente:

–Bueno, creo que en el Center pasan viejas películas de Disney...

–Magnífico –comentó Richards con voz animada.

Al salir, tropezó con una de las macetas junto a la puerta.

A un par de calles del hotel, entró en una tienda y compró un rollo enorme de vendas y un par de muletas baratas de aluminio. El dependiente puso sus compras en una gran bolsa de papel y Richards tomó un taxi en la esquina siguiente.

El coche estaba exactamente donde lo había encontrado la primera vez. Si había algún vigilante en el aparcamiento, Richards no llegó a verle. Subió al coche y lo puso en marcha. Tuvo un sobresalto al advertir que no tenía ningún permiso de conducir con un nombre que no conocieran pero, finalmente, dejó de pensar en ello. De todos modos, no contaba con que su nuevo disfraz soportara un examen detenido. Si encontraba algún control de carretera, intentaría saltárselo. Quizá muriera en el intento pero, de todos modos, si le identificaban podía considerarse hombre muerto.

Guardó las gafas del padre Ogden Grassner en la guantera y salió del aparcamiento, saludando distraídamente al encargado de la puerta. Éste apenas levantó la mirada de la revista pornográfica que estaba hojeando.

Se detuvo en la estación de servicio del límite septentrional de la ciudad para repostar una carga completa de aire comprimido. El muchacho

encargado estaba en plena erupción de acné y parecía patéticamente deseoso de evitar la mirada de Richards. De momento, todo perfecto.

Pasó de la ruta 91 a la ruta 17, y de ésta a una carretera asfaltada sin nombre ni número. Cinco kilómetros después, redujo la velocidad junto a una zona enfangada de cambio de sentido, llena de rodadas, y apagó el motor.

Tras situar convenientemente el retrovisor, procedió a vendarse la cabeza lo más aprisa que pudo. En un olmo de aspecto agotado, un pajarillo cantaba incansable.

No estaba tan mal. Si tenía ocasión, añadiría en Portland un protector cervical.

Dejó en el asiento contiguo las muletas y puso el vehículo en marcha. Cuarenta minutos después, entraba en el cinturón de circunvalación de Portsmouth. Tomó la ruta 95, se llevó la mano al bolsillo y sacó el arrugado pedazo de papel cuadriculado que le había dejado Bradley. En él, con la meticulosa caligrafía de quien ha aprendido a escribir por sí mismo, Bradley había anotado con un lápiz de grafito blando:

Calle State, 94, Portland
LA PUERTA AZUL, HUÉSPEDES
Elton Parrakis (y Virginia Parrakis)

Richards frunció el ceño por unos instantes. Después levantó la vista. Un vehículo policial, amarillo y negro, sobrevolaba lentamente el tráfico de la autopista, en equipo con un vehículo pesado de superficie que avanzaba sobre el asfalto. Durante unos segundos procedieron a controlarle, y poco después continuaron su marcha zigzagueante por los seis carriles, como en un grácil ballet. Era una patrulla de tráfico en labor de rutina.

Los kilómetros fueron pasando y en el pecho de Richards tomó forma, casi de mala gana, una incómoda sensación de alivio que le incitaba, a un tiempo, a reír y a vomitar.

... Menos 052

Y CONTANDO...

Llegó a Portland sin más incidencias.

Sin embargo, cuando alcanzó los límites de la ciudad y empezó a cruzar los barrios residenciales de Scarborough (casas ricas, calles ricas, escuelas privadas rodeadas de vallas electrificadas), la sensación de alivio había empezado a difuminarse otra vez. Los Cazadores podían estar en cualquier parte. Podían estar rodeándole. O quizá no estaban aún sobre sus pasos.

La calle State era una zona de antiguas casas de tres o cuatro pisos, en bastante mal estado, próxima a un parque descuidado, con aspecto de jungla, que Richards consideró lugar ideal para los vagabundos, amantes, drogadictos y ladronzuelos de la pequeña ciudad. Nadie se aventuraría por la calle State después del crepúsculo sin un perro policía al lado, o sin un puñado de compañeros de banda como protección.

El número 94 de esa calle era un edificio vetusto y negro de hollín, con las ventanas ocultas tras unas viejas persianas verdes. La casa le sugería a Richards un anciano que hubiera muerto a edad muy avanzada con cataratas en los ojos.

Se detuvo junto al bordillo y bajó del coche. La calle estaba salpicada de coches aéreos abandonados, algunos de ellos oxidados y reducidos a amasijos casi informes. A la entrada del parque, un Studebaker aparecía tumbado de costado como un perro muerto. Obviamente, aquél no era territorio controlado por la policía. Si uno dejaba el coche sin vigilancia, a los pocos minutos tendría alrededor a un puñado de muchachos enjutos, de mirada torva, escupiendo en actitud desafiante. Un cuarto de hora después, algunos de los muchachos habrían sacado destornilladores, palancas y llaves y estarían comparándolos, dando golpecitos con ellos, fingiendo duelos a espada. Enarbolarían las herramientas en alto con aire pensativo, como si estuvieran midiendo el viento o recibiendo por ellas una misteriosa transmisión radiofónica. En menos de una hora, el coche se convertiría en una carcasa destrozada, desde los tubos y cilindros de aire hasta el propio volante.

Un muchachito se acercó a Richards mientras éste afirmaba las muletas en el suelo. Las cicatrices arrugadas y relucientes de una grave quemadura habían convertido la mitad del rostro del chiquillo en una masa horrorosa y desprovista de cabello, digna de Frankenstein.

– ¿Quiere polvos, señor? Buen material. Le pondrá en la luna.

El muchacho emitió una risita misteriosa y la carne de su rostro quemado, protuberante y deforme, se bamboleó y contorsionó de forma grotesca.

–Largo –respondió Richards, lacónico.

El muchacho intentó derribar de una patada una de las muletas, pero Bradley fue más rápido y, tras levantar una de ellas, la descargó sobre las posaderas del chiquillo. Éste salió corriendo, entre maldiciones e insultos.

Ascendió los desgastados peldaños de piedra poco a poco y contempló la puerta de la vivienda. En otro tiempo había sido azul, pero la pintura se había borrado y había saltado hasta darle un cansino color de cielo del desierto. Antes debía de haber tenido un timbre, pero algún vándalo lo había arrancado con un cortafríos.

Richards llamó a la puerta y aguardó. No sucedió nada. Volvió a llamar.

Era ya avanzada la tarde y el frío se extendía lentamente por las calles. Desde el parque, al otro lado del bloque de edificios, alcanzaba a oírse el leve rumor de las hojas otoñales que se desprendían de las ramas y caían al suelo.

Allí no había nadie. Era hora de marcharse.

Sin embargo, llamó una última vez, curiosamente convencido de que había alguien en la casa.

Esta vez su insistencia se vio recompensada con el lento arrastrar de unas zapatillas caseras, que se detuvieron ante la puerta. Por fin, una voz preguntó:

– ¿Quién anda ahí? No me interesa comprar nada. Lárguese. —Me han enviado a esta dirección… –dijo Richards.

La mirilla de la puerta se abrió con un breve crujido y un ojo castaño le observó. Después, la mirilla se cerró de nuevo con un chasquido.

–No le conozco –dijo la voz, en tono indiferente.

–Me han dicho que preguntara por Elton Parrakis.

– ¡Ah!, eres uno de ésos… –replicó la voz, de mala gana.

Al otro lado de la puerta empezaron a abrirse, uno por uno, los candados y barras de protección. Cayeron unas cadenas, se oyó el «clic» de los tambores giratorios de un candado de seguridad, y luego de otro. Después, el estrépito de una barra de acero al ser apartada de la puerta y, por fin, el ruido de la cerradura de seguridad al ser abierta.

Cuando la puerta se abrió, Richards se encontró ante una mujer huesuda, de pechos lisos y manos nudosas y enormes. Su rostro no tenía arrugas y parecía casi angelical, pero daba la impresión de haber encajado cientos de golpes directos, de gancho o cortos en una pelea sin límite de asaltos con el propio tiempo. Quizás éste fuera el ganador final, pero la mujer no parecía un contrincante fácil. Medía casi metro ochenta, incluso con sus zapatillas planas y aplastadas. Sus rodillas parecían dos tocones a causa de la artritis que las hinchaba. Llevaba el cabello envuelto en un gorro de baño. Los ojos castaños, que le observaban desde el fondo de unas cuencas muy hundidas (sus cejas se asomaban al precipicio como desesperados arbustos de montaña que pugnaran contra la aridez del terreno y la altitud), parecían inteligentes y agitados por algo que podía ser miedo o cólera. Más tarde, Richards comprendería que la mujer, simplemente, estaba confusa, atemorizada y al borde de la locura.

–Soy Virginia Parrakis –dijo con voz monocorde–. Soy la madre de Elton. Pase.

... Menos 051

Y CONTANDO...

La mujer no le reconoció hasta que le hubo conducido a la cocina para preparar unas tazas de té.

La casa era antigua, oscura y destartalada. Estaba decorada en un estilo que Richards reconoció inmediatamente, pues era muy similar al de su casa de Harding: muebles modernos de segunda mano.

–Elton no está –dijo la mujer, mientras colocaba la abollada tetera de aluminio sobre el quemador a gas.

La cocina estaba más iluminada, lo que ponía de relieve las manchas oscuras de humedad que salpicaban el papel pintado de las paredes, las moscas muertas (recuerdo del último verano) en el alféizar de las ventanas, el viejo linóleo surcado de negras arrugas, el montón de papel de envolver húmedo bajo el desagüe que goteaba. Richards percibió un olor a desinfectante que le hizo pensar en las noches de vela en las habitaciones de enfermos.

La mujer cruzó la estancia y sus dedos hinchados efectuaron una dolorosa búsqueda entre el montón de utensilios y objetos que invadía la mesa hasta encontrar dos bolsas de té, una de ellas utilizada previamente. A Richards le tocó esta última, lo cual no le extrañó.

–Elton está trabajando –dijo la mujer, como si la frase fuera una acusación–. Usted viene de parte de ese tipo de Boston, ese con quien Elton mantiene correspondencia sobre ese asunto de la contaminación, ¿verdad?

–En efecto, señora Parrakis.

–Se conocieron en Boston. Mi Elton se encarga de reparar las máquinas de venta automática. –La mujer pareció muy orgullosa de ello y así lo demostró durante unos instantes, tras los cuales inició su lento camino de regreso hacia el hornillo cruzando las dunas del linóleo–. Le he dicho mil veces a Elton que ese Bradley está metido en asuntos ilegales y le he advertido que ayudarle puede representar la cárcel o algo peor, pero Elton no quiere escucharme. No quiere hacer caso de lo que le aconseja su madre. –En este punto dibujó una sonrisa vagamente dulce y prosiguió–: Elton siempre ha sido aficionado a construir cosas... Cuando era pequeño construyó una cabaña de cuatro habitaciones sobre un árbol, ahí detrás. Eso fue antes de que talaran el olmo, ¿sabe usted? Sin embargo, fue ese negro el que le metió en la cabeza la idea de construir un medidor de contaminación en Portland.

Dejó caer las bolsas de té en dos tazas y permaneció unos instantes de espaldas a Richards, calentándose lentamente las manos sobre el hornillo de gas.

–Elton y Bradley se escriben con frecuencia. Yo le he advertido que el correo no es seguro, que le descubrirán y acabarán en la cárcel, o algo peor. Sin embargo, él siempre me dice: « ¡Vamos, mamá!, nos escribimos en clave. Él me pide una docena de manzanas y yo le informo de que mi

tío está un poco peor». Yo le insisto: « ¿De veras crees que no se dan cuenta de estas tácticas de agente secreto aficionado?», pero él no quiere escucharme. Antes era todo lo contrario. Antes era su mejor amiga, pero las cosas han cambiado. Sí, desde que alcanzó la pubertad, todo ha cambiado. Tiene bajo la cama revistas asquerosas y, además, ese asunto... Y ahora ese negro... Supongo que a usted le han sorprendido mientras comprobaba los humos, los agentes carcinógenos o algo así, y que ahora está huyendo.

–Yo...

– ¡No me importa! –replicó la mujer desde la ventana con aire colérico.

Al otro lado del cristal se divisaba un patio trasero lleno de pedazos de hierro viejo oxidado, llantas de neumático y un cajón de arena para juegos infantiles que ahora, muchos años después, aparecía rebosante de hierbas silvestres otoñales.

–No me importa –repitió–. La culpa es de esos negros. –Se volvió hacia Richards y éste apreció en sus ojos un destello de furia y perplejidad–. Yo tengo sesenta y cinco años, pero era una jovencita de apenas diecinueve cuando eso empezó a suceder. Cuando tenía diecinueve años, los negros empezaron a pulular por todas partes. ¡Sí, por todas partes! –exclamó casi a gritos, como si Richards hubiera discrepado de sus palabras–. ¡Por todas partes! Primero enviaron a los negros a las mismas escuelas que los blancos. Después empezaron a instalarse en la Administración y el Gobierno. Radicales, manipuladores de masas y propugnadores de la rebelión. Yo no...

De pronto, la anciana se interrumpió como si las palabras se le hubiesen astillado en la boca. Permaneció unos momentos con la mirada fija en Richards, como si fuera la primera vez que le veía.

– ¡Oh, no! ¡Señor, tened piedad! –susurró.

–Señora Parrakis...

– ¡No! –saltó ella con una voz ronca de terror–. ¡No, no! ¡Oh, no!

Empezó a avanzar hacia él; se detuvo un instante junto a la mesa, asió un largo y reluciente cuchillo de carnicero de un cajón y continuó avanzando.

– ¡Fuera! ¡Fuera!

Richards se puso en pie y empezó a retroceder lentamente, primero por el corto pasillo entre la cocina y el salón en sombras, y luego por este último. Advirtió que de una pared colgaba un antiguo teléfono de pago, reliquia de los tiempos en que la casa había sido una posada de verdad. La Puerta Azul. Huéspedes. Se preguntó cuántos años haría de eso. ¿Veinte? ¿Cuarenta? ¿Antes de que los negros escaparan al control, o después?

Cuando ya empezaba a retroceder por el vestíbulo hasta la puerta delantera, oyó el ruido de una llave que era introducida en la cerradura. Tanto él como la mujer quedaron inmóviles, como si una mano celestial hubiera detenido la película para decidir qué hacer a continuación.

Se abrió la puerta y entró Elton Parrakis. Era un muchacho inmensamente obeso, que llevaba el cabello, rubio y sin brillo, peinado hacia atrás en unas ridículas ondas que dejaban despejada su frente y enmarcaban un rostro redondo e infantil, dándole un aire de perpetua

perplejidad. Iba vestido con un uniforme azul y oro de la compañía de máquinas automáticas y, al entrar, dirigió una mirada pensativa a Virginia Parrakis.

–Deja ese cuchillo, mamá.

– ¡No!–gritó ella.

Sin embargo, una expresión de derrota había empezado ya a formarse en su rostro.

Elton cerró la puerta y avanzó hacia ella con una risita. La mujer se apartó, mientras decía:

–Tienes que hacer que se vaya, hijo. Es ese monstruo, ese Richards. Eso significa la cárcel o algo peor, ¡y no quiero que te suceda nada!

La anciana empezó a sollozar, dejó caer el cuchillo y se derrumbó en los brazos del muchacho. Éste la acarició y la sostuvo amorosamente mientras ella seguía llorando.

–Vamos, mamá, no llores. Nadie va a llevarme a la cárcel, mamá. Deja de llorar.

El muchacho dedicó a Richards una sonrisa por encima de los hombros temblorosos y encogidos de la mujer. Era una sonrisa que pretendía expresar: «Lamento muchísimo todo esto». Richards aguardó.

–Bueno –dijo Elton cuando el llanto se transformó en sollozos–. Escucha, mamá, el señor Richards es un buen amigo de Bradley Throckmorton, y va a quedarse con nosotros un par de días.

Ella se puso a gritar y el muchacho le tapó la boca con la mano, alarmado.

–Vamos, mamá. El señor Richards va a quedarse. Yo llevaré su coche al garaje y, mañana por la mañana, tú saldrás con un paquete que echarás al correo para Cleveland.

–Para Boston –intervino automáticamente Richards–. Las cintas van a Boston.

–Ahora van a Cleveland –dijo Elton Parrakis con una sonrisa paciente–. Bradley ha tenido que huir. – ¡Oh, Señor!

– ¡Tú también tendrás que hacerlo! –gritó la señora Parrakis a su hijo–. ¡Y entonces te atraparán! Estás demasiado gordo...

–Voy a llevar al señor Richards al piso de arriba para enseñarle su habitación, mamá.

– ¿El señor Richards? ¿A qué viene tanto señor Richards? ¿Por qué no le llamas por su verdadero nombre? ¡El señor Veneno!

Elton se separó de ella con gran delicadeza y Richards subió tras él, obedientemente, la escalera en penumbra.

–Ahí arriba hay muchas habitaciones –dijo Elton entre jadeos, mientras sus piernas y nalgas escalaban penosamente los peldaños–. Hace muchos años había aquí una casa de huéspedes. Eso fue cuando yo era un niño. Desde la habitación podrá ver la calle.

–Quizá sea mejor que me marche –dijo Richards–. Si Bradley está en apuros, quizá su madre tenga razón.

–Esta es su habitación –contestó Elton, al tiempo que abría la puerta de una estancia húmeda y llena de polvo, que era un fiel reflejo del paso del tiempo. El muchacho parecía no haber oído el comentario de Richards–. Me temo que no tendrá muchas comodidades, pero... –Se volvió hacia

Richards con su paciente sonrisa de «deseo complacerle»–. Puede quedarse todo el tiempo que quiera –añadió–. Bradley Throckmorton es el mejor amigo que he tenido. –Su sonrisa vaciló ligeramente–. El único amigo que he tenido. No se preocupe por mi madre. Yo me ocuparé de ella.

–Será mejor que me vaya... –se limitó a repetir Richards.

–Imposible. Sabe perfectamente que esa cabeza vendada no ha podido engañar mucho tiempo ni siquiera a mi madre. Ahora voy a llevar su coche a un lugar seguro, señor Richards. Después hablaremos.

Elton salió pesada y apresuradamente de la habitación. Richards advirtió que la parte trasera de los pantalones de su uniforme aparecía lustrosa por el uso. El muchacho parecía haber dejado un leve aroma a disculpa en la estancia.

Richards observó el exterior por una rendija de la vetusta persiana y vio salir a Elton por el sendero de asfalto cuarteado. Instantes más tarde, el obeso muchacho se introdujo en el coche, pero volvió a salir inmediatamente. Regresó a toda prisa hacia la casa y Richards sintió una punzada de terror.

Elton subió trabajosamente los escalones hasta la habitación de Richards, abrió la puerta y dedicó al huésped otra de sus sonrisas.

–Mamá tiene razón –dijo–. No soy un gran agente secreto. Me he olvidado de pedirle las llaves.

Richards se las entregó e intentó un chiste:

–Es mejor medio agente secreto que nada...

La frase no causó ninguna reacción en Elton, o quizá despertó en él algún recuerdo amargo; era evidente que el muchacho llevaba consigo sus angustias vitales, y Richards casi pudo oír las voces fantasmales y burlonas de los niños, que le seguirían siempre, como pequeños vagones tras una locomotora.

–Gracias –dijo Richards en voz baja.

Elton salió de nuevo y el coche en que Richards había viajado desde New Hampshire se alejó hacia el parque.

Richards retiró el cubrecama y se dejó caer despacio sobre el lecho, respirando superficialmente y con la mirada fija en el techo. La cama parecía envolverle en un abrazo perverso y húmedo, incluso a través de las mantas y de sus propias ropas. Un olor a moho se colaba por sus fosas nasales como un poema sin sentido.

En la planta baja, la madre de Elton seguía llorando.

... Menos 050

Y CONTANDO...

Echó una cabezada, pero no llegó a conciliar el sueño. La oscuridad era ya casi total cuando oyó de nuevo las pisadas y jadeos de Elton en la escalera. Richards apoyó los pies en el suelo, aliviado.

Cuando el muchacho llamó y abrió la puerta, Richards vio que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba una camisa deportiva del tamaño de una tienda de campaña y unos tejanos. –Ya está –dijo Elton–. Lo he dejado junto al parque.

– ¿No lo destrozarán?

–No. Le he puesto un seguro. Una batería conectada a dos pinzas. Si alguien le pone la mano encima, o si lo intenta con una palanca de hierro, se llevará una descarga y disparará una alarma. Funciona perfectamente. Lo he diseñado yo mismo.

Elton tomó asiento con un profundo suspiro.

–Explícame eso de Cleveland –exigió Richards, pues se había dado cuenta de que era muy fácil tratar a Elton con exigencias.

El muchacho se encogió de hombros.

–Bueno, es un tipo como yo. Le conocí un día que fui con Bradley a la biblioteca, en Boston. Pertenece a nuestro pequeño club anticontaminación. Supongo que mamá te habrá contado algo al respecto.

Se frotó las manos y sonrió con aire desdichado.

–En efecto, algo me ha dicho –asintió Richards.

–Mamá es..., es un poco corta de luces. No entiende gran cosa de lo que ha venido ocurriendo durante los últimos veinte años, más o menos. Siempre está con el corazón en un puño por mí, pues soy lo único que tiene.

– ¿Crees que atraparán a Bradley?

–No lo sé. Bradley tiene una buena red de..., de espionaje.

Sin embargo, sus ojos rehuyeron la mirada de Richards.

–Tú...

En ese instante se abrió la puerta y apareció la señora Parrakis. Llevaba los brazos cruzados sobre el pecho y sonreía, pero sus ojos tenían un brillo extraño.

–Acabo de llamar a la policía –anunció–. Ahora tendrá que largarse de aquí.

El rostro de Elton adoptó un color blanco amarillento, como el de una perla.

–Estás mintiendo...

Richards se puso en pie de un salto y se detuvo, ladeando la cabeza como para captar algún sonido lejano.

Y, efectivamente, oyó a lo lejos unas sirenas que se aproximaban.

– ¡No miente! –dijo, al tiempo que le invadía una desagradable sensación de futilidad. De nuevo estaba en la primera casilla del juego–. ¡Llévame al coche!

–Está mintiendo –insistió Elton. Se puso en pie y extendió la mano para tocar el brazo de Richards, pero la retiró antes del contacto, como si temiera quemarse–. Son los bomberos.

–Llévame al coche. De prisa.

Las sirenas eran ahora claramente audibles, y sus gemidos subían y bajaban de volumen, llenando a Richards de un nebuloso terror. Allí estaba, encerrado con aquel par de locos, mientras…

–Mamá… –gimió Elton con el rostro desencajado y voz suplicante.

– ¡Les he llamado! –barbotó la mujer, mientras asía uno de los abotagados brazos de su hijo como si quisiera sacudirle–. ¡Tenía que hacerlo! ¡Por ti! ¡Ese negro te ha metido en todo esto! ¡Diremos que Richards irrumpió en la casa y nos darán el dinero de la recompensa…!

– ¡Vamos! –gruñó Elton a Richards mientras intentaba liberarse de ella; sin embargo, la mujer se asía a él desesperadamente, como un perrillo acosando a un percherón.

– ¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que poner fin a esos contactos con radicales, Elton! ¡Tenía que…!

– ¡Elton! –gritó Richards–. ¡ELTON!

Por fin, el muchacho se liberó del abrazo. La mujer cayó al suelo, cruzó a rastras la habitación y quedó derrumbada sobre la cama.

– ¡Rápido! –dijo Elton con el rostro lleno de pesar y terror–. ¡Vámonos, aprisa!

Salieron de la habitación, bajaron apresuradamente la escalera y salieron por la puerta delantera. Elton inició un esforzado y trepidante trote. Empezaba a jadear otra vez.

En el piso de arriba, filtrándose a través de la ventana cerrada y la puerta abierta de la vivienda, el grito de la señora Parrakis aumentó hasta convertirse en un chillido que se fundió con las sirenas que se aproximaban:

– ¡LO HE HECHO POR TIIIIIIIII!

... Menos 049

Y CONTANDO...

Sus sombras les persiguieron calle abajo hacia el parque, difuminándose y desvaneciéndose cada vez que se aproximaban y pasaban bajo las farolas de la G. A., protegidas con alambres. Elton Parrakis respiraba como una máquina de vapor, emitiendo enormes y sonoros jadeos y resuellos.

Cruzaron la calle y, de pronto, los faros delanteros de un coche les iluminaron desde el otro extremo del bloque. Unos destellos azulados bañaron la calle mientras el coche de la policía frenaba con un chirriar de neumáticos a cien metros de los fugitivos.

– ¡RICHARDS! ¡BEN RICHARDS! –retumbó una voz de gigante por el megáfono del vehículo.

–El coche... está... ahí delante –jadeó Elton–. ¿Lo ve?

Richards acababa de localizarlo. Elton lo había aparcado correctamente bajo una arboleda de abedules granados, cerca del lago.

El vehículo policial se puso en marcha de nuevo, bruscamente. Los neumáticos traseros humearon en el pavimento al acelerar y el motor a gasolina gimió al aumentar brutalmente las revoluciones. El coche golpeó el bordillo, los faros apuntaron por un momento al cielo y, finalmente, iluminaron a la pareja.

Richards se volvió hacia las luces, presa de un súbito escalofrío y casi incapaz de reaccionar. Sacó del bolsillo la pistola de Bradley y continuó retrocediendo. El resto de los policías no había aparecido todavía. El coche patrulla se lanzó tras ellos a través del parque, levantando grandes nubes de tierra negra al tomar la curva a toda velocidad.

Richards disparó por dos veces contra el parabrisas, que se astilló sin llegar a romperse. Cuando el coche ya estaba casi encima de él, se apartó de un salto y rodó por el suelo, notando la hierba seca en el rostro. Rodilla en tierra, hizo dos disparos más a la parte trasera del coche policial, el cual dio media vuelta y volvió a enfilar hacia él con sus destellos, que convertían la noche en una terrible pesadilla de sombras vivientes. El vehículo de la policía se encontraba ahora entre Richards y su coche, pero Elton había alcanzado éste por el otro lado e intentaba frenéticamente desconectar la trampa eléctrica de la portezuela.

En el coche de la policía, que venía hacia Richards otra vez, una silueta asomaba por la ventanilla del copiloto. Un tableteo concentrado llenó la oscuridad. Era un fusil ametrallador. Las balas horadaron el césped alrededor de Richards en un dibujo sin sentido. Restos de tierra le saltaron a las mejillas y le mancharon la frente.

Se arrodilló como si fuera a rezar y disparó de nuevo al parabrisas. Esta vez, la bala hizo un agujero en el cristal.

El coche estaba encima de él...

Saltó hacia la izquierda y el parachoques de acero reforzado le golpeó el pie izquierdo, rompiéndole en dos el tobillo y lanzándole de bruces al

suelo.

El motor del coche patrulla lanzó un gemido, al limite de sus posibilidades, y formó una profunda rodada al efectuar una nueva media vuelta muy cerrada. Los faros volvieron a enfocar a Richards, iluminando la escena con un color blanco monocromo. Richards intentó levantarse, pero el tobillo roto no le sostuvo.

Respirando a grandes bocanadas, contempló el vehículo policial que se le echaba encima de nuevo. Todo había tomado un aire surrealista y excitante. Su mente estaba en pleno delirio adrenalínico y todo parecía desarrollarse de forma lenta, deliberada y orquestal. El coche patrulla que se acercaba era como un enorme y ciego toro de lidia.

El fusil ametrallador tableteó nuevamente y, en esta ocasión, una bala le atravesó el hombro izquierdo, haciéndole caer de costado. El vehículo intentó desviarse para arrollarle y, por un segundo, la figura al volante quedó a tiro. Disparó una bala y la ventanilla del conductor estalló hacia dentro. El coche gimió, resbaló de costado y dejó una profunda huella en la tierra hasta que, perdido el control, dio una vuelta de campana. El techo quedó aplastado y el vehículo se detuvo, finalmente, sobre un costado. El motor se ahogó y, en el repentino y sorprendente silencio que siguió, la radio del coche patrulla emitió un sonoro chasquido.

Richards seguía sin poder ponerse en pie, así que empezó a arrastrarse hacia el coche. Elton ya estaba dentro e intentaba ponerlo en marcha pero, presa del pánico, había olvidado abrir el seguro de los propulsores de aire; cada vez que daba al contacto, sólo conseguía una tos hueca del aire contenido en las cámaras.

La noche empezó a llenarse de sirenas que se aproximaban.

Richards estaba todavía a cincuenta metros del coche cuando Elton advirtió por fin su error y abrió el paso del aire. En el siguiente intento de ponerlo en marcha, el motor carraspeó caprichosamente hasta cobrar vida, y el vehículo empezó a deslizarse sobre el colchón de aire hacia Richards.

Este consiguió incorporarse a medias, abrió la portezuela del copiloto y cayó en el interior. Elton tomó hacia la izquierda, en dirección a la ruta 77, que cruzaba la calle State por encima del parque. El piso del vehículo avanzaba a menos de dos dedos del pavimento, altura insuficiente que podía hacerles volcar si tropezaban con algún obstáculo.

Elton aspiraba profundas bocanadas de aire, que dejaba escapar después con la fuerza suficiente para hacer vibrar sus labios como si fueran persianas bajo un vendaval.

Dos nuevos coches patrulla aparecieron aullando por la esquina en su persecución. Las luces azules destellaban, cada vez más próximas.

– ¡Nos van a pillar! –gritó Elton–. ¡Son mucho más rápidos…!

– ¡Pero van sobre ruedas! –replicó Richards, también a gritos–. ¡Corta por ese solar vacío!

El coche aéreo se desvió a la izquierda y, al pasar sobre el bordillo, los ocupantes fueron lanzados violentamente hacia arriba. El aire comprimido del motor les impulsó luego hacia delante, traqueteando sobre el piso irregular.

Detrás de ellos, los coches patrulla seguían aproximándose y sus

ocupantes empezaban a disparar. Richards oyó como unos dedos de acero agujereaban la carrocería de su vehículo. El cristal trasero estalló con un tremendo estruendo y una lluvia de fragmentos de cristal de seguridad cayó sobre Elton y Richards.

Entre gritos, Elton hizo zigzaguear el vehículo a izquierda y derecha. Uno de los coches patrulla, que venía a cien por hora, no advirtió el bordillo hasta que fue demasiado tarde. El vehículo intentó virar desesperadamente, sus luces azuladas desgarraron la oscuridad con locos haces de luz y, finalmente, saltó sobre el bordillo y fue a caer de costado sobre un montículo de basura y escombros en medio del solar, dejando en él un profundo surco. Instantes después, una chispa prendió en el depósito de gasolina, resquebrajado por el golpe. El vehículo estalló con una llamarada blanca.

El segundo coche patrulla continuaba en su persecución, pero Elton consiguió despistarle momentáneamente. Habían conseguido distanciarse, pero el vehículo policial podría recuperar muy pronto la distancia perdida. Los coches de superficie impulsados por gasolina eran casi tres veces más rápidos que los aéreos, y si uno de estos últimos se separaba en exceso del suelo o se apartaba de la carretera, la superficie irregular bajo los chorros impulsores podía hacer volcar el coche, como ya casi había sucedido cuando Elton se había subido al bordillo.

– ¡A la derecha! –gritó Richards.

Elton inició otra curva que les hizo subir el estómago a la garganta y les sometió a un terrible traqueteo.

Se encontraban ahora en la ruta 1. Richards advirtió que, si continuaban en aquella dirección, pronto se verían obligados a tomar la rampa de entrada a la autopista de la costa. Allí no tendrían ninguna posibilidad de efectuar una maniobra evasiva. Allí delante sólo les aguardaba la muerte.

– ¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí, maldita sea! ¡Por ese callejón!

Por un instante, el coche patrulla quedaba fuera de la vista, detrás de la última curva.

– ¡No! ¡No! –farfulló Elton–. ¡Aquí nos atraparán como a ratas!

Richards saltó hacia él y dio un golpe de volante al tiempo que, con el mismo impulso, apartaba la mano de Elton del mando de energía. El coche se deslizó en una curva de casi noventa grados, rozó el hormigón del edificio que formaba la esquina del callejón y penetró en éste con un ángulo inadecuado. La nariz roma del vehículo dio contra un montón de basura, se llevó por delante unos cuantos contenedores de desperdicios y destrozó varias cajas arrinconadas allí. Detrás de éstas había un muro de sólidos ladrillos.

Richards dio violentamente contra el tablero de instrumentos al chocar, y se rompió la nariz con un estremecedor crujido. La sangre empezó a manar de ella en violentos borbotones.

El coche quedó cruzado en el callejón, con uno de los cilindros tosiendo aún, débilmente. Elton era una masa silenciosa volcada sobre el volante. No había tiempo de ocuparse de él ahora.

Richards empujó con el hombro la destrozada portezuela de su lado, que se abrió a duras penas. Saltó del vehículo y retrocedió a la pata coja

hasta la entrada del callejón. Llenó el cargador del arma con la munición de la caja que Bradley le había proporcionado. Las balas eran frías y grasientas al tacto. Algunas se le cayeron al suelo. El brazo herido había empezado a latirle como los dientes cariados y el dolor casi le hizo vomitar.

Los faros del coche patrulla hicieron que la desierta avenida ciudadana pasara de la noche a un día sin sol. El vehículo apareció derrapando por la esquina, con las ruedas traseras motrices chirriando para dar la potencia exigida e impregnando el aire de una fragancia a goma quemada. Unas marcas negras quedaron grabadas sobre el asfalto formando parábolas. Y al instante se lanzó de nuevo hacia delante. Richards sostuvo la pistola con ambas manos y se apoyó en el edificio de su izquierda. Dentro de un momento, los del coche patrulla se darían cuenta de que no tenían las luces traseras a la vista. Y el agente del fusil vería el callejón y sabría que...

Con la sangre goteándole de la nariz, abrió fuego. Lo hizo casi a quemarropa, a tan poca distancia que las balas de alta potencia atravesaron el cristal blindado como si fuera papel. El retroceso de cada disparo de la potente arma le sacudió el brazo herido, haciéndole gritar.

El coche saltó sobre el bordillo con un rugido, voló apenas unos metros sin control y se estrelló contra el muro de ladrillos al otro lado de la calle. En la pared, un anuncio decía: REPARACIÓN DE LIBRE-VISORES ECO - NO ADMITA CHAPUZAS CON SU DIVERSIÓN FAVORITA.

El coche patrulla dio contra el muro a toda velocidad, sin haber tocado aún el suelo, y estalló.

Pero otros venían detrás; siempre otros.

Richards regresó jadeando al coche aéreo. Notaba muy cansada la pierna sana.

–Estoy herido –gemía Elton con voz ronca–. Estoy malherido. ¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mi mamá?

Richards se arrodilló, se coló bajo el coche boca arriba y empezó a sacar basura y escombros de las cámaras de aire como un loco. La sangre que aún manaba de su rota nariz le corría por las mejillas y formaba pequeños charcos junto a sus oídos.

... Menos 048

Y CONTANDO...

Al coche sólo le funcionaban cinco de los seis cilindros, y no superaba los sesenta por hora, escorado sobre un costado como un beodo.

Elton le señalaba la dirección a seguir desde el asiento del copiloto, adonde Richards había conseguido arrastrarle. La barra de dirección había atravesado el abdomen de Elton como un asta y, para Richards, estaba agonizando. La sangre del abollado volante bañaba las manos de Richards, tibia y viscosa.

–Lo siento mucho –dijo Elton–. Por aquí, a la izquierda;.. Ha sido culpa mía. Debería haberme dado cuenta. Ella... no está bien de la cabeza y no...

Al toser, una bocanada de sangre negra brotó de su boca y se derramó en su regazo. Las sirenas llenaban la noche, pero quedaban ahora muy atrás, hacia el oeste. Habían salido de Marginal Way y, desde entonces, Elton le había conducido por calles poco transitadas. Ahora estaban en la ruta 9, en dirección al norte, y los suburbios de Portland iban desapareciendo en la distancia, sustituidos por el paisaje otoñal de los yermos campos. Los madereros de otros tiempos habían pasado por allí como una plaga de langosta, y el resultado final era una espesura impenetrable de matorrales y ciénagas.

– ¿Sabes bien adónde me llevas? –preguntó Richards, hecho todo él un lacerante dolor.

Estaba totalmente seguro de que tenía el tobillo roto, y lo mismo podía decir de la nariz. Apenas era capaz de inspirar por ella.

–Vamos a un lugar que conozco –respondió Elton Parrakis, escupiendo más sangre–. Mamá solía decirme que la mejor amiga de un chico es su madre. ¿Usted cree que es verdad? Yo sí lo pensaba. ¿Cree que le harán daño, que la llevarán a la cárcel?

–No –respondió Richards, lacónico; no sabía si lo harían o no.

Eran las ocho menos veinte. El y Elton habían salido de la Puerta Azul a las siete y diez. Parecía que hubieran pasado años.

A una buena distancia, más sirenas parecían unirse al coro general. «Lo incalificable en persecución de lo incomible», pensó Richards, incoherentemente. «Si no soportas el calor, sal de la cocina». Se había cargado dos coches patrulla él solito. Otro extra para Sheila. Dinero manchado de sangre. Y para Cathy. ¿Moriría Cathy pese a la leche pagada con aquel dinero? « ¿Cómo estáis queridas mías? Os quiero. Desde esta carretera secundaria llena de curvas y baches, adecuada sólo para cazadores de venados y para parejas en busca de un rincón discreto, os mando recuerdos y deseo que tengáis dulces sueños. Deseo...»

–A la izquierda –dijo Elton con voz ronca.

Richards obedeció, y entraron en una carretera asfaltada que cruzaba una arboleda, renacida espontáneamente, de zumaques y olmos desnudos, pinos y abetos. Los árboles ofrecían un aspecto miserable y

fantasmagórico. Un río saturado y humeante de residuos industriales ofendió a su olfato. Unas ramas bajas arañaron el techo del vehículo con gemidos de ultratumba. Pasaron ante un cartel que decía: HIPERMERCADO EL PINO – EN CONSTRUCCIÓN – ENTRADA PROHIBIDA A PERSONAS AJENAS A LA OBRA.

Ascendieron una última cuesta y llegaron ante el hipermercado El Pino. Las obras debían de haberse detenido hacía un par de años, y no debían de estar muy avanzadas cuando eso sucedió, pensó Richards. El lugar era un laberinto, una madriguera para ratas, llena de tiendas y almacenes a medio construir, grandes extensiones de alcantarillado abandonado, montones de vigas y tablones de madera, cabañas prefabricadas oxidadas por el desuso. Todo el complejo estaba invadido por abetos, enebros, laureles, grama, endrinos, zarzamoras, dientes de león, varitas de San José y otras plantas silvestres. La abortada zona comercial se extendía kilómetros y kilómetros. Enormes huecos oblongos para cimientos, que parecían tumbas excavadas para dioses romanos. Esqueletos de acero oxidados. Muros de cemento armado cuyas varillas de acero sobresalían como tenebrosos criptogramas. Huecos excavados por máquinas destinadas a convertirse en aparcamientos y que ahora estaban invadidos por la hierba.

Sobre ellos, en algún rincón, un búho echó a volar tras alguna presa con sus alas fuertes y silenciosas.

–Ayúdeme… a ponerme al volante –musitó Elton.

–No estás en condiciones de conducir –rechazó Richards mientras empujaba con fuerza su portezuela para abrirla.

–Es lo menos que puedo hacer –dijo Elton con absurda y ensangrentada seriedad–. Haré de liebre… y aguantaré todo lo que pueda.

–No –musitó Richards.

– ¡Déjeme hacerlo! –gritó Elton. Su obesa cara de niño era una máscara grotesca y terrible–. Estoy muriéndome y es mejor que me deje ir… – Empezó a toser de nuevo y escupió otra bocanada de sangre. El interior del coche olía a humedad, como un matadero–. Ayúdeme –susurró–. Estoy demasiado gordo para hacerlo yo solo. ¡Oh, Dios, ayúdeme a conseguirlo!

Richards le ayudó. Le empujó y le arrastró y sus manos quedaron bañadas en la sangre de Elton. La parte delantera del coche parecía un desolladero, y Elton seguía sangrando. (¿Quién hubiera pensado que había tanta sangre en aquel cuerpo?)

Por fin, quedó colocado tras el volante, y el vehículo se levantó de nuevo a duras penas y dio la vuelta. Las luces de frenado parpadearon unos instantes y el coche rozó los árboles antes de enfocar la carretera de nuevo.

Richards estaba convencido de que pronto le oiría estrellarse, pero no fue así. El claqueteo irregular de los cilindros de aire fue perdiéndose en la distancia, marcando el mortífero ritmo del sexto cilindro inutilizado, que haría fallar a los otros cinco en un plazo máximo de una hora. No había otro sonido que aquél, salvo el distante zumbido de un avión. Richards advirtió, demasiado tarde, que había dejado en la parte trasera del coche las muletas que había comprado para disfrazarse.

Las constelaciones brillaban sobre su cabeza, indiferentes.

La noche era fría, y vio que su aliento formaba nubecillas de vaho al respirar.

Se apartó de la carretera y se perdió en la jungla de la zona en construcción.

... Menos 047

Y CONTANDO...

Vio un montón de placas aislantes en el fondo de un sótano a medio terminar y bajó hasta allí, utilizando como pasamanos las varillas de acero del hormigón armado. Encontró un palo y sacudió las placas de material aislante para ahuyentar a las ratas, pero su acción no tuvo más respuesta que una nube de polvo denso y fibroso que le hizo estornudar y gemir de dolor por su destrozada nariz. No había ratas; estaban todas en la ciudad. Dejó escapar entre dientes una ronca carcajada, que sonó rota y torva en la oscuridad.

Se envolvió en tiras de material aislante hasta parecer un iglú humano, pero al menos estaba caliente. Se apoyó en la pared y quedó medio adormilado.

Cuando recobró la plena conciencia, una luna tardía, apenas una fina raja de fría luz, colgaba aún sobre el horizonte. No había sirenas, y calculó que eran las tres de la madrugada.

El brazo le dolía intensamente, pero la sangre había dejado de manar de manera espontánea; se dio cuenta de ello tras retirar el material aislante y limpiar con cuidado los restos de éste alrededor de la herida. La bala le había arrancado una masa bastante grande de músculo, en forma triangular, de la parte externa del brazo, justo por debajo del hombro. Supuso que había tenido suerte de que el disparo no le hubiese roto el hueso. En cambio, el tobillo le producía un dolor lacerante y constante, y el propio pie le parecía extraño y ausente, casi desvinculado del resto del cuerpo. Supuso que tendría que entablillarlo.

Con estas suposiciones, quedó nuevamente amodorrado.

Cuando despertó tenía la cabeza más clara. La luna estaba ya en la mitad de su recorrido, pero todavía no había el menor rastro del amanecer. Su cabeza le dijo que estaba olvidándose de algo...

Por fin, lo recordó con un sentimiento de sobresalto y repulsión.

Tenía que enviar dos cintas antes de mediodía para que llegaran al Edificio de Concursos antes de las seis y media, hora de emisión del programa. Eso significaba que tenía que moverse, o se quedaría sin dinero.

Pero Bradley había huido, o estaba en manos de los Cazadores.

Y Elton Parrakis no había llegado a darle la dirección de Cleveland.

Y tenía roto el tobillo.

De pronto, algo de gran tamaño (¿un venado?; ¿no se habían extinguido hacía tiempo, en el este?) surgió de los matorrales a la derecha de donde se hallaba, sobresaltándole. Las planchas de material aislante se desparramaron y tuvo que volverlas a poner a su alrededor dolorosamente, jadeando entre los restos de su destrozada nariz.

Era un auténtico ente urbano en un solar abandonado e invadido de nuevo por la naturaleza, en medio de una extensión desierta. De pronto, la noche le pareció viva y malévola, aterradora y llena de seres misteriosos y

ruidos espeluznantes.

Richards respiró por la boca mientras meditaba las opciones que podía tomar y sus consecuencias.

1. No hacer nada. Quedarse donde estaba y esperar a que las cosas se calmaran. Consecuencia: perdería todo el dinero que estaba acumulando, cien dólares por hora, a las seis de la tarde. A partir de entonces seguiría huyendo por nada, pero la caza no se detendría ni siquiera si lograba evitar la captura durante los treinta días. Los Cazadores continuarían tras él hasta que le metieran en un ataúd.

2. Enviar las cintas a Boston. Eso no perjudicaría a Bradley o a su familia, pues la tapadera ya había sido descubierta. Consecuencias: a) Indudablemente, las cintas serían enviadas a Harding por los Cazadores que vigilaran el correo de Bradley, pero b) pese a ello, podrían seguirle el rastro directamente al lugar desde donde las enviara, al no usar el matasellos de Boston como tapadera.

3. Enviar las cintas directamente al Edificio de Concursos, en Harding. Consecuencias: la caza proseguiría, pero probablemente sería reconocido en cualquier población lo bastante grande para tener un buzón de correos.

Todas las alternativas parecían inconvenientes.

«Muchas gracias, señora Parrakis. Muchísimas gracias. »

Se incorporó, apartó el material aislante a un lado y dejó caer sobre él la inútil venda que le envolvía aún la cabeza. Se lo pensó mejor y escondió ésta bajo las planchas de material.

Se puso a buscar a su alrededor algo que le sirviera de muleta (la ironía de haber dejado unas muletas auténticas en el coche volvió a sorprenderle) y, cuando hubo encontrado una tabla del tamaño apropiado para colocársela en la axila, la lanzó hacia arriba sobre el borde del hueco en que había pasado las últimas horas y empezó a escalar penosamente los cimientos y paredes de aquel sótano, apoyándose en las varillas de acero.

Al terminar la ascensión, sudoroso y presa de escalofríos a un tiempo, advirtió que alcanzaba a verse las manos. La primera y leve luminosidad gris del amanecer había empezado a taladrar la oscuridad. Contempló la desierta zona comercial con añoranza, mientras pensaba en lo magnífico que habría sido aquel lugar para esconderse...

Nada de eso, se dijo. Se suponía que él no tenía que esconderse, sino que correr. ¿No era eso lo que mantenía altos los índices de audiencia?

Entre los árboles desnudos se levantaba lentamente una neblina densa, opalescente. Richards se detuvo un instante a comprobar la dirección y se encaminó hacia los bosques que bordeaban el abandonado hipermercado por el lado norte.

Sólo se detuvo para poner la chaqueta entre la tabla y la axila, y después continuó adelante.

... Menos 046

Y CONTANDO...

Hacía ya dos horas que había clareado del todo, y Richards ya casi se había convencido de que estaba andando en grandes círculos, cuando, tras unas tupidas zarzas y matorrales, oyó el zumbido de los coches aéreos.

Avanzó con cautela y se asomó a una carretera asfaltada de dos carriles. Los coches pasaban en ambas direcciones con regularidad. Aproximadamente a un kilómetro distinguió un puñado de edificios que debían de ser una estación de servicio de aire o un antiguo almacén con postes de gasolina en la parte delantera.

Continuó avanzando en paralelo a la carretera, tropezando en ocasiones. Tenía el rostro y las manos bordados en sangre a causa de las zarzas y llevaba la ropa tachonada de puntas y espinas, que había desistido de apartar. Centenares de semillas de algodoncillo le cubrían los hombros, dándole el aspecto de haber librado una batalla de almohadas. Iba mojado de pies a cabeza; había cruzado los dos primeros arroyos sin problemas, pero en el tercero la «muleta» había resbalado en el traicionero lecho y él había caído al agua cuan largo era. Naturalmente, la cámara no había sufrido daños. Era sumergible y a prueba de golpes. Naturalmente.

La espesura de árboles y matorrales empezó a aclararse. Richards se puso a gatear. Cuando hubo llegado al límite de la distancia que consideró segura, estudió la situación.

Se hallaba en una pequeña elevación del terreno, una península entre la extensión de arbustos que había atravesado. A sus pies estaba la carretera, varias casas tipo rancho y un almacén con postes de aire. En aquel momento había allí un coche repostando. El conductor, un tipo con una chaqueta de gamuza, charlaba con el mozo de la estación de servicio. Junto al almacén, al lado de tres o cuatro máquinas de golosinas y un expendedor de marihuana, había un buzón de correos azul y rojo. Apenas había doscientos metros hasta él. Al verlo, Richards advirtió con amargura que, si hubiese llegado antes del amanecer, habría conseguido probablemente su propósito sin ser visto.

« ¡Bah, el cuento de la lechera y todo eso!», pensó.

Volvió hacia atrás hasta que pudo preparar la cámara y hacer la grabación sin riesgo de que le vieran.

–Hola, mis queridos amigos de la Libre-Visión. Aquí está su dinámico Ben Richards, desde su cita anual con la naturaleza. Si prestan atención, podrán ver una intrépida tanagra escarlata o un gran garrapatero moteado. O quizás, incluso, un par de pájaros cerdo de vientre amarillo. –Hizo una pausa y continuó–: Quizá dejen pasar esa parte, pero no lo que sigue. Si eres sordo y sabes leer en los labios, recuerda lo que digo. Explícaselo a los amigos y a los vecinos. Extiende la voz. La Cadena está envenenando el aire que respiramos y nos niega una protección que es muy barata porque...

Grabó ambas cintas y las guardó en el bolsillo del pantalón. Muy bien, y ahora ¿qué? Lo único que podía hacer era bajar empuñando el arma, depositar las cintas y huir. Podía robar un coche. De todos modos iban a saber muy pronto dónde estaba...

Involuntariamente, se preguntó si Elton habría llegado muy lejos antes de que le atraparan. Ya tenía el arma en la mano cuando oyó una voz sorprendentemente cerca, casi pegada a su oído:

– ¡Vamos, Rolf!

Una estentórea salva de ladridos hizo que Richards diera un brinco, sobresaltado. Apenas había tenido tiempo más que de pensar: « ¡Perros policías! ¡Señor, tienen perros policía!», cuando algo negro y enorme salió de entre los matorrales y se le echó encima.

El arma fue a parar sobre la maleza, y Richards cayó de espaldas. El perro, un pastor alemán de gran tamaño aunque de raza no muy pura, se le echó encima y empezó a lamerle el rostro y a babearle en la camisa. La cola le iba de un lado a otro en una excitada señal de alegría.

– ¡Rolf! ¡Eh, Rolf! ¡Ro..., oh, Jesús!

Richards sólo vio fugazmente unos pantalones vaqueros que corrían, y momentos después, un chiquillo apartaba al perro.

– ¡Vaya, señor, lo siento! –dijo el muchacho–. ¡No muerde, señor! Es demasiado tonto para morderle a nadie; sólo quiere jugar, y no... ¡Vaya, señor, está usted hecho un guiñapo! ¿Se ha perdido?

El chico sujetaba a Rolf por el collar y miraba a Richards con abierto interés. Era un chico guapo, bien formado, de unos once años, y no tenía en absoluto el aspecto pálido y macilento de los niños de ciudad. Había algo sospechoso y extraño en su expresión; algo que, sin embargo, también resultaba familiar. Al cabo de un momento, Richards comprendió de qué se trataba. Era el rostro de la inocencia.

–Sí –dijo lacónicamente–. Me he perdido.

– ¡Vaya! Y está claro que se ha caído en algún sitio.

–Exacto, chico. ¿Quieres echarle un vistazo a mi cara y ver si tengo muy mal aspecto? Yo no puedo moverme, ¿sabes?

El chiquillo se agachó, obediente, y escrutó el rostro de Richards, a quien satisfizo comprobar que el chico no daba muestras de reconocerle.

–Está todo lleno de sangre –dijo el muchacho, con un delicado acento de Nueva Inglaterra, un tono melodioso y algo irónico–, pero vivirá. –Frunció el ceño y añadió–: ¿Se ha escapado de Thomaston? Desde luego, no viene de Pineland, porque no tiene aspecto de loco.

–No he escapado de ningún sitio –repuso Richards, preguntándose a sí mismo si no mentía, acaso–. Estaba haciendo autostop. Una mala costumbre, muchacho. Supongo que no lo habrás intentado nunca.

–Claro que no –dijo el chiquillo, con franqueza–. En estos tiempos hay muchos chiflados por esas carreteras, dice mi padre.

–Y tiene razón –asintió Richards–, pero yo tenía que llegar a..., a... –Hizo chasquear los dedos simulando que se le había ido de la cabeza el nombre–. Ya sabes, al aeropuerto.

– ¿Se refiere al campo Voigt?

–Exacto.

– ¡Vaya!, pues eso queda a ciento cincuenta kilómetros, señor. Está en

Derry.

–Ya lo sé –murmuró Richards, pesaroso, mientras pasaba la mano por el lomo de Rolf.

El perro se tumbó en el suelo, complacido, y se hizo el muerto. Richards reprimió el impulso de dibujar una sonrisa y añadió:

–En las fronteras de New Hampshire he subido al coche de esos tres cerdos. Unos tipos duros de verdad que me han dado una paliza, me han robado la cartera y me han dejado en una especie de centro comercial desierto...

–Sí, conozco ese lugar. ¡Caracoles!, ¿quiere bajar a casa conmigo y desayunar algo?

–Me gustaría, chico, pero tengo prisa. He de llegar a ese aeropuerto esta noche.

– ¿Y va a hacer autostop otra vez? –preguntó el muchacho, con los ojos muy abiertos.

–Tendré que hacerlo. –Richards empezó a incorporarse, pero volvió a sentarse mientras se le ocurría una gran idea Escucha, ¿quieres hacerme un favor?

–Supongo que sí –respondió el muchacho, con cautela.

Richards sacó del bolsillo las dos cintas grabadas.

–Mira –dijo sin pensárselo dos veces–, aquí tengo estos dos certificados de recogida de tarjetas de crédito. Si haces el favor de echarlos al correo, mi empresa me preparará una cantidad de dinero que podré recoger en Derry. Entonces podré seguir viaje sin más molestias.

–Pero ahí no está anotada la dirección...

–No importa, van directas –dijo Richards.

–Sí, claro. Hay un buzón ahí abajo, en el almacén de Jarrold.

El chiquillo se puso en pie. Su rostro inexperto era incapaz de disimular su certeza de que Richards estaba burlándose de él. –Vamos, Rolf –dijo.

Richards dejó que se alejara unos pasos y luego dijo:

–No, vuelve.

El muchachito dio media vuelta y volvió sobre sus pasos arrastrando los pies. Tenía un aire asustado en los ojos. Naturalmente, la historia de Richards tenía suficientes agujeros como para que cupiera por ellos un camión.

–Me parece que tengo que contarte algo más –dijo–. Te he contado casi toda la verdad, muchacho, pero no quería correr el riesgo de que te fueras de la lengua y...

El sol matinal de aquel día de otoño bañaba la espalda y la nuca de Richards, y éste deseó poder quedarse allí todo el día, agradablemente dormido bajo el fugaz calor del astro rey. Sacó la pistola de las zarzas en que había caído y la dejó caer con cuidado sobre la hierba. El muchacho abrió unos ojos como platos.

–Soy del Gobierno –dijo Richards con voz reposada.

– ¡Caray! –susurró el chiquillo.

Rolf se sentó a su lado con la lengua descuidadamente caída a un lado de la boca.

–Voy tras unos tipos muy duros, muchacho. Ya has visto que me han dado una buena paliza. Es muy importante que esas cintas lleguen a su

destino.

–Las enviaré, señor –dijo el muchacho, sin aliento–. ¡Vaya!, espere a que se lo diga a...

–... A nadie –le interrumpió Richards–. No le cuentes esto a nadie hasta dentro de veinticuatro horas. Podría haber represalias, ¿lo comprendes?

– ¡Sí, claro!

–Entonces, adelante. Y muchas gracias, amigo.

Extendió la mano y el chiquillo la estrechó con cierto temor.

Richards les observó trotar colina abajo. Un muchacho con una camisa roja a cuadros y un perro que corría a su lado, aplastando a su paso hierbas y flores. « ¿Por qué no podría mi Cathy tener una vida como ésta?»

Su rostro adoptó una mueca terrorífica y absolutamente inconsciente de odio y cólera. Hubiera maldecido el propio nombre de Dios si no se hubiera interpuesto antes, en la oscura pantalla de su mente, un objetivo más concreto: la Dirección de Concursos. Y detrás de ésta, como la sombra de un dios más siniestro, la Cadena.

Siguió mirando hasta que vio que el muchacho, empequeñecido por la distancia, depositaba las cintas en el buzón.

Entonces se incorporó a duras penas, colocó la improvisada muleta en posición y desapareció de nuevo entre los arbustos, en dirección a la carretera.

Bien, al aeropuerto entonces. Quizás alguien pagaría aún sus deudas antes de que todo terminara.

... Menos 045

Y CONTANDO...

Un par de kilómetros atrás había visto un cruce de carreteras, y Richards salió de la espesura precisamente allí, avanzando con dificultad por el terraplén de grava entre la calzada y el bosque.

Permaneció allí sentado un buen rato, como si hubiera renunciado a probar suerte con los coches y hubiese decidido disfrutar del cálido sol de octubre. Dejó pasar los dos primeros vehículos; ambos iban conducidos por hombres y consideró que los riesgos eran excesivos.

En cambio, cuando el tercer coche se aproximó a la señal de stop, se puso en pie. La sensación de acoso volvía a invadirle: Por muy lejos que hubiera ido Parrakis, toda la zona debía de estar bajo vigilancia especial. El siguiente vehículo podía ser de la policía, y entonces sería el final.

En el coche iba una mujer sola, que no se dignó mirarle; había que desconfiar de quienes hacían autostop y, en consecuencia, hizo caso omiso de su presencia. Richards abrió a toda prisa la portezuela del copiloto y saltó al coche al tiempo que éste aceleraba de nuevo. Sin embargo, el impulso casi le sacó del vehículo, y quedó asido desesperadamente a la manilla, arrastrando por el asfalto su pie sano.

Oyó el sonoro chirriar de los frenos y el coche aéreo se balanceó salvajemente.

–Pero..., oiga..., no puede...

Richards apuntó el arma hacia ella, consciente de que, de cerca, su aspecto debía de resultar grotesco, como si acabara de salir de una máquina de picar carne. Su fiero aspecto le ayudaría. Arrastró el pie adentro y cerró la portezuela, sin apartar un ápice el arma. La mujer iba vestida de paseo y llevaba unas gafas de sol azules de gran tamaño. Por lo que Richards pudo apreciar, no estaba mal de tipo.

–Siga conduciendo –dijo.

La mujer hizo lo que cabía esperar: pisó el freno con ambos pies y empezó a chillar. Richards fue lanzado hacia delante y el tobillo roto le produjo una lacerante punzada de dolor. El coche aéreo se detuvo entre vibraciones en el arcén, cincuenta metros más allá del cruce.

– ¡Usted es..., es Ri...!

–Ben Richards. Retire las manos del volante y póngalas en el regazo.

La mujer obedeció, con un escalofrío espasmódico. No se atrevía a levantar la vista hacia él, temerosa, pensó Richards, de que si lo hacía se convertiría en piedra.

– ¿Cómo se llama, señora?

–Amelia... Amelia Williams. No me mate, se lo ruego. Yo... le daré todo mi dinero pero, ¡por el amor de Dios, no me mateee...!

–Silencio –dijo Richards en tono tranquilizador–. Cállese.

Cuando la mujer se hubo calmado un poco, Richards añadió:

–No intentaré que cambie de idea acerca de mí, señora Williams. Es señora, ¿verdad?

–Sí –respondió ella de forma automática.

–Pero le diré que no tengo la menor intención de hacerle daño, ¿lo entiende?

–Sí –dijo la mujer, con súbita vehemencia–. Usted quiere el coche, ¿verdad? Han pillado a su amigo y ahora necesita un coche. Muy bien, lléveselo. Está asegurado. Y tampoco le denunciaré, se lo prometo. Diré que me lo han robado del aparcamiento…

–Ya hablaremos de eso –la interrumpió Richards–. Empiece a conducir. Suba por la ruta uno y ya hablaremos de eso. ¿Hay controles de carretera?

–N…, sí. Cientos de ellos. Le van a coger.

–No mienta, señora Williams. ¿De acuerdo?

La mujer empezó a avanzar, de modo errático al principio, pero luego progresivamente más seguro. El movimiento parecía haberla serenado. Richards repitió la pregunta sobre los controles de carretera.

–Cerca de Lewiston hay algunos –le informó ella con aire asustado e infeliz–. Allí fue donde pillaron a ese otro cer…, tipo.

– ¿A qué distancia está eso de aquí? –A unos cincuenta kilómetros.

Elton Parrakis había llegado más lejos de cuanto Richards podía haber soñado.

– ¿Va a violarme? –preguntó Amelia Williams tan de improviso que Richards estuvo a punto de responder con una carcajada.

–No –respondió; después, añadió con aire despreocupado–: Estoy casado.

–Sí, he visto a su mujer –dijo ella en un tono de dubitativa afectación.

Richards estuvo a punto de descargar un golpe sobre su rostro. «Come basura, zorra, persigue ratas con la escoba para que no se te coman el pan y veremos qué te parece mi esposa.»

– ¿No puedo bajarme aquí? –preguntó la mujer en tono suplicante.

Richards sintió una vaga lástima por ella, nuevamente.

–No –respondió–. Es usted mi protección, señora Williams. Tengo que llegar al aeródromo Voigt, en un lugar llamado Derry, y usted colaborará para que lo consiga.

– ¡Pero eso está a más de doscientos kilómetros! –gimió la mujer.

–Me dijeron que estaba a ciento cincuenta.

–Pues se equivocaban. Jamás llegará hasta allí.

–Quizá sí –dijo Richards contemplándola–. Y quizá también usted, si se comporta como debe.

Amelia Williams se echó a temblar de nuevo pero no dijo nada. Su actitud era la de una mujer que espera despertar de una pesadilla.

... Menos 044

Y CONTANDO...

Viajaron hacia el norte a través de un día de otoño ardiente como una antorcha.

En aquella latitud tan septentrional, los árboles no habían muerto sofocados por los humos densos y ponzoñosos de Portland, Manchester o Boston; todos ellos presentaban tonos amarillentos, rojizos o púrpura brillante que despertaron en Richards un doloroso sentimiento de melancolía. Era una sensación que, un par de semanas antes, jamás habría sospechado que podía albergar su persona. Dentro de apenas un mes, el paisaje quedaría cubierto por la nieve.

En otoño, los ciclos se cerraban.

La mujer parecía percibir su estado de ánimo y no dijo nada. El zumbido del vehículo llenaba el silencio entre ellos y les arrullaba. Abandonaron la costa en Yarmouth, y desde allí hasta Freeport sólo encontraron bosques, camiones de carga y cabañas miserables con los retretes en una dependencia anexa. Sin embargo, en todas partes era perfectamente visible la toma de Libre-Visión por cable, ajustada con tornillos bajo un alféizar desconchado o colocada junto a una puerta de bisagras hechas añicos.

Aparcados a la entrada de la ciudad había tres coches patrulla cuyos ocupantes estaban reunidos en una especie de conferencia a un lado de la calzada. La mujer se puso tiesa como una vara, con el rostro desesperadamente pálido, pero Richards conservó la calma.

Pasaron junto a los policías sin que repararan en ellos, y la mujer se desmoronó.

–Si hubieran estado controlando el tráfico, habrían caído sobre nosotros inmediatamente –dijo Richards en tono despreocupado–. Daría igual que llevara usted grabado en la frente un rótulo que dijera: BEN RICHARDS ESTÁ EN ESTE COCHE.

– ¿Por qué no deja que me vaya? –dijo ella, echándose a llorar–. ¿Tiene un porro?

Los ricos se colocan con Dokes. El eslogan comercial le produjo un estallido de risa irónica y sacudió la cabeza.

– ¿Se ríe usted de mí? –inquirió ella, dolida–. Es usted muy valiente, ¿verdad? Aprovechándose de una pobre mujer, asustándola para el resto de sus días y, probablemente, proyectando matarla igual que mató a esos pobres hombres en Boston...

–Había un buen puñado de esos pobres hombres –dijo Richards–. Todos dispuestos a matar. Ese era su trabajo.

– ¿Y usted? ¿No mata por dinero? ¿No está dispuesto a cualquier cosa por dinero? ¡Incluso a derrocar al Gobierno! ¿Por qué no ha buscado un trabajo decente? ¡Porque es un vago! ¡La gente como usted le escupe a la cara a todo cuanto huele a decencia!

– ¿Y usted? ¿Tan decente es?

– ¡Sí! –rugió ella–. ¿No ha sido por eso por lo que me ha escogido a mí? ¿Porque estaba indefensa y... y soy decente? ¿Por eso puede utilizarme, arrastrarme a su nivel y luego burlarse de ello?

–Si tan decente es usted, ¿cómo puede disponer de seis mil Nuevos Dólares para comprar este bonito coche mientras mi hija se muere de gripe?

– ¿Cómo...? –La mujer parecía desconcertada. Empezó a abrir la boca y la cerró de golpe–. Usted es un enemigo de la Cadena; he visto algunas de sus repugnantes acciones por Libre-Visión.

– ¿Sabe qué es repugnante de verdad? –inquirió Richards mientras encendía un cigarrillo del paquete que encontró en la guantera–. Pues voy a decírselo: es repugnante que uno quede condenado al desempleo porque no quiera continuar en un trabajo para la General Atomics que le va a dejar irremisiblemente estéril. Es repugnante quedarse en casa y ver cómo la propia esposa tiene que salir a ganar la comida para todos acostándose con cualquiera por dinero. Es repugnante saber que la Cadena está matando a millones de personas cada año con los contaminantes atmosféricos cuando podría fabricar filtros nasales eficaces a seis dólares la unidad.

–Miente –replicó ella, con los nudillos blancos de tanto apretar el volante.

–Cuando esto termine, usted podrá volver a su bonito dúplex, encender un Doke, quedarse bien drogada y gozar de cómo brilla su nueva cubertería en la cómoda. En su barrio nadie tiene que perseguir a las ratas con escobas, ni que cagar en el patio trasero porque el retrete no funciona. He visto a una chiquilla de cinco años con cáncer de pulmón. ¿Le parece eso lo bastante repugnante? ¿Qué...?

– ¡Basta! –le gritó la mujer–. ¡No diga más obscenidades!

–Exacto –repuso él, mientras contemplaba el paisaje que iban dejando atrás.

La desesperación le inundó como agua fría. No había manera de comunicarse con aquellos hermosos escogidos. Ellos vivían donde el aire era limpio. Sintió el súbito y colérico impulso de abofetear a la mujer, de arrojar sus gafas de sol al arcén, arrastrarla por el fango, hacerle comer piedras, violarla, saltar sobre ella, romperle los dientes y verlos volar por el aire, arrancarle las ropas y preguntarle si por fin empezaba a comprender la gran película, la que pasaban veinticuatro horas al día por el primer canal, donde no se tocaba el himno nacional antes del fin de la emisión.

–Es cierto –murmuró–. No conozco más que obscenidades.

... Menos 043

Y CONTANDO...

Llegaron más lejos de lo que Richards había creído posible. Recorrieron sin problemas ciento cincuenta kilómetros desde el lugar donde había subido al coche de Amelia Williams, hasta llegar a una bella población costera llamada Camden.

–Escuche –había advertido Richards a la mujer cuando entraban en Augusta, la capital del estado–, es muy probable que nos descubran aquí. Yo no tengo ningún interés en matarla, ¿me comprende?

–Sí –musitó ella. Después, con un destello de odio, añadió–: Usted necesita un rehén.

–Exacto. Así pues, si sale algún coche patrulla detrás de nosotros, frene inmediatamente. Después abra la portezuela y asome el cuerpo. Asómelo, nada más. No despegue el trasero del asiento, ¿entendido?

–Sí.

–Entonces, les dice: «Benjamin Richards me ha tomado como rehén. Si no nos dejan paso libre, me matará».

– ¿Y cree que eso funcionará?

–Será mejor que así sea –replicó él, con un tenso tono burlón–. Se trata de su pescuezo, señora...

La mujer se mordió el labio y no respondió.

–Funcionará, creo —continuó él–. En unos minutos habrá una decena de aficionados con cámaras de vídeo, dispuestos a conseguir el dinero prometido por la Cadena, o incluso el premio Zapruder. Y, con tanta publicidad en torno a nosotros, tendrán que ajustarse a las normas del Concurso. Es una pena, pero no tendrán la oportunidad de hacernos salir del coche a tiros de modo que después puedan exaltarla a usted como la última víctima de Ben Richards.

– ¿Por qué me dice todas esas cosas? –exclamó ella.

Richards no contestó. Se limitó a hundirse en su asiento hasta que sólo asomó por encima del tablero de instrumentos hasta la nariz, y aguardó a que aparecieran las luces azuladas de la policía por el retrovisor.

Sin embargo, no hubo luz alguna en Augusta. Continuaron la marcha durante una hora y media más, bordeando el océano mientras el sol empezaba a declinar pintando de breves destellos las crestas de las olas, bañando los campos, los puentes y los densos bosques de pinos.

Ya eran más de las dos cuando, detrás de una curva poco después de haber cruzado la ciudad de Camden, encontraron un control de carretera. A cada lado de la calzada había un coche patrulla. Dos agentes estaban controlando un viejo camión conducido por un granjero, al que indicaron que siguiera adelante.

–Continúe cincuenta metros más y deténgase –dijo Richards—. Haga exactamente lo que le digo.

Amelia Williams estaba pálida pero parecía conservar el control de sí misma. Quizás era una muestra de resignación. Frenó con suavidad y el

coche se detuvo en punto muerto en mitad de la calzada, a quince metros de los agentes.

El policía encargado de tomar los datos indicó con gestos imperiosos a la mujer que se acercara. Al observar que no obedecía, el hombre se volvió a su compañero con un gesto de interrogación. Un tercer agente, que hasta entonces había permanecido en el interior de uno de los coches patrulla con los pies sobre el tablero de instrumentos, tomó de pronto el micrófono de la radio y empezó a hablar apresuradamente.

«Allá vamos –pensó Richards–. ¡Dios mío, allá vamos!

... Menos 042

Y CONTANDO...

El día era radiante (la lluvia constante de Harding parecía a años luz), y todo tenía un contorno detallado y perfectamente definido. Las sombras de los policías podrían haber estado dibujadas con carboncillo. Los agentes empezaron a desabrochar las finas tiras que sujetaban la culata de sus armas.

La señora Williams abrió la portezuela y asomó la cabeza al exterior.

– ¡No disparen, por favor! –dijo.

Por primera vez, Richards advirtió lo cultivado de su voz, su riqueza de tonos. Podría haber estado en una reunión social, a no ser por la palidez de sus nudillos y el latido apresurado, como el de un pajarillo, de su garganta. Al abrir la portezuela, llegó hasta Richards el aroma fresco y vigorizante del tomillo y de los pinos.

–Salga del coche con las manos sobre la cabeza –dijo el primer policía, con la voz de una máquina bien programada.

«General Atomics modelo 6925–A9 –pensó Richards–. Policía Rural. Dieciséis dólares, pilas de iridio incluidas. Gama sólo en blanco.»

–Salgan, usted y su pasajero, señora. Podemos verle.

–Me llamo Amelia Williams –dijo ella en voz muy clara–. No puedo salir como usted pide. Benjamin Richards me tiene como rehén. Si no le dejan paso libre, dice que me matará.

Los dos agentes se miraron, y entre ambos hubo una muda conversación apenas perceptible. Richards, con los nervios tensos hasta casi parecer dotados de un sexto sentido, la captó.

– ¡Adelante! –gritó.

La mujer se volvió hacia él, desconcertada. – ¡Pero...!

El primer policía dejó caer al suelo el bloc donde tomaba los datos. Los dos agentes pusieron rodilla en tierra casi simultáneamente, con el arma en la mano derecha y la zurda cerrada en torno a la muñeca de aquélla, uno a cada lado de la gruesa línea blanca de la calzada.

Una hoja suelta del bloc planeó caprichosamente.

Richards pisó el zapato derecho de Amelia Williams con su pie herido, apretando los labios en una máscara trágica de dolor cuando el tobillo gritó su protesta. El coche se lanzó hacia delante.

Al cabo de un instante, dos ruidos sordos alcanzaron el coche, haciéndolo vibrar. Un momento después, el parabrisas estalló hacia dentro, enviando sobre ellos una lluvia de fragmentos de cristal de seguridad. Amelia levantó ambas manos para protegerse el rostro y Richards se inclinó rápidamente hacia ella para asir el volante.

Enfilaron el hueco entre los coches patrulla que bloqueaban el paso, rozando uno de ellos con la parte posterior del vehículo. Por un instante, Richards observó a los policías que giraban sobre sus talones para seguir disparando. Después, concentró toda su atención en la carretera.

Ascendieron una pequeña cuesta y un nuevo sonido hueco anunció que

una bala había ido a incrustarse en el portaequipajes. El coche se puso a colear y Richards intentó controlarlo, dando golpes de volante cada vez más suaves. Se apercibió imprecisamente de que Amelia estaba llorando.

– ¡Conduzca! –le gritó–. ¡Tome el volante, maldita sea! ¡Vamos, vamos!

La mujer buscó a tientas el volante y, cuando sus manos lo encontraron, Richards retiró las suyas. Después, con un golpe medido, le quitó las gafas de sol de los ojos. Las gafas quedaron colgando de la oreja izquierda de Amelia por un instante, y luego cayeron al piso del coche.

– ¡Frene!

– ¡Nos han disparado! –se puso a gritar ella–. ¡Nos han disparado! ¡Nos han...!

– ¡Detenga el coche!

Detrás de ellos, las sirenas se aproximaban.

La mujer frenó torpemente y el coche dio una temblorosa media vuelta que levantó una nube de grava en el arcén.

– ¡Yo se lo dije y ellos han intentado matarnos! –murmuró, incrédula–. Han intentado matarnos...

Pero Richards ya estaba fuera del coche y retrocedía esforzadamente a la pata coja en la dirección por la que había venido, con la pistola en la mano. Perdió el equilibrio y cayó pesadamente, lastimándose ambas rodillas.

Cuando apareció el primer coche patrulla en lo alto de la cuesta, Richards estaba ya sentado en el arcén con el arma firmemente asida a la altura del hombro. El coche iba a más de ciento veinte y seguía acelerando; debía de ser algún vaquero de uniforme con demasiado motor tras los pedales y demasiados sueños de gloria en los ojos. Quizá llegó a ver a Richards; quizás intentó frenar. Tanto daba. El coche no llevaba neumáticos a prueba de balas. El más próximo a Richards estalló como si dentro tuviera dinamita. El coche patrulla despegó del suelo como un torpe pajarraco y se precipitó más allá del arcén en un vuelo sin control, entre aullidos, hasta estrellarse contra el tronco de un enorme olmo. La portezuela del conductor se desprendió de la carrocería, pero el tipo al volante salió despedido por el parabrisas como un torpedo y voló treinta metros hasta aterrizar entre los matorrales.

El segundo coche llegó a parecida velocidad, y Richards tuvo que hacer cuatro disparos hasta alcanzarle una rueda. Dos balas levantaron arena cerca de su posición. El vehículo patinó, dio una humeante media vuelta y, finalmente, dio tres vueltas de campana esparciendo trozos de metal y cristal.

Richards se incorporó con dificultad y vio que la camisa se le empapaba de sangre justo por encima del cinturón. Regresó a saltos hacia el coche aéreo y se echó al suelo boca abajo cuando el segundo vehículo policial estalló, escupiendo metralla a su alrededor.

Se puso nuevamente en pie, entre jadeos y extraños gemidos. El costado había empezado a dolerle con unos lentos y cíclicos latidos.

Quizás Amelia hubiera podido tratar de escaparse, pero no hizo el menor gesto de intentarlo. Contemplaba fijamente, como en trance, el coche que ardía en la carretera. Cuando Richards entró en el coche, ella se apartó de un salto.

–Les ha matado. Ha matado a esos hombres…

–Ellos intentaban matarme. Y a usted también. ¡Vámonos, aprisa!

– ¡A mí no han intentado matarme!

– ¡Vamos!

Amelia obedeció.

La máscara de joven ama de casa de buena posición regresando de la compra estaba ahora hecha trizas. Y debajo de ella había algo desconocido, algo de labios retorcidos y ojos asustados. Algo que quizás había estado allí todo el tiempo.

Avanzaron ocho kilómetros y llegaron a una estación de servicio.

–Deténgase –dijo Richards.

... Menos 041

Y CONTANDO...

–Salga.

–No.

Richards le puso el cañón del arma en el pecho y la mujer musitó:

–No, por favor…

–Lo siento, pero se le ha terminado el tiempo de jugar a la *prima donna*. Salga.

Amelia salió y Richards hizo lo mismo a continuación.

–Deje que me apoye en usted.

Richards pasó un brazo alrededor de sus hombros y señaló con el arma una cabina telefónica junto a la máquina expendedora de hielo. Empezaron a avanzar, como una pareja grotesca salida de un vodevil. Richards daba saltos con su pierna buena.

Estaba cansado. Evocó la visión de los coches patrulla al estrellarse, y el cuerpo del conductor saltando como un torpedo, y la estremecedora explosión. Las escenas se repitieron una y otra vez, como una cinta de vídeo sin fin.

El propietario de la tienda, un anciano de cabello canoso y piernas huesudas ocultas tras un sucio delantal de carnicero, salió del almacén y les miró con aire preocupado.

– ¡Eh! –dijo apaciguadoramente–. No le quiero a usted aquí. Tengo familia, ¿sabe? Siga su camino, por favor. No quiero problemas.

–Entre ahí, abuelo –dijo Richards. El hombre obedeció.

Richards siguió hasta la cabina entre jadeos y depositó una moneda en la ranura. Marcó el cero mientras sostenía el auricular y la pistola en la misma mano.

– ¿Desde qué zona estoy llamando, telefonista?

–Desde Rockland, señor.

–Póngame con la redacción del noticiario local, por favor.

–Puede marcar el número usted mismo, señor. Es el…

–Márquelo usted.

– ¿Desea que...?

– ¡Márquelo, señorita!

–Sí, señor –respondió la voz, inalterada.

Richards oyó una serie de ruidos. La sangre había teñido su camisa con un color púrpura sucio. Apartó la mirada de ella, pues le hacía sentir náuseas.

–Aquí el noticiario de Rockland –oyó que decía otra voz–.Número de tabloide de Libre-Visión seis nueve cuatro tres.

–Aquí Ben Richards.

Hubo un largo silencio. Por fin, la voz respondió:

–Escuche, amigo, a mí me gustan las bromas tanto como a cualquiera, pero hemos tenido un día largo y difícil, y…

–Cierre el pico. Va a tener confirmación de esta noticia dentro de diez

minutos por otros canales. Y puede tenerla ahora mismo si dispone de una radio que sintonice la frecuencia de la policía.

–Yo... Espere un segundo.

Oyó como su interlocutor dejaba caer el teléfono de un golpe, y una voz que comentaba algo ininteligible. Cuando volvió a tomar el aparato, la voz sonaba dura y profesional, con un ligero asomo de excitación.

– ¿Dónde está usted, amigo? La mitad del cuerpo de policía del estado de Maine acaba de cruzar Rockland..., a ciento cincuenta por hora.

Richards estiró el cuello para leer el rótulo del almacén vecino a la estación de servicio.

–En un lugar llamado Gilly's Town Line, una gasolinera de la ruta U. S. uno. ¿Conoce el sitio?

–Sí, pero...

–Escúcheme bien, amigo. No he llamado para contarle mi vida. Envíe hacia aquí un equipo de filmación. Rápido. Y empiece a transmitir la noticia. Prioridad uno para la Cadena. Tengo un rehén, una mujer llamada Amelia Williams, de...

Se volvió hacia ella.

–De Falmouth–dijo Amelia, abatida.

–... de Falmouth –repitió Richards–. Quiero paso libre o la mataré.

– ¡Señor, huelo el premio Pulitzer! –exclamó el periodista.

–No es eso. Es que te has cagado en los pantalones –replicó Richards, algo mareado–. Quiero que se difunda la noticia. Quiero que la policía del estado sepa que todo el mundo está pendiente de mí. Tres agentes han intentado matarnos en un control de carretera.

– ¿Qué ha sido de los policías?

–Los he matado.

– ¿A los tres? ¡Vaya! –La voz se apartó del teléfono y gritó: – ¡Dicky, abre el canal nacional!

–Si alguien dispara, mataré a la mujer –advirtió Richards, mientras intentaba, a un tiempo, inyectar firmeza a su voz y recordar las frases de las viejas películas de gángsteres que había visto de niño por televisión–. Si quieren salvar a la mujer, será mejor que me dejen pasar.

– ¿Cuándo...?

Richards colgó y salió de la cabina con torpeza, saltando sobre su pie sano.

–Ayúdeme.

La mujer pasó un brazo bajo sus hombros e hizo una mueca al mancharse de sangre.

– ¿Tiene la más remota idea de dónde se está metiendo? –le dijo.

–Sí.

–Es una locura. Va a hacer que le maten.

–Tome hacia el norte –murmuró Richards–. Limítese a seguir hacia el norte.

Subió al coche entre jadeos. El mundo se empeñaba en hacerse borroso ante sus ojos, y en sus oídos sonaba una música aguda y átona. La sangre había manchado la blusa a franjas verdes y negras de la mujer. Gilly, el viejo de la estación de servicio, abrió la puerta mosquitera y sacó por la rendija una cámara Polaroid muy anticuada. Pulsó el disparador,

tiró de la foto y aguardó. Su rostro estaba teñido de horror, excitación y placer.

Y en la distancia, cada vez más sonoras y más próximas, las sirenas...

... Menos 040

Y CONTANDO...

Hicieron casi diez kilómetros hasta que la gente empezó a salir de sus casas para verles pasar. Muchos llevaban cámaras, y Richards se tranquilizó.

–Lo que hacían en ese control de carretera era disparar a los cilindros de aire –musitó la mujer en voz muy baja–. Fue un error. Sí, eso es lo que fue, un error.

–Si aquel cerdo que metió la bala por el parabrisas quería darle a los cilindros de aire, entonces debía de tener el punto de mira del arma desviado un metro.

– ¡Fue un error! ¡Falló el disparo!

Estaban entrando en la zona residencial de lo que Richards tomó, indudablemente, por Rockland. Casitas de verano, caminos de tierra que conducían a cabañas junto a la playa. Villa Brisa, camino privado. Yo y Patty, no pasar. El nido de Elizabeth, no se admiten visitas. Villa Nubes, ojo, valla electrificada. El Hechizo, perros sueltos.

Ojos insanos y ávidos observándoles tras los árboles como el gato de Cheshire del cuento de Alicia. El sonido de los Libre-Visores a pilas les llegaba a través del destrozado parabrisas.

Todo tenía un extraño y absurdo aire carnavalesco.

–Toda esa gente sólo desea ver sangrar a alguien, cuanto más mejor –dijo Richards–. Incluso preferirían vernos morir a los dos. ¿No se lo cree?

–No.

–Entonces, ya lo verá.

Un anciano con el cabello plateado de peluquería, vestido con unos pantalones cortos por debajo de las rodillas, se acercó corriendo al arcén. Llevaba una cámara enorme con un teleobjetivo largo como una cobra, con la que empezó a hacer fotos ávidamente. Las piernas del anciano eran blancas como el vientre de un pez. Richards estalló en una súbita carcajada que hizo dar un respingo a Amelia.

– ¿Qué...?

–Ese tipo se ha olvidado de quitar la tapa del objetivo —dijo–. Se ha olvidado de...

Un nuevo acceso de risa le impidió terminar la frase.

Los coches se agolpaban en los arcenes cuando el coche aéreo alcanzó la cima de una cuesta larga y poco pronunciada, tras la cual se iniciaba un descenso hasta el racimo de casas apretadas de la ciudad de Rockland. Quizás en otro tiempo había sido una pintoresca villa de pescadores de bajura, llena de hombres curtidos que salían en sus pequeños barcos, con sus chubasqueros amarillos, para atrapar a las huidizas langostas. En todo caso, de eso debía de hacer mucho tiempo. A cada lado de la carretera había un enorme centro comercial. Una calle mayor llena de garitos, bares y emporios de máquinas tragaperras. Había cuidadas casitas de clase media cuyas fachadas daban a la calle principal, y un

barrio pobre en plena expansión junto a las fétidas aguas del puerto. En el horizonte, el mar seguía con su aspecto inmutable, su intemporal brillo azulado lleno de destellos y charcos de luz, que se mecían bajo el sol de última hora de la tarde.

Iniciaron el descenso y advirtieron la presencia de dos coches patrulla atravesados en la calzada. Las luces azules destellaban intermitentemente, alocadas y descoordinadas. Aparcado en un rincón del terraplén de la izquierda había un vehículo blindado cuyo cañón, corto y de grueso calibre, siguió la trayectoria del coche aéreo amenazadoramente.

–Está acabado –dijo la mujer en voz baja, con un tono casi de pesar–. ¿Es que yo también tengo que morir?

–Deténgase a cincuenta metros del bloqueo y haga lo mismo que antes –dijo Richards, mientras se protegía hundiéndose en el asiento.

En su rostro apareció un tic nervioso.

Amelia detuvo el coche y abrió la portezuela, pero no sacó el cuerpo al exterior. En el aire reinaba un mortal silencio.

–Tengo miedo –dijo ella–. ¡Por favor, tengo mucho miedo!

–Ahora no le dispararán –respondió Richards–. Hay demasiada gente. No se puede matar a los rehenes si hay espectadores. Así son las reglas del juego.

La mujer le miró un instante y, de pronto, Richards sintió el deseo de salir a tomar una taza de café con ella. Escucharía con atención sus comentarios y se portaría con toda corrección... Y ella estaría invitada, por supuesto. Y charlarían de las posibilidades de la injusticia social, de cómo los calcetines siempre se caen cuando uno lleva botas de goma, y de la importancia de la sinceridad.

–Adelante, señora Williams –añadió con un suave y tenso tono irónico–. Los ojos del mundo están puestos en usted.

Amelia asomó el cuerpo al exterior.

Seis coches patrulla y otro vehículo blindado se habían situado a diez metros detrás de ellos, bloqueándoles la retirada.

«Ahora, la única salida es directamente al cielo», pensó Richards.

... Menos 039

Y CONTANDO...

–Me llamo Amelia Williams, y Ben Richards me tiene como rehén. Si no nos dejan paso libre, dice que me matará.

Por unos instantes, hubo un silencio tan absoluto que hasta Richards llegó el lejano aullido de la sirena de un yate distante.

Después, una voz asexuada respondió por el megáfono de uno de los coches patrulla:

–QUEREMOS HABLAR CON BEN RICHARDS.

–No –replicó rápidamente éste. – ¡Dice que no quiere!

– ¡SALGA DEL COCHE, SEÑORA!

– ¡Richards me mataría! –gritó ella, enfurecida–. ¿No ha oído? Hace un rato varios agentes casi nos matan, y Richards dice que lo harán aunque yo esté con él. ¿Por Dios, es eso cierto?

– ¡Dejadla pasar! –gritó en ese instante una voz ronca entre la multitud.

–SALGA DEL COCHE O ABRIREMOS FUEGO.

– ¡Dejadla pasar! ¡Dejadla pasar!

El griterío de la multitud parecía el de los agitados espectadores de un partido de matabol.

–SALGA...

La multitud apagó la voz del megáfono. Alguien lanzó una piedra contra un coche patrulla, cuyo parabrisas se astilló en mil pedazos.

Hubo un súbito rugir de motores y los dos vehículos policiales empezaron a apartarse, abriendo entre ellos un estrecho paso en mitad de la calzada. La multitud emitió un rugido de alegría y volvió a enmudecer, a la espera del acto siguiente:

–QUE TODOS LOS CIVILES ABANDONEN LA ZONA –entonó el hombre del megáfono–. PUEDE HABER DISPAROS. TODOS LOS CIVILES DEBERÁN ABANDONAR LA ZONA, O SERÁN DETENIDOS BAJO LA ACUSACIÓN DE REUNIÓN ILEGAL Y OBSTRUCCIÓN DE LA ACCIÓN POLICIAL. LA PENA POR DICHOS CARGOS ES DE DIEZ AÑOS EN LA PRISIÓN DEL ESTADO, MULTA DE DIEZ MIL DÓLARES O AMBAS COSAS. DESPEJEN LA ZONA. DESPEJEN LA ZONA.

– ¡Claro, para que nadie vea cómo matáis a la chica! –gritó una voz histérica–. ¡A la mierda la policía!

La multitud no se movió. Una unidad móvil de un noticiario, negra y amarilla, se había detenido espectacularmente junto a los coches patrulla. De ella saltaron dos hombres que empezaron a instalar una cámara.

Dos policías corrieron hacia ellos y hubo un breve y furioso forcejeo por la posesión de la cámara. Por fin, uno de los agentes pudo hacerse con ella, la asió por el trípode y la estrelló contra el suelo. Uno de los reporteros intentó saltar sobre el agente, pero recibió una lluvia de cachiporrazos.

Un chiquillo saltó de entre la multitud y lanzó una piedra que fue a darle al agente en la nuca. La calzada quedó salpicada de sangre mientras

el policía caía al suelo. Media docena de agentes cayeron sobre el muchacho y se lo llevaron a rastras. En un arrebato impensable, se habían iniciado entre las filas de espectadores peleas breves y brutales entre los ciudadanos pudientes y los andrajosos habitantes de los barrios pobres. Una mujer con una bata casera de color desvaído y llena de sietes saltó sobre una oronda matrona y se puso a tirarle del cabello. Las dos cayeron pesadamente a la carretera y rodaron sobre el asfalto entre patadas y gritos.

– ¡Dios mío! –exclamó Amelia, horrorizada.

– ¿Qué sucede? –preguntó Richards, sin atreverse a levantar los ojos por encima del tablero de instrumentos.

–Peleas. La policía carga sobre la gente. Alguien le ha roto la cámara a un equipo de Libre-Visión.

– ¡RÍNDASE, RICHARDS! ¡SALGA!

–Adelante dijo Richards en voz baja.

El coche aéreo avanzó dando vaivenes.

–Dispararán a los cilindros de aire –replicó ella–. Y luego esperarán hasta que salga.

–No lo harán –afirmó Richards.

– ¿Por qué?

–Son demasiado estúpidos.

Los agentes no dispararon.

El coche avanzó lentamente hasta dejar atrás los vehículos policiales y el grueso de mirones, que se habían escindido en dos grupos siguiendo una segregación no consciente. A un lado de la calzada estaban los ciudadanos de clases media y alta, las mujeres que se peinaban en los salones de belleza, los hombres de mocasines y camisas caras. Tipos que llevaban monos con el nombre de la empresa en la espalda y su propio apellido bordado en hilo de oro sobre el bolsillo superior. Mujeres como la propia Amelia Williams, vestidas para ir de compras. Sus rostros eran absolutamente similares en un detalle: parecían extremadamente incompletos, como cuadros con agujeros por ojos o como un rompecabezas al que faltase una pieza nimia. Y eso que echaba en falta, pensó Richards, era el aire de desesperación. En sus estómagos no aullaban los lobos. Sus mentes no estaban llenas de sueños viciados, de esperanzas insensatas.

Ésta era la gente situada al lado derecho de la carretera, el lado que miraba a la combinación de puerto deportivo y club de campo ante la cual estaban pasando.

Al otro lado, a la izquierda, quedaban los pobres. Narices enrojecidas con venas reventadas. Pechos caídos y ajados. Cabellos ásperos. Ojeras, sabañones, granos. Las bocas caídas y ausentes de la idiotez.

Aquí, el despliegue policial era mayor, y cada vez acudían más refuerzos. A Richards no le sorprendía lo rápido y contundente de su llegada, pese al poco tiempo transcurrido desde que se diera la alarma. Incluso allí, en un pueblo costero sin importancia, la pistola y la porra estaban siempre a mano. La jauría siempre estaba hambrienta en la perrera. Los pobres, pensó Richards, invaden las casas de verano cerradas durante la temporada invernal. Los pobres, bandas de niños menores de

diez años, irrumpen en los supermercados. Los pobres son, indudablemente, los que garabatean obscenidades mal escritas en los escaparates de las tiendas. Los pobres tienen siempre muy malas pulgas, y se sabe que sus bocas se llenan de iracundos salivazos a la vista de la madera pulida, de los cromados, de los trajes de doscientos dólares y de las barrigas bien cebadas. Y los pobres deben tener su Jack Johnson, su Mohamed Ali, su Clyde Barrow.

Allí estaban los pobres, observando.

« ¡A mi derecha, señoras y señores, los veraneantes! –pensó Richards–. ¡Gordos y desgarbados, pero protegidos con un blindaje! ¡A la izquierda, con un peso máximo de sesenta kilos, pero feroces luchadores de ánimo mezquino y torvo, tenemos a los barriobajeros hambrientos! Suya es la política de desnutrición. Ellos son los que venderían al propio Cristo por un kilo de salchichón.

»Sin embargo, presten atención a estos dos contendientes. No están en lo alto del ring, sino que tienen una tendencia a luchar desde las sillas del público. ¿Podremos encontrar un chivo expiatorio a quien sacrificar en lugar de ellos?»

A marcha lenta, no superior a cincuenta por hora, Ben Richards avanzó entre ambos grupos.

... Menos 038

Y CONTANDO...

Transcurrió una hora. Eran las cuatro y las sombras se alargaron sobre la calzada.

Richards, encogido bajo el nivel del cristal, entraba y salía sin esfuerzo en la inconsciencia. Se había sacado torpemente la camisa de dentro del pantalón para observar la nueva herida. La bala había horadado un canal profundo y de mal aspecto en el costado, por el que había perdido mucha sangre. Finalmente, la sangre se había coagulado, aunque sólo superficialmente. Cuando tuviera que moverse aprisa de nuevo, la herida volvería a abrirse y a sangrar en abundancia. No importaba. Pronto iban a acabar con él. Ante aquel impresionante despliegue, su plan era una broma. Seguiría adelante con él, continuaría su jugada hasta que se produjera un «accidente» y el coche aéreo quedara reducido a cuatro tornillos y unos restos de metal («... Un terrible accidente... El agente ha sido suspendido de servicio y se ha emprendido una investigación a fondo... Lamentamos la pérdida de una vida inocente...», todo ello enterrado en el último noticiario del día, entre la información bursátil y la última declaración del papa), pero lo haría por puro reflejo. Sin embargo, a Richards le venía preocupando cada vez más Amelia Williams, cuyo gran error había sido escoger el miércoles por la mañana para hacer las compras.

–Ahí fuera hay tanques –dijo la mujer de pronto. Su voz era ligera, animada, histérica–. ¿Se lo imagina? ¿Se lo...? Se puso a sollozar.

Richards aguardó. Por último, dijo:

– ¿En qué ciudad estamos?

–... En Winterport, según el rótulo. ¡Ah! ¡No puedo! ¡No puedo esperar a que lo hagan!

–Está bien –contestó Richards.

La mujer parpadeó lentamente mientras su cabeza daba una sacudida casi imperceptible, como si quisiera aclararla.

– ¿Cómo?

–Deténgase y baje del coche.

–Pero entonces le matarán...

–Sí. Pero no habrá más sangre. No verá usted más sangre. Ahí fuera tienen suficiente potencia de fuego para convertirnos en vapor a mí y al coche entero.

–Miente. Usted me matará.

Richards había tenido el arma sobre las rodillas hasta entonces. La cogió y la tiró al suelo. La pistola hizo un ruido sordo sobre la alfombrilla de goma.

–Quiero un poco de marihuana –dijo Amelia, desvariando–. ¡Oh, Señor, querría estar fumada! ¿Por qué no esperó al coche siguiente? ¡Dios! ¡Dios!

Richards se echó a reír. Rió con unas carcajadas breves, superficiales, que pese a todo le reavivaron el dolor del costado. Cerró los ojos y siguió

riendo hasta que las lágrimas asomaron bajo sus párpados.

–Hace frío aquí, con el parabrisas roto –comentó ella con aire intrascendente–. Conecte la calefacción.

Su rostro era una mancha pálida entre las sombras de la tarde agonizante.

... Menos 037

Y CONTANDO...

–Estamos en Derry –dijo Amelia.

Las calles estaban llenas de gente, sentada en los salientes de los tejados, en los balcones y en los porches, de los que se había retirado el mobiliario de verano. Allí estaban comiendo bocadillos y pollo frito en grasientas bolsas de papel.

– ¿Hay alguna señal del aeropuerto?

–Sí. Estoy siguiendo los carteles. Pero seguro que nos cierran el paso.

–Volveré a amenazar con matarla si lo hacen.

– ¿Intenta secuestrar un avión?

–Sí, eso intentaré.

–No podrá.

–Yo también estoy seguro de ello.

Dieron la vuelta hacia la derecha y después hacia la izquierda. Los cláxones exhortaban monótonamente a la multitud a que se echara hacia atrás y se dispersara.

– ¿De veras es su esposa, esa mujer de la foto?

–Sí. Se llama Sheila. Y nuestra hija, Cathy, tiene dieciocho meses. Cuando las dejé, la pequeña tenía la gripe. Espero que ya esté mejor. Por eso me metí en este asunto.

Un helicóptero pasó sobre ellos con un zumbido, dejando una sombra como una araña en la calzada. Una voz amplificada exhortó a Richards a soltar a la mujer. Cuando se hubo marchado y pudieron hablar de nuevo, Amelia dijo:

–Su mujer parece una fulana. Debería cuidar un poco más su aspecto.

–La fotografía estaba retocada –dijo Richards en tono monocorde.

– ¿De veras hacen eso?

–Ajá.

–El aeropuerto. Estamos llegando.

– ¿Está cerrada la puerta?

–No alcanzo a verlo... ¡Espere! Está abierta, pero bloqueada. Un tanque. Nos apunta con el cañón.

–Acérquese a diez metros y deténgase.

El coche avanzó lentamente por la carretera de acceso, de cuatro carriles, entre los coches patrulla aparcados y los gritos y parloteos incesantes de la multitud. Sobre ellos se alzaba un cartel: AERÓDROMO VOIGT. La mujer advirtió una verja electrificada plantada en una campo pantanoso y sin valor a ambos lados de la calzada. En el centro de la misma, delante de ellos, había una garita mitad oficina de información y mitad puesto de control de entrada. Después de ésta quedaba la verja principal, bloqueada por un tanque A-62, capaz de disparar por su cañón obuses de un cuarto de megatón. Más allá, una confusión de calzadas y aparcamientos, todos ellos en dirección al complejo de terminales de líneas aéreas que ocultaban de la vista las pistas del aeropuerto. Una

enorme torre de control se elevaba por encima de todo lo demás como un marciano de H. G. Wells, y el sol poniente que refulgía sobre sus ventanas de cristal polarizado parecía sacar fuego de ellas. Empleados y pasajeros se agolpaban por igual en el aparcamiento más próximo, donde un nuevo grupo de policías se ocupaba de contenerlos. Llegó a sus oídos un estruendo pulsante y ensordecedor y Amelia vio un Superbird gris acero de la Lockheed/G. A. alzándose con un impulso mantenido y poderoso desde uno de los edificios principales.

– ¡RICHARDS!

Amelia dio un brinco y se volvió hacia él, asustada. Richards le hizo un gesto de despreocupación. «No es nada, mamá. Sólo me estoy muriendo…»

– ¡NO LE VAMOS A DAR PASO! –le advirtió la enorme voz amplificada–. DEJE LIBRE A LA MUJER Y SALGA.

– ¿Y ahora qué? –preguntó Amelia–. Estamos en tablas. Ellos aguardarán hasta que…

–Vamos a presionarles un poco más –dijo Richards–. Veremos si siguen picando. Asómese y dígales que estoy herido y medio loco. Dígales que quiero entregarme a la Policía de Aviación.

– ¿Que quiere hacer qué?

–La Policía de Aviación no es estatal ni federal. Es una fuerza internacional desde el tratado de las Naciones Unidas de mil novecientos noventa y cinco. Hace tiempo corría el rumor de que si uno se entregaba a ellos, obtenía una amnistía. Como si uno cayera en una casilla de «seguro» en el parchís. Una casilla llena de mierda, pues los de Aviación le entregan a uno a los Cazadores y éstos le liquidan fuera de la vista de la gente.

Amelia frunció el ceño. Richards prosiguió:

–Quizás esos de ahí piensen que yo estoy convencido de que es cierto. Vamos, dígaselo.

Amelia asomó la cabeza por la ventanilla y Richards se puso en tensión. Si se producía un «desgraciado accidente» que quitara de en medio a Amelia, probablemente se produciría ahora. Tenía la cabeza y parte del cuerpo fuera del coche, claramente expuestas a cientos de armas. Un solo disparo y toda la farsa terminaría.

–Ben Richards quiere entregarse a la Policía de Aviación –gritó Amelia–. ¡Tiene varias heridas!

Lanzó una mirada aterrorizada por encima del hombro y su voz se dejó oír alta y clara en el súbito silencio que había dejado el avión tras perderse en la distancia.

– ¡Ha estado desquiciado la mitad del tiempo, y yo…! ¡Oh, Dios, tengo tanto miedo…! ¡Por favor…, por favor…, POR FAVOR!

Las cámaras lo recogían todo, emitiendo en directo para la estación central, que en cuestión de minutos lo difundiría por toda Norteamérica y medio mundo. Eso estaba bien. Espléndido. Richards notó que la tensión ponía rígidos sus miembros otra vez, y supo que empezaba a tener esperanzas de nuevo.

–Muy bien –susurró Richards a la mujer.

Esta le miró.

– ¿Cree que me cuesta simular que estoy asustada? –dijo–. No estamos juntos en este asunto, aunque usted lo crea. Lo único que quiero es que

se largue.

Richards advirtió por primera vez la perfección de sus pechos bajo la blusa verdinegra manchada de sangre. Su perfección y su opulencia.

De pronto, se oyó un rugido chirriante y Amelia soltó un grito.

–Es el tanque –dijo él–. No pasa nada, sólo es el tanque.

–Se está moviendo –añadió ella–. Van a dejarnos pasar.

– ¡RICHARDS! ¡AVANCE HASTA EL HANGAR DIECISÉIS! LA POLICÍA DE AVIACIÓN ESTARÁ ESPERANDO PARA TOMARLE EN CUSTODIA.

–Está bien –dijo él en otro susurro–. Continúe. Cuando llegue a ochocientos metros de la verja, deténgase.

–Va a hacer que me maten –musitó Amelia, desesperada–. Lo único que necesito es ir al lavabo, y usted va a hacer que me maten.

El coche aéreo se levantó a diez centímetros de la calzada y, con un zumbido, empezó a avanzar. Richards concentró su atención al cruzar la verja, en previsión de una posible emboscada, pero no hubo ninguna. La calzada tomaba una suave curva hacia los edificios principales. Una señal con una flecha informaba de que los hangares 16 a 20 se encontraban más adelante.

Allí, los agentes les esperaban, en pie o arrodillados, detrás de las barricadas amarillas.

Richards sabía que, al menor movimiento sospechoso, destrozarían su vehículo.

–Ahora, deténgase.

La mujer obedeció. La reacción fue instantánea:

– ¡RICHARDS! ¡CONTINÚE INMEDIATAMENTE HACIA EL HANGAR DIECISÉIS!

–Dígales que pido un megáfono –dijo Richards en voz baja–. Que dejen uno en la calzada, veinte metros delante del coche. Quiero hablar con ellos.

La mujer gritó el mensaje. Después aguardaron. Un momento después, un hombre con uniforme azul se acercó al trote hasta la calzada y depositó en ella un megáfono eléctrico. Permaneció allí un instante, saboreando quizás el pensamiento de que estaban viéndole quinientos millones de personas, y luego volvió a refugiarse en su calculado anonimato.

–Adelante –dijo Richards a la mujer.

Avanzaron lentamente hasta el megáfono y, cuando la portezuela del conductor estuvo a su altura, Amelia abrió la puerta y asió el aparato. Era blanco y rojo, con las letras G y A en un costado, grabadas encima de un rayo.

–Está bien –dijo Richards–. ¿A qué distancia estamos del edificio principal?

–A cuatrocientos metros, más o menos –calculó ella con la mirada.

– ¿Y del hangar dieciséis?

–A la mitad. –Bien. Perfecto, sí.

Richards advirtió que estaba mordiéndose los labios nerviosamente e intentó dejar de hacerlo. Le dolía la cabeza, y también todo el cuerpo, por un exceso de adrenalina.

–Siga adelante, hasta la entrada del hangar dieciséis, y deténgase –

ordenó.

– ¿Y allí?

Richards le dedicó una sonrisa tensa y desdichada.

–Allí tendrá lugar el último acto de la comedia.

... Menos 036

Y CONTANDO...

Cuando detuvo el coche a la entrada del aparcamiento, la reacción fue inmediata.

–SIGA ADELANTE –ladró el megáfono policial–. LA POLICÍA DE AVIACIÓN ESTÁ DENTRO, COMO PEDÍA.

Richards levantó su megáfono por primera vez.

–DIEZ MINUTOS –dijo–. TENGO QUE PENSAR.

De nuevo el silencio.

– ¿No comprende que está empujándoles a hacerlo? –preguntó ella con voz extraña, controlada.

Richards soltó una extraña risita ahogada, que sonó como el vapor a presión escapando de una tetera.

–Ellos saben que estoy dispuesto a joderles, pero no saben cómo –dijo.

–Es imposible –afirmó ella–. ¿No lo ha comprendido todavía?

–Quizá lo consiga –replicó él.

... Menos 035

Y CONTANDO...

–Escuche –empezó Richards–. Cuando se iniciaron los Concursos, la gente decía que eran el mejor entretenimiento del mundo porque nunca había habido nada igual. Sin embargo, la idea no tiene un ápice de original. En la antigua Roma, los gladiadores hacían lo mismo. Pues bien, también existe otro tipo de juego: el póquer. En el póquer, la jugada más alta es la escalera de color al rey en picas. Y el tipo de póquer más duro es el de cinco cartas abiertas. En él, cuatro cartas están boca arriba en la mesa, y una boca abajo. Cuando se trata de jugar unas monedas, todo el mundo se arriesga. A uno puede costarle quizá medio dólar ver la carta oculta del otro jugador. Pero cuando las apuestas empiezan a subir, la carta oculta empieza a parecer cada vez mayor. Después de una docena de rondas de apuesta, cuando están en juego todos los ahorros de una vida y el coche y la casa, esa carta puede hacerse mayor que el monte Everest. El fugitivo es algo parecido. Sólo que se supone que yo no tengo dinero que apostar. Ellos tienen los hombres, las armas y el tiempo. Jugamos con sus cartas, sus fichas y en su casino. En cuanto me atrapen, se supone que estoy acabado. Sin embargo, quizás yo he movido un poco las cartas con esa llamada al noticiario de Rockland. Las noticias, ése es mi diez de picas. Han tenido que darme paso libre porque todo el mundo estaba mirando. Después del primer control de carretera, ya no han tenido más oportunidades para despacharme limpiamente. Resulta divertido, además, porque es la misma Libre-Visión lo que da a la Cadena el poder que ésta tiene. Si alguien ve algo en Libre-Visión, debe ser cierto. Así, si todo el país veía que la policía mataba a mi rehén, un rehén presentable, una mujer de la clase media, como usted, la gente tendría que creérselo. Y no podían correr ese riesgo, pues el sistema ya debe enfrentarse a una crisis de fiabilidad muy profunda en estos tiempos. Es curioso, ¿no? Aquí está mi gente. Ya ha habido problemas en la carretera. Si los agentes y los Cazadores vuelven sus armas contra nosotros, pueden producirse desagradables consecuencias. Cierto tipo me dijo que me mantuviera cerca de los míos, y tenía más razón de lo que él mismo pensaba. Una de las razones por las que me están tratando con tanto cuidado es que mi gente está ahí fuera.

»Mi gente es el caballero de picas.

»La reina, la dama de este asunto, es usted.

»Yo soy el rey, el hombre negro con la espada.

»Ésas son mis cartas. Los medios de comunicación, la posibilidad de auténticos problemas, usted y yo. Juntas, todas ellas no son nada. Una simple pareja las vence. Sin el as de picas, todo es basura. Con el as, es imbatible.

De pronto, Richards asió el bolso de la mujer. Era de tamaño mediano, en imitación de piel de cocodrilo con una cadenita de plata. Se lo metió en el bolsillo de su chaqueta, donde abultaba de forma prominente.

–No tengo ese as –añadió en voz baja–. Con un poco más de previsión, podría haberlo tenido. En cambio, sí dispongo de una carta oculta, una que no pueden ver. Por eso voy a intentar un farol.

–No tiene ninguna posibilidad –replicó ella con voz hueca–. ¿Qué piensa hacer con mi bolso? ¿Dispararles con una barra de labios?

–Creo que llevan tanto tiempo haciendo trampas en el juego que no se lo esperan. Creo que están totalmente acobardados por el cariz que ha tomado el asunto.

– ¡RICHARDS! ¡LOS DIEZ MINUTOS HAN TERMINADO!

Richards se llevó el megáfono a los labios.

... Menos 034

Y CONTANDO...

– ¡ESCUCHEN CON ATENCIÓN!

Su voz resonó, extendiéndose por la plana superficie del aeródromo. La policía aguardó, tensa. De entre la multitud se elevó un murmullo.

–LLEVO CINCO KILOS DE EXPLOSIVO PLÁSTICO DE ALTA POTENCIA EN EL BOLSILLO DE LA CHAQUETA, DE LA VARIEDAD LLAMADA NEGRA IRLANDESA. CINCO KILOS SON SUFICIENTES PARA ARRASARLO TODO EN MEDIO KILÓMETRO A LA REDONDA Y, PROBABLEMENTE, PARA HACER ESTALLAR LOS DEPÓSITOS DE COMBUSTIBLE DEL AEROPUERTO- SI NO SIGUEN AL PIE DE LA LETRA MIS INSTRUCCIONES, LES ENVÍO A TODOS AL INFIERNO. HE CONECTADO AL EXPLOSIVO UN DETONADOR DE LA GENERAL ATOMICS. LO TENGO MONTADO Y A PUNTO PARA SER ACTIVADO. UN GESTO BRUSCO Y YA PUEDEN DESPEDIRSE DE TODO.

Hubo un griterío y la multitud emprendió un súbito movimiento, como una marea. La policía tras las barricadas se encontró, de pronto, con que no había nadie a quien contener. Hombres y mujeres retrocedían por las calzadas y los campos, y huían por las puertas de la valla que circundaba el aeropuerto, o saltándola. Tenían los rostros demudados de pánico y avidez.

Las fuerzas policiales se movían inquietas, pero Amelia no observó incredulidad en ninguno de los rostros.

– ¿RICHARDS? –tronó la potente voz–. LO QUE DICE NO ES CIERTO. SALGA.

–SÍ, VOY A SALIR –replicó con voz atronadora–. PERO ANTES VOY A DARLES ALGUNAS ÓRDENES. QUIERO UN AVIÓN CON LOS DEPÓSITOS LLENOS Y DISPUESTO PARA EL VUELO CON UNA TRIPULACIÓN REDUCIDA. EL AVIÓN TIENE QUE SER UN LOCKHEED/G. A. O UN DELTA SUPERSÓNICO. DEBERÁ TENER UNA AUTONOMÍA DE VUELO DE, AL MENOS, TRES MIL KILÓMETROS. TIENEN NOVENTA MINUTOS PARA PREPARARLO.

Las cámaras filmaban, los flashes emitían sus destellos. También la prensa estaba inquieta. Sin embargo, sobre todo había que tener en cuenta la presión psicológica de los quinientos millones de espectadores. Ellos eran reales. El trabajo era real Y los cinco kilos de Negra Irlandesa podían ser simplemente una invención de su admirable mentalidad criminal.

– ¿RICHARDS?

Un hombre vestido tan sólo con un pantalón negro y una camisa blanca, con las mangas subidas hasta el codo pese al frío otoñal de aquella hora, salió de detrás de un grupo de coches camuflados de la policía, a unos quince metros más allá del hangar 16. Llevaba en la mano un megáfono mayor que el de Richards. Desde aquella distancia, Amelia sólo pudo apreciar que llevaba unas pequeñas gafas que reflejaban la luz

del sol agonizante.

–SOY EVAN McCONE.

Richards conocía aquel nombre, desde luego. Se suponía que su mera mención debía helarle el corazón de pánico. Y no le sorprendió comprobar que, efectivamente, así sucedía. Evan McCone era el Jefe de Cazadores. Un descendiente directo de J. Edgar Hoover y de Heinrich Himmler, pensó Richards. La personificación del acero dentro del guante catódico de la Cadena. Un hombre del saco, un nombre para asustar a los niños. «Como no dejes de jugar con las cerillas, haré que Evan McCone salga del armario…»

Fugazmente, en el fondo de su memoria, recordó una voz irreal. « ¿Eres tú el que buscamos, hermanito?»

–SABEMOS QUE MIENTE, RICHARDS. NADIE PUEDE CONSEGUIR ESE EXPLOSIVO SIN UNA AUTORIZACIÓN DE LA G. A. DEJE LIBRE A LA MUJER Y SALGA. NO QUEREMOS VERNOS OBLIGADOS A MATARLA A ELLA TAMBIÉN.

Amelia soltó un gemido débil y sofocado.

–QUIZÁS ESO SEA CIERTO EN LOS BARRIOS BIEN –replicó Richards–. PERO EN MIS CALLES PUEDE CONSEGUIRSE NEGRA IRLANDESA EN CUALQUIER ESQUINA SI UNO TIENE DINERO FRESCO. Y YO LO TENÍA. DINERO DE LA DIRECCIÓN DE CONCURSOS. LE QUEDAN OCHENTA Y SEIS MINUTOS.

–NO HAY TRATO.

– ¿McCONE?

– ¿Sí?

–VOY A DEJAR SALIR A LA MUJER. ELLA HA VISTO EL EXPLOSIVO. –Amelia le estaba mirando con sorpresa y horror–. MIENTRAS, SERÁ MEJOR QUE PONGA MANOS A LA OBRA. OCHENTA Y CINCO MINUTOS NO ES NINGÚN FAROL. ESTÚPIDO. UN DISPARO Y NOS VAMOS TODOS A LA LUNA.

–No –susurró ella con un rictus de incredulidad–. No pensará que voy a mentir por usted, ¿verdad?

–Si no lo hace, soy hombre muerto. Estoy herido y apenas lo bastante consciente para saber lo que me digo, pero sé que ésta es la mejor manera, en definitiva. Ahora, escuche: el explosivo es blanco y sólido, ligeramente grasiento al tacto. Tiene…

– ¡No, no, nooo!

Amelia se tapó los oídos con las manos.

–Tiene el aspecto de una barra de jabón de color marfil, pero bastante más compacto. Ahora voy a describir el detonador. Parece…

–No puedo hacerlo, ¿no se da cuenta? –insistió ella entre sollozos–. Tengo un deber como ciudadana. Y mi conciencia. Tengo mi…

–Sí, o puede que descubran que miente –añadió él en tono cortante–. Pero no será así, porque usted me respaldará y ellos picarán. Me largaré como un pájaro.

– ¡No puedo!

– ¡RICHARDS! ¡ENVÍE ALA MUJER!

–El detonador es dorado –continuó él–. Es un aro de unos cinco centímetros de diámetro. Parece un llavero sin llaves, y lleva adherida una

pequeña varilla, como un lapicero, con un disparador G. A. Éste parece una goma de borrar unida al lapicero.

Amelia se mecía adelante y atrás entre leves gemidos. tenía las mejillas entre las manos, y sus facciones temblaban como si fueran una masa para pan.

–Les he dicho que había puesto el detonador en posición montada. Eso significa que usted podía ver una sola muesca justo encima de la superficie del explosivo. ¿Lo ha entendido?

No hubo respuesta; Amelia lloraba, gemía y se movía adelante y atrás.

–Claro que lo ha entendido –continuó él–. Es usted una mujer inteligente, ¿no es cierto?

–No voy a mentir –dijo ella.

–Si le preguntan algo más, usted no sabe nada de nada, no se ha fijado, estaba demasiado asustada. Sólo sabe una cosa: desde el primer bloqueo de carretera, he tenido permanentemente el dedo en el detonador. Usted no sabía de qué se trataba, pero lo he tenido siempre en la mano, desde entonces.

–Será mejor que me mate ahora.

–Vamos –replicó él–. Salga.

Amelia le miró, convulsa, con la boca apretada y los ojos como pozos oscuros. La mujer hermosa, confiada en sí misma, con su cuidado maquillaje, había desaparecido. Richards se preguntó si alguna vez se recuperaría. No lo creía. Al menos por completo.

–Vamos –insistió–. Vamos, fuera.

–Yo..., yo... ¡Ah, Señor...!

Se lanzó hacia la portezuela y saltó afuera, casi cayendo. Se levantó al instante y echó a correr. El cabello al viento le daba un aire muy hermoso, casi de diosa avanzando hacia el tibio estallido de un millón de flashes.

Los fusiles brillaron, en posición para disparar, y volvieron a su posición anterior cuando la multitud engullía a la mujer. Richards se arriesgó a asomar un ojo por la ventanilla del conductor, pero no llegó a ver nada.

Se ocultó de nuevo, echó un vistazo al reloj y aguardó a que todo terminara.

... Menos 033

Y CONTANDO...

La segundera roja de su reloj dio dos vueltas. Y otras dos. Y dos más.

– ¡RICHARDS!

Se llevó el megáfono a la boca:

–SETENTA Y CINCO MINUTOS, McCONE.

«Mantén tu jugada hasta el final», se dijo. Era el único modo de jugar. Seguir con el farol hasta el momento en que McCone diera la orden de abrir fuego a discreción. Sería rápido, y tampoco parecía importar ya gran cosa.

Tras una pausa ligera, casi eterna, llegó la respuesta:

–NECESITAMOS MÁS TIEMPO. TRES HORAS POR LO MENOS. NO HAY NINGUNO DE LOS AVIONES QUE HA PEDIDO EN ESTE AEROPUERTO. TENDRÁN QUE ENVIAR UNO DESDE OTRO LUGAR.

Amelia lo había hecho. ¡Oh, sorpresa! La mujer se había asomado al abismo, y había sabido cruzarlo. Sin red. Sin echarse atrás. Asombroso.

Naturalmente, ellos no la creían. Era su obligación no creerse nada ni a nadie. Ahora mismo la estarían acorralando en una sala privada de una de las terminales, en manos de media docena de interrogadores escogidos por McCone. Y cuando la tuvieran allí, empezaría la letanía. Naturalmente que está alterada, señora Williams, pero tenemos que concretar ciertos detalles... Le importaría contárnoslo todo otra vez... Hay un par de cosillas que nos chocan... ¿Está segura de que no era de esa otra manera...? ¿Cómo lo sabe...? ¿Por qué...? Y entonces ¿qué dijo él...?

Así que su interés ahora era ganar tiempo. Confundir a Richards con una excusa tras otra. «Hay un problema con el reportaje, necesitamos más tiempo. No hay una tripulación a punto en el aeropuerto, necesitamos más tiempo. Hay un OVNI sobre la pista cero siete, necesitamos más tiempo. Y todavía no la hemos hecho hablar. Todavía no ha terminado de confesar que ese explosivo de alta potencia consiste en un bolso de piel de cocodrilo lleno de un surtido de Kleenex, monedas, cosméticos y tarjetas de crédito. Necesitamos más tiempo.

»Todavía no podemos arriesgarnos a matarte. Necesitamos más tiempo.»

– ¿RICHARDS?

ESCÚCHEME –replicó éste por el megáfono–. TIENE SETENTA Y CINCO MINUTOS. DESPUÉS, SALTAMOS TODOS.

No hubo contestación.

Los espectadores habían empezado a aproximarse otra vez pese a la amenaza apocalíptica. Tenían los ojos muy abiertos, húmedos y sexuales. Se había solicitado cierta cantidad de focos portátiles que ahora estaban centrados en el vehículo, bañándolo con un fulgor superficial que realzaba el parabrisas astillado.

Richards intentó imaginar la sala donde tendrían a Amelia Williams y donde intentaban sonsacarle la verdad, sin conseguirlo. Naturalmente, allí no estaría la prensa, y los hombres de McCone estarían probando a

asustarla hasta que, al fin, lo conseguirían indudablemente. Sin embargo, ¿hasta dónde se atreverían a llegar con una mujer que no pertenecía al gueto de los pobres, donde la gente no tenía rostro? Drogas. Sí, claro, había drogas. Drogas que McCone podía utilizar sin restricciones y que harían balbucear toda su vida como un bebé incluso al indio yaqui más estoico. Drogas que harían que un sacerdote explicara las confesiones de sus feligreses como una máquina taquígrafa.

¿Un poco de violencia? ¿Las porras eléctricas perfeccionadas que tan eficaces se habían mostrado en los disturbios de Seattle, de 2005? ¿O se limitarían a insistir una y otra vez en sus preguntas?

Tales pensamientos no le conducían a ninguna parte, pero no podía escapar de ellos ni acallarlos. Más allá de las terminales se oía el sonido inconfundible de un avión de carga Lockheed que calentaba motores. El rugido llegaba a él a oleadas. Cuando de repente enmudeció, Richards supo que había iniciado el repostar. Veinte minutos, si se daban prisa. Pero Richards no creía que fueran a apresurarse.

«Bien, bien, bien. Aquí estamos. Todas las cartas boca arriba, salvo una.»

« ¿McCone? ¿Conoces ya la verdad? ¿Has penetrado ya en su mente?»

En los campos, las sombras se hacían cada vez más alargadas, y todo el mundo estaba a la espera.

... Menos 032

Y CONTANDO...

Richards descubrió que el viejo tópico era falso. El tiempo no se había detenido. En algunos aspectos, habría sido mejor que así fuera. Entonces habría habido, al menos, un final para la esperanza.

Por dos veces, la voz le informó por el megáfono que sabían que estaba mintiendo. Richards replicó que, si era así, se atrevieran a abrir fuego. Cinco minutos después, otra voz amplificada le explicó que los alerones del Lockheed estaban helados y que tendrían que empezar a repostar otro avión. Richards respondió que le parecía bien, siempre que el aparato estuviera a punto para el plazo marcado.

Los minutos fueron desgranándose. Veintiséis, veinticinco, veintidós, veinte («Dios mío, todavía resiste. Quizás...»), dieciocho, quince (de nuevo, los motores del avión en un estridente aullido cuando los empleados de tierra repasaron el sistema de combustible y realizaron las comprobaciones previas al vuelo), diez minutos, y luego ocho.

– ¿RICHARDS?

–SÍ.

–SENCILLAMENTE, TIENE QUE DARNOS MÁS TIEMPO. LOS ALERONES DEL APARATO SON UN BLOQUE DE HIELO. VAMOS A REGAR LAS PALETAS CON HIDRÓGENO LÍQUIDO, PERO NECESITAMOS TIEMPO PARA ELLO.

–LO TIENEN. DISPONEN DE SIETE MINUTOS. LUEGO VOY A AVANZAR HASTA LAS PISTAS UTILIZANDO LA CALZADA DE ACCESO. CONDUCIRÉ CON UNA MANO AL VOLANTE Y LA OTRA EN EL DETONADOR. ABRIRÁN TODAS LAS PUERTAS. Y RECUERDEN QUE CADA VEZ ESTARÉ MÁS CERCA DE ESOS DEPÓSITOS DE COMBUSTIBLE.

–PARECE QUE NO SE DA CUENTA DE QUE...

–SE ACABÓ LA CHARLA, AMIGOS. SEIS MINUTOS.

La segundera del reloj siguió sus vueltas regulares. Tres minutos, dos, uno... Las cosas debían de ir mal en la salita que Richards no alcanzaba a imaginar. Trató de evocar mentalmente la imagen de Amelia, pero no lo consiguió. Se confundía con otros rostros en una cara compuesta de retazos de Stacey y Bradley, de Elton y Virginia Parrakis, y del chico del perro. Sólo recordaba que Amelia era suave y bonita, con el toque soso que tienen tantas mujeres gracias a Max Factor y a Revlon y a los cirujanos plásticos que modelan, unen, pulen y resaltan. Suave. Suave. Pero con un punto de dureza muy recóndito. « ¿De dónde lo sacaste, damita de clase alta? ¿Tienes la suficiente? ¿O en este momento estás ya descubriendo mi juego?»

Notó algo caliente que le corría por la barbilla y advirtió que se había mordido los labios hasta sangrar. Y no una vez, sino varias.

Se limpió la boca con gesto ausente y dejó una' marca redonda de sangre en la manga. Puso el coche en marcha. El vehículo se elevó,

obediente, con un gemido de los cilindros.

– ¡RICHARDS, SI MUEVE EL COCHE DISPARAREMOS! ¡LA CHICA HA HABLADO! ¡LO SABEMOS!

Nadie abrió fuego.

En cierto modo, fue casi un anticlímax.

... Menos 031

Y CONTANDO...

La calzada de acceso describía un arco alrededor de la futurista Terminal de los Estados del Norte. El camino estaba cubierto por un cordón de policías armados con todo tipo de artefactos, desde aerosoles irritantes y gases lacrimógenos hasta granadas anti-blindados de gran calibre. Sus rostros eran inexpresivos, grises, uniformes. Richards avanzó lentamente, erguido al volante, y los policías le miraron con un aire vago, casi bovino, lleno de temor reverente. Con una mirada muy similar, pensó Richards, a la de una vaca ante un granjero que se ha vuelto loco y yace en el suelo del establo, pataleando y arrastrándose entre gritos.

La verja de la zona de mantenimiento (ATENCIÓN: SÓLO EMPLEADOS – NO FUMAR – PROHIBIDO EL PASO A PERSONAS NO AUTORIZADAS) estaba abierta de par en par. Richards la cruzó tranquilamente, entre hileras de camiones cisternas de combustible de alto octanaje y pequeñas avionetas privadas aparcadas con los calzos. Detrás quedaba una pista de rodadura, una amplia franja de asfalto teñido de aceite con juntas de dilatación. Allí estaba esperando su avión, un enorme Jumbo blanco con una docena de motores a turbina que gemían sordamente. Más allá se extendían las pistas de despegue, rectas y sin obstáculos bajo la luz crepuscular, como si tendieran a encontrarse en algún punto del horizonte. Cuatro hombres en mono de trabajo estaban colocando la escalerilla contra el aparato. A Richards le parecía la escalera que llevaba al patíbulo.

Y como para completar la imagen, el verdugo salió de las sombras que producía el enorme vientre del aparato.

Era McCone.

Richards le observó con la curiosidad de quien ve a un famoso por primera vez. No importa en cuántas ocasiones se haya visto su imagen en tres dimensiones en la pantalla, uno no llega a considerarlo real hasta que aparece en carne y hueso..., y entonces la realidad adopta un curioso tono alucinatorio, como si ese ídolo no tuviera derecho a existir separado de su imagen.

McCone era un hombrecillo con unas gafas sin montura, y un leve asomo de barriga cervecera bajo el traje bien cortado. Se rumoreaba que llevaba calzas en los zapatos pero, si era así, no se notaba. Lucía una pequeña insignia de plata en la solapa. En conjunto, no parecía en absoluto un monstruo, heredero de las temibles sopas de letras, la CIA y el FBI. No parecía un maestro en la técnica del coche negro en plena noche, de la cachiporra, de la taimada pregunta por los parientes que quedan en casa. No tenía el aspecto del hombre que domina todo el espectro del miedo.

– ¿Ben Richards?

Ahora no usaba megáfono, y su voz sonaba suave y cultivada, sin el menor asomo de afeminamiento.

–Sí.

–Tengo una declaración jurada de la Dirección de Concursos, una rama reconocida de la Comisión de la Cadena de Comunicaciones, para proceder a la detención y ejecución de su persona. ¿Va a hacer honor a ese documento?

– ¿Tengo otra opción?

– ¡Ah! –McCone parecía complacido–. Con esto damos por terminadas las formalidades. Yo creo mucho en las formalidades, ¿usted no? No, claro que no. Ha sido usted un concursante muy atípico, y por eso está vivo todavía. ¿Sabe que hace un par de horas ha batido el record de permanencia en El fugitivo, que estaba en ocho días y cinco horas? Claro que no lo sabe, pero es cierto. Sí, señor. Y esa huida del hostal de la Y.M.C.A. en Boston... Eso fue soberbio. Me han dicho que los índices de audiencia subieron doce puntos.

–Espléndido.

–Naturalmente, por poco le pillamos en el episodio de Portland. Mala suerte. Ese Parrakis juró con su último aliento que le había dejado en Auburn, y le creímos. Era un hombrecillo tan terriblemente asustado...

–Terriblemente... –repitió Richards entre dientes.

–Pero este último acto ha sido simplemente brillante. Le felicito. En cierto modo, lamento que el juego tenga que terminar. Creo que jamás me había enfrentado a un oponente tan ingenioso.

–Qué lástima –dijo Richards.

–Ahora, todo ha terminado, ¿sabe? –continuó McCone–. La mujer ha hablado. Hemos utilizado pentotal sódico. Antiguo, pero fiable. –Sacó una pequeña automática–. Salga, señor Richards. Voy a dedicarle un último cumplido. Voy a hacerlo aquí, donde nadie pueda filmarnos. Su muerte se producirá en una relativa intimidad.

–Prepárese, pues–dijo Richards con una sonrisa.

Abrió la portezuela y salió. Los dos hombres quedaron frente a frente en el asfalto desierto de la zona de abastecimiento.

... Menos 030

Y CONTANDO...

McCone fue el primero en romper el *impasse*. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Fue una risa muy educada, suave y aterciopelada.

– ¡Ah, qué fantástico es usted, señor Richards! *Par excellence*. Se levanta, cae y se levanta de nuevo. Le felicito sinceramente. En efecto, la mujer aún resiste. Mantiene obstinadamente que el bulto que yo aprecio en su bolsillo es Negra Irlandesa.

No podemos aplicarle métodos eléctricos porque dejarían huella en los electroencefalogramas y nuestro secreto se sabría. Estamos a punto de conseguir de Nueva York tres ampollas de Canogin, que no deja huellas. Sin embargo, no lo tendremos hasta dentro de cuarenta minutos. Demasiado tarde para detenerle, Richards.

»La mujer miente, es evidente. Si me disculpa un toque de lo que sus amigos gustan en llamar elitismo, le confesaré mi opinión de que la clase media sólo miente bien respecto al sexo. ¿Puedo hacer otra observación? Claro que puedo. Y voy a hacerla. –McCone sonrió–. Sospecho que ese bulto es el bolso de ella. Hemos advertido que no lo llevaba, aunque había salido de compras. Somos muy observadores. ¿Dónde está el bolso, si no es en su chaqueta, Richards?

Este no estaba dispuesto a caer en la celada.

–Si tan seguro está, dispare.

McCone abrió los brazos con gesto pesaroso:

– ¡Cuánto me gustaría! Sin embargo, no se pueden correr riesgos con la vida humana, ni siquiera cuando las posibilidades están cincuenta a uno a favor. Es demasiado parecido a la ruleta rusa. La vida humana tiene cierta calidad de sagrada. El Gobierno, nuestro Gobierno, así lo entiende. Somos humanos.

–Sí, claro –respondió Richards, con una sonrisa de ferocidad.

McCone parpadeó.

–Entonces, usted comprende...

Richards empezó a avanzar. El tipo le estaba hipnotizando. Los minutos volaban, y un helicóptero estaba a punto de llegar de Nueva York con tres ampollas de «ponme cabeza abajo y sácamelo todo» (y si McCone había dicho cuarenta minutos, debían de ser veinte), y allí estaba él soportando el sermón del tipejo. ¡Señor, McCone era un auténtico monstruo!

–Escúcheme –masculló con furia, interrumpiéndole–. Abrevie la charla, amigo. Cuando le meta esa inyección, le oirá cantar la misma canción de ahora. Y de todos modos, ya da igual, ¿comprende?

Clavó su mirada en la de McCone y empezó a caminar hacia él.

– ¡Ya nos veremos, gusano!

McCone se hizo a un lado. Richards ni siquiera se molestó en mirarle al pasar. Las mangas de sus chaquetas se rozaron.

–Por cierto, me dijeron que el detonador podía graduarse hasta tres.

Ahora lo tengo en dos y medio. Tómelo o déjelo.

Tuvo la satisfacción de oír como la respiración del tipejo se aceleraba ligeramente.

– ¿Richards?

Este volvió la cabeza desde la escalerilla y vio que McCone le miraba, con los bordes dorados de las gafas en un destello.

–Cuando se eleve, derribaremos el avión con un misil tierra aire. Para el público, la versión será que Richards se puso un poco nervioso con el detonador. R.I.P.

–No sueñe en hacerlo.

– ¿Ah, no?

Richards inició una sonrisa y le sugirió una razón.

–Volaremos muy bajo y sobre áreas densamente pobladas., Añada doce toneladas de carburante a los cinco kilos de Irlandesa y verá que hacen una buena combinación. Quizás excesiva. Sé que lanzaría ese misil si pudiera hacerlo, McCone, pero no puede. –Hizo una pausa y añadió–: Usted que es tan listo, ¿ha previsto que iba a pedirle un paracaídas?

–Sí, claro –respondió McCone tranquilamente–. Está en el compartimento delantero de pasajeros. ¡Vaya un truco anticuado, señor Richards! ¿O todavía tiene otro nuevo en el sombrero?

–Y apuesto a que tampoco habrá sido tan estúpido como para sabotear el paracaídas, ¿verdad?

– ¡Oh, no! Sería demasiado obvio. Además, supongo que accionaría ese inexistente detonador justo antes de estrellarse, ¿me equivoco? Una explosión en el aire muy efectiva.

–Adiós, tipejo.

–Adiós, señor Richards. Y *bon voyage* –cloqueó–. Sí, es usted un buen competidor, y por eso voy a mostrarle una carta más. Sólo una. Vamos a esperar ese Canogin antes de entrar en acción. Tiene usted toda la razón respecto al misil. Por ahora es sólo un farol. Caer y levantarse, ¿no? Pero puedo permitirme esperar. Ya sabe, yo no fallo nunca. Nunca. Y sé que está usted jugando un farol, así que podemos permitirnos esa espera. Pero, de todos modos, ya nos veremos... *Au revoir*, señor Richards.

Se despidió con un gesto de la mano.

–... Pronto –añadió Richards, aunque no lo bastante alto para que McCone pudiera oírlo.

Y le devolvió la sonrisa.

... Menos 029

Y CONTANDO...

El compartimento de primera clase era amplio, con tres pasillos entre los asientos y paneles de secoya auténtica en las paredes. El piso estaba cubierto con una moqueta de color vino que parecía tener metros de grosor. En el tabique entre la primera clase y la zona de cocina había una pantalla para películas en tres dimensiones, recogida a fin de que no estorbara el paso. En el asiento 100 estaba colocado el abultado paquete del paracaídas. Richards le dio unos golpecitos y entró en la zona de cocina. Alguien se había ocupado incluso de poner una cafetera.

Cruzó otra puerta y se encontró en el angosto pasillo que llevaba al compartimento de los pilotos. A la derecha, el operador de radio, un hombre de unos treinta años con– facciones llenas de ansiedad, contempló a Richards con aire adusto y volvió a centrarse en sus instrumentos. Unos pasos más allá, a la izquierda, estaba el navegante, con sus cuadros, sus reglas y sus mapas plastificados.

–Aquí llega el tipo que va a matarnos a todos –anunció el hombre por el micrófono que llevaba junto a la boca, mientras dirigía a Richards una fría mirada.

Richards no respondió. Después de todo, el tipo tenía razón, muy probablemente. Continuó adelante, cojeando.

El piloto tenía más de cincuenta años. Era un veterano de nariz roja, que delataba su amor a la bebida, y unos ojos claros y perspicaces que indicaban que el hombre todavía no estaba ni siquiera próximo al alcoholismo. El copiloto era diez años más joven, con una abundante mata de cabello pelirrojo que rebosaba bajo su gorra.

–Hola, señor Richards –dijo el piloto, dirigiendo una mirada al bolsillo de éste, antes incluso que a su rostro–. Perdone que no le estreche la mano. Soy el comandante de a bordo, capitán Don Holloway. Éste es mi copiloto, Wayne Duninger.

–No puedo decir que sea un placer conocerle, dadas las circunstancias –dijo Duninger.

Richards hizo una mueca con la boca.

–Déjeme añadir al respecto que yo también lamento estar aquí –dijo–. Capitán Holloway, está usted en comunicación con McCone, ¿verdad?

–Naturalmente. Gracias a Kippy Friedman, el oficial de comunicaciones.

–Quiero algo por donde hablar con él.

Holloway le entregó un micrófono con infinito cuidado. –Siga adelante con los preparativos de vuelo –dijo Richards—. Cinco minutos.

– ¿Quiere que montemos los pernos explosivos de la puerta trasera de carga? –preguntó Duninger con vehemencia.

–Cuídese de sus cosas –replicó Richards fríamente.

Era el momento crucial, el instante de la apuesta definitiva.

Sentía la cabeza caliente, casi febril, a punto del mareo. Caer y volver a recuperarse, ése era el juego.

«Ahora voy a hacer la apuesta límite, McCone. »

– ¿Señor Friedman?

– ¿Sí?

–Aquí Richards. Quiero hablar con McCone.

Durante treinta segundos no hubo respuesta. Holloway y Duninger habían dejado de mirarle y procedían a las lecturas previas al vuelo, comprobando medidores y presiones, puestas, alerones y contactos. Se inició de nuevo el cíclico ronroneo de las enormes turbinas del avión, pero esta vez mucho más sonoro, casi estridente. Cuando la voz de McCone llegó a sus auriculares, apenas resultó audible por encima del brutal ruido.

–Aquí McCone.

–Vamos, gusano. Usted y la mujer vendrán a dar una vuelta con nosotros. Preséntense en la puerta de carga dentro de tres minutos o haré detonar el explosivo.

Duninger se puso en tensión, sin levantarse del asiento, como si acabara de recibir un disparo. Cuando reemprendió la lectura de las cifras, tenía en la voz un tono tembloroso y aterrorizado.

«Si tiene narices, aquí es donde todo termina. Reclamar a la mujer supone reconocer el farol. Si McCone tiene narices…»

Richards aguardó.

Un reloj marcaba en su cabeza el paso de los segundos.

... Menos 028

Y CONTANDO...

Cuando la voz de McCone llegó hasta él, Richards notó en ella una nota extraña, colérica. ¿Miedo? Era posible. A Richards, el corazón le latía aceleradamente. Quizá toda su jugada estaba a punto de desmoronarse. Quizá...

–Está usted loco, Richards. No voy a...

–Escuche, McCone –le cortó Richards, imponiendo su voz a la de éste–. Y mientras escucha, recuerde que esta conversación es compartida por todos los radioaficionados en cien kilómetros a la redonda. Lo que hablemos será conocido por mucha gente, así que no está usted en las sombras, amigo. Está justo en medio de la escena, y va a obedecerme porque es demasiado cobarde para traicionarme si corre el riesgo de morir. La mujer vendrá también porque le he dicho cuáles son mis planes.

«Así. Dale más fuerte. No le dejes pensar.»

–Y aunque usted sobreviviera a la explosión, McCone, no creo que volviera a encontrar trabajo ni como vendedor de manzanas. –Richards asía el bolso de la mujer en el bolsillo con una fuerza frenética, casi histérica–: Así pues, repito lo dicho: tres minutos. Corto.

– ¡Richards! ¡Espere...!

Cortó la transmisión, ahogando la voz de McCone. Devolvió el micrófono y los auriculares a Holloway, quien los tomó con unos dedos que sólo temblaban casi imperceptiblemente.

–Tiene usted narices –musitó el piloto lentamente–. Sí, señor. Creo que no he visto nunca a alguien con tantas narices.

–Y no creo que volvamos a ver a otro tipo igual si acciona ese detonador –añadió Duninger.

–Continúen los preparativos, por favor –dijo Richards–. Voy a dar la bienvenida a nuestros invitados. Saldremos dentro de cinco minutos.

Dio media vuelta y colocó el paracaídas en el asiento de la ventanilla. Después se sentó con la vista en la portezuela entre primera y segunda clase. Muy pronto sabría en qué quedaba todo aquello. Muy pronto.

Su mano acarició con desesperada y sostenida inquietud el bolso de Amelia Williams.

Fuera, la oscuridad era casi total.

... Menos 027

Y CONTANDO...

La pareja ascendió por la escalerilla casi un minuto antes de que transcurriera el plazo. Amelia llegó jadeante y asustada, con el cabello despeinado a causa del viento que se había levantado en aquel llano apisonado por la mano del hombre. Exteriormente, el aspecto de McCone no había cambiado un ápice; continuaba atildado y sereno, casi podría decirse que totalmente inalterado. Sin embargo, en sus ojos había una sombra de odio que le daba un aire casi sicótico.

–No va a conseguir nada con esto, gusano –dijo con voz tranquila–. Nosotros todavía no hemos empezado a jugar nuestros triunfos.

–Me alegro de volver a verla, señora Williams –musitó Richards.

Como si aquello fuera una señal, la mujer se echó a llorar. No era una risa histérica, sino un sonido de absoluta desesperación que le surgía del estómago como una erupción de lava. La intensidad de las lágrimas hizo que la mujer se tambaleara y luego se desplomara sobre la gruesa moqueta de la señorial sección de primera clase con el rostro entre las manos, como si quisiera sostenerlo con ellas. Las manchas de sangre de Richards habían dejado una huella negra en su blusa. La falda, que le ocultaba las piernas mientras se acuclillaba en el suelo, daba a la mujer el aspecto de una flor marchita.

Richards sintió lástima por ella. Era una emoción poco profunda, pero era todo cuanto estaba en condiciones de sentir.

– ¿Señor Richards? –dijo la voz de Holloway por el intercomunicador de la cabina.

–Sí.

– ¿Podemos...? ¿Está todo dispuesto?

–Sí.

–Entonces, voy a dar la orden de retirar la escalerilla y cerrar las puertas. No se ponga nervioso con eso.

–De acuerdo, capitán. Gracias.

McCone parecía sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo; el efecto general era el de una persona al borde de un temible acceso de paranoia. Sus manos no cesaban de cerrarse y abrirse.

–Usted mismo se ha traicionado al pedir que también viniera la mujer. Se da cuenta de ello, ¿verdad? –dijo, dirigiéndose a Richards.

– ¿Ah, sí? –respondió Richards con suavidad–. Y dado que usted nunca falla, piensa indudablemente en saltar sobre mí antes de que despeguemos, ¿no es eso? Así quedará usted fuera de peligro y saldrá de ésta fresco como una rosa, ¿verdad?

Los labios de McCone se abrieron en una leve sonrisa de astucia. Después, cerró la boca y los apretó hasta que se le pusieron blancos, pero no intentó el menor movimiento. El aparato empezó a vibrar cuando los motores aumentaron de potencia.

El rumor de las turbinas quedó súbitamente ahogado cuando se cerró

la puerta de acceso de la segunda clase. Richards se inclinó para observar el exterior por una de las ventanillas circulares del costado de babor y alcanzó a ver al personal auxiliar de tierra que retiraba la escalerilla.

«Bien, ahora estamos todos en el patíbulo», pensó.

... Menos 026

Y CONTANDO...

A la derecha de la pantalla, recogida en la parte superior del tabique de separación entre la primera clase y la cabina de mando, se iluminó el letrero de ABRÓCHENSE LOS CINTURONES / NO FUMEN. El avión emprendió una vuelta lenta y laboriosa. Todos los conocimientos que Richards tenía acerca de los aviones procedían de la Libre-Visión y de algunas lecturas, la mayor parte de aventuras de ficción; de hecho, era apenas la segunda vez que subía a bordo de un avión. El anterior había sido el que realizaba el puente aéreo entre Harding y Nueva York, que en comparación con el aparato en que ahora se encontraba no era más que un juguete. El intenso movimiento de las vibraciones bajo sus pies le resultaba inquietante.

– ¿Amelia?

La mujer levantó lentamente la mirada con el rostro contraído y bañado en lágrimas.

– ¿Eh?

Su voz era ronca, confusa, sofocada por las mucosidades. Era como si hubiera olvidado dónde se encontraba.

–Venga aquí. Vamos a despegar. –Richards se volvió a McCone–. Usted puede ir donde le plazca, tipejo. Es usted el amo de la nave, pero no moleste a la tripulación.

McCone no dijo nada; se limitó a tomar asiento cerca de las cortinas divisorias entre la primera y la segunda clase. Después se lo pensó mejor, al parecer, y desapareció tras las cortinas en la sección posterior. Richards se acercó a la mujer utilizando los respaldos de los asientos para sostenerse.

–Me gustaría el asiento de la ventanilla –dijo–. Sólo he volado una vez, ¿sabe?

Intentó una sonrisa, pero ella se limitó a mirarle fijamente, con aire desconcertado. Richards pasó al asiento de la ventanilla y ella se sentó en el contiguo. Amelia le ajustó el cinturón de seguridad para que él no tuviera que sacar la mano del bolsillo.

–Es usted como un mal sueño –musitó la mujer–. Como una pesadilla que nunca termina.

–Lo siento.

–Yo no... –empezó a decir ella.

Pero él le tapó la boca con la mano y movió la cabeza en gesto de negativa, mientras en sus labios se formaba, sin sonido alguno, la muda palabra: ¡No!

El avión avanzaba con lento e infinito cuidado entre los rugidos de las turbinas, y se dirigía hacia la pista de salida como un pato desgarbado a punto de entrar en el agua. El aparato era tan grande que a Richards le parecía estar quieto y que era la propia tierra la que se estaba moviendo.

«Quizá sea una ilusión –pensó alocadamente–. Quizás han preparado

unos proyectores de imágenes falsas en tres dimensiones ante las ventanillas y nada de cuanto veo se corresponde con la realidad...»

Rechazó de inmediato tal pensamiento.

Habían alcanzado ya el final de la pista de rodamiento y estaban efectuando una pronunciada curva a la derecha. El avión pasó en transversal ante las pistas de despegue 2 y 3. Al llegar a la pista 1, dio vuelta a la izquierda y se detuvo unos instantes en la cabecera de la misma.

La voz de Holloway anunció por el intercomunicador, en tono inexpresivo:

–Despegue, señor Richards.

El avión volvió a avanzar, lento al principio, a una velocidad no superior a la de un coche aéreo; después se produjo un súbito y espantoso tirón al acelerar y Richards deseó ponerse a gritar de pánico.

Se sintió aplastado contra el blando respaldo del asiento, y de pronto las luces de la pista empezaron a pasar a su lado a velocidad vertiginosa. Los arbustos y los árboles sofocados por los gases de los tubos de escape y las turbinas se le vinieron encima con un rugido en el horizonte desolado y marcado todavía por la última luz difusa del atardecer. Los motores aumentaron su potencia más y más. El piso de la zona de pasajeros empezó a vibrar otra vez.

De pronto, advirtió que Amelia se había agarrado a su hombro con ambas manos y que sus facciones se hallaban demudadas por el pánico.

« ¡Dios santo, ella tampoco ha volado nunca!», pensó.

–Vamos a despegar –murmuró Richards. Se descubrió repitiendo la frase una y otra y otra vez, incapaz de detenerse–. Vamos a despegar, vamos a despegar...

– ¿Hacia dónde? –susurró ella.

Richards no respondió. Justo ahora empezaba a saberlo.

... Menos 025

Y CONTANDO...

Los dos agentes de vigilancia en la entrada oriental del aeropuerto observaron el enorme avión de pasajeros que corría por la pista aumentando de velocidad. Sus luces de posición, verdes y anaranjadas, parpadeaban en la creciente oscuridad, y el aullido de los motores les ensordecía.

–Se van. ¡Se van!

– ¿Adónde? –dijo el otro.

Contemplaron la oscura silueta que se separaba del suelo.

Los motores transformaron su rugido en un sonido curiosamente plano, como el de una pieza de artillería haciendo prácticas en una fría mañana. El avión ascendió en un ángulo empinado; un monstruo real, tangible y prosaico, como un dado de mantequilla en un plato, pero sobrecogedor como el mismo hecho de volar.

– ¿Crees que tiene ese explosivo?

– ¡Diablos, yo qué sé!

El rumor del avión les llegaba ahora en ciclos cada vez más difusos.

–Pero te diré una cosa –dijo el primer policía, apartando la vista de las luces distantes y subiéndose el cuello de la chaqueta–. Me alegro de que lleve con él a ese cerdo de McCone.

– ¿Puedo hacerte una pregunta personal? –Siempre que no tenga que contestarla...

– ¿Te gustaría verle activar ese detonador?

Su interlocutor permaneció en silencio un largo instante. El rumor del avión se hizo más y más lejano, hasta desaparecer en el zumbido interno de los nervios en plena actividad.

–Sí.

– ¿Crees que lo hará?

Una amplia sonrisa brilló en la oscuridad:

–Amigo mío, creo que va a ser una explosión sonada.

... Menos 024

Y CONTANDO...

La tierra había quedado muy abajo.

Richards la contempló, admirado e incapaz de absorber todas las sensaciones que recibía. Durante su vuelo anterior había dormido todo el trayecto, como si se reservara para éste. El cielo había oscurecido hasta convertirse en una sombra justo en el límite entre el color azul cobalto y el negro. Las estrellas asomaban con una titilación vacilante. En el horizonte, hacia poniente, lo único que quedaba del sol era una fina línea anaranjada que no iluminaba en absoluto la tierra que tenía a sus pies. Abajo se divisaba un nido de luces que debía de corresponder a Derry.

– ¿Señor Richards?

– ¿Sí?

Saltó en el asiento como si le hubieran pinchado.

–Estamos ahora en vuelo de espera. Eso significa que describimos un gran círculo sobre el aeropuerto Voigt. ¿Tiene alguna instrucción que darnos?

Richards meditó atentamente. No le convenía dar demasiadas pistas. Por fin, dijo:

– ¿Cuál es la altura mínima a la que puede pilotar este aparato?

Hubo un instante de pausa para consultar datos.

–Podemos mantenernos seguros a dos mil pies –dijo Holloway con voz precavida–. Va contra las normas de la N. S. A., pero...

–Eso no importa –dijo Richards–. Verá, señor Holloway, tengo que ponerme en sus manos hasta cierto punto. No sé mucho de volar, y supongo que habrá sido informado de ello. Sin embargo, recuerde que esa gente llena de ideas brillantes sobre cómo engañarme está en el suelo y fuera de peligro. Si me miente usted y llego a descubrirlo...

–Aquí arriba nadie pretende engañarle –respondió Holloway–. Sólo estamos interesados en devolver este pájaro al suelo tal y como estaba al despegar.

–Está bien.

Richards se concedió más tiempo para pensar. Amelia Williams estaba sentada a su lado, muy rígida, con las manos en el regazo.

–Tome rumbo al oeste –dijo de pronto–. A dos mil pies.

Señáleme las ciudades cuando las sobrevolemos, por favor.

– ¿Las ciudades?

–Todos los sitios por los que pasemos –insistió Richards–. Sólo he volado una vez, anteriormente.

– ¡Ah!

Holloway parecía aliviado.

El avión se inclinó de costado y la oscura línea del crepúsculo de la ventanilla fue quedando en la dirección del avión. Richards lo observó fascinado. Ahora brillaba oblicuamente en la gruesa ventana formando extraños reflejos fugaces más allá del cristal.

«Vamos en persecución del sol –pensó–. ¿No es asombroso?» Eran las seis y treinta y cinco minutos.

... Menos 023

Y CONTANDO...

El respaldo del asiento que Richards tenía delante era una caja de sorpresas. Había una bolsa en cuyo interior encontró un manual de seguridad. «En caso de turbulencias, abróchese el cinturón. Si hay una pérdida de presión en la cabina, tire de la mascarilla de oxígeno que tiene justo encima. En caso de problemas de motor, la azafata le comunicará nuevas instrucciones. En caso de muerte súbita por explosión, esperamos que tenga suficientes empastes dentales como para identificarle con seguridad.»

En el mismo respaldo había un pequeño Libre-Visor al nivel de los ojos. Debajo de él, una placa metálica recordaba al espectador que los canales aparecían y se perdían con bastante rapidez. Para el espectador voraz, había un selector de canales por contacto.

Debajo, a la derecha del Libre-Visor, había un cuaderno de papel de cartas de la compañía aérea y un bolígrafo de la G. A. atado a una cadena. Richards arrancó una hoja y escribió torpemente en ella: «Hay un 99 % de probabilidades de que lleve usted un micrófono oculto en alguna parte, en el zapato o en el cabello, o quizás un transmisor en la manga. McCone nos escucha y está esperando a que se le escape algo, estoy seguro. Le propongo que, dentro de un minuto, simule un acceso de histeria y empiece a rogarme que no active el detonador. Eso mejorará nuestras posibilidades. ¿Quiere jugar?».

Amelia asintió, y Richards titubeó. Después, añadió a lo escrito: « ¿Por qué respaldó mi farol?».

Ella asió el bolígrafo de la mano de Richards y lo mantuvo un instante sobre el papel. Por fin, escribió: «No lo sé. Me hizo usted sentir como una asesina. Un ama de casa asesina. Y además, tenía un aspecto tan... –el bolígrafo se detuvo, vaciló y, por último, siguió escribiendo–, tan lastimoso».

Richards enarcó las cejas y sonrió ligeramente, pues el esfuerzo le multiplicaba el dolor. Instó a la mujer a añadir algo más, pero ella hizo un gesto de negativa con la cabeza. Él escribió entonces: «Empiece su actuación dentro de unos cinco minutos».

Amelia asintió, y Richards hizo una pelota con el papel, para luego depositarla en el cenicero empotrado en el brazo del asiento. Aplicó una cerilla al papel y éste se consumió en una brillante y fugaz llamarada, reflejando un leve fulgor en el cristal de la ventanilla. Después quedó hecho cenizas, que Richards redujo a polvo concienzudamente.

Unos cinco minutos más tarde, Amelia Williams se puso a gemir. Parecía tan real que, por un instante, Richards quedó perplejo. Después, un destello de comprensión en su mente le hizo ver que, muy probablemente, la angustia de la mujer era así de real.

– ¡No, por favor! –gemía–. No haga que ese hombre... le ponga entre la espada y la pared. Yo no le he hecho nada, y quiero irme a casa, con mi

esposo. Nosotros también tenemos una hija, de seis años, que se preguntará dónde está su mamá...

Richards notó que la ceja se le disparaba en un tic involuntario. No había previsto que la mujer hiciera tan bien su actuación, y no quería que continuara.

Se volvió hacia ella y, tratando de que no le oyeran ninguno de los espías, le murmuró:

–El tipo es estúpido, pero no hasta ese extremo. Todo saldrá bien, señora Williams.

–Eso es muy fácil de decir para usted, que no tiene nada que perder.

Richards no respondió, pues era patente que ella estaba en lo cierto. Fuera como fuese, no había nada que no hubiese perdido ya.

– ¡Muéstreselo! –suplicó ella–. Por el amor de Dios, ¿por qué no se lo enseña? Entonces no tendría más remedio que creerle y..., y detener a la gente que está en tierra. ¿Sabe que nos están apuntando con misiles? Se lo oí decir a McCone.

–No puedo –contestó Richards–. Para sacarlo del bolsillo tendría que poner el detonador en posición de seguridad, o correría el riesgo de que estallara accidentalmente. Además –añadió, dando a su voz un tono burlón–, no creo que se lo enseñara a McCone aunque pudiera. Es un gusano y tiene mucho que perder. Quiero hacerle sudar.

–No podré resistirlo –replicó ella, con voz ronca–. Casi creo que estoy a punto de saltar sobre usted y hacer que todo termine de una vez. De todos modos, ése va a ser el final, ¿verdad?

–No tiene usted que... –empezó a responder él, cuando de pronto se abrió la puerta entre los compartimentos de primera y segunda y entró McCone, casi como si hubiera acudido corriendo.

Tenía el rostro sereno pero, bajo la aparente calma, había una mirada extrañamente brillante que Richards reconoció de inmediato. Era el fulgor del miedo, lívido, cerúleo y palpitante.

–Señora Williams –masculló rápidamente–, tráiganos café, por favor. Café para siete. Me temo que tendrá que hacer de azafata en este vuelo.

La mujer se levantó sin mirar a ninguno de los dos.

– ¿Dónde está? –preguntó.

–Delante –le indicó McCone con suavidad–. Continúe recto y lo verá.

McCone seguía con su tono meloso y tranquilizador..., dispuesto a saltar sobre Amelia Williams en cuanto ésta hiciera un asomo de acercarse a Richards.

Amelia avanzó por el pasillo sin volver la vista atrás.

McCone observó a Richards y comentó:

– ¿Estaría dispuesto a terminar con este asunto si le consiguiera una promesa de amnistía, camarada?

–«Camarada». Esa palabra suena realmente grasienta en sus labios –replicó Richards, asombrado.

Cerró la mano que tenía libre y la contempló. Estaba salpicada de pequeños regueros de sangre seca causados por los rasguños y arañazos de su excursión por la espesura de los bosques de Maine.

–Realmente grasienta –añadió–, como una sartén llena de esas apestosas hamburguesas que sólo pueden adquirirse en las tiendas del

Auxilio Social de Co-op City. –Bajó la vista por un instante al bulto del bolsillo que seguía ocultándole a McCone–. En cambio, esto parece más un filete de primera. Sí, de primera. En estos filetes no hay más grasa que esa franja crujiente en la parte de fuera, ¿no es cierto?

–Amnistía –repitió McCone–. ¿Qué tal suena eso?

–Suena a mentira –dijo Richards con una sonrisa–. A una gruesa y asquerosa mentira. ¿No comprende que me doy perfecta cuenta de que usted no es más que un lacayo sin poder de decisión?

McCone enrojeció. No fue en absoluto un rubor pasajero, sino que enrojeció hasta que su rostro adquirió un tono similar al de los ladrillos.

–Será fantástico tenerle en mis manos, Richards. Tenemos unas balas de alta velocidad que le dejarán la cabeza como una calabaza arrojada a la acera desde lo alto de un rascacielos. Balas llenas de gas, que estallan por contacto. Aunque, por otra parte, un buen tiro en el vientre...

Richards le interrumpió con un grito:

– ¡Allá vamos! ¡Voy a activar el detonador!

McCone soltó un chillido. Retrocedió un par de pasos, se golpeó la rabadilla contra el respaldo acolchado del asiento número 95, perdió el equilibrio y cayó de espaldas en el asiento, agitando los brazos en el aire a la altura de la cabeza en un gesto delirante de autoprotección.

Sus manos quedaron congeladas en torno a su cabeza como pájaros petrificados, con los dedos abiertos. Su rostro asomaba desde la grotesca posición como una máscara mortuoria de yeso en la que alguien hubiese colgado un par de gafas de montura de oro, en plan de broma.

Richards se echó a reír. La carcajada le salió al principio titubeante, rota, extraña a sus propios oídos. ¿Cuánto tiempo hacía que no soltaba una auténtica carcajada, una risa abierta de esas que le salen a uno, libres e incontenibles, de lo más hondo del estómago? Le pareció que en toda su vida gris, dura y esforzada, jamás había gozado de una de tales risas. Sin embargo, por fin, ahora le estaba saliendo.

–Cerdo...

A McCone le falló la voz y sólo alcanzó a formar la palabra con los labios. Tenía las facciones torcidas y apretadas, como las de un osito de peluche muy usado.

Richards volvió a reírse. Se agarró con la mano libre al apoyabrazos del asiento y continuó riendo, riendo, riendo...

... Menos 022

Y CONTANDO...

Cuando la voz de Holloway informó a Richards de que el avión estaba cruzando la frontera entre Canadá y el estado de Vermont (Richards suponía que el piloto conocía su trabajo, pues él no alcanzaba a ver bajo el aparato más que oscuridad, interrumpida aquí y allá por esporádicos racimos de luces), dejó con cuidado la taza de café en una bandeja y preguntó:

– ¿Puede proporcionarme un mapa de Norteamérica, capitán Holloway?

– ¿Físico o político? –intervino una nueva voz.

Richards supuso que se trataba del navegante. Ahora, parecía que el tipo tenía la orden de mostrarse obsequioso y estúpido, y de hacer como si Richards no supiera qué mapa quería. Lo cual era cierto.

–Ambos –dijo Richards con voz monocorde.

– ¿Enviará por ellos a la mujer?

– ¿Cómo se llama, amigo?

Se produjo la pausa dubitativa de quien advierte, con un repentino sobresalto, que se han fijado especialmente en uno.

–Donahue –musitó.

–Bueno, Donahue, tiene usted dos piernas, ¿verdad? Entonces supongo que no le ha de costar mucho traerlos usted mismo.

Donahue se los llevó, en efecto. Era un tipo de cabello largo peinado hacia atrás según la moda de los motoristas, enfundado en unos pantalones tan ajustados que mostraban, en la entrepierna, algo que parecía una bolsa de pelotas de golf. Los mapas iban encerrados en unas fundas de plástico transparente. Richards desconocía en qué fundas iban envueltas las pelotas de Donahue.

–Lamento haber hablado de más –dijo el navegante, de mala gana.

Richards pensó que era fácil clasificar al tipo. Los jóvenes bien remunerados y con mucho tiempo libre, como aquél, pasaban gran parte de su tiempo merodeando por las miserables zonas de diversión de las grandes ciudades, vagando con sus carteras bien provistas, en ocasiones a pie, pero más a menudo en motocicletas especiales. Solían ser buscadores de homosexuales, a los que, naturalmente, decían que había que erradicar. « ¡Salvad los urinarios públicos para la democracia!», pensó. Aquellos tipos rara vez se aventuraban más allá de las inciertas zonas de diversión, y casi nunca penetraban en las tinieblas del gueto. Cuando lo hacían, acababan cagados de miedo.

Donahue se movió, incómodo bajo el prolongado repaso al que le sometía Richards.

– ¿Quiere algo más? –dijo.

– ¿Es usted un buscador de homosexuales, Donahue?

– ¿Cómo dice?

–No importa. Vuelva a su sitio y contribuya a que el avión siga volando.

Donahue desapareció de su vista apresuradamente.

Richards descubrió en seguida que el mapa de ciudades y carreteras era el político. Trazó con el dedo la trayectoria hacia el oeste que les había llevado de Derry a la frontera entre Vermont y Canadá, hasta localizar la posición aproximada en que se hallaban.

–Capitán Holloway...

– ¿Sí?

–Desvíese hacia la izquierda.

– ¿Qué?

Holloway parecía francamente sorprendido.

–Quiero decir al sur. Rumbo al sur. Y recuerde...

–Lo recuerdo –le cortó Holloway–. No se preocupe.

El avión se inclinó de costado. McCone continuó hundido en el asiento donde había caído, mientras miraba a Richards con ojos hambrientos, ausentes.

... Menos 021

Y CONTANDO...

Richards se sorprendió a sí mismo a punto de caer adormilado y se asustó. El monótono ronroneo de los motores resultaba traicionero e hipnótico. McCone advertía perfectamente lo que estaba sucediendo y su postura en el asiento se hizo más y más lobuna. Amelia también se había dado cuenta y estaba encogida en un asiento delantero, cerca de la cocina del aparato, contemplándoles a ambos.

Richards apuró otras dos tazas de café, pero no le sirvieron de mucho. Cada vez le era más difícil concentrarse en el mapa y en los comentarios monocordes de Holloway respecto a aquel vuelo fuera de la ley.

Por último, Richards se llevó el puño al costado donde le había herido la bala. El dolor fue inmediato e intenso, como un jarro de agua fría en el rostro. Por las comisuras de sus tensos labios escapó un gemido silbante, medio susurrado, mientras la sangre manaba de nuevo de la herida, empapándole la camisa y manchándole la mano.

Amelia emitió un grito de espanto.

–Pasaremos sobre Albany en unos seis minutos –le informó Holloway–. Si se asoma a la ventanilla, la verá aparecer por la izquierda.

–Tranquilo –murmuró Richards, sin dirigirse a nadie en concreto. O, más bien, hablando consigo mismo–. Tranquilo, relájate.

« ¡Dios mío!, ¿acabará pronto todo esto?» Sí. Muy pronto. Eran las ocho menos cuarto.

... Menos 020

Y CONTANDO...

Pudo ser un mal sueño, una pesadilla surgida de la oscuridad que penetraba en la enfermiza penumbra de su mente medio adormilada. O, más propiamente, pudo tratarse de una visión o una alucinación. A un nivel, su cerebro seguía concentrado y atento al problema de la navegación y al peligro constante que representaba McCone. A otro nivel, algo tenebroso se adueñaba de su mente. Las sombras se movían en la oscuridad.

Seguimiento positivo.

Enormes servomecanismos gimiendo y dando vueltas en la negra noche. Ojos infrarrojos destellando en espectros desconocidos. Pálidos fuegos fatuos verdes de cuadrantes y pantallas de radar.

Blanco. Tenemos un blanco.

Camiones rugiendo por carreteras de segundo orden y, sobre sus plataformas, antenas parabólicas de microondas enfocadas hacia el cielo nocturno efectuando triangulaciones a más de trescientos kilómetros unas de otras. Corrientes interminables de electrones emitidas por invisibles murciélagos. Emisión, eco. El intenso destello y el lento apagarse que permanece en la pantalla hasta que el siguiente barrido del haz electrónico vuelve a iluminarla, en una posición ligeramente más al sur.

¿Comprobado?

Sí. Trescientos kilómetros al sur de Newark. Podría dirigirse a Newark.

Newark está en Rojo. Y también el sur de Nueva York.

¿Sigue en vigor la Orden Ejecutiva?

En efecto.

Le teníamos perfectamente a tiro sobre Albany.

Tranquilo, camarada.

Camiones tronando por las calles de pueblos dormidos cuyas gentes asomaban la nariz por las ventanas cubiertas de cartones con ojos aterrorizados y llenos de odio. Enormes camiones rugiendo como fieras prehistóricas en la noche.

Abrir los hoyos.

Enormes motores chirriantes y grandes capirotes de cemento que se abren para que surjan unas guías de reluciente acero. Silos circulares como entradas al inframundo de los morlock. Hilillos de hidrógeno líquido vaporizándose.

Contacto. Tenemos contacto, Newark.

«Roger», Springfield. Nos mantenemos a la escucha.

Borrachos dormidos en los callejones despiertan embotadamente ante el tronar de los camiones y contemplan en silencio los retazos de cielo entre los apiñados edificios. Tienen los ojos hundidos y amarillentos, y sus bocas son líneas babeantes. En un reflejo senil, las manos buscan periódicos con qué protegerse del frío otoñal, pero ya no hay periódicos, pues la Libre-Visión ha acabado con los últimos. La Libre-Visión es la

dueña del mundo.

¡Aleluya! Los ricos fuman Dokes. Los ojos amarillentos captan el paso de unas luces desconocidas que destellan en el cielo. El tronar de los camiones se ha difuminado y llega a oleadas por las paredes de los desfiladeros, como mazazos de unos vándalos. Los beodos vuelven a dormir. Maldiciendo.

Le contactamos al oeste de Springfield.

Disparo sin retorno en cinco minutos.

¿Desde Harding?

Sí.

Le tenemos acorralado y a punto.

A través de la noche, las invisibles ondas de comunicaciones tienden una brillante red sobre el nordeste de los Estados Unidos. Los servomecanismos controlados por ordenadores de la General Atomics funcionan perfectamente. Los misiles giran y apuntan con rapidez desde mil emplazamientos para seguir el parpadeo de las luces verde y roja que surcan el cielo. Son como víboras de acero llenas de impaciente veneno.

Richards vio todo aquello y, pese a ello, siguió alerta a su entorno. La dualidad de su cerebro resultaba extrañamente reconfortante, en cierto modo. Le provocaba un despego de todo que se parecía mucho a la locura. Su dedo, manchado de sangre seca, siguió la ruta hacia el sur, poco a poco. Primero, al sur de Springfield; después, al oeste de Hartford; ahora...

Contacto.

... Menos 019

Y CONTANDO...

– ¿Señor Richards?

–Sí.

–Estamos sobre Newark, Nueva Jersey.

–Sí –repitió Richards–. Estaba viéndolo. ¿Holloway?

Este no respondió, pero Richards sabía que le estaba escuchando.

–Supongo que nos habrán estado apuntando desde que salimos, ¿me equivoco?

–Supone bien –dijo Holloway.

Richards miró a McCone.

–Imagino que están decidiendo si pueden permitirse derribarnos estando aquí su perro de presa profesional –dijo–. Calculo que resolverán que sí. Después de todo, lo único que habrán de hacer es entrenar a uno nuevo.

McCone empezó a gruñir, pero Richards lo consideró un gesto absolutamente inconsciente, un gesto que quizá podría rastrearse en todos los antecesores de los McCone hasta los hombres de las cavernas que habían aprendido a atacar a sus enemigos con piedras por la espalda, en lugar de enfrentarse a ellos a muerte según el ritual honorable pero infructuoso.

– ¿Cuándo volveremos a salir sobre campo abierto, capitán?

–No lo haremos. Al menos si seguimos este rumbo. Aunque al final saldremos al mar sobre plataformas de prospecciones petrolíferas frente a las costas de Carolina del Norte.

– ¿Así pues, desde aquí hacia el sur son todo suburbios de Nueva York?

–Más o menos, así es –asintió Holloway por el intercomunicador.

–Gracias.

Newark se extendía bajo el avión como un puñado de joyas enfangadas arrojado descuidadamente en el neceser de terciopelo negro de alguna dama.

–Capitán...

– ¿Sí? –respondió la voz cansina de Holloway. –Tome ahora rumbo al oeste.

McCone saltó en su asiento como si le hubieran pinchado. Amelia emitió un sorprendido sonido gutural.

– ¿Al oeste? –preguntó Holloway. Por primera vez, su voz sonaba insegura y atemorizada–. Con ese rumbo, se la está buscando. El rumbo oeste nos lleva sobre campo abierto. Entre Harrisburg y Pittsburgh, Pennsylvania es todo campos. Al este de Cleveland no hay ninguna gran ciudad más.

– ¿Intenta planificar mi estrategia por mí, capitán?

–No, yo...

–Rumbo al oeste –repitió Richards, taciturno.

Newark se alejó de ellos, abajo y a la derecha.

– ¡Está usted loco! –exclamó McCone–. ¡Ahora nos harán pedazos!

– ¿Con usted y otras cinco personas inocentes a bordo? ¿Este país honorable?

–Lo calificarán de error –dijo McCone–. Un error voluntario.

– ¿Usted no ve Informe Nacional por Libre-Visión? –preguntó Richards, sonriendo todavía–. Aquí no hay errores. Aquí no se ha cometido un error desde mil novecientos cincuenta.

Newark se perdía bajo el ala del aparato, reemplazada por la oscuridad.

–Veo que ya no se ríe, McCone... –musitó Richards.

... Menos 018

Y CONTANDO...

Media hora más tarde, la voz de Holloway llegó de nuevo hasta él por el intercomunicador. Parecía excitado.

–Richards, el control de Harding Rojo nos informa de que hay un mensaje emitido por ondas de alta intensidad para usted. Es de la Dirección de Concursos. Me han comunicado que le interesará lo que van a explicarle por Libre-Visión.

–Gracias.

Posó la mirada en la desconectada pantalla del Libre-Visor y estuvo a punto de pulsar el botón de puesta en marcha, pero retiró la mano como si el respaldo del asiento de delante, con su pantalla incorporada, estuviera abrasando. Una curiosa mezcla de temor reverente y de sensación de haber vivido ya la escena se apoderó de él. Era como estar de nuevo en el principio de todo el asunto. Sheila con su rostro delgado y cansado, el olor a col de la cocina de la señora Jenner, al fondo del pasillo. El estruendo de los concursos. Caminando hacia los billetes. El baño de los cocodrilos. Y los gritos de Cathy. Nunca habría un nuevo hijo, por supuesto. Ni siquiera aunque pudiera volver atrás, borrar todo lo sucedido y regresar al comienzo. Hasta aquella única hija enferma había tenido poquísimas probabilidades de ser engendrada.

–Conecte eso –dijo McCone–. Quizá quieran ofrecernos un..., un trato.

– ¡Cállese! –exclamó Richards.

Esperó un poco más, dejando que el temor reverente le inundara como agua pesada. Qué curioso presentimiento.

El dolor era insoportable. La herida todavía le sangraba, y sentía las piernas débiles y lejanas. No estaba seguro de que le sostuvieran cuando llegara el momento de poner fin a aquella mascarada.

Con un gruñido, se inclinó hacia delante y pulsó el botón. El Libre-Visor cobró vida con una increíble nitidez, producto de la amplificación de la señal. El rostro que llenaba la cámara, en actitud de paciente espera, era muy negro y muy conocido para Richards. Era Dan Killian, sentado tras su escritorio arriñonado de caoba, con el símbolo de la Dirección de Concursos grabado.

– ¡Hola! –dijo en voz baja Richards.

Estuvo a punto de caer de su asiento cuando Killian se incorporó, sonrió y dijo:

–Hola a usted, señor Richards.

... Menos 017

Y CONTANDO...

–No puedo verle, pero le oigo perfectamente –dijo Killian–. El comunicador de voces del aparato transmite su voz a través del equipo de radio de la cabina. Según me han informado, está usted herido.

– ¡Bah!, no es tan grave como parece –contestó Richards–. Me hice unos rasguños en el bosque.

– ¡Ah, sí! –exclamó Killian–. La famosa Huida a Través del Bosque. Bobby Thompson le sacó un gran partido ayer noche en el programa... Igual que a su presente hazaña, naturalmente. Mañana, esos bosques estarán llenos de gente a la busca de un retal de su camisa, o incluso de una funda de cinta de vídeo.

– ¡Qué lástima! –dijo Richards–. Hasta vi un conejo.

–Richards, ha sido usted el mejor concursante que hemos tenido nunca. Gracias a una mezcla de suerte y habilidad, no hay ninguna duda de que se ha convertido en el mejor. Lo suficiente como para que le propongamos un trato.

– ¿Qué trato? ¿Un pelotón de fusilamiento televisado a todo el país? –replicó Richards.

–Este secuestro del avión ha sido de lo más espectacular, pero también de lo más estúpido. ¿Sabe por qué? Pues porque, por primera vez, no está usted cerca de los suyos. Ha dejado a su gente atrás al remontar el vuelo. Incluso a esa mujer que le protege. Usted puede creer que es suya. Incluso puede que ella misma lo crea, pero no es así. Ahí arriba no hay nadie más que los nuestros, Richards. Está usted acabado. Por fin.

–Todo el mundo me dice eso continuamente, y sigo respirando.

–Las dos últimas horas ha estado respirando gracias a las órdenes tajantes al respecto de la Dirección de Concursos. Ha sido decisión mía, igual que he sido yo quien ha conseguido la autorización final para el trato que voy a ofrecerle. Ha habido una fuerte oposición de la vieja guardia, ya que nunca se había hecho nada igual, pero voy a exponerle en seguida los términos.

»Usted me preguntó a quién podría matar si llegaba hasta la cumbre con una ametralladora. Pues bien, Richards: uno de ellos sería yo. ¿Le sorprende?

–Supongo que sí. Le había tomado a usted por el negro de la casa.

Killian echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír, pero su risa sonaba forzada, como la de un hombre metido en una apuesta alta y presa de una gran tensión.

–He aquí el trato, Richards. Lleve el avión a Harding. Habrá un coche de la Dirección de Concursos en el aeropuerto. Simularemos una ejecución..., y luego le incorporaremos a nuestro equipo.

McCone lanzó un sorprendido jadeo de furia.

– ¡Killian! ¡Maldito negro! –exclamó.

Amelia Williams parecía aturdida.

–Magnífico –dijo Richards–. Sabía que era usted bueno, pero esto es realmente magnífico. Hubiera podido ser usted un gran vendedor de coches de segunda mano, Killian.

– ¿Le ha dado McCone la impresión de que estoy mintiendo?

–McCone es un buen actor. En el aeropuerto hizo una representación que habría merecido el premio de la Academia.

Sin embargo, Richards estaba preocupado. La manera en que McCone había mandado a Amelia a preparar café, en el momento en que la mujer parecía dispuesta a hacer estallar el explosivo... El constante e intenso antagonismo del jefe de Cazadores... Aquello no encajaba. ¿O sí? La cabeza empezó a dolerle como atravesada por mil agujas.

–Quizás intente usted engañarme sin que él lo sepa –añadió– contando con su reacción para pintarlo mejor. Killian replicó:

–Usted sí que ha hecho una buena representación con ese explosivo, señor Richards. Sabemos perfectamente que es un farol. En cambio, en este escritorio hay un pequeño botón rojo que no es en absoluto un farol. Veinte segundos después de que lo pulse, el avión será destrozado por misiles tierra-aire Diamondback con cabezas nucleares.

–La Negra Irlandesa tampoco es falsa –masculló Richards. Sin embargo, notó en la boca un sabor acre. El farol parecía ahora amargo.

–Claro que sí. No se puede abordar un avión Lockheed/G. A. con un explosivo plástico. No sin que se activen las alarmas. Existen cuatro detectores separados en el avión para frustrar los intentos de secuestro. Instalamos un quinto aparato en el paracaídas. Puedo asegurarle que las luces de alarma del aparato fueron observadas con gran interés y nerviosismo desde la torre de control del aeródromo Voigt cuando usted subió a bordo. Hasta entonces, la opinión generalizada era que probablemente tenía el explosivo. Había demostrado tener tantos recursos hasta aquel instante que parecía lógico pensar que lo tenía. Hubo un respiro de alivio más que notable cuando ninguno de los aparatos detectó peligro. Supongo que no tuvo usted oportunidad de conseguir esa Negra Irlandesa. Quizá no pensó siquiera en ello hasta que fue demasiado tarde. Bien, no importa. Eso le pone a usted en una peor posición, pero...

McCone se plantó de un salto al lado de Richards.

– ¡Ya le tengo! –gritó–. ¡Ahora es cuando por fin te vuelo tu maldita cabeza, estúpido!

Y apuntó el cañón de su arma contra la sien de Richards.

... Menos 016

Y CONTANDO...

–McCone, si hace eso es hombre muerto –dijo Killian.

McCone titubeó, dio un paso atrás y observó la pantalla del Libre-Visor con aire incrédulo. Empezó a retorcer y arrugar el rostro nuevamente. Apretó los labios en un mudo esfuerzo por recuperar el habla. Cuando por fin lo consiguió, no pudo articular más que un susurro.

– ¡Puedo acabar con él ahora mismo, aquí mismo! ¡Todos estamos a salvo! ¡Todos...!

Killian replicó, con aire preocupado:

– ¡Ya está usted a salvo ahora, maldito estúpido! ¡Y si hubiéramos querido cogerle, Donahue podría haberlo hecho ya!

– ¡Este hombre es un criminal! –La voz de McCone se convirtió en un chillido–. ¡Ha matado a agentes de policía! ¡Ha cometido actos de anarquía y de piratería aérea! ¡Y..., y me ha humillado públicamente, a mí y a mi departamento!

– ¡Siéntese! dijo Killian, con una voz más fría que el espacio exterior interplanetario–. Es hora de recordarle quién le paga el sueldo, señor Jefe de Cazadores.

– ¡Llevaré esto al presidente del Consejo! –McCone estaba hecho una furia, escupiendo saliva al hablar–. ¡Cuando esto termine se va a encontrar recolectando algodón, negro! Maldito cerdo inútil...

–Haga el favor de arrojar al suelo el arma –dijo una nueva voz.

Richards se volvió, sorprendido. Era Donahue, el navegante, con un aire más frío y letal que nunca. Su cabello engominado brillaba bajo la luz indirecta del compartimento de primera. Tenía en la mano la culata de una pistola automática Magnum/Springstun, con la que apuntaba a McCone.

–Robert S. Donahue, viejo. Consejo de Control de Concursos. Tírela al suelo.

... Menos 015

Y CONTANDO...

McCone le miró un largo segundo y, por último, su arma cayó sobre la gruesa moqueta con un ruido sordo.

–Usted...

–Creo que ya hemos oído toda la retórica que necesitábamos –le cortó Donahue–. Vuelva al compartimento de segunda y siéntese como un buen chico.

McCone retrocedió varios pasos, refunfuñando inútilmente. Miró a Richards como un vampiro de una antigua película de terror enfrentado a una cruz.

Cuando hubo desaparecido, Donahue dirigió a Richards un irónico saludo con el cañón del arma y sonrió. –Ya no le molestará más–dijo.

–Sigue usted pareciéndome un buscador de homosexuales, Donahue –respondió Richards sin levantar la voz.

La sonrisa irónica desapareció del rostro de Donahue, quien le contempló un instante con repentino y vacío disgusto antes de regresar a su puesto de navegante.

Richards volvió a centrar su atención en la pantalla del Libre-Visor. Advirtió que su pulso se había mantenido perfectamente estable a lo largo de toda la escena. No apreció que se le hubiera acelerado la respiración, ni sentía flojas las piernas. La muerte se había convertido ya en lo normal.

– ¿Está usted ahí, señor Richards? –preguntó Killian.

–Sí, aquí estoy.

– ¿Está solucionado el problema?

–En efecto.

–Bien. Volvamos entonces a lo que le estaba diciendo.

–Adelante.

Killian emitió un suspiro ante el tono de su respuesta. Después, continuó su discurso:

–Le estaba diciendo que tenemos la seguridad de que ese cuento del explosivo plástico es un farol. Esto empeora su situación, Richards, pero al mismo tiempo refuerza la credibilidad de cuanto le estoy ofreciendo. Entiende usted por qué, ¿verdad?

–Sí –respondió Richards con aire despreocupado–. Eso significa que pueden borrar este avión del aire cuando les apetezca. O que pueden ordenar a Holloway que lleve a tierra el aparato en cuanto le parezca.

–Exacto. ¿Se ha convencido ya de que sabemos que es un farol?

–No, pero reconozco que es usted mejor que McCone. Eso de utilizar a su lacayo ha sido un buen golpe de efecto.

Killian se echó a reír.

– ¡Ah, Richards, qué gran tipo es usted! ¡Un auténtico bicho raro e iridiscente!

Sin embargo, pese a sus palabras, Killian parecía tenso, forzado, sometido a gran tensión. A Richards le dio la impresión de que Killian

tenía alguna información que no deseaba en modo alguno facilitarle.

–Si hubiera tenido ese explosivo –continuó Killian–, habría activado el detonador cuando McCone le colocó el cañón en la sien. Usted estaba seguro de que iba a matarle, pero continuó ahí sentado sin pestañear.

Richards se dio cuenta de que todo había terminado. Sabía que ellos lo sabían... Una sonrisa iluminó sus facciones. A Killian le hubiera gustado verla, pues era un tipo sarcástico y agudo.

En todo caso, decidió Richards, Killian y los demás todavía tendrían que subir la apuesta si querían ver su carta oculta.

–No voy a hacer caso de nada de cuanto dice. Si me presiona, lo hago saltar todo.

–Y usted no sería quien es si no explotara su jugada hasta el último instante, desde luego. ¿Señor Donahue?

–Sí, señor.

La voz de Donahue, fría, eficiente y desprovista de emoción, llegó a Richards casi simultáneamente por el intercomunicador del avión y por la pantalla del Libre-Visor.

–Por favor, vuelva al compartimento de primera y quítele al señor Richards el bolso de la señora Williams que lleva en el bolsillo. Sin embargo, no debe hacer ningún daño a nuestro concursante.

–Sí, señor.

Richards recordó en ese instante, incoherentemente, la marca especial que habían efectuado en su tarjeta durante las pruebas de selección en la sede central de Concursos.

Donahue reapareció en la puerta que conducía a la zona de la tripulación y se encaminó hacia Richards con expresión fría, ausente y tranquila. «Está programado», se dijo Richards mentalmente.

–Quédese quieto donde está –indicó al navegante, al tiempo que movía levemente la mano que ocultaba en el bolsillo–. Killian lo tiene muy fácil porque está a salvo, en tierra, pero es usted el que va a salir volando a la luna si...

Le pareció que Donahue vacilaba un instante y que sus ojos parpadeaban con una levísima duda en sus pupilas, pero el tipo continuó avanzando. Era como si Donahue estuviera dando un paseo por alguna playa de la Costa Azul... o como si se acercara a algún homosexual declarado que se ocultara al final de un callejón sin salida.

Por un instante, Richards pensó en agarrar el paracaídas y escapar, pero era inútil. ¿Escapar? ¿Adónde? El servicio de caballeros al fondo del compartimento de tercera era el lugar más lejano al que podía llegar.

–Nos encontraremos en el infierno –dijo en voz baja, al tiempo que hacía el gesto de tirar del detonador con la mano oculta en el bolsillo.

El efecto no fue del todo satisfactorio, aunque mejoró el obtenido minutos antes. Donahue emitió un jadeo y levantó las manos para protegerse el rostro en un gesto instintivo tan viejo como el propio ser humano. Después las bajó, todavía en el reino de los vivos, con aire avergonzado y furioso.

Richards sacó el bolso de Amelia Williams del bolsillo enfangado y roto, y lo lanzó hacia Donahue. El bulto dio en el pecho de éste y cayó a sus pies como un pájaro muerto. Richards tenía la mano bañada en sudor. Al

dejarla caer sobre su regazo, apreció que tenía un aspecto extraño, pálida e irreconocible. Donahue recogió el bolso, lo registró con aire rutinario y se lo entregó a Amelia. Richards sintió una especie de estúpida tristeza al ver su gesto. De algún modo, era como si acabara de perder a un viejo amigo.

– ¡Buuum! –exclamó en voz baja.

... Menos 014

Y CONTANDO...

–Ese chico es muy bueno –dijo Richards a Killian con voz cansada cuando Donahue hubo desaparecido de nuevo–. Sólo he conseguido que parpadeara, cuando pensaba que iba a mearse en los pantalones.

Richards empezaba a advertir una extraña doble visión que iba y venía. Se palpó de nuevo el costado, cuidadosamente. La sangre empezaba a coagularse por segunda vez, a duras penas.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó–. ¿Ha instalado cámaras en el aeropuerto para que todo el mundo pueda ver cómo el peligroso criminal es despachado al otro mundo?

–Ahora vamos con el trato –respondió Killian sin alzar la voz.

Las facciones de su rostro eran impenetrables. Fuera cual fuese el secreto que guardaba, ahora parecía tenerlo justo bajo la superficie. Richards lo advirtió y, de pronto, se sintió de nuevo lleno de temor reverente. Deseó alargar el brazo y desconectar el aparato, dejar de oírlo para siempre. Notó que en sus entrañas se iniciaba un lento y terrible temblor. Una agitación auténtica y visible. Sin embargo, no pudo decidirse a accionar el mando. Naturalmente que no. Después de todo, era gratuita...

– ¡Aduéñate de mí, oh Satán! –dijo con voz pastosa.

– ¿Cómo?

Killian parecía aturdido.

–Nada, nada. Vamos a ver qué tiene que decirme.

Sin embargo, Killian no dijo nada. Se miró las manos con gesto reflexivo y volvió a levantar la mirada. Richards sintió que un compartimento ignorado de su mente gemía, presintiendo lo que iba a ocurrir. Le pareció que los fantasmas de los pobres y los humildes, de los borrachos dormidos en los callejones, susurraban su nombre.

–McCone está acabado –dijo por fin Killian, en voz baja–. Usted lo sabe porque es quien le ha dejado así. Le ha estrujado como a un huevo de cáscara blanda. He aquí mi propuesta: le ofrezco que ocupe su lugar.

Richards, que pensaba haber superado ya cualquier capacidad de sorpresa, advirtió que había quedado boquiabierto, aturdido de incredulidad. Tenía que ser mentira. Sí, tenía que serlo.

Sin embargo, Amelia volvía a tener ya su bolso y no había razón alguna para que le engañaran o le ofrecieran falsas ilusiones. Él estaba herido y solo, mientras que McCone y Donahue iban armados. Una simple bala bien disparada justo encima de su oreja izquierda acabaría con él sin más líos, sin más preocupaciones, limpiamente.

Conclusión: Killian estaba diciendo la verdad.

–Está usted chiflado –comentó Richards.

–No –replicó Killian–. Es usted el mejor concursante que hemos tenido nunca, y el mejor fugitivo sabe cuáles son los mejores lugares donde buscar. Abra un poco los ojos y verá que El fugitivo está pensado para

algo más que el entretenimiento de las masas o para librarse de personas peligrosas, Richards. La Cadena siempre está a la busca de nuevos talentos. Así tiene que ser.

Richards intentó responder, pero no encontró palabras. La sensación de temor reverente todavía le embargaba, apabullante e intensa.

–Nunca ha habido un Jefe de Cazadores con familia –dijo por último–. Ya sabe por qué: las probabilidades de extorsión…

–Richards –dijo Killian con suavidad infinita–, su esposa y su hija han muerto. Hace más de diez días que fallecieron.

... Menos 013

Y CONTANDO...

Dan Killian seguía hablando. Quizá llevaba un buen rato haciéndolo, pero Richards le oía sólo en la distancia, con su voz distorsionada por un extraño eco que resonaba en su mente. Era como estar atrapado en un pozo profundo y oír a alguien que hablaba desde el brocal. Su mente había entrado en una oscuridad insondable, y las tinieblas servían de telón de fondo para una especie de pase de diapositivas mentales. Una vieja foto de Sheila caminando apresuradamente por las galerías comerciales de Co-op City con una carpeta llena de hojas sueltas bajo el brazo. En esa época, las faldas micro se habían puesto de moda nuevamente. Una imagen congelada de ellos dos sentados en la punta de la escollera del puerto (entrada gratuita), de espaldas a la cámara, contemplando el agua con las manos entrelazadas. Una instantánea en color sepia de un hombre joven con un traje que le venía grande y una muchacha con el mejor vestido de su madre –guardado especialmente para la ocasión–, frente a un juez de paz con una gran verruga en la nariz. Durante la noche de bodas, se habían reído mucho de aquella verruga. Una fotografía en blanco y negro de un hombre sudoroso, con el pecho descubierto bajo un traje protector de plomo, y dedicado a limpiar las palancas y tuberías de un potente motor en un enorme subterráneo abovedado, que una serie de tubos fluorescentes se encargaba de iluminar. Una foto en colores suaves (difuminados para que no se apreciara el fondo desolado y triste) de una mujer embarazada mirando por una ventana de raídas cortinas a su hombre, de regreso al hogar. La luz es como una suave caricia en sus mejillas. Una última imagen: otra vieja instantánea de un tipo delgado sosteniendo en alto la minúscula forma de un recién nacido, en una curiosa mezcla de gesto amoroso y de triunfo, con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro.

Las imágenes empezaron a pasarle más y más aprisa, como en un torbellino, sin provocarle ya sensación alguna de dolor, de amor o de ausencia; no, ya no. Lo único que sentía Richards ahora era el frío aturdimiento de la novocaína.

Killian le aseguró que la Cadena no tenía nada que ver con las muertes, que se había tratado de un terrible accidente. Richards supuso que debía creerles, no sólo porque la historia parecía demasiado falsa como para que no fuera verdad, sino porque Killian sabía que si Richards aceptaba la oferta su primera escala sería en Co-op City, donde una sola hora en las calles le pondría en antecedentes de lo sucedido.

Habían sido los merodeadores. Tres de ellos. (¿O acaso era un disfraz?, se preguntó Richards, con un repentino vuelco del corazón. Sheila había mostrado un tono de voz ligeramente furtivo durante su breve conversación telefónica, como si ocultara algún secreto.) Probablemente, Sheila y Cathy se habían visto amenazadas y su esposa había tratado de proteger a la pequeña. Ambas habían muerto de heridas de arma blanca,

según Killian.

Este último pensamiento le devolvió a la realidad.

– ¡No me venga con ésas! –gritó de improviso. Amelia retrocedió de un salto y se tapó el rostro inmediatamente–. ¿Qué ha sucedido? ¡Cuénteme ahora mismo los detalles!

–No puedo decirle mucho más. Su esposa recibió sesenta puñaladas.

–Sheila… –gimió Richards con voz hueca. Killian frunció el ceño.

– ¿Le gustaría disponer de un poco de tiempo para pensar en todo esto, Richards? –inquirió.

–Sí. Sí, me gustaría.

–Lo siento muchísimo, camarada –añadió Killian–. Le juro por mi madre que no hemos tenido nada que ver. Nuestra actuación habitual hubiera consistido en tenerlas apartadas de usted y concederle derecho a visitas. Ningún hombre, de eso estamos seguros, trabajaría voluntariamente para la gente que ha asesinado a su familia.

–Necesito tiempo para pensarlo.

–Como Jefe de Cazadores –insistió Killian con voz reposada–, podría usted buscar a esos cerdos y darles su merecido sin contemplaciones. Y no sólo a ellos, sino a otros muchos parecidos.

–Quiero pensármelo. Adiós.

–Yo…

Richards alargó la mano y desconectó el Libre-Visor. Permaneció en su asiento como un bloque de piedra. Las manos le colgaban sin fuerza entre las rodillas. El avión seguía ronroneando en las tinieblas.

Todo estaba consumado, meditó Richards. Absolutamente todo.

... Menos 012

Y CONTANDO...

Transcurrió una hora.

Las imágenes siguieron superponiéndose en su mente. Stacey. Bradley. Elton Parrakis con su cara aniñada. Una huida de pesadilla. La llama de la última cerilla para encender los periódicos en el sótano del hostal de la Y.M.C.A. Los coches a gasolina derrapando entre chirridos, los fusiles automáticos escupiendo fuego. La voz ronca de Laughlin. La imagen de aquellos dos niños, jóvenes agentes de la Gestapo.

«Bueno–se dijo–. ¿Por qué no?»

Ahora no tenía vínculos y, desde luego, carecía de moral. ¿Acaso la moral podía contar en algo para un hombre solo y a la deriva? Killian había expuesto con toda claridad, con tranquila y amable brutalidad, la soledad en que Richards se encontraba. Bradley y su apasionada propaganda contra la contaminación atmosférica parecían ahora tan distantes, irreales y carentes de importancia... Los filtros nasales. Sí, en otro momento la cuestión de los filtros nasales había parecido muy importante. Pero ya no.

«El pobre que siempre llevarás contigo.»

Cierto. Incluso el propio Richards había producido un ser más para la máquina de matar. Con el tiempo, los pobres se adaptarían, mutarían. Sus pulmones producirían su propio sistema de filtración en un plazo de diez mil años, o de cincuenta mil, y finalmente se levantarían, se desprenderían de sus filtros artificiales y verían a sus amos agitarse, jadear y perder la vida, ahogados en una atmósfera en la que el oxígeno sólo jugaba un papel insignificante. Y en el fondo, ¿qué le importaba ahora el tiempo futuro? Ahora, todo era despreciable para Richards.

Habría una época de desastres. Sin embargo, los amos podrían preverla y prevenirla. Incluso habría estallidos de violencia y momentos de rebelión. ¿Habría nuevos intentos abortados de hacer público otra vez el envenenamiento deliberado del aire que respiraban? Quizá, pero los amos podrían hacerse cargo de ello. Y se ocuparían de él, en previsión del momento en que él pudiera ocuparse de ellos. Richards comprendió instintivamente que podría hacerlo. Sospechó que incluso tenía una cierta capacidad genial para llevarlo a cabo. Y ellos le ayudarían, le curarían. Médicos y medicinas. Un lavado de cerebro. Un cambio de mentalidad.

Y luego la paz.

La contradicción enraizada como una mala hierba en lo más hondo de su ser.

Richards ansiaba la paz fervientemente, como el hombre anhela el agua en pleno desierto.

Amelia Williams lloraba incesantemente en su asiento, pese a que ya hacía muchas horas que sus lágrimas hubieran debido agotarse, en buena lógica. Richards se preguntó con indiferencia qué sería de ella en el futuro. Difícilmente se la podría devolver a su marido y a su familia en el estado

en que se hallaba; sencillamente, no era la misma mujer que se había detenido en un stop rutinario con la cabeza llena de recetas y reuniones, de clubes y de cocinas. La mujer estaba en la Lista Negra, era una persona peligrosa. Richards supuso que habría fármacos y terapias para volverla a la normalidad. Sí; debía de haber sistemas para volver al Lugar Donde Se Bifurcan Dos Caminos, para determinar la razón por la que se había escogido el camino equivocado. Un carnaval de oscuras asociaciones mentales.

Sintió de pronto el impulso de acercarse a ella, de consolarla, de asegurarle que no estaba tan mal, que un simple par de esparadrapos de psiquiatra la recompondrían, la harían incluso mejor de lo que era antes.

Sheila. Cathy.

Los nombres se repetían en su mente como tañidos de campanas, como palabras dichas una y otra vez hasta quedar reducidas al absurdo. Di tu nombre doscientas veces seguidas y descubrirás que no tienes. Sentir lástima le resultaba imposible; sólo era capaz de albergar una confusa sensación de irritación y turbación. Le habían escogido, le habían hecho correr como un conejo y, al final, no había resultado ser más que un bufón. Recordó a un chico de su escuela que se había puesto en pie para realizar la Promesa de Fidelidad y, en medio de la clase, se le habían caído los pantalones.

El avión seguía con su zumbido. Richards se sumergió en un duermevela. Las imágenes iban y venían sin orden ni concierto; episodios enteros pasaban ante sus ojos sin el menor color emocional.

Y, por fin, un último álbum de instantáneas: una copa satinada de veinticinco por veinte tomada por un aburrido fotógrafo de la policía que quizá mascaba chicle. Prueba C, damas y caballeros del jurado. Un cuerpecito roto y ensangrentado en una cuna revuelta. Manchas y regueros de sangre en las paredes de estuco barato y en el móvil de Mamá Oca, comprado por una moneda. Un gran coágulo viscoso en el osito de peluche de segunda mano, al que faltaba un ojo.

Se despertó de pronto y se incorporó de un brinco, con la boca abierta en un grito de espanto. La fuerza con que sus pulmones expelieron el aire fue tal que la lengua le vibró como una vela al viento. Todo, absolutamente todo en el compartimento de primera clase se hizo de pronto clara y vibrantemente real, sobrecogedor, terrible. Todo adquirió la granulada realidad de un espantoso reportaje de noticiario. Laughlin destrozado en aquel almacén de Topeka, por ejemplo. Todo era muy real y en technicolor.

Amelia soltó al unísono un grito aterrorizado y se contrajo en el asiento con los ojos desorbitados, como dos picaportes de porcelana, intentando meterse todo el puño en la boca.

Donahue apareció a toda prisa por el pasillo, empuñando su pistola. Sus ojos eran dos entusiastas perlas negras.

– ¿Qué sucede? ¿Algo va mal? ¿McCone?

–No –respondió Richards, notando que el corazón remitía en su galope lo bastante para que su voz no sonara desesperada y agobiada–. He tenido una pesadilla. Mi hijita…

– ¡Ah!

La expresión de Donahue se dulcificó en un gesto de fingida simpatía. Se le notaba la falta de práctica. Quizá seguiría siendo un pobre diablo toda su vida. Cuando se volvía para irse, Richards le llamó:

– ¿Donahue?

El aludido dio media vuelta, cansinamente.

–Antes le di un buen susto, ¿verdad? –preguntó Richards.

–No.

Tras este monosílabo Donahue se alejó por el pasillo. El tipo era cuellicorto, y sus nalgas, dentro del ceñido uniforme azul, parecían las de una chica.

–Podría asustarle más todavía –insistió Richards–. Podría amenazar con arrancarle los filtros nasales. Donahue hizo mutis de la escena.

Richards cerró los ojos de cansancio. La foto satinada volvió a aparecer ante él. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. La fotografía satinada desapareció. Aguardó un poco y, cuando tuvo la seguridad de que no iba a reaparecer (al menos de momento), abrió los párpados y pulsó el botón del Libre-Visor.

El aparato se iluminó, mostrando a Killian.

... Menos 011

Y CONTANDO...

–Richards... –musitó Killian inclinándose hacia delante, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su tensión.

–He decidido aceptar —dijo Richards.

Killian se recostó en su asiento y la única parte de su cuerpo que sonrió fueron sus ojos.

–Me alegro mucho –dijo.

... Menos 010

Y CONTANDO...

– ¡Jesús! –musitó Richards, en el quicio de la portezuela de la cabina.

Holloway se volvió hacia él.

–Hola –masculló el piloto, que acababa de hablar con algo denominado VOR Detroit.

Duninger estaba tomando un café.

Los dos tableros de control estaban desatendidos, pero seguían ofreciendo datos y guiando los elementos de vuelo como si respondieran a las instrucciones de unas manos y unos pies fantasmagóricos. Los indicadores giraban, las luces destellaban, y parecía producirse un enorme y constante entrar y salir de datos... que nadie recogía.

– ¿Quién está llevando el autobús? –preguntó Richards, fascinado.

–Otto –repuso Duninger.

– ¿Otto?

–Otto, el piloto automático, ¿entiende? Un juego de palabras malísimo –dijo Duninger con una sonrisa–. Me alegro de tenerle en el equipo, camarada. Quizá no se lo crea, pero algunos de los muchachos estaban a su favor.

Richards asintió con aire evasivo.

Holloway asomó en el angosto pasillo y dijo:

–A mí Otto también me asombra, aunque haga ya veinte años que lo utilizamos. Sin embargo, es absolutamente seguro. Y terriblemente sofisticado. Hace que los antiguos pilotos automáticos parezcan..., bueno, son como cajas de madera de naranjo al lado de unos muebles estilo Chippendale.

– ¿De veras? –inquirió Richards, con la mirada fija en la oscuridad de la cabina.

–Sí. Se señala un P. D., el Punto de Destino, y Otto se encarga de todo, ayudado continuamente por el radar de voz. Otto hace totalmente superflua la presencia del piloto, salvo para el despegue y el aterrizaje, o cuando se presenta un problema.

– ¿Y se puede hacer gran cosa si realmente se produce un problema? –preguntó Richards.

–Se puede rezar –respondió Holloway.

Quizá pretendía sonar gracioso, pero la frase le salió tan extrañamente sincera que quedó flotando en la cabina.

–Ese volante ¿realmente lleva la nave? –continuó Richards.

–Sólo hacia arriba o hacia abajo –le explicó Duninger–. Lo llamamos timón. Los pedales controlan la inclinación lateral.

–Suena tan fácil como conducir un carrito de niño.

–Es un poco más complicado, pero no mucho –continuó Duninger con una sonrisa–. Digamos que hay unos cuantos botones más que pulsar.

– ¿Y qué sucede si Otto deja de funcionar?

–Eso no sucede nunca pero, si ocurriera, el piloto puede encargarse de

la nave desconectándolo. Sin embargo, el ordenador no se equivoca nunca, camarada.

Richards quiso marcharse, pero la visión del timón y de los minúsculos ajustes que efectuaban los pedales le retuvo en la cabina. Holloway y Duninger se concentraron de nuevo en su trabajo. Las comunicaciones con la torre y las series de números casi esotéricas que recitaban se confundían con el crujido de la electricidad estática.

Holloway volvió la vista atrás una vez y pareció sorprendido al encontrarle allí todavía. Sonrió y señaló hacia la oscuridad.

–Pronto verá aparecer Harding.

– ¿Cuánto queda?

–En cinco o seis minutos podrá ver el resplandor en el horizonte.

En cuanto Holloway se dio la vuelta, Richards abandonó la cabina. El piloto comentó con su segundo:

–Me alegraré cuando ese tipo nos deje. Me da miedo.

Duninger bajó la mirada, malhumorado, con el rostro bañado por la luz verde y fluorescente del panel de instrumentos.

–No le gusta Otto, ¿te has fijado?

–Sí –respondió Holloway.

... Menos 009

Y CONTANDO...

Richards empezó a regresar por el estrecho pasillo hacia el compartimento de primera. Friedman, el encargado de comunicaciones, no le miró siquiera. Ni tampoco Donahue. Richards cruzó ante la zona de cocina y se detuvo.

El aroma a café era intenso y reconfortante. Se sirvió una taza, añadió un poco de crema instantánea y se sentó en uno de los lugares reservados a las azafatas fuera de servicio. La cafetera burbujeaba y despedía vapor.

En los refrigeradores había una dotación completa de alimentos congelados de aspecto muy apetitoso, con los correspondientes botellines de bebida.

«Aquí, cualquiera podría pillar una buena borrachera», pensó.

Dio un sorbo a su café. Era fuerte y sabroso. La cafetera seguía burbujeando.

«Aquí estamos», se dijo dando un último sorbo. Sí, no había duda de ello. Allí estaba, sorbiendo un café.

A su alrededor, la batería de cocina del aparato estaba perfectamente colocada en sus lugares correspondientes. El fregadero de acero inoxidable refulgía como una joya cromada en un mueble de formica. Y, siempre, la cafetera burbujeando y despidiendo vapor sobre la plancha de calentar. Sheila siempre le había pedido una cafetera de esa marca. «Las Silex duran mucho», decía.

Richards se echó a llorar.

En la zona de cocina había también un pequeño water en el que sólo se habían posado las nalgas de las azafatas. La puerta estaba entreabierta y Richards alcanzó a ver incluso el agua azulada, estrictamente desinfectada, de la taza. Defecar en un ambiente de refinado esplendor a cincuenta mil pies de altitud...

Se sirvió una nueva taza, contempló la cafetera burbujeante y se echó a llorar otra vez. Su llanto era reposado y absolutamente silencioso, y cesó al mismo tiempo que terminaba la segunda taza de humeante café.

Se levantó y dejó la taza en el fregadero. Asió la cafetera por el mango de plástico marrón y vertió con cuidado su contenido en el desagüe. El grueso cristal de la cafetera quedó bañado de grandes gotas de vapor condensado.

Se limpió los ojos con la manga de la chaqueta y volvió a penetrar en el estrecho pasillo. Entró en el compartimento de Donahue con la cafetera en la mano.

– ¿Quiere un poco de café? –preguntó.

–No –respondió Donahue lacónicamente, sin levantar la vista.

–Claro que sí –replicó Richards.

Alzó un pesado recipiente sobre la cabeza inclinada de Donahue y lo descargó sobre su cráneo con toda la fuerza de que fue capaz.

... Menos 008

Y CONTANDO...

El esfuerzo le abrió la herida del costado por tercera vez, pero la cafetera no se rompió. Richards se preguntó si estaría reforzada (¿con vitamina C, quizás?) para que no se rompiera en caso de caer al suelo debido a una turbulencia en vuelo. El golpe provocó una efusión de sangre sorprendentemente intensa de la cabeza de Donahue, que cayó en silencio sobre su mesa de mapas. Un reguero de sangre corrió sobre las cartas de navegación plastificadas hasta gotear de ellas al suelo.

–Roger cinco, C-uno-cuatro-nueve-ocho –decía una voz estentórea por la radio.

Richards tenía aún la cafetera en la mano, manchada de sangre y de cabellos de Donahue.

La dejó caer al suelo, pero no se produjo ningún estrépito. Allí había moqueta y la burbuja de cristal de la cafetera rodó por ella como un globo ocular inyectado en sangre que le hiciera un guiño. De improviso, evocó nuevamente la fotografía de Cathy muerta en su cunita y sintió un escalofrío.

Levantó por la cabellera el peso muerto de Donahue y revolvió los bolsillos de su chaqueta azul de vuelo. La pistola estaba allí. Se disponía a dejar caer la cabeza de Donahue sobre la mesa de mapas otra vez, pero se detuvo y la levantó un poco más. La boca de Donahue quedó colgando, desencajada, con un aire malévolo, casi de deficiente mental. La sangre inundaba su cavidad bucal.

Richards limpió la sangre de una de sus fosas nasales y observó su interior. Al fondo, apenas perceptible, vio una mezcla de sangre y masa encefálica.

–Control de tierra llamando a C-uno-cuatro-nueve-ocho –dijo la radio.

– ¡Eh, eso es para ti! –oyó gritar a una voz desde el compartimento anexo–. ¡Donahue...!

Richards salió al pasillo cojeando. Se sentía muy débil. Friedman levantó la cabeza y le dijo:

– ¿Quiere decirle a Donahue que mueva el culo y conteste...?

Richards le disparó justo encima del labio superior. Los dientes salieron despedidos como cuentas de un collar roto. Cabellos, sangre y sesos quedaron estampados como una mancha de Rorschach en la pared tras la silla, donde una foto en tres dimensiones mostraba a una chica tendida sobre una cama de caoba barnizada, con unas piernas inmensas eternamente extendidas ante el espectador.

En la cabina de los pilotos se oyó una exclamación ahogada y Holloway hizo un esfuerzo desesperado e inútil para cerrar la portezuela. Richards advirtió que el piloto tenía una pequeña cicatriz en la frente, en forma de signo de interrogación. Era una cicatriz típica de un chiquillo aventurero que hubiera caído al suelo desde la rama de un árbol donde jugaba a ser piloto.

Disparó contra Holloway y le dio en pleno vientre. Holloway soltó un gemido de sorpresa, las piernas dejaron de sostenerle y cayó al suelo de bruces.

Duninger, en el asiento del copiloto, se volvió hacia Richards con el rostro blanco como la luna.

–No me mate, ¿eh?–murmuró.

Sus pulmones no soltaron el aire suficiente para que la frase sonara a afirmación.

– ¿Que no? –respondió suavemente Richards, al tiempo que disparaba.

Algo estalló y despidió una llamarada con breve violencia detrás de Duninger cuando éste cayó hacia delante. Silencio.

–Control de tierra llamando a C-uno-cuatro-nueve-ocho –repitió la radio.

Richards se sintió indispuesto de repente, y devolvió una buena cantidad de café mezclado con bilis. La contracción muscular le abrió la herida todavía más, y el costado empezó a latirle dolorosamente.

Se acercó cojeando a los instrumentos, que seguían moviéndose en un interminable y complejo tándem. Había demasiados controles y medidores, pensó.

– ¿No tendrían algún canal de comunicaciones abierto permanentemente en un vuelo de tanta importancia? Sí, seguramente sí.

–Adelante –dijo Richards sin mucha convicción.

– ¿Tenéis conectado el Libre-Visor ahí arriba, C-uno-cuatro-nueve-ocho? Nos ha llegado una última transmisión bastante confusa. ¿Sigue todo bien?

–Muy bien –respondió Richards.

–Dile a Duninger que me debe una cerveza –replicó la voz crípticamente.

Después, sólo quedó el crujido de la electricidad estática de fondo.

Otto se había hecho cargo del autobús.

Richards inició el regreso al compartimento de pasajeros para terminar su trabajo.

... Menos 007

Y CONTANDO...

– ¡Oh, Dios mío! –gimió Amelia Williams.

Richards echó un vistazo a su propio cuerpo, despreocupadamente. Todo su costado derecho, desde las costillas hasta la pantorrilla, era una mancha brillante de sangre fresca.

– ¿Quién hubiera dicho que el tipo tenía tanta sangre en sus venas? – murmuró al verse.

McCone apareció de pronto en el compartimento de primera clase, con una pistola en la mano. Al ver a Richards, se plantó ante él. Ambos dispararon al mismo tiempo.

McCone desapareció tras la cortina que separaba primera y segunda clase. Richards cayó sentado al suelo. Se sentía muy cansado, y tenía un gran agujero en el vientre, por el cual se veían los intestinos.

Amelia se había puesto a chillar desaforadamente con las manos tirando de las mejillas como si éstas fueran de plástico.

McCone volvió a aparecer en el compartimento, tambaleándose. En la boca lucía una sonrisa. Parecía que le faltaba media cabeza, arrancada del resto por el disparo, pero aun así sonreía.

Disparó dos veces. La primera bala se incrustó en la pared por encima de la cabeza de Richards. La segunda fue a dar justo bajo la clavícula de éste.

Richards volvió a disparar. McCone dio un par de pasos tambaleándose, como si estuviera ebrio. La pistola se le escurrió de entre los dedos y de pronto pareció que el tipo se ponía a observar el compacto techo de polietileno blanco del compartimento de primera clase, comparándolo quizá con el de segunda. Por fin, cayó al suelo. El olor a pólvora y a carne quemada era penetrante y vivo, tan característico como el aroma a manzana de las prensas para sidra.

Amelia seguía chillando. Richards se admiró de lo saludable que sonaba la voz de la mujer.

... Menos 006

Y CONTANDO...

Richards se puso en pie muy lentamente, con una mano sobre el vientre para que no se le salieran los intestinos.

Avanzó lentamente entre las filas de asientos, doblado sobre sí mismo con una mano a la altura del diafragma, como si hiciera una reverencia. Asió el paracaídas con la otra mano y lo arrastró tras de sí. Un par de palmos de grisáceos intestinos se le escaparon del agujero del vientre y volvió a metérselos, en un gesto doloroso. Tenía la vaga sensación de estar cagándose en los pantalones.

– ¡Oh! –gemía Amelia Williams sin cesar–. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!

–Póngase esto –le indicó Richards.

La mujer continuó gimiendo y moviéndose de un lado a otro, sin escucharle. Richards dejó caer el paracaídas y le dio a Amelia un par de bofetones, pero no pudo hacerlo con fuerza. Cerró el puño y volvió a descargarlo sobre ella. Amelia calló de inmediato y le miró con expresión desconcertada.

–Póngase esto –repitió–. Como si fuera una mochila, ¿entendido?

Amelia asintió, pero a continuación dijo:

–No puedo. No puedo saltar. Tengo miedo.

–Vamos a estrellarnos. Tiene que saltar.

– ¡No!

–Está bien. Entonces, le voy a pegar un tiro.

La mujer se levantó del asiento como impulsada por un resorte, pasó junto a Richards golpeándole de costado y empezó a colocarse el paracaídas enérgicamente, con los ojos abiertos como platos. Mientras se ajustaba las correas, Amelia volvió a alejarse de Richards.

–No, –dijo éste–. Esa correa va por..., por debajo.

La mujer corrigió la posición de la correa a toda prisa, retrocediendo hacia el cuerpo de McCone cuando Richards dio un paso en dirección a ella.

–Ahora ate el gancho a la anilla. Páselo alrededor de su vientre.

Ella obedeció con dedos temblorosos y, al fallar el primer intento, rompió en sollozos una vez más. Sus ojos estaban clavados en Richards con expresión demente.

Estuvo a punto de resbalar en la sangre de McCone y, a continuación, pasó por encima del cuerpo de éste.

Amelia Williams y Richards retrocedieron así toda la longitud del avión, desde el compartimento de primera hasta el de tercera. Las punzadas de dolor en el vientre se habían convertido ya en un ardor corrosivo y permanente.

La puerta de emergencia estaba cerrada con pernos explosivos y una barra controlada por el piloto desde la cabina. Richards le entregó la pistola a la mujer.

–Dispare contra la puerta. Yo... no puedo resistir el retroceso.

Amelia cerró los ojos, volvió el rostro y apretó el gatillo del arma de Donahue por dos veces. El tercer disparo ya no salió. El arma había quedado descargada. La puerta siguió cerrada, y Richards sintió una difusa y mareante desesperación. Amelia jugueteaba nerviosamente con el cordón de apertura del paracaídas, enroscándolo entre los dedos.

–Quizás... –empezó a decir Amelia.

Y, de pronto, la puerta desapareció en la noche con un estampido, absorbiendo consigo a Amelia.

... Menos 005

Y CONTANDO...

Doblado hacia delante y venciendo la fuerza de aquel huracán a la inversa, Richards consiguió apartarse de la abertura culebreando como una anguila, asido a los respaldos de los asientos. Si el avión hubiera estado a superior altura, la mayor diferencia de presión le habría arrastrado también, sin duda. A la altitud en que se hallaba, el viento le zarandeaba brutalmente y sus pobres intestinos se le salían del vientre y le colgaban hasta el suelo. El frío aire nocturno, enrarecido y afilado a dos mil pies, era como un bofetón de agua fría. El ardor de sus entrañas se había convertido en una antorcha.

Atravesó la segunda clase. Ahora iba mejor, la succión no era tan intensa. Pasó sobre el cuerpo tendido de McCone («Salga de mi camino, por favor») y cruzó el compartimento de primera. La sangre le salía profusamente de la boca.

Se detuvo a la entrada de la zona de cocina e intentó recogerse los intestinos. Sabía que a éstos no les gustaba nada estar allí fuera. No les gustaba en absoluto. Estaban ensuciándose. Deseó llorar por sus pobres y frágiles intestinos, que no habían buscado nada de todo aquello.

No consiguió recogérselos del todo. Estaban enredados y no había modo. Ante sus ojos pasaron unas espeluznantes imágenes de los libros de biología de la escuela. Comprendió con luminosa y repentina claridad que estaba al borde de la muerte irremisible y lanzó un grito desesperado entre una bocanada de sangre.

No hubo respuesta en el avión. No quedaba nadie, salvo él y Otto.

El mundo parecía perder color al tiempo que su cuerpo se quedaba sin su propio fluido carmesí. Se apoyó de través en la entrada a la zona de cocina como un borracho apoyado en una farola y advirtió que, a su alrededor, las cosas adquirían un tono gris, cambiante y fantasmal.

«Es el fin. Me muero.»

Gritó de nuevo, y el mundo volvió a hacerse real ante sus ojos, con un dolor lacerante. Todavía no. Primero tenía que...

Cruzó la zona de cocina y tomó el pasillo, con los intestinos colgando en grandes lazos a su alrededor. Era sorprendente los muchos metros que cabían allí dentro. Tan redondos, tan firmes, tan bien empaquetados...

Pisó una parte de sí mismo y algo en su interior tiró de él. El estallido de dolor fue indescriptible, superior a cualquier otro. Richards gritó con todas sus fuerzas. Perdió el equilibrio, y habría rodado por el suelo de no haber tropezado antes con la pared.

«Tengo un tiró en el vientre. ¡En el vientre!»

Su cerebro, fuera de control, respondió: Clic, clic, clic. Quedaba una cosa por hacer.

Un tiro en el vientre era en opinión de muchos, el peor de todos. Cierta vez había sostenido una discusión sobre las peores maneras de morir, durante el tiempo del bocadillo en el trabajo. Eso fue cuando era limpiador

de motores, robusto, animoso y lleno de sangre, de orina y de semen. Todos lo eran y, entre bocado y bocado, se dedicaban a comparar los méritos del envenenamiento por radiación, el congelamiento, la paliza, la caída al vacío o la asfixia por inmersión. Y alguien había mencionado el tiro en el vientre. Harris, quizás. Un tipo gordo que bebía cerveza ilegal en horas de trabajo.

«En el vientre duele mucho –había dicho Harris–. Y se tarda mucho en morir.» Y todos los demás habían asentido solemnemente, sin tener la menor idea de qué era el dolor.

Richards continuó su avance por el pasillo, apoyándose en ambas paredes. Pasó ante Donahue. Ante Friedman, con su radical cirugía dental. Los brazos se le dormían, y el dolor del vientre (de lo que había sido el vientre) era cada vez peor. Sin embargo, a pesar de todo seguía adelante, mientras su cuerpo destrozado intentaba cumplir las órdenes del desquiciado Napoleón encerrado dentro de su cráneo.

« ¿Dios mío, será éste el final de Rico?»

Jamás hubiera pensado Richards que llevara dentro de sí tantas imágenes agónicas. Le pareció que su mente se volvía hacia dentro, devorándose a sí misma en unos últimos segundos febriles. «Una. Cosa. Más.»

Cayó sobre el cuerpo tendido de Holloway y se quedó allí, repentinamente adormilado. «Una cabezada. Sí. Nada más. Demasiado esfuerzo levantarse. Otto y su zumbido. La canción de cumpleaños para el chico que se va a dormir. Chist... La ovejita en el prado, la vaca en la era... »

Levantó la cabeza, en un tremendo esfuerzo. La cabeza era de acero, de hierro forjado, de plomo... Vio ante sí los controles gemelos del avión con su danza inmutable. Más allá de los paneles, tras el parabrisas de plexiglás, estaba Harding.

Demasiado lejos.

«Está bajo el pajar, profundamente dormido».

... Menos 004

Y CONTANDO...

La radio carraspeaba palabras preocupadas:

–Vamos, C-uno-cuatro-nueve-ocho. Viene demasiado bajo. Conteste. Conteste. ¿Quiere que guiemos la aproximación desde el control de tierra? Conteste. Conteste. Con...

–A la mierda –masculló Richards.

Se arrastró hacia los mandos, que oscilaban y equilibraban el aparato. Los pedales se hundían levemente y recuperaban su posición anterior. Lanzó un grito y una nueva agonía le abrasó. Un lazo de intestinos se había enganchado en la barbilla de Holloway. Se arrastró hacia atrás, lo liberó y empezó a gatear de nuevo.

Alcanzar el asiento de Holoway fue como ascender al Everest.

... Menos 003

Y CONTANDO...

Allí estaba. Una enorme mole rectangular que se alzaba en la noche como una silueta negra por encima de todo lo demás. La luz de la luna la había vuelto de alabastro.

Movió el timón ligeramente. El suelo se inclinó hacia la izquierda. Richards se tambaleó en el asiento del piloto y estuvo a punto de caer de él. Movió el timón a la inversa, corrigió en exceso la posición y el aparato se inclinó a la derecha. El horizonte iba arriba y abajo descontroladamente.

«Ahora los pedales. Sí, mucho mejor.»

Presionó el timón hacia delante, con cautela. Ante sus ojos, un indicador pasó de 2.000 a 1.500 en un abrir y cerrar de ojos. Llevó el timón hacia atrás. Apenas podía ver nada. El ojo derecho estaba casi del todo inservible. Le pareció extraño que los ojos pudieran funcionar por separado, de uno en uno.

Volvió a presionar el timón. Ahora parecía que el avión flotase, ingrávido. El indicador pasó de 1.500 a 1.200 y luego a 900. Tiró del timón una vez más.

–C-uno-cuatro-nueve-ocho –dijo de nuevo la voz por la radio. Esta vez parecía muy alarmada–. ¿Algo va mal? ¡Conteste...!

–Sigue hablando, muchacho –gruñó Richards.

... Menos 002

Y CONTANDO...

El enorme avión surcó la noche como una saeta de hielo y Co-op City se extendió debajo de él como una gigantesca caja hecha trizas.

Ya estaba cerca, muy cerca, del Edificio de Concursos.

... Menos 001

Y CONTANDO...

Ahora, el avión cruzaba el canal, gigantesco y rugiente, como sostenido por la mano divina. Un adicto al push alzó la mirada desde el portal donde estaba sentado y creyó estar viendo una alucinación, el último sueño de la droga, que venía para llevárselo consigo, quizás al paraíso de la General Atomics, donde la comida sería gratis y los reactores atómicos estarían libres de radiaciones.

El rugido del aparato hizo que mucha gente saliera a la puerta de su casa y estirara el cuello hacia arriba como una pálida llama. Los escaparates de cristal vibraron y cayeron hechos añicos. En las calles, con sus calzadas como pistas de boliche, la basura de las cunetas formó intensos remolinos. Un policía dejó caer la cachiporra, se llevó las manos a la cabeza y soltó un grito, pero no alcanzó a oír su propia voz.

El avión seguía descendiendo, y pasaba ahora sobre los tejados como un murciélago plateado; la punta del ala de estribor pasó apenas a cinco metros de los almacenes Glamour Column.

En todo Harding, los Libre-Visores quedaron en blanco a causa de la interferencia, y la gente se quedó contemplando las pantallas con estúpida y atemorizada incredulidad.

El trueno llenó el mundo.

Killian levantó la vista de su escritorio y contempló la cristalera de pared a pared de su despacho.

La parpadeante panorámica de la ciudad, desde South City a la parte alta, había desaparecido. Toda la cristalera apenas abarcaba la silueta del Lockheed TriStar que se le venía encima. Las luces de posición brillaban intermitentemente, y durante una fracción de segundo, durante un desquiciado momento de horror, sorpresa e incredulidad absolutos, vio a Richards que le miraba. Su rostro estaba bañado de sangre, y sus ojos negros ardían como los de un demonio.

Richards sonreía.

Y le dirigía un gesto de burla.

–... ¡Oh, Dios...! –fue lo único que Killian tuvo tiempo de decir.

000

Con una ligera inclinación a estribor, el Lockheed se estrelló de lleno contra el Edificio de Concursos, en un punto situado a tres cuartas partes de la altura total de la negra mole. El avión conservaba todavía casi un tercio de carburante en sus depósitos, y su velocidad era algo superior a quinientos nudos.

La explosión fue tremenda e iluminó la noche como la cólera divina, y llovió fuego a veinte calles de distancia.